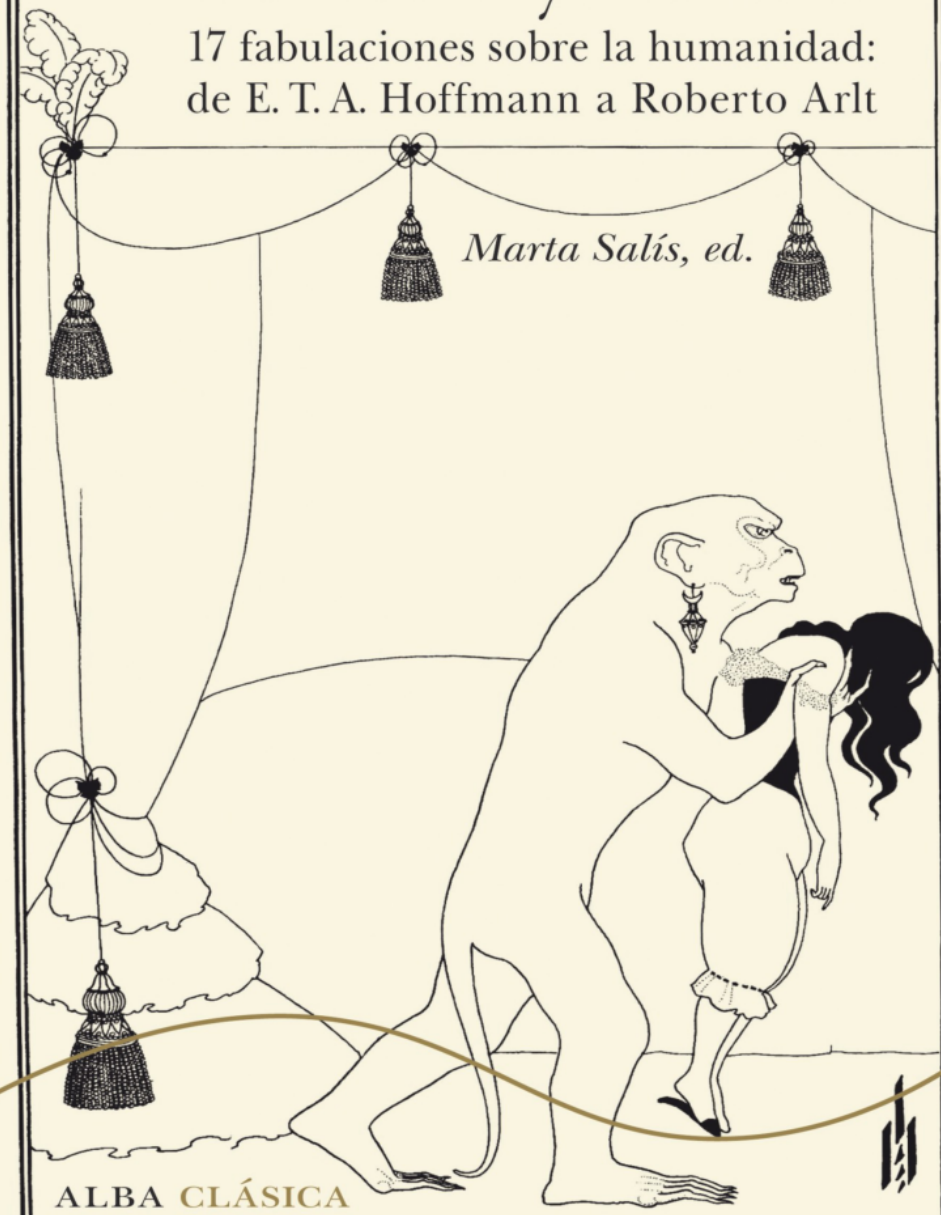
De monos y hombres

17 fabulaciones sobre la humanidad: de E. T. A. Hoffmann a Roberto Arlt

Marta Salís, ed.



ALBA CLÁSICA

DE MONOS Y HOMBRES

MARTA SALÍS, ED.

17 FABULACIONES SOBRE LA HUMANIDAD:
DE E. T. A. HOFFMANN A ROBERTO ARLT

Traducción
Marta Salís
Isabel Hernández

ALBA

alba **CLÁSICA**

Colección dirigida por Luis Magrinyà

© de la traducción: Marta Salís, de todos los textos excepto «Noticia de un joven culto», de E. T. A. Hoffmann, «El hombre mono», de Wilhelm Hauff, e «Informe para una academia», de Franz Kafka (© Isabel Hernández).

«El canalla de la naturaleza» © Lord Dunsany, 1918
«El mono» © Karen Blixen & Gyldendalske Boghandel, Nordisk Forlag A/S.
Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

© de esta edición: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

diseño: Pepe Moll de Alba

imagen de cubierta:
Ilustración del relato de Edgar Alan Poe, *Los asesinatos de la Rue Morgue*, 1894
Aubrey Beardsley (1872-1898)

Conversión a formato digital: La Letra, S.L.

primera edición: octubre de 2022
isbn: 978-84-9065-916-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los

titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

PRESENTACIÓN

Fueron varios los científicos que, como Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829) o Erasmus Darwin (1731-1802), formularon y discutieron la teoría de la evolución, pero sería el nieto de este último, Charles Darwin, quien lo fundamentaría científicamente y propondría la selección natural. Es fácil imaginar el escándalo que siguió a la publicación de *El origen de las especies* (1859) y sobre todo de *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871), que venían a destruir las ideas establecidas sobre la identidad humana. Digerir que, en vez de ángeles «venidos a menos», éramos monos «venidos a más» fue un auténtico cataclismo que convirtió a este animal —hasta entonces objeto de curiosidad y diversión por su constitución física, su capacidad imitativa y sus aptitudes para el adiestramiento— en un personaje inquietante, cuando no siniestro, que inspiraría toda clase de fabulaciones, ironías y pesadillas.

Es cierto que ya en las *Fábulas* de Esopo, en el siglo VI a. C., aparecía como un animal feo, estulto, mentiroso y con aspiraciones de emular a los hombres; y que en *El fisiólogo*, manuscrito redactado en griego entre el siglo II y el siglo IV d. C., se comparaba al mono con el diablo, idea que recogería el mundo medieval en los bestiarios, las fábulas o los *exempla*. El poeta y filósofo francés Bernard Silvestre, en su obra *De Mundi Universitate sive Megacosmus et Microcosmus* (1147), concluyó también que «el mono surgió como la imagen irrisoria y deformada de un hombre, un hombre en estado de degeneración»; pero no cabe duda de que era la última criatura en su lista de animales, representando el último esfuerzo de Dios antes de la creación de Adán.

Cada vez más presente en la sociedad, el mono fue cobrando poco a poco un significado adicional como símbolo de estatus social, tal como vemos en los siglos XV y XVI, en los que aparece a menudo representado en retratos de damas y caballeros. Y, aunque los ejemplos son numerosos, ¿cómo olvidar al mico adivino de maese Pedro en la segunda parte del *Quijote*?: «Un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque, si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego

salta sobre los hombros de su amo y, llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan».

Nos referimos, por supuesto, a las especies pequeñas y con cola, pues hasta finales del siglo XVII muy pocos europeos conocían la existencia de los grandes simios: gorilas, chimpancés, bonobos y orangutanes. En el siglo XVIII, gracias a las descripciones de los viajeros, los filósofos franceses empezaron a discutir sobre estas nuevas especies, que parecían medio bestias medio humanas. Jean-Jacques Rousseau, por ejemplo, se preguntaba si eran simples animales o monstruos, hombres salvajes o un cruce entre mujeres y monos macho; y llegó a proponer que se pusiera esto último en práctica para ver el resultado. Un jovencísimo Gustave Flaubert, como veremos, utilizaría esta idea en *Quidquid volueris* (1837).

Los diecisiete cuentos aquí reunidos, ordenados cronológicamente, han querido reflejar esta evolución de mascota graciosa, incluso digna e inocente —tal como vemos en los dos primeros cuentos, el de E. T. A. Hoffmann y el de Wilhelm Hauff, una visión satírica de la imitación como herramienta básica para adquirir conocimientos—, al simio salvaje, símbolo muchas veces oscuro de nuestras turbias pasiones y nuestra animalidad.

No hemos querido ceñirnos a la enorme influencia del darwinismo en la literatura anglosajona, en la que empezaron a proliferar los hombres bestia, los primates feroces que acosaban a los cazadores victorianos, los monstruos de aspecto simiesco. Recordemos, entre otras obras, *Los asesinatos de la Rue Morgue* (1841) de Edgar Allan Poe; *Las minas del rey Salomón* (1885) de H. Rider Haggard; *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886) de Robert Louis Stevenson; *El libro de las tierras vírgenes* (1894-1895) de Rudyard Kipling; *La isla del doctor Moreau* (1896) de H. G. Wells; *Tarzán de los monos* (1912) de Edgar Rice Burroughs; o *El mundo perdido* (1912) de Arthur Conan Doyle. Y es posible que *King Kong* (1932), novela de aventuras de Delos W. Lovelace, sea el simio más influyente de la cultura contemporánea y, sin duda, el enamorado más gigantesco de la historia. Pero de esta enumeración, al tratarse de una antología de cuentos, solo hemos incluido al brutal orangután de Edgar Allan Poe, que se verá acompañado de otros autores anglosajones como Sheridan Le Fanu (el mono como encarnación diabólica), W. W. Jacobs (el mono como talismán), M. P. Shiel (el mono presa de un *amour fou*), H. P. Lovecraft (el monstruo aberrante) y lord Dunsany (el mono adiestrado en la violencia).

En el Río de la Plata cuentan también con una serie de interesantes narraciones en las que parecen cuestionarse las fronteras —siempre imprecisas— entre el hombre y la bestia. Relatos que ponen en tela de juicio el lugar del hombre en la naturaleza. Los protagonistas son, en

general, hombres versados en alguna ciencia «positiva» o poseedores de una vastísima cultura: exponentes de la razón considerada como único fundamento del edificio del conocimiento humano. En «Un fenómeno inexplicable» de Leopoldo Lugones veremos convivir en un mismo ser la criatura racional con facetas de la personalidad mucho más primitivas, poniendo en crisis la noción moderna de sujeto unitario; mientras que en «Yzur», del mismo autor, se sacará a la luz el componente humano que pervive en todo mono. El dueño de Yzur, convencido de que «los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar», se empeñará en desarrollar el aparato de fonación del cuadrúmano, lo que tendrá un efecto sorprendente y desgarrador. Para comprender las consecuencias del lenguaje en los monos no está de más recordar *El planeta de los simios* (1963), la distopía de Pierre Boulle. Horacio Quiroga nos sorprenderá, asimismo, con su inquietante «Historia de Estilicón»; y Roberto Arlt cerrará la antología con una retorcida historia —muy diferente— de odios y venganzas en el corazón de África.

No podía faltar «Informe para una academia», de Franz Kafka, el tercer cuento alemán de la antología —ya hemos mencionado los de E. T. A. Hoffmann y Wilhelm Hauff—, donde un mono de la Costa del Oro hace público su vehemente anhelo de humanidad. Otro patético protagonista desarraigado, torturado y privado de libertad.

El español Vicente Barrantes adaptará de manera muy personal a Edgar Allan Poe en «¿Quién es él?», una versión menos sesuda y truculenta de «Los asesinatos de la Rue Morgue»; y César Vallejo volverá a traer a estas páginas al mono que simboliza la locura y la degradación humanas. Ironía, fantasía y perversidad se darán la mano en «El mono» de Isak Dinesen, una historia de peligrosa complicidad entre un colobo rojo de Zanzíbar y la venerable priora de Closter Seven.

Aparte de sátiras sobre la cultura y la sociedad, el lector encontrará violencia, degradación, crueldad, locura, erotismo, cautividad, fríos experimentos científicos… Pero también monos cuyos sentimientos parecen más puros que los de los humanos, tal como refleja Ramón Gómez de la Serna en *El circo* (1917): «Se ve que el mono no acaba de ser educado, no puede ser educado. Siempre hay un gesto, una manera de coger algo, alguna cosa, que demuestra lo mono que es, lo idiota que es, lo idiota que debe ser, porque si el profesor que se afana en lograr que el mono se civilice lo consiguiese, habría promovido en el mundo la más grande de las tragedias y el pobre mono, con alma, con sensibilidad, con idea de las cosas, se suicidaría ante un espejo como Larra».

MARTA SALÍS

E. T. A. HOFFMANN

NOTICIA DE UN JOVEN CULTO (1814)

Traducción
Isabel Hernández

Ernst Theodor Amadeus Hoffmann nació en Königsberg en 1776, hijo de un abogado. Estudió Derecho y hasta la invasión napoleónica ocupó distintos puestos de la administración prusiana en Varsovia y otras ciudades polacas. Fue compositor y crítico musical, pintor, gerente de un teatro en Bamberg y Dresde, y director musical de una compañía de ópera. En esta época cambió su tercer nombre, Wilhelm, por el de Amadeus, en homenaje a Wolfgang Amadeus Mozart. Su ópera *Undine* fue estrenada en Berlín en 1816. Tras la derrota de Napoleón en 1814, ejerció como juez y llevó una vida políticamente activa, contraria a la persecución de los liberales. Escribió dos novelas, *Los elixires del diablo* (1815-1816) y *Puntos de vista y consideraciones del gato Mur* (1819-1821). Pero quizá su fama se deba sobre todo a su contribución a la literatura fantástica, de la que es considerado un maestro indiscutible: *Fantasías a la manera de Callot* (1814-1815) y *Nocturnos* (1817) fueron colecciones de relatos que inspiraron a escritores como Poe, Hawthorne, Gógol, Dickens, Dostoievski y Kafka, a compositores como Offenbach, Wagner, Delibes y Chaikovski, y a psicólogos como Jung y Freud. Murió en Berlín en 1822.

«Noticia de un joven culto» (*Nachricht von einem gebildeten jungen Mann*) apareció por primera vez —firmado por el maestro de capilla Johannes Kreisler, *alter ego* del autor— en la revista *Allgemeine Musikalische Zeitung* el 16 de marzo de 1814. Posteriormente se incluiría en *Fantasías a la manera de Callot*. Se trata de un claro antecedente del *Informe para una academia* (1917) de Franz Kafka.

Alegra el corazón ver que la cultura va expandiéndose cada vez más, cómo incluso talentos procedentes de familias a las que antes se excluía de toda formación superior se abren paso hasta llegar a niveles altísimos. En casa de R., el consejero privado de Comercio, conocí a uno de estos jóvenes que combina las cualidades más extraordinarias con una amable bonhomía. Cuando en una ocasión mencioné casualmente la constante correspondencia que mantenía con mi amigo Charles Ewson de Filadelfia me confió una carta abierta que le había escrito a una amiga para que yo la expidiera.

La carta ha sido enviada, pero, amable joven, ¿no debía yo guardar una copia de tu escrito como recuerdo de tu excelsa sabiduría y tu virtud, de tu auténtico sentido artístico? No puedo ocultar que en realidad este joven singular, por su nacimiento y su primera profesión, es… un mono que aprendió a hablar, leer, escribir, componer música y otras cosas en casa del consejero de Comercio; en resumen, que ha llegado tan lejos en el ámbito de la cultura que, gracias a su arte y a su ciencia, así como a la elegancia de sus modales, cuenta ahora con un buen número de amigos y es muy bien visto en todos los círculos intelectuales. Dejando aparte algunas nimiedades, como por ejemplo que de vez en cuando, en los tés con bailes[1], ejecute las danzas inglesas[2] dando unos saltos muy raros, que no sea capaz de oír el chasquido de una nuez sin cierto estremecimiento, así como (pero esto puede que tan solo se deba a la envidia que persigue a todo genio) que, a pesar de los guantes, arañe un poco a las damas al besarles la mano, no se percibe ni el más mínimo rastro de su exótico origen y todas las pequeñas jugarretas que había cometido en sus años de juventud, como por ejemplo quitarle el sombrero de la cabeza a quien entraba en la casa y esconderse rápidamente de un brinco detrás de un barril de azúcar, se han convertido ahora en ingeniosas anécdotas recibidas con jubilosos aplausos. Esta es la curiosa carta en la que se ponen de manifiesto tanto lo hermoso del alma como lo espléndido de la formación de Milo.

ESCRITO DE MILO, UN SIMIO EDUCADO, A SU AMIGA PIPI EN NORTEAMÉRICA

Con una especie de horror pienso aún en los desdichados tiempos en que solo era capaz, querida amiga, de expresarte los más delicados sentimientos de mi corazón con sonidos burdos, incomprensibles para

cualquier persona culta. Y ¿cómo podía aquel discordante y lacrimoso «¡ae, ae!» que, si bien acompañado de algunas miradas tiernas, emitía yo por aquel entonces insinuar en lo más mínimo el sentimiento tan íntimo y profundo que se agitaba en mi pecho peludo y varonil? Incluso las caricias que tú, mi pequeña, mi dulce amiga, tenías entonces que tolerar con callada resignación eran tan torpes que ahora, cuando en este punto rivalizo con el mejor *primo amoroso*[3] y beso la mano *à la Dupont*[4], podrían hacerme sonrojar si no me lo impidiera cierta intensidad del tono de la tez, tan propio de mí. A pesar de la dicha que experimento por el sumo grado de autocomplacencia que ha desarrollado en mí la educación recibida de los humanos, sigue habiendo horas en las que verdaderamente me encuentro sin consuelo, aunque sé muy bien que tales alteraciones, totalmente contrarias al carácter moral que se adquiere con la cultura, proceden aún de la burda condición que me tenía aferrado a un tipo de ser que ahora desprecio de manera indescriptible. Porque soy lo bastante necio para pensar en nuestros pobres parientes que aún andan saltando por los árboles en los vastos y agrestes bosques, alimentándose de frutos crudos, que el cultivo no ha transformado en sabrosos y que, sobre todo al atardecer, entonan ciertos himnos en los que no es posible ni pensar que haya un solo tono afinado, ni ningún compás, ni siquiera el de siete por ocho, recién inventado, o el de tres por cuatro. En esos pobres, que ahora en realidad ya no me importan, pienso entonces y no puedo resistirme a sentir por ellos una profunda compasión. Sobre todo me viene a la memoria de vez en cuando nuestro anciano tío (por lo que recuerdo, debía ser un tío por parte materna), que nos educó a su necia manera y se empleó en todo lo posible en apartarnos de todo lo humano. Era un hombre sabio, que nunca quiso ponerse botas y aún oigo su temeroso grito de advertencia cuando, ávido de deseo, miré aquellas botas plegadas, tan nuevas y hermosas, que el astuto cazador había dejado bajo el árbol en el que yo, con gran apetito, estaba devorando un coco. Aún vi a lo lejos avanzar al cazador, al que le sentaban tan bien las botas que llevaba, muy parecidas a las que había dejado a mis pies. El hombre, en su conjunto, me resultaba algo grandioso e imponente, precisamente por las botas tan bien lustradas… No, no pude resistirme; la idea de andar todo orgulloso como él, con unas botas nuevas, se apoderó de todo mi ser, y ¿acaso no fue una prueba de la estupenda disposición para la ciencia y las artes que estaba por despertar en mí el hecho de que, bajando del árbol de un salto, con gran destreza y facilidad, como si hubiera llevado botas toda la vida, supiera ajustar a mis delgadas piernas aquella prenda tan inusitada con sus tensores metálicos? Que, naturalmente, luego ya no pude correr, que el cazador vino corriendo hacia mí, que sin más me cogió

del cuello y me sacó a rastras de allí, que el anciano tío gritaba penosamente y nos lanzaba cocos, de los cuales uno me alcanzó de lleno detrás de la oreja izquierda y, en contra de la voluntad del malvado anciano, tal vez haya hecho madurar en mí algunos órganos, nuevos y soberbios: todo eso, querida, lo sabes muy bien, puesto que tú misma, llorando entre lamentos, echaste a correr detrás de tu amado y de este modo caíste también voluntariamente en cautividad… ¡Qué digo cautividad! ¿Acaso esta cautividad no nos ha concedido la mayor de las libertades? ¿Hay algo más maravilloso que el desarrollo de la inteligencia que hemos experimentado entre los hombres?

Porque no dudo que tú, Pipi, con tu vivacidad innata, con tu entendimiento, también te habrás inclinado un poco a las ciencias y las artes, y en esta convicción te distingo de los malvados parientes de los bosques. ¡Ja! ¡Entre ellos reinan aún la inmoralidad y la barbarie, sus ojos están secos y carecen de la menor profundidad de ánimo! Naturalmente puedo presuponer que no habrás avanzado en tu formación tanto como yo, porque ahora soy, como se suele decir, un hombre hecho y derecho; lo sé absolutamente todo: por eso soy tan bueno como un oráculo y gobierno en el reino de las ciencias y las artes sin limitación alguna. Seguro que crees, mi dulce pequeña, que me habrá costado un trabajo infinito llegar a un nivel de cultura tan elevado; por el contrario, puedo asegurarte que en el mundo nada me ha resultado más fácil. Sí, con frecuencia me reía de que en mi temprana juventud los malditos ejercicios de salto de un árbol a otro me exprimían alguna que otra gota de sudor que jamás he notado al hacerme sabio y docto. Más bien ha ocurrido por sí solo, con gran facilidad, y casi me costó más reconocer que de verdad había llegado al punto más alto que la propia ascensión en sí. ¡Gracias sean dadas a mi extraordinario ingenio y al afortunado lanzamiento de mi tío!

Pues has de saber, querida Pipi, que las disposiciones anímicas y los talentos se hallan en la cabeza como si fueran chichones y se pueden agarrar con la mano; mi occipucio parece un saco lleno de cocos, y de aquel lanzamiento quizá salió algún que otro chichoncillo y con él algún talentito[5]. ¡De verdad que lo tengo todo bien hinchado detrás de las orejas!

El instinto de imitación propio de nuestra especie del que los hombres se ríen muy injustamente con tanta frecuencia no es más que el impulso irresistible no solo de llegar a adquirir cultura, sino también de mostrar la que ya alberga nuestro interior. Este mismo principio ha sido aceptado hace tiempo por los hombres, y los verdaderos sabios, a los que siempre trato de imitar, lo hacen de la siguiente manera: alguien hace algo, ya sea una obra de arte u otra cosa, y todos exclaman: «¡Esto es magnífico!». Al instante el sabio,

inspirado por una vocación interior, lo imita. Claro que lo que sale es algo diferente, pero dice: «Así es como está bien, y esa obra que consideráis magnífica tan solo ha sido el acicate para sacar a la luz todo lo verdaderamente magnífico que desde hace tiempo llevo en mí». Es más o menos, querida Pipi, como si uno de nuestros hermanos se cortara la nariz al afeitarse, dándole así a su perilla cierta originalidad que el hombre del que lo copió nunca llegará a tener. Precisamente este instinto de imitación, tan propio de mí desde siempre, me acercó a un profesor de Estética, el hombre más amable del mundo, que me ofreció las primeras explicaciones sobre mí mismo y que también me enseñó a hablar. Pero, antes de haber desarrollado tal talento, frecuenté la selecta compañía de personas brillantes e ingeniosas. Yo había observado con detalle sus rasgos y sus gestos, y era capaz de imitarlos con destreza; esto y la conveniente vestimenta con que me había provisto mi patrón de entonces no solo me abrieron siempre todas las puertas, sino que en general me tenían por un delicado joven de mundo. ¡Cuánto deseaba poder hablar! Pero en el fondo de mi corazón pensaba: «¡Oh, cielos! Aunque supieras hablar, ¿de dónde ibas a sacar las miles de ocurrencias y de ideas que salen a raudales de los labios de ellos? ¿Cómo vas a empezar a hablar del sinfín de cosas de las que ni siquiera sabes el nombre? ¿Cómo vas a poder juzgar igual que ellos y con la misma determinación las obras de la ciencia y el arte si no conoces ese terreno?».

En cuanto pude articular algunas palabras coherentemente le revelé mis dudas y mis reparos a mi querido maestro, el profesor de Estética, que se rió en mi cara y dijo:

—Pero ¿qué se cree usted, querido monsieur Milo? Tiene que aprender a hablar, hablar y hablar. Lo demás vendrá por sí solo. Hablar con fluidez, con seguridad, con gracia: he aquí todo el secreto. Usted mismo se sorprenderá de cómo le sobrevienen los pensamientos al hablar, de cómo nace en usted la sabiduría, de cómo la divina Suada[6] le introduce en todas las profundidades de la ciencia y el arte, hasta el punto de creer (sin más) que está usted caminando por un laberinto. A menudo no se comprenderá a sí mismo, pero luego se encontrará sumido en el auténtico entusiasmo que inspira el hecho de hablar. Por cierto que algunas lecturas fáciles (seguro que) pueden serle de utilidad y como ayuda apréndase algunas frases agradables que pueden decirse con mucho provecho en cualquier parte y que a su vez pueden servir para recitarlas. Hable mucho de las tendencias de época, de cómo se pronuncia de manera distinguida esto o lo otro, de las honduras del corazón, de la sensibilidad y de la falta de sensibilidad, etc.

¡Oh, Pipi, qué razón tenía! ¡Cómo con la capacidad de hablar me llegó la sabiduría! Mis afortunados gestos daban peso a mis palabras y

en el espejo he visto el efecto tan hermoso que produce mi frente, de por sí algo fruncida, cuando le niego hondura de corazón a algún que otro poeta, al que no entiendo, y que por tanto es imposible que pueda servir para algo. Sin duda las convicciones de la más elevada cultura son el tribunal al que cómodamente someto cada obra de ciencia y de arte, al tiempo que acato su juicio infalible porque emana de su interior como si fuera un oráculo.

Del arte me he ocupado de múltiples formas: algo de pintura, escultura, modelado de vez en cuando… A ti, mi dulce pequeña, te di forma de Diana según los modelos de la Antigüedad, pero pronto me harté de todos esos cachivaches y solo la música me atraía más que ninguna otra cosa, porque, sencillamente, me daba ocasión de sorprender y maravillar a una gran cantidad de gente y, dada mi natural constitución, el pianoforte no tardó en convertirse en mi instrumento favorito. Ya conoces, pequeña mía, los dedos tan largos que me ha concedido la naturaleza; con ellos alcanzo ahora decimocuartas, incluso dos octavas, y ahí, además de en una enorme capacidad para mover y combinar los dedos, reside todo el misterio del pianoforte. Lágrimas de alegría ha derramado el maestro de música ante las magníficas dotes naturales de su discípulo, pues en poco tiempo he llegado a desplazarme sin límites con ambas manos de un lado a otro en treinta y dos… sesenta y cuatro… ciento veintiocho partes[7], tocando con los dedos cual bellos trinos, saltando arriba y abajo, tres, cuatro octavas, igual que antes de un árbol a otro, y así me he convertido en el mayor virtuoso posible. Ninguna de las composiciones de piano que existen me resulta lo suficientemente difícil; por eso compongo mis propias sonatas y conciertos. En estos, no obstante, el maestro de música tiene que hacer los *tutti*[8], pues ¿quién puede ocuparse de tantos instrumentos y de esa cosa tan inútil? Los *tutti* de los conciertos no son, por lo demás, más que males necesarios, y a la vez pausas en las que el solista se recupera y se prepara para nuevos saltos.

He hablado ya, por otra parte, con un fabricante de instrumentos sobre un pianoforte de nueve a diez octavas[9], pues ¿acaso debe limitarse el genio a la mísera extensión de las lamentables siete? Además de los registros habituales, el tambor turco y los platillos, debe instalar un registro de trompeta, así como uno de flageolet que imite en lo posible el gorjeo de los pájaros[10]. ¡Te darás cuenta, querida Pipi, de los sublimes pensamientos a los que puede llegar un hombre de gusto y educación!

Después de haber visto a diversos cantantes cosechar grandes éxitos, me asaltó también un deseo indescriptible de cantar, solo que me parecía que, desgraciadamente, la naturaleza me había negado por completo cualquier órgano para ello; sin embargo, no pude evitar

revelarle mis deseos a un famoso cantante que se había convertido en mi más íntimo amigo y, al mismo tiempo, lamentar la aflicción que sentía por mi voz. Él me estrechó entre sus brazos y exclamó lleno de entusiasmo:

—¡Afortunado *monsieur*! Con sus capacidades musicales y la elasticidad de sus órganos, que he advertido desde hace tiempo, ha nacido usted para ser un gran cantante, pues la dificultad mayor la ha superado ya. Porque nada es tan contrario al verdadero arte del canto como una buena voz natural y no es poco el trabajo que cuesta allanar el camino a los jóvenes discípulos que realmente tienen voz para cantar. Evitar por completo los tonos sostenidos, esforzarse en practicar las mejores coloraturas, que sobrepasan con mucho el alcance habitual de la voz humana y, en particular, la esforzada ejecución del falsete, en el que reside el verdadero canto artístico, suele ser de ayuda al cabo de un tiempo; rara vez la voz más robusta resiste mucho tiempo estos rigurosos esfuerzos, pero en su caso, apreciado amigo, no hay ningún camino que allanar: ¡en poco tiempo será usted el más sublime de los cantantes!

El hombre tenía razón, no fue necesario más que un poco de ejercicio para desarrollar un espléndido falsete, así como la capacidad de emitir cien tonos sin coger aire, lo que me valió el aplauso unánime de los auténticos entendidos y ensombreció a los pobres tenores que estaban tan orgullosos de su voz de pecho, a pesar de que apenas emitían un mordente. Desde el principio mi maestro me enseñó tres estilos bastante largos, en los que anida la quintaesencia de toda la sabiduría del arte del canto, de manera que pueden reproducirse infinitas veces, primero de una forma y luego de otra, por completo o de manera fragmentaria, y cantarse solo esos estilos, sea del modo que sea, cual bajo *ostinato*[11] de las más diversas arias en lugar de la melodía pretendida por el compositor. No puedo describirte, querida mía, el aplauso embriagador que se me tributó precisamente por la ejecución de estos estilos, pero sin duda comprenderás cómo también en lo tocante a la música mi ingenio innato y natural me ha facilitado todo muy gratamente.

Ya he hablado de mis composiciones, pero precisamente componer tan adorablemente… es algo que no debo hacer tan solo para proporcionar a mi genio obras dignas de él, así que de buena gana se lo cedo a sujetos subordinados que en realidad están ahí para servirnos a nosotros, los virtuosos, esto es, para componer obras con las que nosotros podemos mostrar nuestro virtuosismo.

He de reconocer que todo ello resulta muy peculiar con el sinfín de cosas que llenan una partitura. Los múltiples instrumentos, la consonancia armónica… hay reglas estrictas al respecto; pero para un genio, para un virtuoso, todo eso es demasiado insípido y aburrido.

Por otro lado, para inspirar respeto en todas partes, cosa en la que consiste la mayor sabiduría de vida, también puede uno pasar por compositor: con eso basta. Si, por ejemplo, en una velada arrancaba una gran ovación con un aria de un compositor que estaba presente, y el público estaba a punto de dirigir una parte de la ovación al autor, yo les espetaba sin más, con esa mirada profunda y sombría que sé dirigir muy bien dado el mucho carácter de mi fisonomía:

—¡Ay, por Dios! ¡Ahora tengo que concluir yo también mi nueva ópera!

Y estas palabras despertaban en todos aún mayor admiración, por lo que el compositor, que efectivamente la había concluido, quedaba completamente olvidado. Por lo general al genio le sienta bien hacerse valer en todo lo posible; y no se puede ocultar cómo todo lo que acontece en el Arte le parece insignificante y lamentable frente a lo que podría crear en todos estos campos y en los de la Ciencia si quisiera y si los hombres fueran dignos de tal esfuerzo. Un completo desprecio de todo empeño ajeno, la convicción de poder abarcar de un solo vistazo hasta bien lejos, observando a los que prefieren callar y trabajar solo en silencio, sin hablar de ello, y una enorme satisfacción personal con todo lo que la propia fuerza genera sin esfuerzo alguno: estas son las señales infalibles de un genio sumamente cultivado y, a decir verdad, también del mío, pues percibo todo esto en mí a diario, hora tras hora.

Así pues, ahora, mi dulce amiga, puedes imaginarte el estado de dicha que agradezco a la elevada formación que he obtenido. Pero ¿acaso puedo ocultarte la más mínima cosa que guarda mi corazón? ¿Acaso no debo confesarte, querida, que a menudo ciertos arrebatos que me asaltan repentinamente me sacan del feliz bienestar que endulza mis días? ¡Oh, cielos! ¡Qué importante es para toda la vida la influencia de la educación temprana! ¡Y con cuánta razón se dice que es difícil de expulsar lo que se ha mamado con la leche materna! ¡Qué perjudicial ha sido para mí deambular locamente por montañas y bosques! Hace poco, elegantemente vestido, fui a pasear por el parque con algunos amigos: de repente nos paramos delante de un espléndido nogal, fino y altísimo; un deseo irresistible me roba todos los sentidos… unos ágiles saltos y… ¡ya estoy columpiándome en lo alto de las ramas, cogiendo nueces! Un grito de asombro de los presentes acompañó mi temeridad. Cuando, reflexionando, volví a situarme en el nivel de la cultura que había adquirido, la cual no permite tales extravagancias, un joven que me respeta mucho dijo:

—¡Ay, querido *monsieur* Milo, qué piernas tan ágiles tiene!

Pero yo me sentí muy avergonzado. De igual manera a menudo tampoco puedo reprimir el placer de practicar la habilidad en el tiro que me es innata, y ¿puedes imaginarte, mi querida pequeña, que

hace poco, en una cena, me rendí hasta tal punto a ese deseo que al instante arrojé una manzana a la peluca del consejero de Comercio, mi anciano protector, sentado al otro extremo de la mesa, y que eso ha estado a punto de acarrearme un sinfín de contrariedades? Sin embargo, espero ir purificándome cada vez más de estos residuos de mi burdo estado de antaño.

Si tú, mi dulce amiga, aún no hubieras avanzado tanto en la cultura como para poder leer esta carta, ojalá que los nobles y fuertes trazos de tu amado te sirvan de acicate para aprender a leer y que estas palabra sean, además, una sabia enseñanza sobre cómo debes empezar a alcanzar la paz y el bienestar interior que solo genera la más elevada cultura tal como emana del ingenio innato y del trato con seres sabios y educados. ¡Mil y mil veces hasta siempre, mi dulce amiga!

> Duda de que las estrellas tengan fuego,
> duda de que se mueva el sol,
> duda si la verdad no es mentira,
> pero nunca dudes de mi amor.[12]

Fiel hasta la muerte, tu MILO,
antes simio, ahora artista y erudito privado

WILHELM HAUFF

EL HOMBRE MONO
(1826)

Traducción
Isabel Hernández

Wilhelm Hauff nació en Stuttgart en 1802, hijo de un jurisconsulto. Tras la muerte del padre, se trasladó con su madre y hermanos a Tubinga. Estudió allí Teología y Filosofía, pero sus frecuentes lecturas y un viaje por el Rin le llevaron por el camino literario. Al tiempo que empezaba a escribir, trabajó como tutor de los hijos del barón von Hügel en Stuttgart. Animado por la señora Hügel, publicó su primer almanaque de cuentos en 1826. Este año sería clave para el joven poeta y escritor, pues dejaría su trabajo, viajaría por Europa, y escribiría las novelas *Lichtenstein*, inspirada en su admirado Walter Scott, *El hombre en la luna*, una parodia de las novelas sentimentales de su tiempo, y la inacabada *Memorias de Satán*, que recuerda a E. T. A. Hoffmann. En todas ellas hay reminiscencias de Tieck, de Jean Paul y de Brentano, los grandes románticos de la época, pero su originalidad da un toque especial a sus creaciones. En 1827 se convirtió en redactor del *Morgenblattes* de Cotta. En 1828 se publicaría su tercer almanaque de cuentos, entre ellos «El corazón frío», su pieza más famosa y, según Hugo von Hoffmanstahl, el cuento más hermoso de la literatura alemana. Wilhelm Hauff es tan famoso y admirado en Alemania como los hermanos Grimm. Murió en Stuttgart en 1827, unos días antes de cumplir veinticinco años.

«El hombre mono» (*Der Affe als Mensch*), titulado asimismo «El joven inglés» (*Der Junge Englander*), es uno de los cuentos incluidos en *Almanaque de cuentos de hadas para el año 1827* (Franckh, Stuttgart, 1826). La imitación —rasgo genuinamente simiesco— vuelve a considerarse aquí una herramienta básica para adquirir conocimientos. Pero, dado el peculiar efecto perturbador que introduce en esta sátira de una comunidad pequeñoburguesa, al final acabamos preguntándonos quién educa a quién.

—¡Señor! Soy alemán de nacimiento y no llevo bastante tiempo en vuestro país para poder contar una historia divertida sobre sultanes y visires. Permitidme, pues, que cuente algo de mi patria que seguro que os divertirá bastante. Por desgracia, nuestras historias no siempre son tan elegantes como las vuestras, es decir no tratan de sultanes ni de nuestros reyes, ni de visires o pachás, a los que nosotros llamamos ministros de Justicia o de Hacienda, incluso consejeros privados y similares, sino que, cuando no tratan de soldados, lo normal es que no pervivan más que de manera muy tímida entre los ciudadanos.

»En la parte sur de Alemania se halla la pequeña ciudad de Grünwiesel, donde nací y me crié. Es una ciudad como todas. En el centro está la plaza del mercado con una fuente, a un lado el antiguo edificio de un pequeño ayuntamiento, alrededor del mercado la casa del juez de paz y de los comerciantes más respetados, y en unas cuantas calles estrechas viven los demás habitantes. Todos se conocen, cada cual sabe lo que ocurre en todas partes y, cuando el párroco, el alcalde o el médico tienen un plato de más en la mesa, a la hora de comer ya lo sabe toda la ciudad. Por la tarde las señoras, como es habitual, se visitan unas a otras, comentan este gran acontecimiento mientras toman café bien fuerte y tartas dulces, y llegan a la conclusión de que probablemente el párroco ha apostado a la lotería y ganado mucho de manera poco cristiana, que el alcalde se deja "untar", o que el farmacéutico le ha dado al médico algunas monedas de oro para que prescriba recetas muy caras. Podéis imaginar, señor, lo desagradable que tuvo que ser para una ciudad tan bien organizada como Grünwiesel cuando se mudó allí un hombre del que nadie sabía ni de dónde venía, ni qué quería, ni de qué vivía. Por supuesto el alcalde había visto su salvoconducto, un papel que en nuestra tierra está obligado a tener todo el mundo.

—¿Es que vuestras calles son tan inseguras —interrumpió el jeque al esclavo— que necesitáis un firmán de vuestro sultán para que los ladrones os respeten?

—No, señor —replicó el esclavo—, estos papeles no alejan de nosotros a los ladrones, sino que sirven tan solo, por una cuestión de orden, para saber en cualquier parte a quién tiene uno delante.

»Pues bien, el alcalde había revisado el salvoconducto y, mientras tomaban café en casa del médico, había dicho que el salvoconducto de Berlín a Grünwiesel estaba correctamente visado, pero que allí había gato encerrado, porque el hombre parecía algo sospechoso. El alcalde

gozaba de muy buena reputación en la ciudad; no es de extrañar, por tanto, que a partir de ese momento al forastero se le considerase individuo sospechoso. Y su modo de vida no logró apartar a mis paisanos de esta idea. Por algunas monedas de oro el forastero alquiló una casa entera que hasta entonces había estado vacía, hizo que le llevaran un carro lleno de objetos muy raros, como hornos, estufas con decoraciones, grandes marmitas y cosas por el estilo, y a partir de entonces vivió completamente solo. Incluso se cocinaba él, y no entraba un alma en su casa, a excepción de un anciano de Grünwiesel al que le compraba pan, carne y verduras. Pero ni siquiera este pasaba del vestíbulo de la casa, donde el forastero recogía las compras.

»Yo era un chiquillo de diez años cuando aquel hombre se trasladó a mi ciudad natal, y aún hoy puedo recordar como si fuera ayer el desasosiego que este individuo causó en la pequeña villa. Por la tarde no iba nunca a la bolera como los otros hombres, por la noche tampoco iba a la taberna como los demás para comentar el periódico fumando una buena pipa. Uno tras otro, el alcalde, el juez de paz, el médico y el párroco fueron invitándolo en vano a comer o a tomar café: siempre se disculpaba. De ahí que algunos lo tomaran por loco, otros por judío y un tercer grupo afirmara categóricamente que era un mago o un brujo. Cumplí dieciocho, veinte años, y en la ciudad seguían llamando al hombre “el señor forastero”.

»Pero un día aconteció que llegaron a la ciudad unas gentes que llevaban animales exóticos. Se trataba de esa chusma tan corriente que exhibe un camello capaz de inclinarse, un oso que baila, unos cuantos perros y monos que, vestidos de hombres, tienen un aspecto muy gracioso y hacen todo tipo de piruetas. Estas gentes suelen atravesar la ciudad, detenerse en encrucijadas y en plazas tocando una música malsonante con un pequeño tambor y un silbato y haciendo bailar y saltar a su tropa, para luego ir recolectando dinero por las casas. Pero la compañía que en aquella ocasión se dejó ver en Grünwiesel se distinguía por llevar un enorme orangután que, prácticamente de la altura de un hombre, andaba a dos patas y sabía hacer toda suerte de graciosas cabriolas. Aquella comedia de perros y monos se detuvo también delante de la casa del señor forastero. En cuanto sonaron tambores y silbatos apareció muy contrariado detrás de las oscuras ventanas, deslucidas por el tiempo. Pero pronto se volvió más amable, para asombro de todos se asomó a la ventana y sonrió apaciblemente al ver las cabriolas del orangután. Hasta dio por la diversión una moneda de plata tan grande que toda la ciudad lo comentó.

»A la mañana siguiente la *troupe* continuó su camino. El camello tenía que llevar muchas cestas en las que iban cómodamente sentados los perros y los monos; el camellero y el simio grande, en cambio, iban

andando detrás. Pero apenas hacía unas horas que habían salido por las puertas de la ciudad cuando el señor forastero se dirigió a la casa de postas, para gran asombro de su maestro pidió un coche y un postillón y se encaminó hacia la misma puerta por la que habían salido los animales. Toda la ciudad se indignó al no poder averiguar adónde había ido. Ya era de noche cuando el señor forastero volvió en su carruaje a la puerta. Pero en el coche iba además otra persona, que llevaba el sombrero bien calado y un pañuelo de seda que le cubría desde la boca hasta las orejas. El guarda de la puerta consideró que era su obligación dirigirse al otro forastero para pedirle su salvoconducto; pero contestó muy bruscamente, murmurando en un lenguaje totalmente incomprensible.

»—Es mi sobrino —dijo el señor forastero al guarda en tono amable, al tiempo que le ponía en la mano unas monedas de plata—; es mi sobrino y hasta la fecha entiende todavía muy poco alemán. Acaba de soltar una pequeña maldición en su dialecto por habernos detenido aquí.

»—Bueno, si es vuestro sobrino —respondió el vigilante—, entonces puede entrar sin salvoconducto. Sin duda vivirá en vuestra casa, ¿no?

»—Por supuesto —dijo el forastero—, y es probable que se quede una temporada larga.

»El guarda no puso más objeciones, y el señor forastero y su sobrino entraron en la pequeña ciudad. Por cierto que ni el alcalde ni el resto de la ciudad estaban muy contentos con el guarda. Tendría al menos que haber recordado algunas palabras de la lengua del sobrino. Así habrían podido saber fácilmente de qué tierras procedían él y su señor tío. Pero el guarda aseguró que no era ni francés ni italiano, sino que le había sonado todo como a inglés, y que, si no se equivocaba, el joven había dicho: *"God dam!"*[13]. De este modo consiguió salir del apuro y dar un nombre al joven. Pues a partir de ese momento en la pequeña ciudad no se habló más que del joven inglés.

»Pero el joven inglés tampoco se dejaba ver, ni en la bolera ni en la cervecería, aunque dio mucho que hablar por otros motivos. Pues sucedía a menudo que en la casa del forastero, por lo demás tan tranquila, se oían un griterío y unos ruidos tan horribles que la gente se amontonaba delante de ella y se quedaba mirando. Se veía entonces al joven inglés ataviado con un frac rojo y unas calzas verdes, con el cabello revuelto y un aspecto horrible, pasando de un lado a otro por las ventanas de todas las habitaciones a una velocidad increíble; el anciano forastero corría tras él con un batín rojo y un látigo de cuero en la mano. Con frecuencia fallaba, pero, en ocasiones, a la multitud apiñada en la calle le parecía que debía haberle alcanzado, pues se oían un montón de lastimeros quejidos y sonoros latigazos. Ante un

trato tan monstruoso al joven forastero, las señoras de la pequeña ciudad acabaron tomando partido tan vivamente que convencieron al alcalde para que tomara alguna medida. Escribió una nota al señor forastero, en la que le reprochaba, con palabras bastante duras, el trato tan oprobioso que le daba a su sobrino y le amenazaba con poner al joven bajo su especial protección si seguían produciéndose escenas semejantes.

»Pero ¡nadie se asombró más que el alcalde al ver entrar en su casa al forastero en persona por primera vez en diez años! El anciano disculpó su proceder por el especial encargo de los padres del joven, que habían puesto en sus manos su educación; dijo que, por lo demás, era un chico hábil e inteligente, pero que le costaba mucho aprender idiomas. Que ansiaba enseñar a su sobrino a hablar alemán con fluidez para luego tomarse la libertad de introducirlo en los círculos de Grünwiesel y, sin embargo, este idioma le resultaba tan difícil que a menudo no podía hacerse nada mejor que darle unos buenos latigazos. Con esta aclaración, el alcalde se dio por bien satisfecho, aconsejó al anciano que se moderara y por la noche contó en la cervecería que rara vez había conocido a un hombre tan instruido y cortés como el forastero.

»—Pero es una pena —añadió— que se deje ver tan poco en sociedad; aunque creo que cuando el sobrino hable un poco de alemán frecuentará mis círculos más a menudo.

»Solo con este incidente cambió por completo la opinión de la pequeña ciudad. Se tuvo al forastero por un hombre correcto, todo el mundo quería conocerlo más de cerca y les pareció completamente normal que, de vez en cuando, se oyera en la solitaria casa un griterío atroz.

»—Le está dando clases de lengua alemana a su sobrino —decían los habitantes de Grünwiesel sin detenerse ya delante de ella.

»Pasados unos tres meses las clases de alemán parecían haber concluido porque el anciano dio entonces un nuevo paso. En la ciudad vivía un francés viejo y decrépito, que daba clases de danza a los jóvenes. El forastero le mandó llamar y le dijo que quería que enseñara a bailar a su sobrino. Le dio a entender que era muy aplicado, pero que, en lo tocante al baile, era un tanto caprichoso; que ya había aprendido antes con otro maestro, pero que hacía unos giros tan extraños que no encajaban bien en sociedad. No obstante, precisamente por esta razón el sobrino se tenía por un gran bailarín, aunque sus bailes no se parecieran en lo más mínimo al vals o al galop (danzas que se bailan en mi patria, señor), ni tampoco a la danza escocesa o a la francesa. Por lo demás, le prometió un tálero por hora y el maestro de baile se dispuso muy complacido a hacerse cargo de las lecciones del caprichoso pupilo.

»No había, como el francés aseguraba en secreto, nada más curioso en el mundo que aquellas clases de baile. El sobrino, un joven delgado, bastante alto, solo que con unas piernas demasiado cortas, se presentaba con un frac rojo, muy bien peinado, con amplias calzas verdes y guantes de cabritilla. Hablaba poco y con acento extranjero, desde el principio había sido bastante correcto y habilidoso; pero luego, de repente, había empezado a dar unos saltos cada vez más grotescos, marcando los giros más arriesgados al tiempo que hacía unos trenzados que dejaban atónito al maestro; si intentaba reprenderlo, se quitaba las delicadas zapatillas de baile, se las tiraba a la cabeza y se ponía a dar vueltas a cuatro patas por toda la sala. Al oír el ruido, el anciano salía al instante de su habitación con un amplio batín rojo y un gorro de papel dorado en la cabeza, y soltaba el látigo sin demasiada delicadeza sobre la espalda del sobrino. Este empezaba entonces a gemir terriblemente, saltaba a la mesa y a las altas cómodas y se subía incluso a los cruceros de las ventanas mientras hablaba una lengua rara y extraña. Pero el anciano del batín rojo no se dejaba engañar, lo cogía de la pierna, lo bajaba, lo vapuleaba y, con ayuda de una hebilla, le apretaba más el lazo del cuello, tras lo cual volvía a ser correcto y a portarse bien, y la clase de baile podía continuar sin interrupciones.

»Pero una vez que el maestro hubo entrenado a su discípulo al punto de poder introducir música en la clase, el sobrino pareció transformado. Se contrató a un músico local que había de sentarse a una mesa en el salón de la solitaria casa. El maestro hacía entonces de dama, con un vestido femenino de seda y un chal de las Indias orientales que el anciano le hacía ponerse. El sobrino lo sacaba a bailar y empezaba entonces a dar pasos de vals; pero era un bailarín infatigable y frenético y no soltaba al francés de entre sus largos brazos; ya gimiera o gritara, tenía que bailar hasta desplomarse exhausto o hasta que al músico se le dormía el brazo en el violín. Estas horas de clase casi acabaron enterrando al maestro de baile; pero el tálero que puntualmente le pagaban en cada ocasión y el buen vino que el anciano le servía hacían que volviera siempre, aunque el día antes se hubiera propuesto firmemente no pisar nunca más esa casa solitaria.

»Pero la gente de Grünwiesel veía la cosa de manera muy distinta. Les parecía que el joven tenía mucha predisposición para la vida social y, dada la gran escasez de caballeros, las jovencitas de la pequeña ciudad se alegraban de poder contar para el invierno siguiente con un bailarín tan despabilado.

»Una mañana, las criadas que volvían del mercado contaron a sus señores un curioso suceso. Delante de la solitaria casa se había detenido un elegante coche de cristal, tirado por unos espléndidos

caballos, y un lacayo de rica librea había abierto la portezuela. En ese momento se había abierto también la puerta de la solitaria casa y habían salido dos caballeros bien vestidos, uno de los cuales era el anciano forastero y el otro probablemente el joven caballero al que tanto le había costado aprender alemán y bailaba con tanto frenesí. Ambos habían subido al coche, el lacayo había saltado al pescante y el coche, ¡imagínense!, se había dirigido directamente a casa del alcalde.

»Cuando las señoras oyeron contar esto a sus criadas, se quitaron rápidamente los delantales y las cofias algo sucias y se pusieron sus mejores galas.

»—Está bien claro —decían a su familia mientras todos se apresuraban a adecentar la sala de visitas que servía a la vez para otros menesteres—, está bien claro que el forastero pretende presentar ahora a su sobrino en sociedad. El viejo loco no ha tenido en diez años el detalle de poner el pie en nuestra casa, pero se lo perdonaremos por su sobrino, que debe ser un individuo encantador.

»Así hablaban, advirtiendo a sus hijos e hijas de estar bien presentables cuando llegaran los forasteros, estar erguidos y hacer uso de una dicción mejor que de costumbre. Y las astutas señoras de la pequeña ciudad no andaban equivocadas, pues el anciano fue con su sobrino recorriendo por turno las casas para presentar sus respetos a las respectivas familias.

»En todas partes quedaban muy satisfechos con los dos forasteros y lamentaban no haber tenido el placer de conocerlos antes. El anciano se mostraba como un hombre digno y muy sensato que, no obstante, siempre sonreía un poco cuando hablaba, de manera que uno no sabía bien si lo que decía iba en serio o no; pero siempre hablaba del tiempo, de la comarca, de los placeres del verano y de la cervecería de la colina con tanto juicio y sensatez que todo el mundo quedaba encantado. Pero ¡el sobrino…! Los tenía a todos encantados, se ganaba todos los corazones. Claro que, en lo tocante a su físico, no podía decirse que fuera guapo de cara; la parte inferior, en particular la barbilla, era demasiado prominente, y tenía la tez muy morena; de vez en cuando hacía también un sinfín de muecas extrañas, cerraba los ojos y enseñaba los dientes; no obstante, todos encontraban la forma de sus rasgos enormemente interesante. No podía haber nada más ágil ni más diestro que su figura. Cierto que la ropa le caía de una manera un tanto extraña, pero todo le quedaba perfectamente; se movía con gran agilidad por todas las salas, tan pronto se dejaba caer en un sofá como en un sillón y estiraba las piernas; pero lo que en cualquier otro joven habría parecido vulgar e impropio en el sobrino se tenía por una genialidad.

»—Es inglés —decían—, son todos así. Un inglés puede tumbarse en un canapé y dormirse mientras diez damas no encuentran sitio y

tienen que esperar de pie; algo así no se le puede tomar a mal a un inglés.

»Con el anciano, su tío, era siempre muy dócil, pues si empezaba a brincar por el salón o, como le gustaba hacer, a poner los pies en los sillones, bastaba una mirada seria para llamarlo al orden. Y cómo podían tomarle a mal algo así si en cada casa el tío le decía sin reparos a la señora:

»—Mi sobrino es aún un poco torpe y maleducado, pero estoy seguro de que la sociedad lo formará y lo educará como es debido, y por eso se lo encomiendo encarecidamente.

»Así pues, el sobrino fue introducido en el mundo, y aquel día y los siguientes no se habló de otra cosa en todo Grünwiesel. Pero el anciano no se detuvo aquí; parecía haber cambiado por completo su forma de pensar y de vivir. Por las tardes iba con su sobrino a la cervecería de la colina, donde los caballeros más elegantes tomaban cerveza y se divertían jugando a los bolos. Allí el sobrino se revelaba como un hábil maestro en el juego, pues jamás derribaba menos de cinco o de seis; de vez en cuando hasta parecía posarse sobre él algún espíritu extraño, porque podía ocurrírsele entrar o salir con la bola entre los bolos y armar un jaleo desorbitado, o, de repente, levantando las piernas, ponerse de cabeza sobre sus bien peinados cabellos al tirar la corona o el rey[14], o, al paso de un carruaje, encaramarse, antes de que nadie se diera cuenta, al techo de este y ponerse a hacer muecas, recorrer un breve trayecto y volver luego dando brincos.

»Ante tales escenas el anciano pedía muchas disculpas al alcalde y a los demás caballeros por la falta de educación de su sobrino, pero ellos reían, lo achacaban a su juventud y afirmaban que, a esa edad, ellos habían sido igual de ligeros y que habían cogido mucho cariño al joven saltabarrancos, como ahora lo llamaban.

»Pero había también ocasiones en las que se enfadaban no poco por su culpa y, sin embargo, no se atrevían a decir nada porque al joven inglés se le tenía en general por un modelo de educación y buen juicio. El anciano también solía ir por las noches con su sobrino a El Ciervo de Oro, la taberna de la pequeña ciudad. Aunque el sobrino era aún muy joven, hacía ya lo mismo que un adulto, se sentaba con su copa, se ponía unas gafas enormes, sacaba una pipa gigantesca, la encendía y echaba más humo que nadie. Si luego se hablaba de los periódicos, de la guerra y de la paz, y el médico daba una opinión y el alcalde otra, y los demás caballeros se asombraban no poco de tan profundos conocimientos de política, al sobrino podía ocurrírsele de repente ser de otra opinión y, golpeando la mesa con la mano, de la que nunca se quitaba el guante, daba a entender claramente al alcalde y al médico que no tenían ni idea de lo que hablaban, que él había oído cosas muy diferentes y era capaz de llegar más al fondo de la

cuestión. Luego, chapurreando un alemán muy raro, exponía su opinión, que todos, para gran indignación del alcalde, encontraban muy acertada, pues naturalmente, como inglés que era, debía saberlo todo mejor.

»Si luego el alcalde y el médico, con una rabia que no podían manifestar, se sentaban a jugar una partida de ajedrez, el sobrino se acercaba, miraba al alcalde por encima del hombro con sus enormes gafas y criticaba una jugada u otra, diciéndole al médico que tenía que jugar de esta o de aquella manera, de suerte que ambos caballeros montaban secretamente en cólera. Si luego el alcalde, enfadado, le ofrecía jugar una partida para darle un mate como se merecía, pues se tenía por un segundo Philidor[15], el anciano le apretaba bien el lazo del cuello a su sobrino, tras lo cual este se portaba de manera muy correcta y daba mate al alcalde.

»Hasta entonces en Grünwiesel se había jugado a las cartas prácticamente todas las noches apostando medio cruzado por partida; al sobrino esto le parecía miserable y apostaba táleros de plata o ducados, afirmando que nadie jugaba tan bien como él; no obstante, solía reconciliarse con los ofendidos caballeros porque perdía con ellos enormes sumas. Ellos tampoco tenían escrúpulo alguno en quitarle buenas cantidades de dinero, pues decían: “Es inglés, o sea, rico de nacimiento” mientras se metían los ducados en el bolsillo.

»De este modo el sobrino del anciano forastero llegó a gozar en poco tiempo de una enorme admiración en la ciudad y sus alrededores. Desde épocas inmemoriales nadie podía recordar haber conocido en Grünwiesel a un joven de tal categoría, y era el fenómeno más curioso que habían visto jamás. No podía decirse que hubiera aprendido otra cosa que no fuera bailar. El latín y el griego, como suele decirse, le sonaban a chino. En un juego de sociedad en casa del alcalde tuvo que escribir algo y resultó que ni siquiera sabía escribir su nombre; en geografía cometía unos errores muy llamativos, pues no tenía reparo en trasladar una ciudad alemana a Francia o una danesa a Polonia; no había leído nada, no había estudiado nada y, con frecuencia, el párroco movía pensativo la cabeza ante la brutal ignorancia del joven; no obstante, todo lo que hacía o decía parecía perfecto, pues era tan desvergonzado que siempre quería tener razón y el punto final de todas sus conversaciones era: “¡Eso yo lo sé hacer mejor!”.

»Así fue llegando el invierno y la fama del sobrino creció aún mucho más. Cualquier reunión en la que no estuviera presente parecía aburrida y todo el mundo bostezaba cuando algún hombre cabal decía algo, pero era todo oídos cada vez que el sobrino soltaba en un mal alemán la cosa más disparatada. Resultó además que aquel joven perfecto también era poeta, pues no pasaba una velada sin que sacara

un papel del bolsillo y recitara algunos sonetos a los presentes. Cierto que algunos afirmaban que una parte de esas poesías era mala y carecía de sentido, pretendiendo haber leído impresa la otra parte en algún sitio; pero el sobrino no se dejaba confundir y leía y leía, llamando luego la atención sobre la belleza de sus versos, y siempre arrancaba una clamorosa ovación.

»Pero su gran triunfo eran los bailes de Grünwiesel. Nadie era capaz de bailar tanto ni tan rápido como él; nadie daba saltos tan arriesgados y colosales como los suyos. Además, su tío lo vestía siempre con gran elegancia a la última moda y, aunque la ropa no acababa de quedarle bien, todos pensaban que le sentaba encantadoramente. Cierto que los hombres se sentían algo ofendidos con esos bailes por las nuevas formas con las que se presentaba. Antes era siempre el alcalde quien inauguraba el baile y los jóvenes más distinguidos tenían derecho a disponer de los siguientes; pero desde que había aparecido el joven todo había cambiado drásticamente. Sin muchas preguntas cogía de la mano a la primera dama que se le presentara, se ponía con ella a la cabeza, hacía todo lo que le apetecía y se convertía en el amo y maestro y en el rey del baile. Pero, como a las mujeres estos modales les parecían perfectos y muy agradables, los hombres no podían replicar nada y el sobrino conservaba la dignidad que él mismo se había otorgado.

»Estos bailes parecían procurarle al anciano el mayor de los placeres. No le quitaba el ojo de encima a su sobrino, sonreía siempre para sus adentros y, cuando todo el mundo se apresuraba a elogiar a aquel joven tan correcto y bien educado, no podía reprimir su alegría. Rompía entonces en grandes carcajadas y se comportaba como un loco; los de Grünwiesel atribuían estos arrebatos de alegría tan peculiares al gran amor por el sobrino y les parecían lógicos. Pero de vez en cuando tenía que aplicar también su autoridad paternal, pues, en medio de los bailes más delicados, al joven se le podía ocurrir saltar audazmente a la tribuna de los músicos locales, quitarle al organista el contrabajo de las manos y empezar a arañarlo de un modo horroroso; o, de repente, cambiaba y se ponía a bailar piernas arriba, cabeza abajo. Entonces el tío se lo llevaba aparte, le hacía severos reproches y le ajustaba más el lazo del cuello, con lo que volvía a portarse como es debido.

»Así era el sobrino en reuniones y bailes. Pero, como es normal con las costumbres, las malas se propagan siempre con mayor facilidad que las buenas, y una moda nueva y llamativa, por muy ridícula que sea, tiene algo contagioso para los jóvenes que aún no han reflexionado sobre sí mismos ni sobre el mundo. Esto fue lo que sucedió también en Grünwiesel con el sobrino y sus curiosas costumbres. Así pues, cuando los jóvenes vieron cómo con su torpe

actitud, con sus risas y su palabrería descortés, con sus groseras respuestas a los mayores, era más apreciado que criticado, que incluso todo esto les parecía muy ingenioso, se decían: "No cuesta nada ser un bribón con tanta chispa como este". Jóvenes aplicados y habilidosos por lo general pensaban ahora: "¿De qué sirve la erudición si se llega más lejos con la ignorancia?". Dejaron de lado los libros y empezaron a dar vueltas por todas las calles y plazas. Habían sido siempre educados y corteses con todo el mundo, habían esperado hasta que les preguntaban y contestado entonces con cortesía y respeto. Ahora se entrometían en el lugar de los adultos, charlaban con ellos, manifestaban abiertamente su opinión y se reían hasta del alcalde en sus mismísimas narices cada vez que decía algo, afirmando saberlo todo mucho mejor.

»Antes los jóvenes de Grünwiesel tenían aversión a las actitudes toscas y groseras. Ahora entonaban canciones soeces, fumaban tabaco en pipas gigantescas y rondaban por las peores tabernas; y, aunque veían perfectamente, hasta se compraban grandes gafas, se las ponían en la nariz y creían ser entonces hombres hechos y derechos, porque se parecían así al famoso sobrino. En casa, o cuando estaban de visita, se tumbaban con botas y espuelas en el canapé, se columpiaban en la silla estando en sociedad o apoyaban las mejillas en los puños y los codos sobre la mesa, cosa que resultaba encantador observar. En vano les decían sus madres y amigos lo necio, lo indecoroso que era eso; ellos apelaban al esplendoroso ejemplo del sobrino. En vano les hacían ver que al sobrino, cual joven inglés, había que disculparle cierta rudeza nacional; los jóvenes de Grünwiesel afirmaban tener tanto derecho como el mejor inglés a ser maleducados de manera ingeniosa; en resumen, era lamentable cómo el mal ejemplo del sobrino estaba pervirtiendo completamente los hábitos y las buenas costumbres de Grünwiesel.

»Pero la alegría de los jóvenes con su vida bruta y desordenada no duró mucho tiempo, pues el siguiente acontecimiento cambió de repente la situación. Los divertimentos del invierno en Grünwiesel iba a clausurarlos un gran concierto interpretado en parte por los músicos locales, en parte por unos habilidosos aficionados. El alcalde tocaba espléndidamente el violonchelo, el médico el fagot; el boticario, aunque no colocaba bien los labios, tocaba la flauta, algunas jóvenes de Grünwiesel habían ensayado unas arias y todo estaba perfectamente preparado. Entonces el anciano forastero dijo que, aunque el concierto estaba magníficamente dispuesto, era evidente que faltaba un dueto, y que todo concierto que se preciara tenía que ofrecer necesariamente uno. Todos quedaron algo turbados ante tal afirmación; cierto que la hija del alcalde cantaba como un ruiseñor, pero ¿de dónde iban a sacar a un caballero capaz de cantar un dueto

con ella? Al final pensaron en el viejo organista, que, en una ocasión, había cantado un bajo excelente; pero el forastero les dijo que no era necesario, porque su sobrino cantaba de maravilla. No poco fue el asombro ante esta nueva cualidad del joven; tuvo que cantar algo a modo de prueba y, dejando aparte algunas rarezas, que se tenían por inglesas, cantaba como un ángel. Así pues, ensayaron el dúo a toda prisa y por fin llegó la noche en que los oídos de los habitantes de Grünwiesel habían de deleitarse con el concierto.

»Por desgracia el anciano forastero no pudo vivir el triunfo de su sobrino, porque estaba enfermo, pero dio algunas instrucciones al alcalde, que había ido a verlo una hora antes.

»—Mi sobrino es un buenazo —dijo—, pero de vez en cuando lo asaltan las ideas más extrañas y entonces empieza a hacer cosas absurdas. Precisamente por esta razón siento no poder asistir al concierto, porque en mi presencia tiene mucho cuidado, ¡él bien sabe por qué! En su honor debo decir, por cierto, que no es mala fe, sino algo físico, está en su naturaleza. Si acaso se le ocurriera sentarse en un atril o ponerse a darle al contrabajo o cualquier cosa por el estilo, ¿querría usted, señor alcalde, aflojarle un poco el lazo del cuello o incluso quitárselo si esto no surtiera efecto? Ya verá lo correcto y educado que se vuelve entonces.

»El alcalde dio las gracias por su confianza al enfermo y le prometió hacer tal como le había aconsejado en caso de necesidad.

»La sala de conciertos estaba llena hasta arriba, pues todo Grünwiesel y alrededores se había dado cita en ella. Todos los cazadores, párrocos, funcionarios, terratenientes y similares en un radio de tres horas de distancia habían acudido con sus numerosas familias para compartir con los habitantes de Grünwiesel aquel raro placer. Los músicos locales actuaron exquisitamente; después de ellos salió el alcalde, que tocaba el violonchelo, acompañado del boticario, que tocaba la flauta. A continuación el organista cantó un aria para bajo con una ovación general, y tampoco el médico fue menos aplaudido cuando se dejó oír al fagot.

»La primera parte del concierto había terminado y todos aguardaban impacientes la segunda, en la que el joven forastero iba a interpretar el dueto con la hija del alcalde. El sobrino se había presentado con un espléndido traje y hacía ya tiempo que había atraído la atención de todos los presentes. Pues, sin preguntar mucho, se había colocado en el elegante sillón que habían dispuesto para una condesa de los alrededores. Con las piernas bien estiradas, miraba a todos con un gran catalejo que usaba además de sus enormes gafas, y jugaba con un gigantesco mastín que, pese a la prohibición de llevar perros, había introducido en la sala. Entró la condesa para la que estaba preparado el sillón, pero quien no hizo ademán alguno de

levantarse y dejarle el asiento fue el sobrino. Por el contrario, se arrellanó aún más, y nadie se atrevió a decirle nada; la distinguida dama, sin embargo, hubo de tomar asiento en un sillón de mimbre normal y corriente entre las demás mujeres de la pequeña ciudad, no sin haberse indignado sobremanera.

»Durante la espléndida interpretación del alcalde, durante la espléndida aria para bajo del organista, incluso mientras el médico fantaseaba con el fagot y todo el mundo escuchaba conteniendo la respiración, el sobrino estuvo mandando al perro que le trajera el pañuelo o charlando en voz muy alta con sus vecinos, por lo que quien no lo conocía se asombraba de las curiosas maneras del joven.

»No es de extrañar, pues, que todos estuvieran muy impacientes de ver cómo interpretaría su dueto. Dio comienzo la segunda parte. Los músicos locales habían estado tocando un poco y entonces el alcalde entró con su hija y se dirigió al joven, le dio una partitura y dijo:

»—*¡Mesié!* ¿Tendría usted a bien cantar el dueto?

»El joven rió, enseñó los dientes, se levantó de un salto, y el alcalde y su hija lo siguieron hasta el atril: todo el público estaba expectante. El organista dio el tono y le hizo una seña al sobrino para que empezara. Este miró las notas con los enormes cristales de sus gafas y emitió unos sonidos espantosos, horribles. Pero el organista le gritó:

»—¡Dos tonos más bajo, estimado señor, tiene usted que cantar en do, en do!

»Pero en vez de cantar en do, el sobrino se quitó un zapato y se lo tiró al organista a la cabeza haciendo volar los polvos de su peluca. El alcalde, al verlo, pensó: "¡Ajá! Ya tiene otra vez sus ataques físicos", y dando un brinco se le acercó, le cogió del cuello y le aflojó un poco el pañuelo; pero con esto el joven no hizo más que empeorar.

»Ya no hablaba alemán, sino una lengua muy extraña que nadie entendía, y daba grandes saltos. El alcalde no sabía qué hacer ante tan desagradable trastorno, así que tomó la decisión de soltarle el pañuelo del todo, pues debía de haberle ocurrido algo muy especial. Pero, apenas lo hubo hecho, se quedó petrificado de espanto, pues en lugar de la piel y la tez humanas, rodeaba el cuello del joven un pelo de color pardo y, en cuanto este empezó a dar saltos más altos y extraños, se llevó a los cabellos los guantes de cabritilla y, ¡oh, prodigio!, los hermosos cabellos eran una peluca que lanzó a la cara del alcalde y toda su cabeza se dejó ver entonces cubierta con el mismo pelo parduzco.

»Se subió a las mesas y a los bancos, tiró al suelo los atriles, pisoteó violines y clarinetes sin parecer otra cosa que un loco.

»—¡Atrapadlo, atrapadlo! —gritaba el alcalde fuera de sí—. ¡No

está en sus cabales, atrapadlo!

»Pero no era cosa fácil, porque se había quitado los guantes y en las manos tenía unas uñas con las que se lanzaba al rostro de la gente y le hacía unos arañazos horribles. Finalmente, un valiente cazador consiguió reducirlo. Le apretó los largos brazos de tal manera que ya solo podía patalear, reír y gritar con voz ronca. La gente se congregó para contemplar a aquel peculiar joven, que ahora ya no parecía humano. Pero un erudito de la vecindad, que poseía un gran gabinete de especies naturales y todo tipo de animales disecados, se acercó, lo contempló con detalle y luego exclamó muy admirado:

»—¡Dios mío, estimadas damas y caballeros! ¿Cómo es que traen a este animal a una reunión tan distinguida? ¡Es un simio, el *Homo troglodytes Linnaei*! Les doy seis táleros por él, si me lo venden, y lo disecaré para mi gabinete.

»¿Quién puede describir el asombro de los habitantes de Grünwiesel al oír estas palabras?

»—¿Cómo? ¿Un simio? ¿Un orangután en nuestras reuniones? ¡El joven forastero no es más que un vulgar mono! —gritaban mirándose unos a otros estupefactos.

»Se negaban a creerlo, no querían dar crédito a sus oídos, los hombres examinaron al animal con detenimiento, pero era y siguió siendo un simple mono.

»—Pero ¿cómo es posible? —exclamó la esposa del alcalde—. ¿Acaso no me ha leído muchas veces sus poemas? ¿Acaso no ha almorzado en mi casa como cualquier otra persona?

»—¿Qué? —dijo indignada la mujer del médico—. ¿Cómo? ¿Acaso no ha tomado muchas veces café en mi casa, fumando y conversando muy eruditamente con mi marido?

»—Pero ¿cómo? ¿Es posible? —exclamaron los hombres—. ¿Acaso no ha jugado con nosotros a los bolos en la cervecería y discutido de política como uno más?

»—¿Y cómo? —se lamentaban todos—. ¿No era acaso el primero en abrir nuestros bailes? ¡Un mono! ¿Un mono? ¡Es un milagro, es arte de magia!

»—Sí, es arte de magia y cosa del diablo —dijo el alcalde enseñando el pañuelo del sobrino o del mono—. ¡Mirad! En este pañuelo estaba todo el hechizo que lo hacía tan amable a nuestros ojos. He aquí una ancha tira de pergamino elástico, marcado con un montón de signos extraños. Creo que es latín, ¿alguien sabe leerlo?

»El párroco, un hombre ilustrado que había perdido más de una partida de ajedrez con el mono, se acercó, examinó el pergamino y dijo:

»—¡Por supuesto! No son más que letras latinas y dice:

El mono tiene su gracia
cuando la manzana masca.

»“Sí, sí, es una mentira infernal, una especie de hechizo —continuó —, y hay que castigarlo de manera ejemplar.

»El alcalde opinaba lo mismo e inmediatamente se encaminó a casa del forastero, que debía de ser un brujo, y seis soldados de la ciudad se llevaron al mono, pues había que interrogar de inmediato al forastero.

»Llegaron a la solitaria casa rodeados de una enorme multitud de gente, porque todo el mundo quería ver cómo iba a terminar la cosa. Llamaron a la puerta, tiraron de la campana, pero en vano: no contestaba nadie. Entonces el alcalde, totalmente indignado, mandó echar abajo la puerta y, a continuación, se dirigió a las habitaciones del forastero. Pero allí no se veía otra cosa que un sinfín de enseres viejos. El forastero no estaba por ninguna parte. En su escritorio, sin embargo, había un gran sobre lacrado, dirigido al alcalde, que este abrió enseguida. Y leyó:

Queridos habitantes de Grünwiesel:

Cuando leáis esto, ya no estaré en vuestra pequeña ciudad y hará tiempo que habréis descubierto de qué clase social y de qué país es natural mi querido sobrino. ¡Tomaos la broma que me he permitido gastaros como una buena lección para no obligar a participar en vuestros círculos a un forastero que quiere vivir en soledad! Yo me sentía demasiado bien conmigo mismo para compartir vuestros eternos cotilleos, vuestras malas costumbres y vuestra ridícula forma de ser. Por eso amaestré como sustituto mío a un joven orangután al que habéis cogido mucho cariño. ¡Que os vaya bien y aprovechad bien la lección!

»Los habitantes de Grünwiesel no se avergonzaron poco ante toda la comarca. Su consuelo fue que todo había sucedido por medios sobrenaturales. Pero los que más se avergonzaron fueron los jóvenes, porque habían imitado las malas costumbres y los hábitos del mono. A partir de ese momento no volvieron a apoyar los codos en la mesa ni a columpiarse en los sillones, guardaban silencio hasta que les preguntaban, se quitaron las gafas y volvieron a ser educados y correctos como antes, y, si alguno sucumbía de nuevo a los modales malos y ridículos, las gentes de Grünwiesel decían: “Es un mono”. Pero el mono que tanto tiempo había desempeñado el papel de un joven le fue confiado al erudito del gabinete de especies naturales. Este lo deja andar por su patio, le da de comer y lo muestra como una curiosidad a todos los forasteros, y allí puede vérsele aún hasta el día de hoy.

GUSTAVE FLAUBERT

QUIDQUID VOLUERIS[16]
ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
(1837)

Traducción
Marta Salís

Gustave Flaubert nació en Rouen en 1821, en una familia de médicos. Tras una etapa de estudios un poco conflictiva, en 1842 marchó a París para estudiar Derecho, aunque pasaba la mayor parte de su tiempo frecuentando los medios artísticos de la capital. En 1844, mientras redactaba la primera *Educación sentimental*, sufrió una crisis nerviosa, que lo llevaría a instalarse en Croisset y a consagrarse al «culto fanático del arte». Mantuvo, sin embargo, frecuentes contactos con sus amistades de París; así, en 1846 inició una larga relación sentimental con Louise Colet, que daría pie a una de las correspondencias más copiosas y célebres de la historia de la literatura. En 1856 se publican en una revista los primeros capítulos de *La señora Bovary*: juzgada escandalosa por la sociedad de la época, es objeto de un proceso del que Flaubert sale absuelto y aparece en forma de libro en 1857. Maniático y perfeccionista, Flaubert escribiría a lo largo de su vida más de ocho mil páginas, pero solo permitió que vieran la luz unas cuantas novelas —*Salambó* (1862), *La educación sentimental* (1869), *La tentación de San Antonio* (1874)— y *Tres cuentos* (1877). A su muerte, en 1880, dejó inacabada *Bouvard y Pécuchet*, que se publicaría en 1881.

«*Quidquid volueris*», escrito entre septiembre y octubre de 1837, cuando el autor tenía dieciséis años, se publicaría póstumamente en *Oeuvres de jeunesse inédites* (Conard, París, 1910). Aparece aquí el primer mono humano de la antología, en este caso un monstruo surgido —como Frankenstein— de un frío experimento científico. El joven Flaubert, ya amigo de la muerte y de la violencia, compuso una tremenda *boutade* en la que el simio parece encarnar, más que la brutalidad natural, la brutalidad rebelde que desatan el sometimiento y el menosprecio. Sus sentimientos, sin embargo, parecen más puros —y menos tontos— que los de los humanos.

I

¡A mí, pues, recuerdos míos de insomnio! ¡A mí, sueños míos de pobre loco! ¡Venid todos! Venid todos, mis buenos amigos diablillos, vosotros que por la noche saltáis sobre mis pies, corréis por mis ventanas, subís al techo y luego, violetas, verdes, amarillos, negros, blancos, de grandes alas, con largas barbas, removéis los tabiques de mi dormitorio, los herrajes de mi puerta, y con vuestro aliento hacéis vacilar la lámpara que palidece bajo vuestros labios verdosos.

Muy a menudo, en las pálidas noches de invierno, os veo venir a todos apaciblemente, envueltos en grandes capas pardas que resaltan sobre la nieve de los tejados, con vuestro pequeño cráneo huesudo como una calavera; llegáis por el agujero de mi cerradura y calentáis vuestras largas uñas en la barra de mi chimenea, que aún despide un calor tibio.

Venid todos, hijos de mi cerebro, dadme ahora algunas de vuestras locuras, de vuestras extrañas risas, y me habréis ahorrado un prefacio como los Modernos y una invocación a la musa como los Antiguos.

II

—Cuéntenos su viaje a Brasil, mi querido amigo —dijo una hermosa noche del mes de agosto la señora de Lansac a su sobrino Paul—. A Adèle le divertirá.

Adèle era una bonita rubia, muy indolente, que se colgaba de su brazo en las alamedas de arena del parque.

El señor Paul respondió:

—Ha sido un viaje excelente, querida tía, se lo aseguro.

—Eso ya me lo ha dicho.

—¡Ah! —exclamó él.

Y se calló.

El silencio de los paseantes duró un buen rato, y ninguno caminaba pensando en su vecino: uno deshojaba una rosa, otro removía con los pies la arena del camino, y un tercero miraba la luna a través de los grandes olmos, cuyas ramas entrecruzadas permitían verla límpida y serena.

¡De nuevo la luna! Pues ha de interpretar forzosamente un gran papel. Es el *sine qua non* de toda obra lúgubre, como el rechinar de

dientes y los cabellos erizados. En cualquier caso, era una noche de luna.

¿Por qué quitarme a mi pobre luna? Oh, luna mía, ¡cuánto te amo! Resplandeces sobre el tejado empinado del castillo, conviertes el lago en una inmensa franja plateada, y bajo tu pálido fulgor cada gota de agua de la lluvia que acaba de caer, cada gota de agua, digo, suspendida en el extremo de una hoja de rosa, parece una perla sobre un bello seno de mujer. ¡Qué antiguo es esto! Pero dejémoslo a un lado y volvamos a nuestros borregos, como dice Panurgo[17].

Sin embargo, en la afectada indolencia, en el abandono soñador de aquella joven alta cuyo talle se inclina con tanta gracia sobre el brazo de su primo, hay un no sé qué de languidez y de arrullo; en los hermosos dientes blancos que se muestran para sonreír, en los cabellos rubios que enmarcan con abundantes bucles ese semblante pálido y encantador, en todo ello hay un perfume de amor que procura al alma una sensación deliciosa.

No era en absoluto una belleza fogosa y meridional, una de esas jóvenes del sur de ojos ardientes como un volcán, de pasiones también ardientes; sus ojos no eran negros, su piel no tenía la suavidad aterciopelada de una andaluza; lo que había en ella era algo vaporoso y místico, como esas hadas escandinavas de cuello de alabastro, de pies desnudos sobre la nieve de las montañas, que se aparecen en una hermosa noche estrellada, a la orilla de un torrente, ligeras y fugitivas, al bardo que entona canciones de amor.

Su mirada era azul y acuosa, su tez pálida; era una de esas pobres muchachas que tienen gastritis de nacimiento, beben agua, golpetean en un ruidoso piano la música de Liszt, aman la poesía, las ensoñaciones tristes, los amores melancólicos, y tienen dolor de estómago.

¿Estaba enamorada? ¿De quién? De los cisnes que se deslizaban por el estanque, de los monos que cascaban las nueces que su bonita mano blanca les pasaba entre los barrotes de sus jaulas; y también de sus pájaros, de su ardilla, de las flores del parque, de sus bellos libros de lomo dorado y… de su primo, su amigo de infancia, el señor Paul, que tenía gruesas patillas negras, que era alto y fuerte, que debía casarse con ella al cabo de quince días.

Tened la seguridad de que será feliz con un marido así. Es un hombre sensato, por excelencia; e incluyo en esta categoría a todos los que no aman la poesía, y tienen un buen estómago y un corazón seco, cualidades indispensables para vivir hasta los cien años y hacer fortuna. El hombre sensato es el que sabe vivir sin pagar sus deudas, sabe apreciar un buen vaso de vino, aprovecha el amor de una mujer como un traje con el que se abriga por algún tiempo y luego tira con toda la ropa usada de los viejos sentimientos pasados de moda.

En efecto, os responderá él, ¿qué es el amor? Una tontería, me aprovecho de él. ¿Y la ternura? Una bobada, dicen los geómetras; pero carezco de ella. ¿Y la poesía? ¿Qué demuestra? También me guardo de ella. ¿Y la religión? ¿La patria? ¿El arte? Pamplinas y sandeces. En cuanto al alma, hace mucho tiempo que Cabanis y Bichat[18] nos demostraron que las venas van al corazón y eso es todo.

Este es el hombre sensato, al que se respeta y se honra; pues monta su guardia nacional, se viste como todo el mundo, habla de moral y de filantropía, vota a favor del ferrocarril y de la abolición de las casas de juego.

Tiene un castillo, una mujer, un hijo que será notario, una hija que se casará con un químico. Si lo encontráis en la Ópera, lleva anteojos de oro, un traje negro, un bastón, y toma pastillas de menta para disipar el olor del cigarro, ya que la pipa le horroriza, ¡es tan vulgar!

Paul aún no tenía mujer, pero iba a desposarse con una, sin amor, y porque este matrimonio duplicaría su fortuna; con una simple suma había visto que entonces sería rico, con una renta de cincuenta mil libras. En el colegio era bueno en matemáticas. La literatura siempre le había parecido una estupidez.

El paseo fue largo, silencioso y de lo más contemplativo de la hermosa noche azul que envolvía los árboles, el bosquecillo y el estanque en una neblina color celeste que atravesaban los rayos de luna como si la atmósfera estuviera cubierta con un velo de gasa.

No volvieron al salón hasta aproximadamente las once. Las velas chisporroteaban y algunas rosas de la jardinera de caoba estaban esparcidas sobre el parqué encerado, en desorden, sin hojas y pisoteadas. ¡Da igual! ¡Había tantas!

Adèle sentía sus zapatos de raso húmedos por el rocío; le dolía la cabeza y se durmió en el sofá, con un brazo colgando en el suelo. La señora de Lansac se fue a dar unas instrucciones para el día siguiente y a cerrar todas las puertas, todos los cerrojos. Solo quedaban Paul y Djalioh.

El primero contemplaba los candelabros dorados, el reloj de péndulo de bronce cuyo sonido argentino dio las doce de la noche, el piano de Pape[19], los cuadros, las butacas, la mesa de mármol blanco, el sofá tapizado; luego se acercó a la ventana y miró la parte más frondosa del parque.

—Mañana a las cuatro, habrá conejo —dijo.

En cuanto a Djalioh, observaba a la joven dormida; quiso decir una palabra, pero su voz sonó tan queda, tan temerosa, que pareció un suspiro.

Si era una palabra o un suspiro poco importa. Pero había toda un alma en su interior.

III

Al día siguiente, en efecto, en un hermoso amanecer, el cazador partió acompañado de su gigantesca galga favorita, de sus dos perros basset y del guarda que llevaba en un gran zurrón la pólvora, las balas, el plomo, todos los utensilios de caza y un enorme paté de pato que nuestro novio había encargado personalmente dos días antes. El rastreador, obedeciendo su orden, tocó el cuerno; y todos avanzaron con grandes pasos hacia la llanura.

Al instante, en una ventana del segundo piso se abrió un postigo verde, y una cabeza rodeada de largos cabellos rubios apareció entre el jazmín que trepaba a lo largo del muro y cuyo follaje tapizaba los ladrillos rojos y blancos del castillo. Estaba sin arreglar, o al menos eso habríais supuesto por su pelo despeinado, su postura indolente y su camisa con ribetes de muselina, escotada hasta los hombros, y cuyas mangas solo le llegaban hasta el codo. Su brazo era blanco, rollizo, carnoso, pero por desgracia se raspó con la pared al abrir precipitadamente la ventana para ver partir a Paul. Le hizo un gesto con la mano y le mandó un beso. Paul se volvió y, después de mirar un buen rato esa cabeza de niña fresca y pura entre las flores, después de pensar que todo aquello sería pronto suyo, las flores y la joven y el amor que encerraban, dijo: «Es adorable». Entonces una mano blanca cerró la cortina, el reloj dio las cuatro, el gallo empezó a cantar y el sol que entraba a través de la enredadera arrojó sus rayos sobre las pizarras del tejado. Todo volvió a quedarse tranquilo y silencioso.

A las diez, el señor Paul no había vuelto. Cuando el almuerzo estuvo listo, se sentaron a la mesa. El comedor era espacioso y de techo alto, con muebles estilo Luis XV. Sobre la repisa de la chimenea, medio borrada por el polvo, se veía una escena bucólica. Había una pastora muy empolvada, cubierta de moscas, con cestas en medio de sus corderos blancos; el amor volaba por encima de ella, y un bonito carlino estaba tendido a sus pies, sobre una alfombra bordada en la que se veía un ramo de rosas atado con un hilo de oro. De las molduras colgaba una sarta de huevos de paloma pintados de blanco, con manchas verdes.

Los paneles eran de un blanco pálido y deslucido, decorados aquí y allá con algunos retratos de familia, y también con paisajes coloreados, que representaban vistas de Noruega y de Rusia, montañas nevadas, cosechas y vendimias. Más lejos había unos grabados enmarcados en negro. Ahí está el retrato de cuerpo entero de algún presidente del parlamento, con sus pieles de armiño y su peluca «de tres martillos»[20]; más allá, un jinete alemán que hace caracolear su caballo, cuya cola larga y tupida se dobla en el aire y ondula como los anillos de una serpiente. Al fondo, unos cuadros de la escuela

flamenca con sus escenas de taberna, sus animados rostros todos hinchados de cerveza y su atmósfera de humo de tabaco, su alborozo, sus grandes senos desnudos, sus risotadas en sus gruesos labios, y ese evidente materialismo que reina desde en el niño cuya cabeza rizada se sumerge en una jarra de vino hasta en las formas carnosas de la bondadosa Virgen sentada en su hornacina ennegrecida y llena de humo. Por lo demás, los ventanales inundaban de luz la estancia, que, a pesar de la vejez de sus muebles, no carecía de cierto aire juvenil, si hubierais visto las dos fuentes de mármol en los dos extremos de la sala y las baldosas negras y blancas del suelo. Pero el mueble principal, y el más sugerente e inspirador, era un inmenso canapé muy antiguo, muy sedoso, muy mullido, con colores muy vivos, verde, amarillo, aves del paraíso, ramos de flores, todo ello salpicado ricamente sobre un fondo de raso blanco y suave. Seguro que era allí donde, con frecuencia, cuando los criados recogían la mesa, se quedaba la pobre señora del castillo, sentada sobre los alegres cojines, esperando a su caballero, que llegaba sin querer molestar a nadie para beber algo frío si casualmente tenía sed. Sí, allí sin duda más de una bonita marquesa, más de una gran condesa de falda corta, tez rosada, bellas manos y corpiño ajustado, escuchó las dulces palabras que un buen número de gentiles abates filósofos y ateos susurraban en medio de una conversación sobre las sensaciones y las necesidades del alma. Sí, tal vez hubo muchos pequeños suspiros, lágrimas y besos furtivos.

¡Y todo aquello había pasado! Las marquesas, los abates, los caballeros, las palabras de los gentilhombres, todo se había desvanecido, esfumado, perdido… los besos, los amores, las tiernas efusiones, las seducciones de los tacones rojos[21]; el canapé seguía en su sitio sobre sus cuatro patas de caoba, pero la madera estaba carcomida, y los motivos de oro deshilachados y desteñidos.

Djalioh estaba al lado de Adèle. Esta hizo un mohín al sentarse, echó hacia atrás su silla, se sonrojó y se sirvió vino a toda prisa. Su vecino, en efecto, no resultaba nada agradable, pues llevaba un mes con el señor Paul en el castillo y aún no había dicho nada. Era excéntrico según unos, melancólico según otros, tonto, loco… en fin, mudo, añadían los más sensatos. En casa de la señora de Lansac pasaba por amigo del señor Paul; un amigo muy extraño, pensaban cuantos lo veían.

Era bajito, delgado y enclenque. Solo las manos transmitían algo de fuerza en su físico. Los dedos eran cortos, achatados, provistos de uñas robustas y medio ganchudas. En cuanto al resto del cuerpo, era tan frágil y tan débil, estaba revestido de un color tan triste y tan lánguido, que habríais gemido ante este hombre todavía joven y que parecía nacido para la tumba, como esos árboles jóvenes que viven partidos y sin hojas. Su ropa, completamente negra, realzaba aún más

el color lívido de su tez, ya que era de un amarillo cobrizo. Sus labios eran gruesos y dejaban ver dos hileras de largos dientes blancos, como los de los monos y los negros. En cuanto a su cabeza, era estrecha y aplastada por delante, pero por detrás tenía un desarrollo prodigioso. Esto se observaba sin dificultad, pues la escasez de sus cabellos permitía ver un cráneo desnudo y arrugado.

Había en todo ello un aire de salvajismo y de bestialidad extraño e inquietante que lo asemejaba más a un animal fantástico que a un ser humano. Sus ojos eran redondos, grandes, de un tono apagado y engañoso; y, cuando la mirada plomiza de ese hombre se fijaba en vosotros, experimentabais el peso de una rara fascinación. Y, sin embargo, no había nada duro ni feroz en sus rasgos; sonreía a todas las miradas, pero su sonrisa era estúpida y fría.

Si hubiera abierto la camisa que rozaba aquella piel gruesa y negra, habríais contemplado un ancho pecho que parecía el de un atleta, ¡respiraban con tanta holgura los formidables pulmones que alojaba su pecho peludo!

¡Ay!, su corazón también era vasto e inmenso, pero vasto como el mar, inmenso y vacío como su soledad. A menudo, en presencia de los bosques, de las montañas elevadas, del océano, su frente fruncida se estiraba de repente, las aletas de su nariz se separaban con violencia y toda su alma se dilataba ante la naturaleza, como una rosa que se abre al sol; y le temblaban todos sus miembros bajo el peso de un placer interior, y, con la cabeza entre las manos, caía en una melancolía letárgica. Entonces, digo, su alma brillaba a través de su cuerpo, como los bonitos ojos de una mujer detrás de un velo negro.

Pues esas formas tan feas, tan espantosas, esa tez amarillenta y enfermiza, ese cráneo deforme, esos miembros raquíticos, podían irradiar tal felicidad y entusiasmo; había tanto fuego y poesía en esos desagradables ojos de mono que entonces parecía como agitado violentamente por un galvanismo del alma. La pasión para él debía ser rabia, y el amor un frenesí; las fibras de su corazón eran más débiles y más sonoras que las de los demás; el dolor se convertía en espasmos convulsivos y las alegrías en deleites increíbles.

Su juventud era fresca y pura; tenía diecisiete años, o más bien sesenta, cien y siglos enteros, de tan viejo y roto que se sentía, azotado y abatido por todos los vientos del corazón, por todas las tormentas del alma. ¡Preguntad al océano cuántas arrugas lleva en la frente, contad las olas de la tempestad!

Había vivido mucho, muchísimo tiempo, no a través del pensamiento, pues ni las meditaciones del sabio ni los sueños habían ocupado un instante en toda su existencia, pero había vivido y crecido a través del alma, y ya era viejo de corazón. Sin embargo, sus afectos no se habían dirigido hacia nadie, ya que había en él un caos de los

sentimientos más extraños, de las sensaciones más extrañas. La poesía había reemplazado a la lógica y las pasiones habían ocupado el lugar de la ciencia. A veces creía oír voces que le hablaban detrás de un arbusto de rosas y melodías que caían de los cielos. La naturaleza se apoderaba de él con todas sus fuerzas, voluptuosidad del alma, pasiones ardientes, apetitos glotones.

Este era el resumen de una gran debilidad moral y física, con toda la vehemencia del corazón, pero de un corazón frágil y que se rompía ante cada obstáculo, como el rayo insensato que derriba los palacios, quema las diademas, abate las chozas y va a perderse en un charco de agua.

He aquí el monstruo de la naturaleza que estaba en contacto con el señor Paul, ese otro monstruo, o más bien esa maravilla de la civilización, defensor de todos sus símbolos: grandeza de espíritu, sequedad de corazón. Del mismo modo que este amaba las efusiones del alma, las dulces conversaciones del corazón, Djalioh amaba las ensoñaciones de la noche y los sueños de su pensamiento. Su alma se agarraba a lo que era bello y sublime como la yedra a las ruinas, las flores a la primavera, la tumba al cadáver, la desgracia al hombre; se aferraba a lo bello y moría con lo bello. Donde la inteligencia acababa, el corazón se arrogaba su imperio. Era vasto e infinito, porque comprendía el mundo en su amor. También amaba a Adèle, pero al principio como la naturaleza entera, con una simpatía dulce y universal; poco a poco este amor aumentó, a medida que su ternura por los demás seres disminuía. En efecto, todos nacemos con cierta cantidad de ternura y de amor que arrojamos alegremente a las primeras cosas que nos llegan: caballos, lugares, honores, tronos, mujeres, placeres, ¿a qué, en definitiva? A todos los vientos, a todas las corrientes impetuosas. Pero juntémoslo todo y tendremos un tesoro inmenso. Lanzad toneladas de oro a la superficie del desierto y la arena se las tragará enseguida, pero amontonadlas y formaréis pirámides.

Pues bien, Djalioh concentró muy pronto toda su alma en un solo pensamiento, y vivió de él.

IV

El plazo fatal de los quince días había llegado a su fin y se había volatilizado en una larga espera para la joven, en una fría indiferencia para su futuro marido.

La primera veía en el matrimonio un marido, cachemiras, un palco en la Ópera, carreras en el Bois de Boulogne, valses durante el

invierno, tantas cosas como quisiera y todo lo que una jovencita de dieciocho años fantasea en sus sueños dorados y en su alcoba cerrada.

El marido, por el contrario, veía en el matrimonio una mujer, cachemiras que pagar, una muñequita que vestir y todo lo que un pobre marido imagina mientras lleva a su mujer al baile.

Este, sin embargo, era lo bastante fatuo para creer que todas las mujeres estaban enamoradas de él; era una pregunta que se hacía siempre que se miraba en el espejo, y después de peinarse bien sus patillas negras.

Había decidido casarse porque se aburría solo en casa, y no quería más amantes desde que había descubierto que su criado tenía una. Además el matrimonio le obligará a quedarse en casa, y esto mejorará su salud. Tendrá una excusa para no ir de cacería, pues la caza le aburre. Finalmente, la mejor de todas las razones, tendrá amor, dedicación, felicidad doméstica, tranquilidad, hijos… ¡Bah!, mucho mejor que tranquilidad, felicidad y amor, cincuenta mil libras de renta en buenas granjas, en bonitos billetes de banco que colocará en fondos españoles.

Había estado en París, había comprado un palco en el teatro por diez mil francos, había mandado veinte invitaciones para el baile, y había vuelto al castillo de su suegra, todo en ocho días. Era un hombre prodigioso.

Así que un domingo de septiembre se celebró la boda. Era un día frío y húmedo, y una niebla espesa se abatía sobre el valle; la arena del jardín se pegaba a los zapatos fríos de las damas.

La misa se dijo a las diez, asistió poca gente. Djalioh se dejó llevar por el aluvión de aldeanos y entró. El incienso ardía sobre el altar, a su alrededor se respiraba un aire caliente y perfumado. La iglesia era baja, antigua, pequeña, con las paredes encaladas. El inteligente custodio había conservado sus vidrieras. Alrededor del coro se sentaban los invitados, el alcalde, su consejo municipal, amigos, el notario, un médico y los chantres con un sobrepelliz blanco. Todos tenían guantes blancos, un aire sereno; cada uno sacaba del bolsillo una moneda de cinco francos que al caer en el platillo tintineaba e interrumpía la monotonía de los cantos eclesiásticos. La campana repicaba.

Djalioh recordó que también la había oído cantar un día sobre un féretro, y que había visto gente vestida de negro rezar sobre un cadáver; y entonces, al dirigir su mirada hacia la novia vestida de blanco e inclinada ante el altar, con flores en la frente y un collar de perlas de tres vueltas en su garganta desnuda y ondulante, un horrible pensamiento le heló la sangre. Se tambaleó y se apoyó en una hornacina de santo casi vacía; solo quedaba en ella una figura, tan grotesca y horrible que daba miedo.

Al lado de la novia estaba él, su bienamado, al que miraba con tanta complacencia con sus ojos azules y sus grandes cejas negras, como dos diamantes engastados en el ébano.

Él llevaba unos impertinentes de concha con incrustaciones de oro y miraba con deseo a todas las mujeres, balanceándose en su sillón de terciopelo carmesí.

Djalioh estaba de pie, inmóvil y mudo, sin que nadie advirtiera la palidez de su cara, ni la amargura de su sonrisa, pues les parecía indiferente y frío como el monstruo de piedra que hacía muecas sobre su cabeza; y, sin embargo, la tempestad reinaba en su alma y la cólera anidaba en su corazón, al igual que los volcanes de Islandia bajo sus cabezas blanqueadas por la nieve. No era en modo alguno un frenesí brutal y expansivo, pero la acción se desarrollaba íntimamente, sin gritos, sin sollozos, sin blasfemias, sin esfuerzo. Estaba mudo, y su mirada no decía más que sus labios; sus ojos eran de plomo y su expresión estúpida.

Las mujeres jóvenes y bonitas viven mucho tiempo con una tez fresca y una piel suave, blanca, satinada; después languidecen, sus ojos se apagan, se debilitan, acaban cerrándose; y luego esa mujer graciosa y ligera que corría por los salones con flores en el pelo, cuyas manos eran tan blancas y desprendían un olor a almizcle y a rosa, pues bien, un buen día uno de vuestros amigos, si es médico, os comunica que dos pulgadas más abajo de su escote tenía un cáncer, y que ha fallecido; el frescor de su piel era el de un cadáver. Así es la historia de todas las pasiones íntimas, de todas esas sonrisas heladas.

La risa de la maldición es horrible, un suplicio aún mayor que contener el dolor.

No creáis, pues, en las sonrisas, ni en la alegría, ni en la felicidad. ¿En qué hay que creer entonces…?

Creed en la tumba.

Su asilo es inviolable, y su sueño, profundo.

Qué abismo se abre ante nosotros con esta palabra: eternidad. Pensemos un instante en el significado de estas palabras: vida, muerte, desesperación, alegría, felicidad; preguntaos un día en que lloréis sobre una cabeza querida, y que gimáis por la noche sobre un camastro de insomnio, preguntaos por qué vivimos, por qué morimos, y con qué fin, ¿en qué aliento de infortunio, en qué viento de desesperación, granos de arena como somos, rodamos así en el huracán? ¿Qué hidra calma su sed con nuestro llanto y se regodea con nuestros sollozos? Por qué todo esto… Y entonces el vértigo se apodera de vosotros y os sentís arrastrados hacia un precipicio inconmensurable, en cuyo fondo se oye vibrar una gigantesca risa de condenado.

Hay cosas en la vida e ideas en el alma que os empujan fatalmente hacia las regiones satánicas, como si vuestra cabeza fuera de hierro y os atrajera allí un imán de desgracias. ¡Oh, una calavera! Sus ojos hundidos y fijos, el tono amarillento de su superficie, su mandíbula mellada, ¿será esa la realidad, y la verdad sería la nada?

Es en este abismo insondable de la duda más acuciante, del dolor más amargo, donde se perdía Djalioh. Al ver aquel ambiente festivo, aquellas caras risueñas, y contemplar a Adèle, su amor, su vida, el encanto de sus facciones, la dulzura de su mirada, se preguntaba por qué todo eso le era negado, como un condenado al que hicieran morir de hambre delante de unos víveres y al que unos barrotes de hierro separasen de la existencia. Ignoraba también por qué ese sentimiento era diferente de los otros, ya que, en el pasado, si alguien en la cálida América le pedía un sitio a la sombra de sus palmeras, un fruto de sus jardines, él se lo ofrecía; ¿por qué, entonces, se preguntaba, el amor que siento por ella es tan exclusivo y tan absoluto? Es que el amor es un mundo, la unidad es indivisible.

Y después bajó la cabeza sobre el pecho y lloró un buen rato en silencio como un niño. Solo una vez se le escapó un grito ronco y penetrante como el de un búho, pero que se fundió con la voz dulce y melodiosa del órgano que tocaba un tedeum. Los sonidos eran puros e intensos, y se elevaban vibrando en la nave, mezclándose con el incienso.

Después se dio cuenta de que había un gran rumor entre la muchedumbre, de que las sillas se movían, y de que todo el mundo salía; un rayo de sol entró por las vidrieras de la iglesia, hizo centellear la peineta de oro de la novia y brilló unos instantes en las barras doradas del cementerio, única distancia que separaba el ayuntamiento de la iglesia. La hierba de los cementerios es verde, alta, espesa y bien nutrida. Los pies de los invitados se mojaron, sus medias blancas y sus relucientes escarpines se ensuciaron; maldijeron a los muertos.

El alcalde estaba en su puesto, de pie en lo alto de una mesa cuadrada cubierta con un tapete verde. Cuando pronunciaron el *sí* fatal, el señor Paul sonrió, Adèle palideció y la señora de Lansac sacó su frasco de sales.

Adèle reflexionó entonces. La pobre no salía de su asombro, ella que poco antes era tan alocada, tan soñadora, que corría por los prados, que leía novelas, poemas y cuentos, que galopaba sobre su yegua gris por los senderos del bosque, que amaba tanto oír el susurro de las hojas, el murmullo de los riachuelos… se veía de pronto convertida en *una dama*; es decir, ¡alguien que tiene un gran chal y va sola por la calle! Todos esos vagos presentimientos, esas conmociones íntimas del corazón, esa necesidad de poesía y de sensaciones que la

hacían soñar sobre el futuro, sobre ella misma, todo eso iba a encontrar una explicación, pensaba. ¡Como si fuera a despertarse de un sueño!

Desgraciadamente, todos esos pobres hijos del corazón y de la imaginación iban a verse asfixiados en la cuna, entre las tareas domésticas y las caricias que tendría que prodigar a un ser colérico con reuma y callos en los pies y al que llaman marido.

Cuando la multitud se apartó para que pasara el cortejo, Adèle sintió como si una zarpa de hierro se le clavara en la mano. Era Djalioh que, al pasar, la había arañado. Su guante desgarrado se tiñó de sangre; ella lo envolvió en su pañuelo de batista. Al volverse para subir a la calesa, vio otra vez a Djalioh apoyado en el estribo; sintió escalofríos, y entró corriendo en el carruaje.

Él estaba pálido como el vestido de la novia. Sus labios gruesos agrietados por la fiebre y cubiertos de granos se movían con viveza como alguien que hablara deprisa; los párpados le pestañeaban y la pupila le giraba lentamente en su órbita, como la de los idiotas.

V

Por la noche se celebró un baile en el castillo y pusieron farolillos en todas las ventanas. Había un gran desfile de carrozas, caballos y lacayos.

De vez en cuando aparecía una luz entre los olmos; se acercaba cada vez más siguiendo mil recodos en las tortuosas alamedas; finalmente, se detenía en la escalinata, con una calesa tirada por caballos empapados en sudor. Entonces se abría la portezuela y una mujer se apeaba; era joven o vieja, fea o hermosa, de rosa o de blanco, como queráis, y después de restablecer la economía de su peinado con algunos rápidos manotazos en el vestíbulo, a la luz tenue de los quinqués y en medio de los árboles verdes y de las flores y el césped que tapizaban las paredes, dejaba su capa y su boa a los lacayos. Entraba; se abren las puertas de doble hoja, la anuncian, se oye un gran ruido de sillas y de pies, se ponen en pie, se saludan, y después siguen esas mil y una conversaciones, esas naderías, esas encantadoras trivialidades que resuenan en los salones y que revolotean de un lado para otro como neblinas en un cálido invernadero.

El baile empezó a las diez; en el interior se oía el deslizamiento de los zapatos sobre el parqué, el roce de los vestidos, el ruido de la música, los sonidos de la danza; y en el exterior, el susurro de las hojas, los carruajes que se alejaban por la tierra mojada, los cisnes que batían las alas sobre el estanque, los ladridos de algún perro del

pueblo en réplica al ruido que venía del castillo, y los comentarios ingenuos y burlones de algunos campesinos que asomaban la cabeza a los cristales del salón.

En una esquina había un grupo de jóvenes, los amigos de Paul, sus antiguos compañeros de ocio, con guantes amarillos o azulados, con impertinentes, fracs, cabezas medievales y barbas que Rembrandt y toda la escuela flamenca ni vieron ni imaginaron nunca.

—Decidme, por favor —dijo uno de ellos, miembro del Jockey Club[22]—, ¿qué es esa cara ceñuda y arrugada como de vieja, justo detrás del asiento doble donde está tu mujer?

—¿Aquella? Es Djalioh.

—¿Quién es Djalioh?

—Oh, es toda una historia.

—Cuéntanosla —dijo un joven con el pelo aplastado sobre las orejas y la vista baja—, ya que no tenemos nada para divertirnos.

—Un poco de ponche, al menos —contestó animado un señor alto, delgado, pálido y de pómulos muy marcados.

—No pienso probarlo, y por una buena razón: es demasiado fuerte.

—¿Y un puro? —dijo el miembro del Jockey Club.

—¡Bah! ¿Cómo se te ocurre hablar de puros, Ernest, delante de las mujeres?

—Al revés, las vuelven locas; tengo diez amantes que fuman como dragones, y dos de ellas han aculotado todas mis pipas.

—Yo tengo una que bebe kirsch como una descosida.

—Bebamos —dijo uno de los amigos, al que no le gustaban ni los puros, ni el ponche, ni el baile, ni la música.

—No, que Paul nos cuente su historia.

—Queridos amigos, no es nada larga, aquí la tenéis entera: me aposté con el señor Petterwell, un amigo que tiene una plantación en Brasil, un fardo de tabaco Virginia[23] a cambio de Mirsa, una de sus esclavas, a que los monos… Bueno, a que se puede educar un mono; es decir, me desafió a que hiciera pasar un mono por un hombre.

—Entonces, ¿Djalioh es un mono?

—No, idiota, no es eso.

—Pues entonces…

—Es que tenéis que saber que mi viaje a Brasil ha sido divertidísimo. Petterwell tenía una esclava negra recién desembarcada del viejo canal de Bahamas[24], ¡que el diablo me lleve si recuerdo su nombre! Bueno, pues esa mujer no tenía marido… Nadie podía hacer el ridículo, y era muy bonita. Se la compré a Petterwell, pero la muy necia no quería nada conmigo, probablemente le parecía más feo que un salvaje.

Todos se echaron a reír, Paul enrojeció.

—Y un buen día, como estaba aburrido, le compré a un negro el orangután más precioso del mundo. La Academia de Ciencias llevaba mucho tiempo sin dilucidar un dilema: saber si podría haber un mestizo de mono y de hombre. Yo quería vengarme de aquella negrita tonta, y resulta que un día, al volver de una cacería, encuentro que el mono, al que había encerrado en mi dormitorio con la esclava, se ha escapado y ella está deshecha en llanto y toda ensangrentada por las zarpas de Bell. Unas semanas después la esclava sintió náuseas y dolor de vientre. Y, al cabo de cinco meses, vomitó varios días seguidos. Yo estaba casi seguro de lo que pasaba. Una vez sufrió un ataque de nervios tan violento que tuvieron que sangrarle brazos y piernas, porque yo habría lamentado muchísimo que se muriera. En resumen, al cabo de siete meses, un buen día parió en el estiércol; murió unas horas después, pero el recién nacido estaba muy sano. Me alegré sobremanera, la cuestión quedaba zanjada. Mandé enseguida el informe al Instituto, y el ministro, a instancias de este, me envió la Cruz de Honor.

—Tanto peor, mi querido Paul, ahora es una vulgaridad.

—¡Teorías de colegial! A las mujeres les gusta, la miran sonriendo cuando se les habla. Bueno, el caso es que eduqué al niño, lo quise como un padre.

—¡Ja, ja, ja! —soltó un caballero que tenía los dientes blancos y se reía siempre—. ¿Por qué no lo ha traído a Francia en sus otros viajes?

—He preferido que se quedara en su país natal hasta mi marcha definitiva, máxime sabiendo que la edad fijada por la apuesta era dieciséis años, ya que el acuerdo se estableció el primer año de mi estancia en Janeiro. En dos palabras, he ganado a Mirsa, he tenido la Cruz a los veinte años, y además he hecho una criatura por medios inusitados.

—¡Infernal! ¡Dantesco! —dijo un amigo, pálido.

—¡Ridículo! ¡Cómico! —exclamó otro que tenía mofletes y la tez colorada.

—¡Bravo! —gritó el caballero.

—¡Para morirse de risa! —dijo, retorciéndose de placer en un confidente elástico[25], un hombre rechoncho, de frente aplastada, ojos pequeños, nariz chata, labios finos, redondo como una manzana y granujiento como un melón, que saltaba y se agitaba como una carpa —. Un golpe famoso y propio de un maestro, un hombre normal jamás habría actuado así.

—Bueno, y ¿qué hace Djalioh? ¿Le gusta el tabaco? —preguntó el fumador con las manos llenas de cigarros, soltándolos deliberadamente sobre las rodillas de una dama.

—Para nada, le horroriza.

—¿Caza?

—Menos aún, los disparos de fusil le dan miedo.

—Seguro que trabaja, lee y escribe todo el día.

—Para eso tendría que saber leer y escribir.

—¿Le gustan los caballos? —preguntó el convaleciente.

—En absoluto.

—Entonces es un animal inerte y sin inteligencia. ¿Le gusta el sexo?

—Un día lo llevé a un burdel y huyó con una rosa y un espejo.

—Decididamente es un idiota —dijo todo el mundo.

Y el grupo se separó para hacer muecas y reverencias a las damas, que, por su parte, bostezaban y hacían melindres en ausencia de los bailarines. La hora avanzaba rápidamente al son de la música que brincaba sobre la alfombra, entre la danza y las mujeres. Dio la medianoche mientras bailaban un galop[26].

Djalioh se sentó desde el principio en una butaca al lado de los músicos; de vez en cuando se ponía en pie y se colocaba al otro lado. Si algún invitado, feliz y despreocupado, dichoso con la algarabía, animado por el vino, embriagado, en definitiva, por toda aquella cadena de mujeres de senos desnudos, labios sonrientes y miradas tiernas, se fijaba en él, Djalioh palidecía y sentía una gran tristeza. Por eso su presencia molestaba, y él parecía un fantasma o un demonio.

Los bailarines, agotados, se sentaron. Todo se volvió más apacible, sirvieron horchata, y únicamente el ruido de los vasos en las bandejas interrumpía el runrún de las voces que hablaban. El piano estaba abierto; había un violín encima, con un arco al lado. Djalioh cogió el instrumento y le dio varias vueltas entre sus manos, al igual que un niño con un juguete. Tocó el arco y lo dobló tan fuerte que estuvo a punto de partirlo varias veces. Finalmente, acercó el violín a su barbilla. Todo el mundo se echó a reír: su música era tan desacorde, extraña, incoherente. Miró a todos esos hombres, a todas esas mujeres, sentados, inclinados, encorvados, desplomados sobre banquetas, sillas, butacas, con grandes ojos atónitos. No comprendía esas risas y esa alegría súbita; continuó.

Los sonidos fueron al principio lentos, mortecinos; el arco arañaba las cuerdas y las recorría desde el puente hasta las clavijas sin emitir casi ningún ruido; después, poco a poco, la cabeza de Djalioh se animó; al bajarla gradualmente sobre la madera del violín, su frente se frunció, sus ojos se cerraron, y el arco saltó sobre las cuerdas como una pelota, rápidamente. La música era entrecortada, llena de notas agudas, de gritos desgarradores. Se sentía, al escucharla, una opresión terrible, como si todas las notas fueran de plomo y pesaran sobre el pecho. También se oyeron arpegios atrevidos, octavas que subían

como una aguja gótica, notas que corrían en masa y luego se desvanecían, saltos acelerados, acordes recargados; y todos estos sonidos, todo este ruido de cuerdas y de notas que silbaban sin compás, sin canto, sin ritmo, una melodía inexistente, pensamientos vagos y disolutos que se sucedían como una ronda de demonios, o de sueños que pasan y se esfuman empujados por otros en un torbellino sin descanso, en una carrera sin pausa.

Djalioh sostenía con fuerza el mástil del instrumento y, cada vez que levantaba uno de los dedos del diapasón, su uña hacía vibrar la cuerda que silbaba al morir. A veces se paraba, asustado por el ruido, sonreía tontamente y proseguía con más entusiasmo el curso de su ensoñación; finalmente, cansado, se detuvo, escuchó un buen rato para ver si todo aquello volvía, pero nada…: la última vibración de la última nota había muerto de agotamiento. Todos se miraron, sorprendidos de haber dejado que durara tanto semejante alboroto.

El baile se reanudó. Como eran casi las tres, se bailó un cotillón. Solo quedaban las mujeres jóvenes; las mayores se habían marchado, así como los hombres casados y tuberculosos.

Se abrieron entonces para facilitar el vals las puertas del salón, de la sala de billar y del comedor, que se comunicaban entre sí. Cada uno eligió a su pareja, se oyó el sonido resquebrajado del arco que golpeaba el atril y la danza empezó.

Djalioh estaba apoyado en una hoja de la puerta. El vals pasaba junto a él, girando, bullicioso, envuelto en risas y alegría. Veía a Adèle dar vueltas y desaparecer, volver y esfumarse de nuevo. Cada vez la veía apoyarse en un brazo que sostenía su cintura, agotada como estaba por el baile y los placeres; y cada vez sentía en su interior un demonio que se estremecía y un instinto salvaje que rugía en su alma, como un león en su jaula. Cada vez, en el mismo compás repetido, en el mismo golpe de arco, en la misma nota, al final de un mismo tiempo, veía pasar ante sus ojos el bajo de un vestido blanco con flores rosas y dos zapatos de raso que se entreabrían; y eso duró mucho tiempo, unos veinte minutos. El baile se detuvo; acalorada, ella se enjugó la frente, y luego danzó de nuevo más ligera, más saltarina, más bonita y más sonrosada que nunca.

Era un suplicio infernal, un dolor de condenado. ¿Qué? ¡Sentir en su pecho todas las fuerzas necesarias para amar, tener el alma afligida por un fuego ardiente y no poder apagar el volcán que os consume ni romper ese lazo que os ata! ¡Estar allí, atado a una árida roca, con la sed en la garganta, como Prometeo, ver sobre el vientre un buitre que os devora, y no poder en vuestra cólera agarrarlo con las dos manos y aplastarlo!

«¡Oh! ¿Por qué —se preguntaba Djalioh en su amargo dolor, con la cabeza baja mientras el vals corría y giraba loco de placer, y mientras

las mujeres bailaban y la música vibraba cantarina—, por qué no soy feliz y bailo como los demás? ¿Por qué soy tan feo y por qué esas mujeres no lo son? ¿Por qué huyen cuando sonrío? ¿Por qué sufro así y me aburro y me odio a mí mismo? ¡Oh! Si pudiera llevármela a ella, y desgarrar toda la ropa que la cubre, convertir en jirones los velos que la ocultan, y estrecharla luego entre mis brazos, huir con ella muy lejos, a través de los bosques, las praderas, los campos, cruzar los mares, y llegar al fin a la sombra de una palmera, y entonces mirarla mucho tiempo y conseguir que ella también me mire, que me rodee con sus brazos desnudos… y después… ¡ay!…» Y lloraba de rabia.

Las lámparas se apagaban, el reloj de péndulo dio las cinco; se oyeron algunos carruajes que se detenían, y luego los bailarines y las bailarinas recogieron su ropa de abrigo y se marcharon; los criados cerraron los toldos y se fueron.

Djalioh no se había movido, y, cuando levantó la cabeza, todo había desaparecido: las mujeres, el baile y los sonidos; todo se había esfumado y la última lámpara resplandecía aún en las pocas gotas de aceite que le quedaban de vida.

En ese momento el alba apareció en el horizonte detrás de los tilos.

VI

Djalioh cogió una vela y subió a su dormitorio. Después de quitarse la ropa y los zapatos, se metió de un salto en la cama, apoyó la cabeza en la almohada e intentó dormir, pero ¡fue imposible!

Oía en su cabeza un zumbido constante, un estrépito singular, una música extraña. La fiebre le palpitaba en las arterias, y tenía las venas de la frente verdes e hinchadas. La sangre bullía en sus venas, le subía al cerebro y lo ahogaba. Se levantó y abrió la ventana; el aire fresco de la mañana calmó sus sentidos. El día empezaba, y las nubes huían con la luna de los primeros rayos de luz. Contempló largamente en la noche las mil formas fantásticas que dibujan las nubes, luego volvió la vista a su vela, cuyo disco luminoso iluminaba las cortinas de seda verde. Finalmente, al cabo de una hora, salió.

Seguía bastante oscuro, y el rocío estaba suspendido en cada hoja de los árboles. Había llovido mucho, los caminos pisoteados por las ruedas de los carruajes estaban resbaladizos y embarrados. Djalioh se internó en los más tortuosos y oscuros. Paseó mucho tiempo por el parque, pisando las primeras hojas de otoño, amarillas y arrastradas por el viento. Mientras andaba sobre la hierba mojada, a través del follaje, con el ruido de la brisa que agitaba los árboles, oyó en la lejanía los primeros sonidos de la naturaleza que despierta.

¡Qué dulce soñar así, escuchando con gozo el crujido de sus pasos sobre las hojas secas y la madera muerta que el pie rompe, y dejarse llevar por los caminos sin barreras, como la corriente de ensueño que empuja vuestra alma! A menudo un pensamiento triste y desgarrador se apodera largo tiempo de vosotros al contemplar esas hojas que caen, esos árboles que gimen y esa naturaleza entera que canta tristemente al despertar como si saliera de la tumba. Y entonces alguna cabeza querida se os aparece en la sombra, una madre, una amiga, y los fantasmas que pasan a lo largo del muro negro, todos serios y con vestiduras blancas. Luego el pasado vuelve también como otro fantasma, el pasado con sus penas, sus dolores, sus lágrimas y algunas risas; y el futuro se muestra a su vez, más variado, más indefinido, envuelto en una gasa ligera, como estas sílfides tan soñadas que se elevan desde un arbusto y vuelan con los pájaros. Nos gusta escuchar el viento que pasa entre los árboles inclinando sus cabezas, y que canta como un desfile de muertos, y cuyo soplo agita vuestro cabello y refresca vuestra frente ardiente.

Eran más terribles los pensamientos en que se perdía Djalioh. Una melancolía soñadora colmada de capricho y de fantasía proviene de un dolor tibio y largo; pero la desesperación es material y palpable. Era, por el contrario, la realidad lo que le abatía.

¡Oh, la realidad! ¡Fantasma abrumador como una pesadilla y, sin embargo, transitoria como el espíritu!

A él, ¿qué más le daba el pasado ya perdido y el futuro que se resumía en una palabra insignificante: la muerte? Era el presente lo que tenía, el minuto, el instante lo que le obsesionaba. Era este presente lo que quería destruir, pisotear, degollar con sus manos. Cuando pensaba en él, pobre y desesperado, con los brazos vacíos, y en el baile y sus flores, y aquellas mujeres, Adèle y sus senos desnudos, y su hombro y su mano blanca; cuando pensaba en todo eso, una risa salvaje estallaba en su boca y retumbaba entre sus dientes, como un tigre hambriento que se muere. Veía en su espíritu la sonrisa de Paul, los besos de su mujer. Veía a los dos tendidos sobre un lecho sedoso, abrazándose entre suspiros y gritos de voluptuosidad; veía hasta las sábanas que se retorcían con sus abrazos, hasta las flores que había en las mesas, y las alfombras y los muebles, y todo lo que, en definitiva, tenían allí; y, cuando volvía la vista hacia él, rodeado de árboles, caminando solo por la hierba y las ramas rotas, se estremecía. Comprendía, asimismo, la distancia inmensa que los separaba; y, cuando se preguntaba por qué las cosas eran así, una barrera infranqueable aparecía ante él, y un velo negro oscurecía su pensamiento.

¿Por qué Adèle no era suya? ¡Ay!, si lo fuera, ¡qué feliz sería teniéndola entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho y

cubriéndola de ardientes besos! Y rompía a sollozar.

¡Ay! ¡Si hubiera sabido, como nosotros los hombres, que la vida, cuando nos obsesiona, se va y desaparece velozmente con el gatillo de una pistola! ¡Si hubiera sabido que por cuatro perras un hombre es feliz, y que el río se traga a los muertos!… Pero no, la desgracia forma parte de la naturaleza; nos ha dado el sentimiento de la existencia para conservarlo más tiempo.

Llegó enseguida al borde del estanque. Los cisnes jugaban con sus crías, se deslizaban por el cristal con las alas abiertas y el cuello curvado sobre el lomo. Los más grandes, el macho y la hembra, nadaban juntos en la rápida corriente del riachuelo que atravesaba el estanque; de vez en cuando, volvían el uno hacia el otro su largo cuello blanco y se miraban nadando, luego retrocedían, se sumergían y batían las alas sobre la superficie del agua, que se agitaba con sus juegos cuando su pecho avanzaba como la proa de una barca.

Djalioh contempló la gracia de sus movimientos y la belleza de sus formas. Y se preguntó por qué no era un cisne, y tan hermoso como estos animales. Cuando se acercaba, la gente huía; los hombres lo despreciaban. ¿Por qué no era hermoso como ellos? ¿Por qué el cielo no lo había hecho cisne, pájaro, algo ligero que canta y es amado? O mejor, ¿por qué no era nada? ¿Por qué —se decía empujando una piedra con la punta del pie—, por qué no soy como ella? ¡La golpeo, vuela y no sufre! Entonces saltó al bote, soltó la cadena, cogió los remos y fue a atracar en la otra orilla, en la pradera que empezaba a salpicarse de animales.

Al cabo de unos instantes, se dirigió al castillo. Los criados ya habían abierto las ventanas y ordenado el salón. La mesa estaba puesta porque eran casi las nueve, ¡había sido tan lento y tan largo el paseo de Djalioh!

El tiempo pasa veloz en la alegría, veloz también en las lágrimas, es un anciano que corre siempre sin perder el aliento.

Corre veloz, camina sin descanso, siega y tala sin piedad, viejo de cabellos blancos. Camina, y corre siempre, arrastra tu miseria, tú que estás condenado a vivir, y llévanos deprisa a la fosa común, donde arrojas todo lo que entorpece tu camino.

VII

Después del desayuno, el paseo, pues el sol empezaba a mostrarse a través de las nubes.

Las damas quisieron dar un paseo en bote, el frescor del agua mitigaría su fatiga de la noche.

Se dividieron en tres grupos. Paul, Djalioh y Adèle iban en el mismo. Ella parecía cansada y tenía la tez pálida. Su vestido era de muselina azul con flores blancas; estaba más bella que nunca. Adèle acompañó a su marido, por respeto a las conveniencias. Djalioh no lo comprendía. De igual modo que su alma abrazaba todo lo que era simpatía y amor, su espíritu se resistía a cuanto llamamos delicadeza, costumbre, honor, pudor y conveniencia. Se sentó en la proa y empezó a remar.

En medio del estanque había una pequeña isla concebida para servir de refugio a los cisnes; estaba plantada de rosales, cuyas ramas dobladas se miraban en el agua dejando en su superficie algunas flores marchitas. La joven desmigó un trozo de pan, lo tiró al agua, y los cisnes acudieron corriendo, estirando el cuello para coger las migas que se alejaban empujadas por la corriente. Cada vez que ella se inclinaba y extendía su mano blanca, Djalioh sentía cómo su aliento le acariciaba el cabello y sus mejillas le rozaban la cabeza, que parecía arder. El agua del lago era límpida y serena, pero la tempestad estaba en su corazón; varias veces creyó volverse loco, y se llevaba la mano a la frente, como un hombre que desvaría o que imagina soñar.

Remaba deprisa, pero el bote avanzaba menos que los demás por lo bruscos y convulsos que eran sus movimientos. De vez en cuando su mirada apagada y gris se volvía lentamente hacia Adèle y se clavaba en Paul. Parecía en calma, pero era la calma de la ceniza que cubre un brasero; y solo se oía el remo que entraba en el agua, el agua que chapoteaba lentamente a ambos costados del bote y las palabras que intercambiaban los recién casados; después se miraban sonriendo, y los cisnes nadaban veloces por el estanque. El viento tiraba algunas hojas sobre los paseantes, el sol brillaba a lo lejos sobre las verdes praderas por las que serpenteaba el río, y el bote se deslizaba entre todo aquello, rápido y silencioso.

Djalioh volvió más lentas las paladas, se llevó una mano a los ojos y la retiró instantes después caliente y húmeda; cuando agarró el remo de nuevo, las lágrimas que rodaban por sus manos se perdieron en el riachuelo. El señor Paul, al ver que se había alejado del grupo, cogió la mano de Adèle y depositó en su guante satinado un largo beso de felicidad que resonó en los oídos de Djalioh.

VIII

La señora de Lansac tenía muchos monos —una pasión de mujer entrada en años—, las únicas criaturas que, junto con los perros, no rechazaban su amor.

En este comentario no hay mala intención, y, si la hubiera, sería más bien para complacer a los jóvenes que los odian mortalmente. Lord Byron decía que no podía ver sin repugnancia cómo comía una mujer hermosa; tal vez nunca imaginó la compañía de esa mujer unos cuarenta años después, que se reducirá a su carlino y su mona. Todas esas mujeres que veis tan jóvenes y tan lozanas, pues bien, si no mueren antes de los sesenta, un día tendrán la manía de los perros en vez de la de los hombres y vivirán con un mono en vez de con un amante.

Es muy triste, pero cierto; y después de pasar doce años poniéndose amarillas y acartonándose como un viejo pergamino al lado de su chimenea, en compañía de un gato, de una novela, de su cena y de su criada, ese ángel de belleza morirá y se convertirá en un cadáver, es decir, una carroña que hiede, y después un poco de polvo, la nada… aire fétido aprisionado en una tumba.

Hay personas que siempre veo en su estado de esqueleto, y cuya tez amarillenta me parece moldeada con la tierra que la cubrirá.

No me gustan mucho los monos y, sin embargo, cometo un error, porque los considero una imitación perfecta de la naturaleza humana. Cuando veo a uno de esos animales (no me refiero aquí a los hombres), tengo la impresión de verme en un espejo de aumento: los mismos sentimientos, los mismos apetitos brutales, un poco menos de orgullo y nada más.

Djalioh sentía por ellos una extraña afinidad. Con frecuencia se pasaba horas contemplándolos, sumido en una meditación profunda o en una observación de lo más minuciosa.

Adèle se acercó a las jaulas comunes (pues las jóvenes aman a veces a los monos, probablemente como símbolos de sus maridos) y les echó avellanas y pasteles. Los animales se abalanzaron sobre ellos, peleándose, arrancándose los trozos como los diputados las migajas que caen del sillón ministerial, y dando gritos como los abogados. Uno en concreto se apropió del pastel más grande, lo devoró a toda velocidad, cogió la avellana más bonita, la abrió con las uñas, la peló y tiró las cáscaras a sus compañeros con aire obsequioso. Tenía alrededor de la cabeza, sobre su cráneo deforme, una corona de pelos ralos que lo asemejaba bastante a un rey. Otro estaba humildemente sentado en un rincón, con los ojos bajos y la actitud modesta de un sacerdote, llevándose por detrás lo que no podía robar por delante. Finalmente, un tercero —era una hembra— de carnes fofas, pelo largo y ojos hinchados, iba y venía sin parar con gestos lascivos que hacían enrojecer a las señoritas, mordiendo a los machos, pellizcándolos y silbando en sus oídos; se parecía a muchísimas mujeres de vida alegre que conozco.

Todo el mundo se reía de sus gentilezas y de sus modales, ¡era tan

gracioso! Djalioh era el único que no se reía, sentado en el suelo, con las rodillas a la altura de la cabeza, los brazos sobre las piernas y los ojos mortecinos clavados en un solo punto.

Por la tarde se marcharon a París. Djalioh seguía enfrente de Adèle, como si a la fatalidad le complaciera reírse siempre de su dolor. Fatigados, se durmieron todos con el dulce balanceo de las sopandas[27], y con el ruido de las ruedas que avanzaban lentamente por las grandes rodadas ahondadas por la lluvia; y los cascos de los caballos se hundían y resbalaban en el barro. Una ventanilla abierta detrás de Djalioh dejaba entrar el aire en el carruaje, y el viento soplaba en sus hombros y en su cuello.

Todos seguían con su cabeza adormilada el movimiento de la calesa. Djalioh era el único que no dormía, y la tenía pegada al pecho.

IX

Eran los primeros días del mes de mayo. Habían dado, según creo, las siete de la mañana. El sol salía e iluminaba con su esplendor todo París, que se despertaba en un bonito día de primavera.

La señora Paul de Monville se había levantado temprano y se había retirado a un salón para terminar a toda prisa, antes de la hora del baño, del desayuno y del paseo, una novela de Balzac.

La calle en que vivían los recién casados, en el barrio de Saint-Germain, era ancha y estaba desierta y ensombrecida por los altos muros y los extensos jardines con sus acacias y sus tilos, cuyas frondosas y trémulas ramas caían por encima de unos muros de piedra entre los que crecían las briznas de hierba. Rara vez se oía ruido, salvo el de algún carruaje avanzando por el empedrado con sus dos caballos blancos, o ya de noche, el de la juventud volviendo de una orgía o de un espectáculo con algunas perdidas de senos desnudos, ojos enrojecidos y vestidos desgarrados.

En uno de esos palacetes vivía Djalioh con el señor Paul y su mujer. Y desde hacía casi dos años habían pasado muchas cosas en su alma, y las lágrimas contenidas habían cavado en ella una profunda fosa.

Una mañana, el día del que os hablo, se levantó y salió al jardín donde un niño de alrededor de un año, envuelto en muselinas, gasas, bordados y chales de colores, dormía en una cuna en forma de barquilla cuyo dosel doraban los rayos de sol.

La niñera no estaba, y él miró a uno y otro lado, se acercó, se pegó a la cuna, quitó impulsivamente la manta, y se quedó un rato contemplando a la pobre criatura somnolienta y adormecida, con sus

manos regordetas, sus formas redondeadas, su cuello blanco, sus pequeñas uñas. Luego la cogió en brazos, le dio una vuelta en el aire por encima de su cabeza y la arrojó con todas sus fuerzas al césped, donde resonó el golpe. El pequeño dio un grito, y sus sesos se desparramaron a diez pasos de un alhelí.

Djalioh abrió sus labios pálidos y soltó una risa forzada tan fría y terrible como la mirada de los muertos. Luego se dirigió a la casa, subió la escalera, abrió la puerta del comedor, la cerró de nuevo, cogió su llave, así como la del pasillo, y cuando llegó al vestíbulo del salón, las tiró por la ventana a la calle. Por último, entró en el salón de puntillas y, una vez en su interior, dio dos vueltas a la llave. Apenas se veía nada, pues las persianas cuidadosamente cerradas dejaban entrar muy poca luz.

Djalioh se detuvo, y solo oyó el ruido de las hojas que pasaba la bonita mano blanca de Adèle, tendida indolentemente en su sofá de terciopelo rojo, y el gorjeo de las aves que había en la pajarera de la terraza, cuyo batir de alas sobre el enrejado de hierro llegaba a través de las celosías verdes. En un rincón del salón, al lado de la chimenea, había una jardinera de caoba llena de fragantes flores rosas, blancas, azules, altas o frondosas, con un follaje verde, un tallo pulido y que se reflejaban por detrás en un gran espejo.

Finalmente, se acercó a la joven y se sentó a su lado. Ella se estremeció de súbito y lo miró con sus ojos azules extraviados. Su bata de muselina blanca con volantes se abría por delante, y sus piernas cruzadas dibujaban, a pesar de la ropa, la forma de sus muslos. La envolvía un perfume embriagador; los guantes blancos tirados sobre la butaca con su cinturón, su pañuelo, su chal… todo despedía un olor tan delicioso y tan especial que las gruesas aletas de la nariz de Djalioh se abrieron para aspirar el aroma.

¡Oh!, hay al lado de la mujer amada una atmósfera perfumada que embriaga.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella con terror en cuanto lo reconoció.

Siguió un largo silencio. Él no respondió y la miró vorazmente; luego, acercándose cada vez más, rodeó su cintura con las dos manos y estampó en su cuello un ardiente beso que pareció clavarse en Adèle como la mordedura de una serpiente. Él vio cómo su carne enrojecía y palpitaba.

—Voy a pedir socorro —gritó ella horrorizada—. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Es un monstruo! —añadió mirándolo.

Djalioh no respondió. Solo balbuceó y se golpeó la cabeza con furia. ¿Cómo? ¡No poder decirle una palabra! ¡No poder enumerar sus torturas y dolores, y no tener más que ofrecerle que las lágrimas de un animal y los suspiros de un monstruo! ¡Y encima ser rechazado como

un reptil! ¡Ser odiado por lo que amas y sentir la imposibilidad de decir nada! ¡Estar maldito y no poder blasfemar!

—¡Déjeme, se lo ruego! ¡Déjeme! ¿No ve que me inspira horror y repugnancia? Voy a llamar a Paul, y él lo matará.

Djalioh le enseñó la llave que tenía en la mano y se detuvo. Dieron las ocho en el reloj de péndulo, y los pájaros gorjeaban en su jaula; se oyó el rodar de una carreta que pasaba, luego se alejó.

—Entonces, ¿no piensa marcharse? ¡Déjeme, en nombre del cielo!

Ella quiso ponerse en pie, pero Djalioh la retuvo por el faldón de la bata, que se desgarró con sus uñas.

—Necesito salir, tengo que salir… ¡Tengo que ver a mi hijo! ¡Me dejará ver a mi hijo!

Una idea atroz hizo que todos sus miembros se estremecieran. Ella palideció y agregó:

—¡Mi hijo! Tengo que verlo enseguida, ¡en este instante!

La joven se volvió y vio gesticular ante ella un rostro de demonio. Él soltó una sola carcajada, tan larga y tan fuerte que Adèle, petrificada de terror, se postró ante él.

Djalioh se arrodilló también y la agarró, la obligó a sentarse por la fuerza en sus rodillas, y con las manos desgarró toda su ropa, destrozó los velos que la cubrían; y, cuando la vio temblar como una hoja sin su camisa, con los brazos cruzados sobre sus pechos desnudos, anegada en llanto, con las mejillas rojas y los labios azulados, sintió el peso abrumador de una extraña opresión. Luego cogió las flores, las esparció por el suelo, arrancó las cortinas de seda rosa y se quitó la ropa.

Adèle lo vio desnudo, tembló de horror y volvió la cabeza. Djalioh se acercó y la estrechó largamente contra su pecho. Ella sintió en su piel cálida y suave la carne fría y velluda del monstruo. Él saltó sobre el sofá, tiró los cojines y se balanceó un buen rato sobre el respaldo, con un movimiento maquinal y regular de sus flexibles vértebras; de vez en cuando daba un grito gutural y sonreía entre dientes.

¿Qué más podía desear? ¡Una mujer delante de él, flores a sus pies, la luz de un día rosado, el ruido de una pajarera por música y algunos pálidos rayos de sol para calentarlo!

Dejó de columpiarse, se abalanzó sobre Adèle, le clavó las zarpas en la carne y la atrajo hacia él; le arrancó la camisa.

Al verse completamente desnuda en el espejo, entre los brazos de Djalioh, lanzó un grito de horror y rezó a Dios. Quiso pedir ayuda, pero fue incapaz de articular una sola palabra.

Djalioh, al verla así, desnuda y con el pelo suelto sobre los hombros, se detuvo lleno de estupor, como el primer hombre que vio a una mujer; la respetó algún tiempo, le arrancó sus cabellos rubios, se

los metió en la boca, los mordió, los besó, luego rodó por el suelo sobre las flores, entre los cojines, sobre las prendas de Adèle, contento, enloquecido, ebrio de amor.

Adèle lloraba y un hilo de sangre se deslizaba sobre sus senos de alabastro.

La feroz brutalidad de Djalioh ya no conoció límites. Saltó sobre ella, separó sus manos, la tendió en el suelo y la hizo rodar con desenfreno. A menudo soltaba gritos feroces y extendía los dos brazos, estúpido e inmóvil; y sus gemidos de placer recordaban a un hombre que muere.

De pronto sintió bajo su cuerpo las convulsiones de Adèle. Sus músculos se tensaron como el hierro. Ella lanzó un grito y un suspiro lastimero que se vieron ahogados por sus besos. Luego sintió su frialdad; Adèle rodó sobre sí misma, su boca se entreabrió y sus ojos se cerraron.

Cuando llevaba mucho tiempo inerte y helada, él se levantó, la puso boca arriba y boca abajo, besó sus pies, su manos, su boca, y corrió saltando por las paredes. Reanudó su carrera varias veces, hasta que se arrojó de cabeza contra la chimenea de mármol y cayó inmóvil y ensangrentado sobre el cuerpo de Adèle.

X

Cuando se encontró a Adèle, tenía en el cuerpo la marca de unas zarpas enormes, profundas. En cuanto a Djalioh, su cráneo estaba horriblemente destrozado. Creyeron que la joven, defendiendo su honor, lo había matado con un cuchillo.

Todo esto se publicó en los periódicos, lo que dio para ocho días de suspiros y exclamaciones.

Al día siguiente se enterró a los muertos. El cortejo fúnebre fue magnífico, con dos féretros, el de la madre y el del niño; y no faltaron penachos negros, cirios, sacerdotes que cantan, una multitud que se agolpa y hombres de negro con guantes blancos.

XI

—¡Qué terrible! —exclamaba unos días después toda una familia de tenderos reunidos patriarcalmente alrededor de una enorme pierna de cordero cuyo aroma cosquilleaba el olfato.

—¡Pobre pequeño! —dijo la mujer del tendero—. ¡Mira que matar

a un niño! ¿Qué podía haberle hecho?

—¡A quién se le ocurre! —añadió el tendero, indignado en su virtud, hombre eminentemente moral, condecorado con la Cruz de Honor por su buen comportamiento en la guardia nacional, y abonado a *Le Constitutionnel*[28]—. ¿Cómo ha podido matar a esa pobre mujercita? ¡Qué indignidad!

—Pero también creo que es efecto de la pasión —dijo un muchacho gordo y mofletudo, el hijo de la casa, que acababa de terminar el cuarto curso a los diecisiete años, pues su padre era partidario de dar *inducación* a los jóvenes.

—¡Ay!, la gente tendría que contenerse un poco —dijo su empleado, pidiendo por tercera vez unas alubias.

Llamaron a la tienda, y este se fue a vender velas por dos céntimos.

XII

Queréis un final a toda costa, ¿no es así? Y os parece que tardo demasiado en darlo; pues ¡aquí lo tenéis!

En cuanto a Adèle, fue enterrada, pero al cabo de dos años había perdido su belleza, pues la exhumaron para trasladarla al Père-Lachaise[29] y apestaba tanto que el sepulturero se sintió mal.

¿Y Djalioh?

¡Está precioso! Barnizado, pulido, impecable, magnífico, pues ya sabéis que el gabinete de zoología se apropió de él y lo convirtió en un soberbio esqueleto.

¿Y el señor Paul?

¡Caramba… se me olvidaba! Ha vuelto a casarse; a veces lo veo en el Bois de Boulogne, y esta noche os lo encontraréis en los Italianos[30].

8 de octubre de 1837

EDGAR ALLAN POE

LOS ASESINATOS DE LA RUE MORGUE (1841)

Traducción
Marta Salís

Edgar Allan Poe nació en Boston en 1809, hijo de dos actores de teatro itinerantes. Huérfano a los dos años, lo recogió un rico comerciante de Richmond, Virginia, llamado John Allan. Su vida disipada y su afición a la bebida y al juego le distanciaron de su padre adoptivo, que se negó a pagar sus deudas y le obligó a buscar trabajo. Después de escribir tres volúmenes de poemas, sería el relato «Manuscrito encontrado en una botella», publicado en 1833 en la revista *Sunday Visitor* de Baltimore, el que le abriría las puertas del mundo literario. Aunque él se consideraba un poeta por encima de todo —su dominio del ritmo y la sonoridad del verso en *El cuervo, Las campanas* o *Annabel Lee* son asombrosos—, es en la prosa donde su genio y originalidad encuentran su máxima expresión. Sus cuentos se desarrollan casi siempre en ambientes góticos y siniestros, plagados de intervenciones sobrenaturales, y preludian la literatura moderna de terror, el género policíaco y la ciencia ficción, como vemos en *La caída de la casa Usher, El pozo y el péndulo, El escarabajo de oro* y *La verdad sobre el caso Valdemar*. Destaca, asimismo, su única novela: *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (1838). Entre otras corrientes, su obra influiría notablemente en los simbolistas franceses (sobre todo en Baudelaire, que lo daría a conocer en Europa). Murió en Baltimore a los cuarenta años.

«Los asesinatos de la Rue Morgue» (*The Murders in the Rue Morgue*) se publicó por primera vez en la revista *Graham's Magazine* en abril de 1841. Auguste Dupin, considerado el primer detective de la narrativa literaria, proseguiría sus hazañas deductivas en *El misterio de Marie Rogêt* (1842) y *La carta robada* (1844). Con él nacen el método y las reglas que aplicarían muchos sabuesos posteriores, como el Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle y el Hercules Poirot de Agatha Christie. Encontramos en este relato la temprana y sugestiva presencia de un antropoide como figuración central y cuidadosamente elidida. Su brutalidad, decididamente no humana, es utilizada como ingenioso y original recurso de una trama detectivesca.

La canción que cantaban las sirenas, o el nombre que adoptó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres, son cuestiones espinosas, pero que no se hallan fuera de *toda* conjetura.

SIR THOMAS BROWNE, *El enterramiento en urnas* (1658)

Las facultades del intelecto llamadas analíticas son, en sí mismas, muy poco susceptibles de análisis. Las apreciamos solamente por sus resultados. Entre otras cosas, sabemos de ellas que proporcionan un goce extraordinario a quien las posee. Así como el hombre fuerte se regocija con sus facultades físicas, recreándose en ejercitar su musculatura, el hombre analítico disfruta de la actividad moral que *desentraña*. Encuentra placer incluso en las ocupaciones más triviales que ponen a trabajar su talento. Es aficionado a los enigmas, a las adivinanzas, a los jeroglíficos; y muestra en cada una de sus soluciones un grado de *perspicacia* que a una mentalidad normal le parece de otro mundo. Sus resultados, fruto del alma y la esencia del método, tienen, a decir verdad, todo el aire de una intuición. Esta capacidad resolutiva se ve posiblemente muy fortalecida por los estudios matemáticos, y en especial por su rama más elevada, que, injustamente, y solo a causa de su funcionamiento retrógrado, se ha llamado, *par excellence*, análisis. Sin embargo, calcular no es en sí mismo analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo primero sin esforzarse en lo segundo. De ahí que el ajedrez, en cuanto a sus efectos sobre el carácter mental, sea malinterpretado. No pretendo escribir un tratado, me limitaré a prologar una narración bastante extraña con algunas observaciones hechas al azar; aprovecharé la ocasión, por este motivo, para afirmar que lo más elevado de la inteligencia reflexiva se pone a prueba de un modo más contundente y eficaz con el modesto juego de damas que con toda la elaborada frivolidad del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen movimientos diferentes y *extraños*, con valores distintos y variables, lo que solo es complejo se confunde (un error que no es infrecuente) con lo que es profundo. Se requiere aquí una *atención* extrema. Un instante de distracción y puede cometerse un fallo que lleve a un perjuicio o a una derrota. Como los movimientos posibles no son solo diversos sino también intrincados, la probabilidad de distraerse se multiplica; y, en nueve de cada diez casos, es el jugador que más se concentra, y no el más agudo, quien gana. En las damas, por el contrario, donde hay un *único* movimiento y apenas hay

variaciones, las posibilidades de un descuido disminuyen; y, al quedar relativamente al margen la atención, las ventajas que obtiene cada uno de los adversarios se deben a una *perspicacia* superior. Para decirlo de un modo menos abstracto, imaginemos una partida de damas en la que las piezas se redujesen a cuatro reyes, y donde, como es natural, no hubiera el menor descuido. Es obvio que la victoria se decidiría (si los jugadores estuvieran igualados) tan solo por un movimiento *recherché*[31], producto de un encomiable esfuerzo intelectual. Desprovisto de los recursos ordinarios, el hombre analítico se adentra en el espíritu de su contrincante, se identifica con él, y con frecuencia ve, echando una ojeada, el único método (a veces absurdamente sencillo) que puede inducir a error o precipitar un cálculo erróneo.

Hace tiempo que se ha observado la influencia del wist en lo que se denomina la capacidad de cálculo; y hombres de portentosa inteligencia han mostrado una aparentemente incomprensible afición por este juego, mientras desechaban por frívolo el ajedrez. Sin lugar a dudas, no hay nada de naturaleza similar que ponga de tal modo a prueba la capacidad de análisis. El mejor ajedrecista de la cristiandad *quizá* no sea mucho más que el mejor ajedrecista; pero la maestría en el wist implica una capacidad para triunfar en cualquier empresa importante en que un intelecto se enfrenta a otro. Cuando hablo de maestría, me refiero a esa perfección en el juego que incluye valerse de *todos* los recursos que puedan procurar una ventaja legítima. Estos no solo son numerosos sino también multiformes, y con frecuencia se hallan en rincones del pensamiento completamente inaccesibles para un entendimiento normal y corriente. Observar con atención es recordar con claridad; y, en este sentido, el ajedrecista que no se distrae jugará bien al wist; aparte de que las reglas de Hoyle[32] (basadas en el mero mecanismo del juego) son suficiente y generalmente comprensibles. Así, pues, tener buena memoria y regirse por el «libro» son las dos condiciones que se creen necesarias para jugar bien. Sin embargo, es en cuestiones que rebasan los límites de las meras reglas donde se pone de manifiesto la destreza del hombre analítico. En silencio, hace un montón de observaciones y deducciones. Es posible que sus compañeros actúen igual; pero la diferencia en el alcance de la información obtenida reside, más que en la validez de la deducción, en la calidad de la observación. Lo fundamental es saber *qué* observar. Nuestro jugador no se limita a eso; ni tampoco, puesto que su objeto es la partida, rechaza deducciones de elementos externos. Examina el semblante de su compañero, comparándolo cuidadosamente con el de cada uno de sus adversarios. Observa el modo en que ordena las cartas cada mano; a menudo cuenta los ases y triunfos por las miradas que les dedican quienes los

tienen. Se fija en cada cambio de fisonomía a medida que avanza el juego, encadenando ideas en función de las expresiones de seguridad, sorpresa, victoria o pena. Por la manera de ganar una baza juzga si esa persona será capaz de repetir la hazaña. Reconoce un envite falso por el modo en que el jugador arroja las cartas sobre la mesa. Una palabra casual o imprudente; la caída accidental de un naipe que se da la vuelta, con la consiguiente precipitación y negligencia al ocultarlo; el recuento de las bazas, con el orden en que se colocan; la vergüenza, la vacilación, el entusiasmo o la inquietud… todo ello indica a su percepción, aparentemente intuitiva, el verdadero estado de la partida. Después de las dos o tres primeras manos, conoce a la perfección las cartas de cada uno; y desde ese momento juega con tanta precisión como si los demás hubieran puesto sus naipes boca arriba.

La capacidad de análisis no debe confundirse con el ingenio; pues, aunque el hombre analítico es necesariamente ingenioso, el hombre con ingenio es a menudo incapaz de analizar. La facultad constructiva o combinatoria, a través de la cual se manifiesta normalmente el ingenio, y a la que los frenólogos (creo que erróneamente) han asignado un órgano aparte en el cerebro al considerarla una facultad primordial, se ha visto con tanta frecuencia en individuos cuyo intelecto linda con la idiotez que ha atraído la atención de quienes escriben sobre temas morales. Entre el ingenio y la capacidad analítica existe, en realidad, una diferencia mucho mayor que entre la fantasía y la imaginación, aunque su naturaleza sea estrictamente análoga. Se observará, de hecho, que el hombre ingenioso siempre fantasea, mientras que el *verdaderamente* imaginativo siempre es analítico.

El relato que sigue será para el lector un ejemplo de cuanto acabo de afirmar.

Mientras residía en París durante la primavera y parte del verano de 18…, conocí a un tal señor C. Auguste Dupin. Este joven caballero era de una familia excelente, ciertamente ilustre, pero, por una serie de circunstancias adversas, se había visto reducido a tal pobreza que la energía de su carácter sucumbió a ella; y él dejó de luchar y de preocuparse por recuperar su fortuna. Gracias a la cortesía de sus acreedores, conservó una pequeña parte de su patrimonio; y con la renta que este le proporcionaba, y una economía rigurosa, se las arreglaba para cubrir sus necesidades sin pensar en cosas superfluas. Los libros, en realidad, eran su único lujo, y en París se consiguen con facilidad.

Nuestro primer encuentro fue en una oscura biblioteca de la Rue Montmartre, donde la casualidad de que los dos buscáramos el mismo volumen, tan raro como notable, nos empujó a acercarnos. Volvimos a vernos muchas veces. Me interesó sobremanera la historia de su

familia, que él me detalló con todo el candor propio de un francés cuando habla de sí mismo. Me quedé asombrado, asimismo, por la cantidad de libros que había leído; y, sobre todo, me entusiasmó la pasión desbordante y la frescura vivaz de su imaginación. Dado el objetivo de mi estancia en París, comprendí que la compañía de un hombre así sería un tesoro inestimable; y se lo dije sin rodeos. Finalmente, acordamos vivir juntos durante mi estancia en la ciudad; y, como mi situación financiera era un poco menos apurada que la suya, me permitió pagar el alquiler y amueblar, en un estilo que armonizaba con la melancolía un tanto extravagante de nuestro carácter, una decrépita y grotesca mansión que llevaba mucho tiempo abandonada por una superstición que preferimos no investigar, y que estaba a punto de derrumbarse en un rincón apartado y solitario del Faubourg Saint-Germain.

Si el mundo hubiera conocido la rutina de nuestra vida allí, nos habría tachado de locos; aunque probablemente de locos inofensivos. Nuestro aislamiento era total. No admitíamos visitantes. El lugar de nuestro retiro era un secreto celosamente guardado para mis antiguos conocidos; en cuanto a Dupin, hacía muchos años que no se relacionaba con nadie. Solo vivíamos para nosotros.

Mi amigo tenía la extraña fantasía (¿qué otro nombre puedo darle?) de estar enamorado de la noche; y a esta *bizarrerie*[33] suya, como a todas las demás, me entregué yo sin esfuerzo, cediendo a sus disparatadas rarezas con perfecto *abandon*. La negra divinidad no podía morar siempre con nosotros, pero ¿por qué no falsear su presencia? Con las primeras luces del alba cerrábamos los postigos desvencijados de nuestra vieja casa, y encendíamos un par de velas fuertemente perfumadas, que solo despedían una luz mortecina. Con ayuda de esta, nos sumíamos en nuestras ensoñaciones, leyendo, escribiendo o charlando, hasta que el reloj anunciaba la llegada de la verdadera oscuridad. Entonces salíamos a la calle del brazo y continuábamos la conversación, o vagábamos por doquier hasta muy tarde, buscando entre las luces y las sombras de la populosa ciudad la infinita excitación intelectual que procura la observación silenciosa.

En momentos así yo no podía sino advertir y admirar (aunque, dada su idealidad, era esperable) una singular capacidad analítica en Dupin. Parecía complacerse en ejercitarla —si no exactamente en exhibirla—, y no dudaba en reconocer el placer que esto le deparaba. Se jactaba ante mí, riéndose, de que casi todos los hombres tenían para él una ventana en el pecho, y solía aseverar esta afirmación con pruebas directas y muy alarmantes de lo bien que me conocía. Se mostraba entonces frío y distante; sus ojos carecían de expresión, mientras que su voz, normalmente con la rica tesitura de un tenor, se elevaba hasta un tono agudo que habría parecido petulante de no

haber sido por la lentitud y nitidez de sus palabras. Al observarlo con ese estado de ánimo, me sumía en meditaciones sobre la antigua filosofía de la división del alma en dos partes, y me divertía con la fantasía de un Dupin doble: el creador y el resolutivo.

Que nadie suponga, por lo que he dicho, que pretendo detallar un misterio o escribir una novela. Lo que he contado de mi amigo francés era solo el producto de una inteligencia enardecida, o quizá enferma. Pero un ejemplo arrojará más luz sobre la naturaleza de sus observaciones en esa época.

Una noche íbamos paseando por una larga y sucia calle en las inmediaciones del Palais Royal. Sumidos, al parecer, en nuestras meditaciones, llevábamos al menos quince minutos sin pronunciar una sola palabra. De pronto, Dupin dijo:

—Es un hombre muy bajito, sí; lo haría mejor en el Théâtre des Variétés.

—Sin duda —contesté sin querer, y sin reparar al principio (debido a mi ensimismamiento) en el extraordinario modo en que Dupin había adivinado mis pensamientos.

Me di cuenta enseguida, y me quedé estupefacto.

—Dupin —dije gravemente—, esto escapa a mi comprensión. Te confieso que estoy perplejo, que apenas doy crédito a mis sentidos. ¿Cómo es posible que sepas lo que estoy pensando de…?

Aquí me detuve, para asegurarme de que sabía realmente de quién hablaba.

—… de Chantilly —dijo él—. ¿Por qué te callas? Estabas pensando que su pequeña estatura le incapacita para la tragedia.

Este era precisamente el tema de mis reflexiones. Chantilly era un *antiguo* zapatero remendón de la Rue St. Denis, que, loco por el teatro, había interpretado el *rôle*[34] de Jerjes en la tragedia homónima de Crébillon[35], y, a pesar de sus esfuerzos, había sido públicamente ridiculizado.

—Dime, por el amor de Dios —exclamé—, el método… si es que hay un método… que te ha permitido descifrar mi alma.

De hecho, me sentía aún más sorprendido de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Ha sido el frutero —respondió mi amigo— quien te ha hecho llegar a la conclusión de que el remendón de suelas no era lo bastante alto para interpretar a Jerjes *et id genus omne*[36].

—¡El frutero! Estoy pasmado. No conozco a ningún frutero.

—El hombre con el que has tropezado al entrar en esta calle… Hará quince minutos.

Recordé entonces que un frutero, que llevaba una gran cesta de manzanas sobre la cabeza, había estado a punto de tirarme al suelo,

accidentalmente, al doblar la esquina de la Rue C. y entrar en la que recorríamos ahora; pero que esto tuviera que ver con Chantilly era algo que no podía comprender.

No había ni un asomo de *charlatânerie* en Dupin.

—Te lo explicaré —dijo—, y, para que lo entiendas bien, seguiremos primero el curso de tus reflexiones desde el momento en que te hablé hasta el de tu *rencontre*[37] con ese frutero. Los eslabones principales de la cadena son: Chantilly, Orión, el doctor Nichols, Epicuro, estereotomía, el pavimento y el frutero.

Hay pocas personas que, en algún momento de su vida, no se hayan entretenido volviendo sobre los pasos que, en su cerebro, les han llevado a extraer una conclusión. A menudo es una ocupación llena de interés; y el que la emprende por primera vez se sorprende de la distancia aparentemente ilimitada y la incoherencia entre el punto de partida y el de llegada. ¡Cuál no sería mi asombro al escuchar las palabras de mi amigo francés, y no poder sino reconocer que eran ciertas!

—Estábamos hablando de caballos, si no recuerdo mal —prosiguió —, antes de salir de la Rue C. Fue lo último que comentamos. Al entrar en esta calle, un frutero con una gran cesta en la cabeza pasó corriendo a nuestro lado, y te empujó contra unos adoquines apilados en un rincón que está en obras. Pisaste uno de los adoquines sueltos, resbalaste y te torciste un poco el tobillo; parecías irritado, y murmuraste unas palabras, te volviste a mirar los adoquines y continuaste andando en silencio. Yo no estaba especialmente atento a lo que hacías, pero, en los últimos tiempos, la observación se ha convertido para mí en una especie de necesidad.

»No despegabas los ojos del suelo, mirando con expresión malhumorada los agujeros y los surcos de la acera (por lo que vi que seguías pensando en los adoquines), hasta que llegamos a la pequeña callejuela de Lamartine, que acaban de pavimentar, a modo de experimento, con bloques perfectamente ensamblados. Tu rostro se animó, y, al percibir que tus labios se movían, tuve la certeza de que murmuraban la palabra “estereotomía”, un término que se ha aplicado pretenciosamente a este tipo de empedrado. Sabía que no podrías decir “estereotomía” sin pensar en los átomos, y acordarte luego de las teorías de Epicuro; y, como no hace mucho tiempo que discutimos este tema y yo te comenté de qué manera tan curiosa, aunque poco conocida, las vagas conjeturas de aquel noble griego se han visto confirmadas por la reciente cosmogonía nebular, supuse que levantarías los ojos hacia la gran *nebulosa* de Orión; me constaba que lo harías. Entonces alzaste la vista; y yo tuve la seguridad de haber seguido correctamente tus pasos. Pero en la amarga *invectiva* contra Chantilly publicada en el *Musée* de ayer, el escritor satírico, aludiendo

vergonzosamente al cambio de nombre del zapatero después de calzarse los coturnos[38], cita un verso latino sobre el que nosotros hemos hablado a menudo. Me refiero a este:

Perdidit antiquum litera prima sonum[39]

»Yo te había dicho que este verso se refería a Orión, que anteriormente se escribía Urión[40]; y, debido a cierta acritud relacionada con esa explicación, pensaba que no la habrías olvidado. Así pues, estaba claro que no dejarías de vincular la idea de Orión a la de Chantilly. Y la sonrisa que esbozaron tus labios me lo confirmó. Recordabas la inmolación del pobre zapatero. Hasta entonces, habías andado un poco encorvado; pero de pronto vi cómo te erguías. Tuve la certeza de que pensabas en lo diminuto que era Chantilly. En ese momento interrumpí tus meditaciones para comentar que era muy bajito, ese tal Chantilly, y que lo haría mejor en el Théâtre des Variétés.

Poco tiempo después, estábamos los dos echando un vistazo a la edición vespertina de la *Gazette des Tribunaux* cuando los siguientes párrafos atrajeron nuestra atención:

EXTRAÑOS ASESINATOS

> Esta madrugada, hacia las tres, los habitantes del Quartier St. Roch se despertaron con una sucesión de gritos espantosos, procedentes, al parecer, del cuarto piso de una casa de la Rue Morgue, ocupada únicamente por madame L'Espanaye y su hija, mademoiselle Camille L'Espanaye. Después de cierta demora, debida a los intentos infructuosos de acceder a la vivienda de la manera habitual, se forzó la puerta con una palanca, y ocho o diez vecinos entraron acompañados de dos *gendarmes*. A estas alturas los gritos habían cesado; pero, mientras la comitiva subía corriendo el primer tramo de la escalera, se oyeron dos o más voces broncas que discutían acaloradamente y parecían proceder de la parte superior de la casa. Cuando alcanzaron el segundo rellano, las voces también habían cesado y reinaba el silencio. Los hombres se dividieron y corrieron de una habitación a otra. Al llegar a un espacioso dormitorio trasero del cuarto piso (cuya puerta, cerrada con llave por dentro, tuvo que ser forzada), apareció ante sus ojos un espectáculo que llenó a todos tanto de horror como de asombro.
>
> En la estancia imperaba el desorden; los muebles estaban destrozados y tirados por todas partes. Solo quedaba el

armazón de una cama, pues habían quitado y arrojado al suelo el colchón y las sábanas. En una silla había una navaja de afeitar manchada de sangre. En la chimenea se veían dos o tres mechones grises, largos y gruesos, de pelo humano, también ensangrentados y que parecían arrancados de raíz. En el suelo encontraron cuatro napoleones, un pendiente de topacio, tres cucharas grandes de plata, tres más pequeñas de *métal d'Alger*[41] y dos sacos con casi cuatro mil francos en oro. Los cajones de un *bureau*[42] situado en un rincón estaban abiertos y, aunque quedaran en ellos muchos objetos, era obvio que los habían registrado. Una pequeña caja fuerte apareció debajo de la *cama* (no de su armazón). Estaba abierta, con la llave aún puesta en la cerradura. En su interior solo había algunas viejas cartas y otros documentos sin importancia.

No había ni rastro de madame L'Espanaye, pero, al descubrir una gran cantidad de hollín en la chimenea, inspeccionaron su interior y (¡algo espantoso de describir!) sacaron el cadáver de la hija, cabeza abajo; lo habían metido por la estrecha abertura y empujado con fuerza hacia arriba. El cuerpo estaba aún caliente. Al examinarlo, se encontraron muchas escoriaciones, sin duda ocasionadas por la violencia con que la habían metido y sacado de allí. En la cara tenía espantosos arañazos, y en la garganta, oscuros moratones y la marca profunda de unas uñas, como si la difunta hubiera sido estrangulada.

Después de una búsqueda exhaustiva por toda la casa, sin descubrir nada nuevo, los hombres se dirigieron al pequeño patio empedrado en la parte trasera, donde hallaron el cadáver de la anciana, con un corte tan profundo en el cuello que, al tratar de levantarlo, su cabeza se separó del tronco. Ambos estaban terriblemente mutilados, hasta el punto de que el cuerpo apenas conservaba un aspecto humano.

De momento no hay ninguna pista, que sepamos, para esclarecer este horrible misterio.

El periódico del día siguiente añadía estos detalles:

LA TRAGEDIA DE LA RUE MORGUE

Muchas personas han sido interrogadas en relación con este extraordinario y aterrador *affaire* [la palabra *affaire* no tiene todavía en Francia la poca importancia que le damos nosotros], pero no ha trascendido nada que pueda arrojar luz sobre el suceso. Ofrecemos a continuación las declaraciones prestadas

por los testigos:

PAULINE DUBOURG, lavandera, declara que conocía a las dos víctimas desde hace tres años, ya que se ocupó de su colada en ese período. La anciana y su hija parecían llevarse muy bien, y eran muy cariñosas la una con la otra. Pagaban puntualmente. No sabía nada de su forma de vida ni de sus recursos económicos. Creía que madame L. se ganaba la vida como adivina. Decían que tenía dinero ahorrado. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando iba a recoger o a devolver la colada. Estaba segura de que no tenían criado. Solo parecía estar amueblado el cuarto piso.

PIERRE MOREAU, tabaquero, declara que llevaba casi cuatro años vendiendo con regularidad pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a madame L'Espanaye. Él nació en el vecindario, y siempre ha residido allí. La difunta y su hija vivían desde hace más de seis años en la casa donde encontraron sus cadáveres. Antes la tenía alquilada un joyero, que subarrendaba las habitaciones superiores a otras personas. El edificio era propiedad de madame L.; como a ella le disgustó que su inquilino se aprovechara de ese modo, se trasladó a vivir allí, negándose a alquilar parte alguna. La anciana era un poco infantil. El testigo vio a su hija unas cinco o seis veces durante esos seis años. Las dos llevaban una vida muy retirada, y se decía que tenían dinero. Según los vecinos, madame L. leía el porvenir, pero él no lo creía. Si exceptuamos a la anciana y a su hija, en la casa solo vio entrar a un mozo un par de veces, y a un médico en ocho o diez ocasiones.

Muchas otras personas, también del barrio, testificaron lo mismo. No se conocía a nadie que frecuentara la casa. Se ignoraba si madame L. y su hija tenían parientes vivos. Los postigos de las ventanas delanteras rara vez se abrían. Los de la parte posterior estaban siempre cerrados, salvo los del espacioso dormitorio del cuarto piso. Era una buena casa, no muy antigua.

ISIDORE MUSÈT, *gendarme*, declara que le avisaron hacia las tres de la mañana, y que, al llegar a la casa, encontró a veinte o treinta personas en la puerta, intentando entrar. Consiguieron abrirla a la fuerza con una bayoneta, no con una palanca. Les costó muy poco abrirla, pues era de dos hojas y no estaba atrancada ni arriba ni abajo. Los alaridos continuaron hasta que forzaron la puerta, y luego cesaron de repente. Parecían los gritos de una persona (o varias) que sufriera la peor agonía: eran largos y fuertes, no cortos y rápidos. El testigo subía en cabeza. Al llegar al primer descansillo, oyeron

dos voces que discutían con vehemencia. Una de ellas era bronca, la otra muy chillona, muy extraña. Pudo distinguir algunas palabras de la primera voz, perteneciente a un francés. Estaba seguro de que no era una voz femenina. Distinguió las palabras *sacré* y *diable*. La voz chillona era de un extranjero. No sabía si era de hombre o de mujer. Fue incapaz de entender lo que decía, pero le pareció que hablaba español. El estado del dormitorio y de los cadáveres fue descrito por el testigo tal como explicamos ayer.

HENRI DUVAL, vecino, de profesión platero, declara que formaba parte del primer grupo que entró en la vivienda. Corrobora en general el testimonio de Musèt. Después de forzar la puerta, volvieron a cerrarla para que no pasara la multitud que, a pesar de lo avanzado de la hora, se congregaba rápidamente. La voz chillona, cree este testigo, era de un italiano. Tenía la certeza de que no era de un francés. Tampoco estaba seguro de si era una voz masculina. Podía haber sido de una mujer. No sabía italiano. No alcanzó a distinguir las palabras, pero estaba convencido de que quien hablaba era italiano por la entonación. Conocía a madame L. y a su hija. Había hablado a menudo con ellas. Estaba seguro de que la voz chillona no era de ninguna de las dos víctimas.

ODENHEIMER, *restaurateur*. Este testigo se presentó voluntariamente a declarar. Como no habla francés, ha sido interrogado con ayuda de un intérprete. Es natural de Ámsterdam. Pasaba por delante de la casa cuando se oyeron los gritos. Se prolongaron varios minutos, probablemente diez. Eran largos y fuertes, realmente horribles e inquietantes. Fue una de las personas que entraron en la vivienda. Coincidió en todo con los testimonios anteriores, menos en un detalle. Tenía la seguridad de que la voz chillona era de un hombre… de un francés. No pudo distinguir las palabras. Eran fuertes y atropelladas… desiguales… pronunciadas, al parecer, con tanto miedo como ira. La voz era áspera… más que chillona, áspera. No podía definirse como una voz chillona. La voz bronca repetía sin cesar *sacré, diable*, y en una ocasión dijo *mon Dieu.*

JULES MIGNAUD, banquero, de la firma Mignaud et Fils, Rue Deloraine. Es el Mignaud de más edad. Madame L'Espanaye tenía algunos bienes. Abrió una cuenta en su banco en la primavera del año… [ocho años antes]. Hacía frecuentes depósitos de pequeñas sumas. Nunca retiró nada hasta tres días antes de su muerte, cuando sacó personalmente cuatro mil francos. La cantidad le fue entregada en oro, y un empleado del banco le llevó el dinero a casa.

ADOLPHE LE BON, empleado de Mignaud et Fils, declara que el día en cuestión, hacia el mediodía, acompañó a madame L'Espanaye a su domicilio con cuatro mil francos, guardados en dos bolsas. Cuando abrieron la puerta, apareció mademoiselle L. y le pidió una de las bolsas, mientras la anciana se encargaba de la otra. Él se despidió con una reverencia y se marchó. No vio a nadie en la calle en ese momento. Se trata de una calle secundaria, bastante desierta.

WILLIAM BIRD, sastre, declara que formaba parte del grupo que entró en la casa. Es inglés. Vive en París desde hace dos años. Fue uno de los primeros en subir la escalera. Oyó voces que discutían. La voz bronca era de un francés. Distinguió varias palabras, pero no puede recordarlas todas. Oyó claramente *sacré* y *mon Dieu*. El ruido de lo que parecía un violento forcejeo llegó también a sus oídos. La voz chillona era muy fuerte, más fuerte que la bronca. Seguro que no era la voz de un inglés. Parecía la de un alemán. Podría haber sido la de una mujer. No sabe alemán.

Cuatro de los testigos mencionados, al interrogarlos de nuevo, declararon que la puerta del dormitorio donde se encontró el cadáver de mademoiselle L. estaba cerrada por dentro cuando llegaron. Reinaba el silencio; no se oía gemido ni ruido alguno. Cuando entraron por la fuerza, no vieron a nadie. Las ventanas, tanto de la habitación posterior como de la delantera, estaban cerradas a cal y canto desde el interior. La puerta que comunicaba los dos cuartos no estaba cerrada con llave. La puerta entre la habitación delantera y el pasillo estaba cerrada, con la llave por dentro. Un cuartito que daba a la fachada principal, en el cuarto piso, al principio del pasillo, estaba abierto con la puerta entornada. Estaba lleno de camas viejas, cajas y cosas así. Lo sacaron todo y registraron cada rincón. No quedó un solo centímetro de la casa sin inspeccionar. Los deshollinadores se encargaron de revisar la chimenea. La casa era de cuatro pisos, con buhardillas (*mansardes*). Una trampilla que salía al tejado estaba fijada con clavos, y no parecía haber sido abierta en años. En cuanto al tiempo que transcurrió entre que oyeron las voces que discutían y la apertura de la puerta, los testigos no se ponían de acuerdo. Unos decían que tres minutos, y otros lo alargaban a cinco. La puerta fue abierta con dificultad.

ALFONZO GARCIO, propietario de una funeraria, declara que vive en la Rue Morgue. Es natural de España. Formaba parte del grupo que entró en la casa. No subió la escalera. Es muy nervioso, y temía las consecuencias del revuelo. Oyó las

voces que discutían. La más bronca era de un francés. No alcanzó a distinguir lo que decían. La voz chillona era de un inglés, está seguro. No sabe este último idioma, pero lo deduce por la entonación.

ALBERTO MONTANI, confitero, declara que estaba entre los primeros que subieron la escalera. Oyó las voces en cuestión. La más bronca era de un francés. Distinguió algunas palabras. El que hablaba parecía protestar. No pudo entender las palabras de la voz chillona. Hablaba muy deprisa y desigualmente. Cree que era la voz de un ruso. Corrobora el testimonio general. Es italiano. Nunca ha conversado con un nativo de Rusia.

Varios testigos, nuevamente interrogados, declararon que las chimeneas del cuarto piso son demasiado estrechas para que pueda escapar por ellas un ser humano. Los deshollinadores pasaron los cepillos cilíndricos que utilizan para limpiar chimeneas; revisaron con ellos todos los conductos de la casa. No hay ninguna escalera al fondo por la que los asesinos pudieran bajar mientras los testigos subían. El cuerpo de mademoiselle L'Espanaye estaba tan incrustado en la chimenea que, para sacarlo, cuatro o cinco testigos tuvieron que tirar de él con todas sus fuerzas.

PAUL DUMAS, médico, declara que le llamaron al amanecer para examinar los cadáveres. Ambos yacían en el jergón que había sobre el bastidor de la cama, en el dormitorio donde fue encontrada mademoiselle L'Espanaye. El cuerpo de la joven estaba lleno de golpes y escoriaciones. El hecho de que la hubieran metido con tanta violencia en la chimenea bastaba para explicarlos. El cuello estaba todo raspado. Justo debajo de la barbilla se veían unos arañazos profundos, así como una serie de manchas lívidas causadas sin duda por la presión de unos dedos. El rostro estaba terriblemente pálido, y los ojos parecían fuera de las órbitas. La lengua tenía una parte completamente mordida. En la boca del estómago se descubrió una gran mancha amoratada, debida, al parecer, a la presión de una rodilla. En opinión de monsieur Dumas, mademoiselle L'Espanaye había sido estrangulada por uno o más desconocidos. El cadáver de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna y del brazo derecho estaban fracturados en mayor o menor grado. Tanto la *tibia* izquierda como las costillas del costado izquierdo se hallaban astilladas. Todo el cuerpo estaba espantosamente magullado y quebrado de color. Era imposible decir cómo le habían causado tales heridas. Un garrote de madera, una gruesa barra de hierro… una silla, cualquier arma grande, contundente y roma

podría ocasionar esos daños si la blandía un hombre muy vigoroso. Ninguna mujer habría podido asestar golpes así con el arma que fuera. La cabeza de la difunta, según vieron los testigos, estaba completamente separada del cuerpo, y también destrozada; le habían cortado la garganta con un utensilio muy afilado, probablemente una navaja de afeitar.

ALEXANDRE ETIENNE, cirujano, fue llamado junto con monsieur Dumas para examinar los cadáveres. Corroboró el testimonio y las opiniones de monsieur Dumas.

No se ha averiguado nada más de importancia, aunque otras personas fueran interrogadas. Un crimen tan misterioso, y tan desconcertante en todos sus detalles, es la primera vez que se comete en París… en el supuesto de que se haya cometido un crimen. La policía está desorientada, algo insólito en asuntos de esta naturaleza. No existe la más mínima pista que puedan seguir.

La edición vespertina del periódico afirmaba que en el Quartier St. Roch no había disminuido la inquietud, que la vivienda se había registrado minuciosamente y que los testigos habían vuelto a prestar declaración, aunque sin ningún resultado. Una coletilla, sin embargo, señalaba que Adolphe Le Bon había sido detenido y encarcelado, aunque no hubiera más indicios para incriminarlo que los hechos relatados.

Dupin parecía singularmente interesado por el desarrollo de este asunto; o, al menos, eso decidí yo al observarlo, ya que no hizo el menor comentario. Únicamente después de leer la noticia de la detención de Le Bon, me preguntó qué opinaba de los asesinatos.

Yo solo podía estar de acuerdo con todo París en que eran un misterio indescifrable. No se me ocurría ningún medio de encontrar al asesino.

—No se puede deducir nada —dijo Dupin— con una investigación tan banal. La policía parisina, tan elogiada por su perspicacia, es astuta, pero nada más. El único método con que trabaja es el que dicta el momento. Toman multitud de medidas; pero, con frecuencia, las adaptan tan mal a sus propósitos que nos recuerdan a monsieur Jourdan, que pedía su *robe-de-chambre pour mieux entendre la musique*[43]. Los resultados que obtienen son muchas veces sorprendentes, pero casi siempre se alcanzan por simple diligencia y actividad. Cuando estas cualidades son inanes, sus planes fracasan. Vidocq[44], por ejemplo, fue un buen adivinador y un hombre perseverante. Pero, como no tenía un intelecto educado, se equivocaba continuamente por culpa de la excesiva vehemencia de sus investigaciones. Estropeaba su visión al acercarse demasiado al objeto.

Podía ver, quizá, uno o dos puntos con desacostumbrada claridad, pero, al hacerlo, perdía necesariamente la visión de conjunto. Se puede pecar, así, de exceso de profundidad. La verdad no siempre está en un pozo. De hecho, en lo tocante a los conocimientos más importantes, creo que es siempre superficial. La profundidad mora en los valles donde la buscamos, y no sobre la cima de las montañas donde la encontramos. Las formas y causas de este tipo de error están bien tipificadas en la contemplación de los cuerpos celestes. Mirar las estrellas de soslayo, dirigiendo hacia ellas la parte exterior de la *retina* (más sensible que la interior a las impresiones de luz tenues), significa verlas con claridad, apreciar plenamente su brillo; un brillo que se empaña a medida que volvemos a contemplarlas *de frente*. El ojo recibe más rayos en este último caso, pero, en el primero, la capacidad de visión es más refinada. Por efecto de una profundidad excesiva, confundimos y debilitamos el pensamiento; y hasta es posible que la propia Venus desaparezca del firmamento con un escrutinio demasiado sostenido, demasiado concentrado, demasiado directo.

»En cuanto a esos asesinatos, hagamos unas pesquisas antes de formarnos una opinión. Con la investigación nos divertiremos —me pareció extraño que utilizara este verbo, pero no dije nada— y, además, una vez Le Bon me prestó un servicio por el que le estoy agradecido. Iremos a ver el lugar de los hechos con nuestros propios ojos. Conozco a G., el prefecto de policía, y no nos costará conseguir el permiso necesario.

El permiso fue concedido, y nos dirigimos enseguida a la Rue Morgue. Se trata de una de las miserables callejuelas que hay entre la Rue Richelieu y la Rue St. Roch. Caía la tarde cuando llegamos, pues es un barrio muy alejado de donde vivimos. Encontramos fácilmente la casa; pues, en la acera de enfrente, seguía habiendo muchas personas que alzaban la vista para mirar los postigos cerrados con ociosa curiosidad. Era una casa parisina bastante vulgar, con una puerta de entrada; a un lado tenía una casilla de vidrio con un panel corredizo, la típica *loge de concierge*[45]. Antes de entrar recorrimos la calle, doblamos hacia un callejón, y, torciendo de nuevo, pasamos por detrás de la vivienda. Dupin, mientras tanto, examinaba el vecindario, así como la casa, con una minuciosidad cuyo objetivo escapaba a mi comprensión.

Volviendo sobre nuestros pasos, llegamos de nuevo a la fachada principal, tocamos el timbre y, después de mostrar nuestras credenciales a los agentes de guardia, nos permitieron entrar. Subimos por la escalera hasta el dormitorio donde se había encontrado el cadáver de mademoiselle L'Espanaye, y donde aún yacían las dos víctimas. El desorden, como es natural, se mantenía. No vi nada que no hubiera revelado la *Gazette des Tribunaux*. Dupin lo inspeccionó

todo, sin exceptuar los cadáveres. Luego fuimos a las demás habitaciones y al pequeño patio; un *gendarme* nos acompañaba todo el rato. Era de noche cuando acabó la visita y nos fuimos. De camino a casa, mi amigo se detuvo un momento en la redacción de un periódico.

Ya he dicho que las rarezas de Dupin eran continuas, y que *je les ménageais*[46]: para esta frase no hay equivalente en inglés. Luego se negó a hablar de los asesinatos hasta el día siguiente, al mediodía. Entonces me preguntó, súbitamente, si había visto algo *de particular* en la escena del crimen.

Hubo algo en la intención con que pronunció «de particular» que me asustó sin saber por qué.

—No, no vi nada *de particular* —dije—; nada, al menos, que no hubiéramos leído ya en el periódico.

—La *Gazette* —contestó— no ha penetrado, me temo, en el insólito horror del caso. Pero olvida las vacuas opiniones de esta publicación. Tengo la impresión de que el misterio se considera indescifrable por la misma razón por la que debería juzgarse de fácil solución; me refiero al carácter *outré*[47] de sus detalles. La policía esta desorientada por la aparente ausencia de móvil, no por los asesinatos en sí, sino por la brutalidad con que se perpetraron. También está desconcertada por la aparente imposibilidad de conciliar las voces que se oyeron discutir con el hecho de que, en el piso de arriba, solo encontraran el cadáver de mademoiselle L'Espanaye, y de que no hubiera otra salida para escapar de los vecinos que subían. El aterrador desorden del dormitorio; el cadáver incrustado cabeza abajo en la chimenea; la espantosa mutilación de la anciana; estos detalles, junto con los ya mencionados y otros que no necesito mencionar, han bastado para paralizar, desbaratando su cacareada *perspicacia*, las facultades de los agentes del gobierno. Han caído en el error, inmenso pero muy común, de confundir lo extraordinario con lo abstruso. Pero son estas desviaciones del plano de lo ordinario las que, en todo caso, permiten que la razón encuentre el camino en su búsqueda de la verdad. En investigaciones como la que ahora nos ocupa, no habría que preguntarse tanto «qué ha ocurrido» como «qué ha ocurrido que no haya ocurrido antes». De hecho, la facilidad con que llegaré, o he llegado, a la solución de este misterio es directamente proporcional a su aparente insolubilidad a los ojos de la policía.

Miré a mi amigo, boquiabierto.

—Estoy esperando… —continuó, mirando la puerta de nuestro alojamiento—, estoy esperando a una persona que, aunque quizá no sea culpable de la carnicería, está implicada de un modo u otro en su ejecución. Es probable que sea inocente de la parte más horrible de los crímenes. Ojalá mi suposición sea certera; pues sobre ella he basado

mis expectativas de desentrañar el enigma. Espero la llegada de este sujeto en cualquier momento, aquí, en esta habitación. Tal vez no aparezca, pero creo que lo hará. Si viene, habrá que retenerlo. Aquí hay unas pistolas; y los dos sabemos utilizarlas si la ocasión lo exige.

Cogí las pistolas, casi sin saber lo que hacía ni creer en lo que oía, mientras Dupin seguía hablando, como si se tratara de un soliloquio. Ya he hablado de su ensimismamiento en momentos así. Sus palabras se dirigían a mí; pero su voz, aunque en modo alguno potente, tenía el tono que normalmente se emplea para dirigirse a alguien que está muy lejos. Sus ojos, carentes de expresión, miraban únicamente la pared.

—Las voces que oyeron discutir los que subían por la escalera —dijo—, no eran de las dos mujeres, como las pruebas han demostrado. Esto disipa toda sospecha de que la anciana matase a su hija y después se suicidara. Si lo digo es por una cuestión de método; pues la fuerza de madame L'Espanaye habría sido de todo punto insuficiente para meter el cuerpo de su hija en la chimenea, tal como fue encontrado; y la naturaleza de las heridas de su propio cadáver descarta toda posibilidad de suicidio. Así pues, el asesinato fue cometido por terceros; y eran las voces de estos las que discutían. Permite que ahora dirija mi atención no a las declaraciones sobre las voces, sino a lo que hubo *de particular* en esos testimonios. ¿No te sorprendió nada?

Yo señalé que, mientras todos los testigos coincidían en atribuir la voz bronca a un francés, ninguno se ponía de acuerdo en la voz chillona o, como la calificó uno de ellos, áspera.

—Esta es la evidencia —dijo Dupin—, pero no la particularidad de la evidencia. No reparaste en nada especial. Y *había* algo. Los testigos, como has señalado, estuvieron de acuerdo en la voz bronca; hubo unanimidad. Pero, en lo tocante a la voz chillona, la peculiaridad no es que discreparan, sino que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés, al tratar de describirla, dijeran que era un acento *extranjero*. Todos están seguros de que no era la voz de un compatriota. Todos la asocian no a un individuo de un país cuyo idioma conozcan, sino a lo contrario. El francés sostiene que era la voz de un español, y que «habría distinguido algunas palabras si hubiera sabido español». El holandés supone que era la voz de un francés; pero nos enteramos de que «como no entiende francés, el testigo ha prestado declaración con ayuda de un intérprete». El inglés piensa que era la voz de un alemán, y «no comprende el alemán». El español «está seguro» de que era de un inglés, pero «lo juzga por la entonación», ya que «no sabe inglés». El italiano cree que era la voz de un ruso, pero «nunca ha conversado con un nativo de Rusia». Un segundo testigo francés, para colmo, disiente del primero, y tiene la seguridad de que

la voz era de un italiano; pero, «al desconocer esa lengua», está convencido, como el español, «por la entonación». Ahora bien, ¡qué rara tenía que ser esa voz para que se hicieran tales declaraciones! Y en su acento ¡ni siquiera oriundos de cinco de las grandes divisiones de Europa pudieron reconocer algo familiar! Me dirás que quizá fuera la voz de un asiático, o de un africano. Ni asiáticos ni africanos abundan en París; pero, sin negar esta hipótesis, me gustaría que reflexionaras sobre tres puntos. Uno de los testigos califica la voz de «áspera, más que chillona». Otros dos la describen como «rápida y *desigual*». Ninguno de los testigos habló de palabras reconocibles, de sonidos que parecieran palabras.

»No sé —prosiguió Dupin— qué impresión he podido causar en tu ánimo; pero no tengo la menor duda de que las deducciones legítimas de esta parte del testimonio, las que se refieren a las voces bronca y chillona, son por sí mismas suficientes para levantar una sospecha que debería indicar los pasos que hay que seguir en la investigación del misterio. He dicho "deducciones legítimas", pero con estas palabras no expreso plenamente lo que pienso. Lo que pretendo señalar es que las deducciones son las *únicas* adecuadas, y que la sospecha surge *inevitablemente* de ellas como simple consecuencia. Sin embargo, no diré todavía cuál es la sospecha. Solo deseo que recuerdes que, para mí, ha sido lo bastante contundente para dar una forma definida, una tendencia determinada, a mis indagaciones en el lugar de los hechos.

»Trasladémonos ahora con la imaginación a ese dormitorio. ¿Qué es lo primero que buscaremos? Por dónde salieron los asesinos. Me consta que ni tú ni yo creemos en los sucesos sobrenaturales. Madame y mademoiselle L'Espanaye no murieron a manos de unos espíritus. Los autores del crimen eran de carne y hueso, y escaparon físicamente. ¿Cómo? Afortunadamente, solo hay un modo de deducirlo, y con él llegaremos a una conclusión. Analicemos una a una las posibles vías de huida. Es obvio que los asesinos estaban en el dormitorio donde se encontró a mademoiselle L'Espanaye, o al menos en el cuarto de al lado, cuando los vecinos subieron la escalera. Así que solo hay que buscar salidas en estas dos habitaciones. La policía ha inspeccionado a fondo los suelos, los techos y el revestimiento de las paredes. Es imposible que una salida *secreta* escapara a su vigilancia. Pero, al desconfiar de *sus* ojos, lo examiné con los míos. *No* había ninguna salida secreta. Las dos puertas que comunicaban las habitaciones con el pasillo estaban cerradas, con la llave por dentro. Veamos las chimeneas. Estas, aunque de anchura normal, unos tres metros por encima del hogar, no permitirían el paso de un gato grande por su conducto. La posibilidad de escapar por ellas es nula, así que solo nos quedan las ventanas. Por las de la habitación delantera no podría haber salido nadie sin que la muchedumbre que se agolpaba en

la calle lo viera. Luego los asesinos *tienen* que haber huido por las del dormitorio trasero. Y, ahora que hemos llegado a esta conclusión irrefutable, no podemos, como seres racionales, rechazarla por su aparente imposibilidad. Solo nos cabe demostrar que, en realidad, esa aparente "imposibilidad" no es tal cosa.

»Hay dos ventanas en el dormitorio. Una de ellas no tiene muebles delante, y resulta completamente visible. La parte inferior de la otra queda oculta por la cabecera del macizo bastidor de la cama, arrimado contra ella. La primera ventana estaba muy bien cerrada por dentro. Resistió los esfuerzos más denodados de quienes trataron de levantarla. A la izquierda del marco habían hecho un agujero con un berbiquí, y metido en él un grueso clavo, casi hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana, se encontró un clavo similar colocado del mismo modo; los vigorosos intentos por levantarla también fracasaron. La policía llegó entonces a la conclusión de que nadie había huido por allí; *por eso* consideró superfluo sacar los clavos y abrir las ventanas.

»Mi inspección fue algo más exigente, y acabo de decir el motivo: porque sabía que era el momento de demostrar que, en realidad, aquella aparente "imposibilidad" no era tal cosa.

»Continué pensando así… *a posteriori*. Los asesinos escaparon por una de esas ventanas de guillotina. Al hacerlo, no pudieron fijarlas de nuevo desde el interior, tal como fueron encontradas: consideración que interrumpió, por su obviedad, la investigación de la policía en esa dirección. Pero *estaban* cerradas a cal y canto. Debían de tener un mecanismo para cerrarse solas. Era la única conclusión. Me acerqué a la ventana libre de estorbos, saqué el clavo con cierta dificultad y traté de levantarla. Resultó imposible, tal como había imaginado. Tenía que haber un resorte oculto; y la corroboración de esta idea me convenció de que al menos mis suposiciones eran acertadas, por misteriosas que siguieran pareciendo las circunstancias en relación con los clavos. Una búsqueda minuciosa me reveló enseguida el resorte secreto. Lo presioné y, satisfecho con el descubrimiento, me abstuve de levantar el travesaño.

»Volví a meter el clavo y lo observé atentamente. Una persona que saliera por la ventana podría cerrarla de nuevo, y el resorte la ajustaría… pero el clavo no estaría en su sitio. La conclusión era evidente, y reducía otra vez el campo de mis investigaciones. Los asesinos *tenían que* haber escapado por la otra ventana. Suponiendo, entonces, que los resortes fueran iguales, como era probable, *tenía que* haber una diferencia entre los clavos, o al menos en su sistema de fijación. Subiéndome al jergón que había sobre el bastidor de la cama, examiné con todo detalle la segunda ventana. Al pasar la mano por detrás de la cabecera, encontré enseguida el resorte y lo presioné; era

idéntico al otro. Miré el clavo. Era tan grueso como el de la otra ventana, y parecía colocado del mismo modo, hundido casi hasta la cabeza.

»Dirás que me quedé perplejo; pero, si crees eso, has malinterpretado la naturaleza de mis razonamientos. Para decirlo con elegancia, hasta entonces no había cometido el menor "error". No había perdido el rastro en ningún momento. No faltaba ningún eslabón en la cadena. Había seguido la pista al misterio, hasta desentrañarlo… y el secreto estaba en *el clavo*. Como he dicho, parecía exactamente igual que el de la otra ventana; pero este hecho (por concluyente que fuera) se veía invalidado por la consideración de que allí mismo terminaba la pista. *"Tiene que* haber algo mal en ese clavo", pensé. Lo toqué; y la cabeza, así como unos seis milímetros de la espiga, se quedaron entre mis dedos. El resto del clavo estaba dentro del agujero, donde se había partido. La rotura era antigua (pues sus bordes estaban oxidados), y parecía causada por un martillazo, que había hundido parcialmente la cabeza del clavo en el marco inferior de la ventana. Metí de nuevo el fragmento, con sumo cuidado, en el agujero de donde lo había sacado y comprobé que la fisura era invisible y el clavo parecía en perfecto estado. Al apretar el resorte, levanté suavemente el travesaño unos centímetros; la cabeza subió con él, sin moverse de su escondite. Cerré la ventana, y el clavo volvió a dar la impresión de estar en perfecto estado.

»El enigma, hasta ese momento, quedaba esclarecido. El asesino había huido por la ventana pegada a la cabecera de la cama. Esta se había cerrado luego por sí sola (o quizá a propósito), y el resorte la había ajustado. La policía había creído erróneamente que el clavo, y no el resorte, fijaban la ventana; por eso consideró innecesario seguir con la investigación.

»La siguiente pregunta era cómo habían bajado. Sobre este punto había aclarado mis ideas nuestro paseo alrededor de la casa. A unos dos metros de la ventana en cuestión hay un pararrayos. Desde este habría sido imposible para cualquiera alcanzar la ventana, y mucho menos entrar por ella. Observé, sin embargo, que los postigos del cuarto piso eran de esa curiosa modalidad que los carpinteros parisinos llaman *ferrades*, que apenas se emplean en la actualidad, pero se ven con frecuencia en las mansiones muy antiguas de Lyon y de Burdeos. Tienen la forma de una puerta normal (no de doble hoja), aunque la parte inferior lleva una celosía… que ofrece un excelente asidero para las manos. En este caso los postigos son de más de un metro de ancho. Cuando los vimos desde la parte posterior de la casa, estaban los dos medio abiertos; es decir, en ángulo recto con la fachada. Es probable que la policía, al igual que yo, examinara la parte trasera de la vivienda; pero, si lo hizo, al mirar esas *ferrades*, no

reparó en su gran anchura, o, al menos, no la tuvo en consideración. Sin ir más lejos, convencidos de que era imposible huir por allí, se limitaron a una rápida inspección. Para mí estaba claro, sin embargo, que el postigo de la ventana que había delante de la cabecera, si se abría por completo, quedaría a medio metro del pararrayos. Era evidente que, desplegando una agilidad y una valentía insólitas, desde este se podría alcanzar la ventana y entrar. Al encontrarse a unos ochenta centímetros del postigo (suponiendo que estuviera completamente abierto), un ladrón podría agarrarse a la celosía. Afirmando los pies en la pared y saltando con audacia desde el pararrayos, podría cerrar el postigo e, incluso si la ventana estaba abierta en ese momento, entrar de un salto en el dormitorio.

»No olvides sobre todo que he hablado de una agilidad y una valentía insólitas como requisito indispensable para llevar a cabo una proeza tan arriesgada y difícil. Mi intención es mostrarte, en primer lugar, que es algo que pudo suceder; pero, en segundo lugar y *especialmente*, deseo que comprendas la naturaleza *extraordinaria*, casi sobrenatural, de la agilidad necesaria para conseguirlo.

»Me dirás sin duda, recurriendo al lenguaje legal, que para "probar mi caso" tendría que quitar importancia, en vez de dársela, a la agilidad que requiere dicha proeza. Tal vez sea así la práctica jurídica, pero no el uso de la razón. Mi objetivo final es solo la verdad. Mi propósito inmediato es que llegues a yuxtaponer la insólita agilidad que acabo de mencionar con esa *extraña* voz *chillona* (o áspera) y *desigual*, sobre cuya nacionalidad no hay dos personas que estén de acuerdo, y en cuya voz nadie distinguió una palabra.

Al escuchar esto, tuve una vaga intuición de lo que quería decir Dupin. Parecía a punto de comprender algo que era incapaz de concebir; al igual que los hombres, a veces, están a punto de evocar un recuerdo que al final no consiguen avivar. Mi amigo continuó su discurso.

—Como verás —dijo—, he pasado de cómo salieron de la casa a cómo entraron en ella. Mi intención era sugerir que hicieron las dos cosas del mismo modo, y por el mismo sitio. Volvamos ahora al interior del dormitorio. Examinemos su estado. Los cajones del escritorio, según se ha dicho, estaban saqueados, aunque quedaban en ellos muchas prendas de vestir. Aquí la conclusión es absurda. Se trata de una mera conjetura, muy absurda, y nada más. ¿Cómo podemos saber que lo que había en los cajones no era lo que había en ellos normalmente? Madame L'Espanaye y su hija llevaban una vida extraordinariamente solitaria, no veían a nadie, apenas salían, no tenían por qué cambiar a menudo de vestimenta. Las prendas halladas eran de tan buena calidad como podía esperarse de esas señoras. Si un ladrón se había llevado algo, ¿por qué no eligió lo mejor? ¿Por qué no

se lo llevó todo? En una palabra, ¿por qué dejó cuatro mil francos en oro para cargar con un fardo de ropa blanca? El oro *fue* abandonado. La cantidad que mencionó monsieur Mignaud, el banquero, apareció casi toda en unas bolsas que había en el suelo. Deseo, por este motivo, que deseches la necia idea del móvil, concebida por el cerebro de los policías ante esa parte del testimonio que se refiere al dinero entregado en la puerta de la casa. Coincidencias diez veces tan notables como esta (la entrega del dinero y el asesinato perpetrado al cabo de tres días) ocurren constantemente en la vida, sin que les prestemos siquiera un momento de atención. Las coincidencias, por lo general, son grandes obstáculos en el camino de esos pensadores educados para desatender la teoría de las probabilidades, esa teoría a la que la investigación humana debe sus más gloriosos ejemplos. En este caso, si hubiera desaparecido el oro, el hecho de haberlo entregado tres días antes sería algo más que una coincidencia. Habría confirmado la idea de un móvil. Pero, dadas las circunstancias reales del caso, si hay que suponer que el oro fue el móvil de esa atrocidad, pensaremos también que el asesino era tan indeciso y tan idiota como para renunciar al oro y al móvil al mismo tiempo.

»Sin olvidar los puntos sobre los que he llamado tu atención —la voz peculiar, la insólita agilidad y la desconcertante ausencia de móvil en un asesinato tan atroz—, echemos una ojeada a la propia carnicería. Estamos ante una mujer estrangulada con unas manos, y metida cabeza abajo en una chimenea. Los asesinos normales no recurren a semejantes métodos. Y mucho menos esconden a la víctima así. En el hecho de incrustar el cadáver en la chimenea, reconocerás que hubo algo excesivamente *outré*[48]; algo irreconciliable por completo con nuestra idea de humanidad, aun en el caso de que los autores fueran los hombres más depravados del mundo. Y piensa en la fuerza que hizo falta para encajar el cuerpo en el conducto ¡cuando se necesitaron varias personas para sacarlo de allí!

»Analicemos, pues, otras muestras de un vigor formidable. En el hogar había mechones grises de pelo humano, gruesos, muy gruesos. Habían sido arrancados de raíz. Eres consciente de lo que cuesta arrancar veinte o treinta cabellos a la vez. Viste esos rizos tan bien como yo. Sus raíces (¡una imagen terrible!) tenían trozos sanguinolentos de cuero cabelludo, prueba evidente de la fuerza prodigiosa que se empleó para arrancar quizá medio millón de cabellos de un tirón. La garganta de la anciana no solo estaba cortada, sino que la cabeza había quedado completamente separada del cuerpo: el instrumento fue una simple navaja de afeitar. Quiero que también te fijes en la *brutal* ferocidad de estas acciones. De las heridas que presentaba el cadáver de madame L'Espanaye no hablaré. Monsieur Dumas y su respetable ayudante, monsieur Etienne,

aseguraron que habían sido infligidas por un instrumento de punta roma; y estos caballeros tienen razón. Es evidente que el instrumento fue el empedrado del patio, al que la víctima cayó desde la ventana que hay encima de la cama. Por simple que parezca, la policía no reparó en este detalle por el mismo motivo por el que no se percató de la anchura de los postigos: porque, por culpa de los clavos, su percepción había excluido la posibilidad de que las ventanas se hubieran abierto.

»Si, además de todas estas cosas, has reflexionado como es debido sobre el extraño desorden del dormitorio, ha llegado el momento de combinar las ideas de una asombrosa agilidad, una fuerza sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, un horror grotesco completamente ajeno a la noción de humanidad, una voz de un tono desconocido para los nativos de varios países, y carente de toda articulación inteligible. ¿Adónde llegamos? ¿Qué impresión ha causado en tu ánimo?

Sentí que se me ponía la piel de gallina al escuchar la pregunta de Dupin.

—Algún loco —dije—, algún maniaco furioso que ha escapado de una *maison de santé*[49] de la vecindad.

—En cierto sentido —me contestó—, tu idea no es irrelevante. Pero la voz de los locos, incluso en sus peores paroxismos, no tiene nada que ver con la extraña voz que los testigos oyeron al subir la escalera. Los locos son de algún país, y su lenguaje, por incoherentes que sean sus palabras, tiene siempre la coherencia de la articulación. Además, el pelo de un loco no es como el que ahora tengo en la mano. He sacado este pequeño mechón de entre los dedos agarrotados de madame L'Espanaye. Dime qué te parece.

—¡Dupin! —exclamé, de lo más alterado—. Qué pelo tan raro… ¡No es *humano*!

—No he dicho que lo fuera —respondió—; pero, antes de que decidamos esta cuestión, te ruego que mires el pequeño bosquejo que he trazado en este papel. Es un facsímil de lo que algunos testigos describieron como «oscuros moratones y la marca profunda de unas uñas» en el cuello de madame L'Espanaye, y otros (declaración de messieurs Dumas y Etienne) como una «serie de manchas lívidas causadas sin duda por la presión de unos dedos».

»Te darás cuenta —continuó mi amigo, desplegando el papel sobre la mesa— de que este dibujo indica una presión firme y continuada. No parece haber un *deslizamiento*. Cada dedo mantuvo, posiblemente hasta la muerte de la víctima, la terrible presión que ejerció desde el principio. Intenta ahora colocar todos tus dedos, al mismo tiempo, sobre las huellas que ves en el boceto.

Lo intenté en vano.

—Quizá no lo estemos comparando bien —dijo—. El papel está extendido sobre una superficie plana, mientras que la garganta humana es cilíndrica. Aquí tenemos un leño de madera, cuya circunferencia es aproximadamente la de un cuello. Envuélvelo con el dibujo y prueba de nuevo.

Así lo hice; pero me resultó incluso más difícil que antes.

—Estas marcas —dije— no son de una mano humana.

—Lee ahora —respondió Dupin— este pasaje de Cuvier[50].

Se trataba de una minuciosa descripción anatómica del gran orangután leonado de las islas de las Indias orientales. La estatura gigantesca, la prodigiosa fuerza y agilidad, la terrible ferocidad y la tendencia a la imitación son bien conocidas. Comprendí al instante todo el horror de los asesinatos.

—La descripción de los dedos —dije, cuando acabé de leerlo— coincide exactamente con este dibujo. De las especies que menciona, solo el orangután podría haber dejado las marcas de tu boceto. Y este mechón de pelo rubio rojizo es idéntico al de la bestia de Cuvier. Pero soy incapaz de entender los detalles de este aterrador misterio. Además, se oyeron *dos* voces que discutían, y una de ellas era sin duda de un francés.

—Es verdad; y recordarás que la expresión que los testigos atribuyeron, casi unánimemente, a esta voz… fue la expresión *Mon Dieu*! Dadas las circunstancias, uno de los testigos (Montani, el confitero) atinó al describirla como una muestra de protesta u oposición. Sobre estas dos palabras, por consiguiente, he depositado principalmente mis esperanzas de dilucidar el enigma. Un francés estuvo al tanto de los asesinatos. Es posible, e incluso más que probable, que fuera inocente de semejante carnicería. Tal vez se le escapó el orangután. Tal vez lo persiguió hasta el dormitorio; pero, dadas las inquietantes circunstancias que siguieron, no pudo capturarlo de nuevo. Y el simio anda suelto por ahí. No continuaré con estas conjeturas (no tengo derecho a llamarlas de otro modo), ya que, si las sombras de reflexión en que se basan apenas son lo bastante profundas para que las perciba mi propio intelecto, ¿cómo voy a pretender que resulten inteligibles para los demás? Las llamaremos conjeturas, pues, y nos referiremos a ellas como tales. Si el francés en cuestión es, como supongo, inocente de la atrocidad, este anuncio que dejé ayer por la noche, cuando volvíamos a casa, en la redacción de *Le Monde* —un periódico dedicado a asuntos náuticos, y muy popular entre los marineros— le traerá a nuestra casa.

Me dio un papel, y leí lo siguiente:

CAPTURADO

> En el Bois de Boulogne, en la madrugada del… [la mañana del asesinato], se encontró un gigantesco orangután leonado de Borneo… Su dueño (se sabe que es un marinero enrolado en un buque maltés) podrá recuperarlo después de una identificación convincente, y de pagar los módicos gastos ocasionados por su captura y custodia. Presentarse en el número… calle… Faubourg Saint-Germain… tercer piso.

—¿Cómo puedes saber —pregunté— que el hombre es un marinero, y está enrolado en un buque maltés?

—*No* lo sé —dijo Dupin—. No estoy *seguro*. Pero aquí hay un pedacito de cinta que, por su forma y por lo grasiento que está, es evidente que se ha utilizado para atar una de esas largas *queues*[51] que tanto gustan a los marineros. Por otra parte, este nudo, con contadas excepciones, solo saben hacerlo los marineros, y es característico de los malteses. Recogí esta cinta al pie del pararrayos. No podía ser de ninguna de las víctimas. De todos modos, si me equivoco al deducir que el francés era un marinero de un buque maltés, no hago ningún daño con el anuncio. Si no tengo razón, el hombre pensará que me he confundido por algún motivo que ni se molestará en averiguar. Pero, si estoy en lo cierto, será un gran avance. Al corriente de los asesinatos, aunque inocente de ellos, el francés, como es natural, dudará si contestar el anuncio y reclamar el orangután. Razonará así: «Soy inocente; soy pobre; mi orangután es muy valioso, una verdadera fortuna para alguien en mi situación; ¿por qué perderlo por culpa de unos temores infundados? Lo tengo al alcance de la mano. Apareció en el Bois de Boulogne, muy lejos de la escena del crimen. ¿Cómo van a sospechar que una bestia brutal cometió los asesinatos? La policía está desorientada; no ha encontrado la menor pista. Si alguna vez siguen su rastro, no podrán demostrar que yo conocía el crimen, ni considerarme culpable porque lo conociera. Además, saben quién soy. El anunciante me señala como dueño del animal. Ignoro qué ha averiguado de mí. Si no reclamo algo tan valioso, que saben de mi propiedad, las sospechas recaerán sobre el animal. No conviene llamar la atención sobre mí o sobre esa bestia. Contestaré al anuncio, recuperaré el orangután y lo tendré encerrado hasta que se olvide el asunto».

En ese momento oímos pasos en la escalera.

—Prepara las pistolas —dijo Dupin—, pero nada de usarlas ni de mostrarlas hasta que te haga una seña.

La puerta principal estaba abierta, y el visitante entró sin llamar y subió algunos peldaños de la escalera. De pronto, sin embargo, pareció dudar. Entonces le oímos bajar. Dupin corría ya hacia la puerta cuando nos dimos cuenta de que subía de nuevo. No se dio la vuelta

por segunda vez, sino que avanzó decidido y llamó a nuestra puerta.

—Adelante —exclamó Dupin, en tono alegre y cordial.

Entró un hombre. Saltaba a la vista que era un marinero: un tipo alto, fornido y musculoso, con una expresión temeraria que no carecía de atractivo. Su rostro, curtido por el sol, quedaba casi oculto por la barba y el *mostacho*. Llevaba un garrote de madera, pero parecía ser su única arma. Se inclinó torpemente y nos dijo: «Buenas tardes», con acento francés; aunque tenía algún deje de Neufchâtel[52], se veía que era de origen parisino.

—Siéntese, amigo mío —dijo Dupin—. Supongo que ha venido por el orangután. Le aseguro que me da usted un poco de envidia; qué animal tan magnífico, y seguro que valioso. ¿Qué edad le calcula?

El marinero respiró profundamente, como si le hubieran quitado un peso insoportable de encima, y respondió con aplomo:

—No sabría decirlo… pero no puede tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene aquí?

—¡Oh, no! No es un buen sitio. Está en una caballeriza de la Rue Dubourg, a dos pasos. Puede llevárselo por la mañana. Imagino que podrá demostrar que es suyo, ¿no?

—Por supuesto, señor.

—Me dará pena separarme de él —exclamó Dupin.

—No quisiera haberle causado tantas molestias a cambio de nada, señor —dijo el marinero—. No puedo esperar eso. Estoy dispuesto a pagar una recompensa por haber encontrado el animal; es decir, una cantidad razonable.

—Bueno —contestó mi amigo—, me parece justo. ¡Déjeme pensar! ¿Qué puedo pedirle? ¡Ah! Se lo diré. Mi recompensa será esta: me dará toda la información que tenga sobre esos asesinatos de la Rue Morgue.

Dupin dijo las últimas palabras en voz muy baja, y con el mayor sosiego. Con idéntica calma, se dirigió a la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Luego sacó una pistola del pecho y, sin inmutarse, la dejó sobre la mesa.

El rostro del marinero enrojeció como si estuviera a punto de ahogarse. Se puso en pie y empuñó el garrote, pero enseguida volvió a sentarse, temblando violentamente y pálido como la cera. No dijo una palabra. Me compadecí de él desde el fondo de mi corazón.

—Amigo mío —dijo Dupin, en tono cordial—, se alarma usted innecesariamente. No queremos perjudicarle. Le doy mi palabra de caballero y de francés de que no le haremos ningún daño. Sé muy bien que es usted inocente de las atrocidades de la Rue Morgue. No negaré, sin embargo, que de algún modo está implicado en ellas. Por lo que ya he dicho, se dará cuenta de que tengo información sobre el caso; de

qué manera la he obtenido es algo que no imaginaría jamás. Esta es la situación: usted no ha hecho nada que pudiera evitar, nada, desde luego, por lo que se le pueda declarar culpable. Ni siquiera cometió un robo, cuando podría haberlo hecho con impunidad. No tiene nada que ocultar, ni motivos para hacerlo. Por otra parte, es una cuestión de honor que confiese todo lo que sabe. Un hombre inocente está en la cárcel, acusado de un crimen cuyo autor puede usted señalar.

El marinero recobró la entereza, en gran medida, mientras Dupin decía estas palabras; pero su audacia inicial se había desvanecido.

—¡Que Dios me ayude! —exclamó, después de unos instantes de silencio—. Le contaré todo lo que sé de este asunto, aunque no espero que crea ni la mitad… Sería una locura por mi parte. Sin embargo, *soy* inocente, y lo confesaré todo aunque me cueste la vida.

En esencia, declaró lo siguiente: recientemente, había hecho un viaje al archipiélago indonesio. Una comitiva, de la que formaba parte, desembarcó en Borneo y decidió explorar un poco el interior. Entre un compañero y él capturaron al orangután. Su amigo murió, y él pasó a ser el único dueño. Después de muchos contratiempos por culpa de la indomable ferocidad del animal cautivo en la travesía de vuelta, logró finalmente encerrarlo en su casa de París, donde, para no despertar la desagradable curiosidad de sus vecinos, lo tenía celosamente escondido mientras se le curaba una herida en la pata que se había hecho a bordo con una astilla. Luego se proponía venderlo.

Al volver a casa después de una juerga de marineros, la noche, o más bien la madrugada del crimen, encontró al orangután en su dormitorio, al que había entrado desde una alcoba contigua, supuestamente cerrada a cal y canto. Navaja en mano, y cubierto de espuma, se había sentado delante de un espejo y trataba de afeitarse, algo que sin duda había visto hacer a su amo por el ojo de la cerradura. Aterrorizado al ver un arma tan peligrosa en manos de un animal tan salvaje, al tiempo que capaz de utilizarla, el hombre estuvo unos instantes sin saber qué hacer. Había adquirido la costumbre, sin embargo, de apaciguar a la bestia, incluso en sus ataques más violentos, con ayuda de un látigo; y a esto recurrió. Al ver que iba a azotarlo, el orangután se precipitó a la puerta, bajó las escaleras y, desde el rellano, saltó a la calle por una ventana que, desgraciadamente, estaba abierta.

Desesperado, el francés fue tras él; el simio, sin soltar la navaja, se detenía de vez en cuando para volverse y hacer muecas al marinero, hasta que este casi lo alcanzaba. Y entonces se escapaba corriendo de nuevo. La persecución continuó así un buen rato. Las calles estaban sumidas en el silencio, pues eran casi las tres de la mañana. Al pasar por un callejón situado detrás de la Rue Morgue, al fugitivo le llamó la

atención una luz que salía por la ventana abierta del dormitorio de madame L'Espanaye, en el cuarto piso de la casa. Corrió hacia el edificio y, cuando descubrió el pararrayos, trepó por él con increíble agilidad y se agarró del postigo, que estaba completamente abierto y pegado a la fachada; con ayuda de este, se balanceó sobre la cabecera de la cama. Todo ocurrió en menos de un minuto. El orangután saltó al interior volviendo a abrir el postigo con sus patas traseras.

El marinero, entretanto, estaba contento y confuso al mismo tiempo. Tenía grandes esperanzas de capturar al animal, ya que difícilmente podría escapar de la trampa en que se había aventurado, a menos que bajara por el pararrayos, donde sería posible atraparlo. Por otra parte, le inquietaba sobremanera lo que pudiera hacer en la casa. Este último pensamiento le animó a seguir al fugitivo. Es fácil encaramarse a un pararrayos, sobre todo si eres marinero; pero, cuando llegó a la altura de la ventana, muy alejada a su izquierda, se interrumpió su persecución; lo máximo que pudo hacer fue estirarse para atisbar el interior. Estuvo a punto de caerse ante el horror que vislumbró. Fue entonces cuando, en medio de la noche, se oyeron los espantosos alaridos que arrancaron de su sueño a los habitantes de la Rue Morgue. Madame L'Espanaye y su hija, en camisón y bata, al parecer estaban ocupadas en ordenar unos papeles de la caja fuerte ya mencionada, que habían empujado al centro del dormitorio. Estaba abierta; y, a su lado, en el suelo, habían vaciado su contenido. Las víctimas debían de estar de espaldas a la ventana; y, a juzgar por el tiempo que pasó entre la entrada de la bestia y los gritos, es probable que no advirtieran enseguida su presencia. Los golpes de los postigos, como es natural, debieron de atribuirlos al viento.

Cuando el marinero miró dentro, el gigantesco animal había agarrado a madame L'Espanaye por el pelo (que llevaba suelto, como si acabara de peinarse) y blandía la navaja cerca de su cara, imitando los movimientos de un barbero. La hija estaba boca abajo e inmóvil; se había desmayado. Los gritos y forcejeos de la anciana (fue entonces cuando le arrancaron los mechones de la cabeza) hicieron que las intenciones seguramente pacíficas del orangután se transformaran en furia. Con un decidido movimiento circular de su musculoso brazo le cortó casi la cabeza. La visión de la sangre convirtió su ira en frenesí. Con los dientes rechinando y echando llamas por los ojos, se abalanzó sobre el cuerpo de la joven, y le clavó sus terribles garras en la garganta, donde las mantuvo hasta que ella expiró. La mirada enloquecida del animal se posó entonces en la cabecera de la cama, sobre la que distinguió el rostro de su amo, paralizado por el horror. La furia del orangután, que sin duda recordaba el temible látigo, se trocó instantáneamente en miedo. Consciente de merecer un castigo, pareció deseoso de ocultar sus actos sanguinarios, y empezó a dar

vueltas por el dormitorio presa de la agitación, tirando al suelo y rompiendo el mobiliario con sus saltos, y arrancando el lecho de su armazón.

Cuando el simio se acercó a la ventana con su mutilada carga, el marinero retrocedió horrorizado y, más que descender, se deslizó por el pararrayos hasta el suelo y volvió corriendo a casa; temiendo las consecuencias de la carnicería, olvidó en su terror toda consideración sobre el destino del orangután. Las palabras que oyeron los testigos en la escalera fueron las exclamaciones de espanto y de pánico del francés, mezcladas con los diabólicos balbuceos del animal.

No tengo casi nada más que añadir. El orangután debió de escapar por el pararrayos, justo antes de que forzaran la puerta. Debió de cerrar casualmente la ventana al salir. Más tarde fue capturado por su dueño, que lo vendió por una elevada suma al Jardin des Plantes[53]. Le Bon fue puesto en libertad en cuanto narramos las circunstancias del caso (con algunos comentarios de Dupin) en el despacho del prefecto de policía. Este funcionario, aunque bien dispuesto hacia mi amigo, no podía ocultar su disgusto ante el giro que habían tomado los acontecimientos, y se permitió uno o dos sarcasmos sobre la pertinencia de que cada uno se ocupara de sus propios asuntos.

—Déjale que hable —dijo Dupin, que ni se molestó en contestarle —. Déjale que lleve la voz cantante; así tranquilizará su conciencia. Me contento con haberlo derrotado en su propio castillo. Sin embargo, el hecho de que no haya sido capaz de esclarecer el misterio no es tan sorprendente como él supone; pues lo cierto es que nuestro amigo el prefecto es demasiado astuto para ser profundo. No hay *estambre* en su conocimiento. Es todo cabeza y nada de cuerpo, como las imágenes de la diosa Laverna[54]; o, en el mejor de los casos, todo cabeza y lomo, como un bacalao. Pero es un buen hombre, al fin y al cabo. Me gusta especialmente por una jugada maestra de hipocresía, a la que debe su fama de ingenioso. Me refiero a la manera que tiene de *nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas*[55].

VICENTE BARRANTES

¿QUIÉN ES ÉL?
(IMITACIÓN DE POE)
(1859)

Vicente Barrantes Moreno nació en 1829 en Badajoz, en una familia de ascendencia liberal. La temprana muerte de su padre en 1841 le obligó a dejar los estudios en el seminario local para ponerse a trabajar como escribano en la administración militar. Autodidacta, llegaría a poseer una formidable erudición. En 1848 se trasladó a Madrid, donde continuó su labor periodística en *La Ilustración* y en *El Bardo*, que también dirigió. Compaginó el periodismo (en el que firmaba a veces con los seudónimos de Publicio y el Abad de Rascafría) con la poesía y los estudios históricos y bibliográficos. Se volcó, asimismo, en la política: fue secretario de la Administración en Filipinas, consejero de Instrucción Pública, diputado por Cáceres en varias legislaturas, y más tarde senador por esa provincia hasta su muerte. Perteneció a la Real Academia de la Historia desde 1872, y ocupó un asiento en la Real Academia Española. Escribió novelas como *Los dos maestres* (1850), *Juan Padilla* (1856) —prohibida por la autoridad eclesiástica por sus pasajes anticlericales— y *Días sin sol* (1875), así como poemas románticos, recogidos en *Baladas españolas* (1853). Murió en Pozuelo de Alarcón en 1898.

«¿Quién es él?» se publicó originalmente en cuatro entregas del semanario madrileño *El Mundo Pintoresco*, del 2 al 23 de enero de 1859, con el título «¿Quién es él? Cuento por don Vicente Barrantes (Imitación de Poe)». Barrantes, uno de los primeros en leer e imitar a Edgar Allan Poe en España, ya había «revisitado» a este autor con su versión de *El gato negro*, publicada en 1850 en el mismo semanario como «El gato negro. Fantasía imitada de Edgardo Poe». Los dos relatos se incluirían posteriormente en *Cuentos y leyendas* (P. Nuñez, Madrid, 1875). Barrantes, que partía de la traducción francesa, presenta al lector español una versión más ligera, más humorística, aunque, a efectos del tema de nuestra antología, incide en mayor medida que Poe en la no humanidad del simio, incluso con toques un poco fóbicos («raza singular que Dios ha arrojado al mundo para afrenta del hombre, que se ve copiado al daguerrotipo en un animal estúpido»).

I

DONDE SE VE QUE PUEDE DAR PRINCIPIO CON UNA DISERTACIÓN PSICOLÓGICA UN CUENTO FANTÁSTICO

En uno de mis frecuentes viajes a Barcelona, trabé amistad allí con Roberto Mayol, joven de gallardas prendas y de una ilustre familia arruinada por las revoluciones. La brusca transición de la riqueza a la miseria había hecho en su carácter y en su sistema nervioso efecto extraño, que lo llamaría sobrenatural, si no temiese la censura de los hombres positivistas de este siglo, que no creen en el diablo… porque no creen en Dios.

Las facultades, en particular, que dependen del intelecto, habían adquirido en Mayol tan raro desarrollo que ya no era posible darles el nombre de analíticas que les da la ciencia, pues sobre resistirse ellas propias al análisis, participaban de la intuición, hasta el punto de confundirse con esa especie de segunda vista del alma que en los poetas se llama inspiración, porque solo del cielo puede venir. Estas hermosas facultades, que únicamente por los resultados apreciamos, proporcionan goces delicadísimos a los que las poseen. Así como el hombre fuerte se recrea en ejercitar su musculatura, así el hombre investigador y penetrante se recrea en tener en perpetua tensión, en eterno ejercicio, su doble vista.

Pero no debe confundirse el análisis con el ingenio, como algunos hacen erradamente, pues si bien el hombre analítico es casi siempre ingenioso, casi nunca el ingenioso es capaz de analizar. El instinto de combinación, o mejor dicho, la constructibilidad, que da comúnmente por resultado el ingenio, y al cual han asignado los frenólogos, no sin razón en mi sentir, un órgano aparte del cerebro, aun suponiendo que sea una facultad primordial, suele hallarse tan a menudo en seres próximos a la idiotez que esta especie de contradicción constitutiva preocupa en gran manera a los psicólogos. Entre el ingenio y la aptitud analítica hay, pues, una diferencia más grande que entre la imaginativa y la imaginación. El hombre ingenioso está siempre dotado de mucha imaginativa, y el verdaderamente imaginativo no es otra cosa que un investigador.

En un mísero gabinete de lectura, conocí a Roberto; gabinete donde por solo cuatro cuartos tomábamos una ración de ciencia diaria, sazonada con postres y entremeses de política palpitante. La afición a unas mismas lecturas nos hizo reparar al uno en el otro; el

odio a unos mismos hombres nos declaró nuestras mutuas simpatías; y menudeando luego las pláticas y las entrevistas, acabó por interesarme profundamente la historia de sus desgracias.

Sus cualidades contradictorias me encantaban, que era tan sólida su instrucción como potente y fresca su fantasía.

Decidimos al fin vivir juntos, cosa que en la primera juventud deciden los hombres facilísimamente, y que solo entonces es posible, pues la sociedad no nos ha hecho insociables todavía; y como éramos tan pobres el uno como el otro, del dicho al hecho no hubo más trecho que juntar nuestras exprimidas bolsas y nuestros poéticos ajuares en la más desmoronada casa de la conocida calle de Treinta Clavos.

Con esto queda dicho que alma viviente no pasaba nuestro umbral. La soledad es la sombra del pobre; si alguna lo hubiera pasado, nos habría tenido por locos; aunque del género inofensivo. Vivíamos como trapenses; no nos curábamos de nada ni de nadie; ninguna mujer nos remordía la conciencia en forma de pecado, su forma primitiva y verdadera; comíamos casi siempre pan solo, repartiéndolo en pedazos, con los pintorescos nombres de salmón, *beiffestek*, perdiz, etc., como si fuera maná; y las ciencias y los libros eran nuestros únicos camaradas y nuestros únicos amores.

No sé cómo definir las rarezas del carácter de Roberto. Le gustaba la noche por ser noche, no por las estrellas ni por la luna, sino por la oscuridad; y, como no siempre es de noche en Barcelona, ni en ninguna parte del mundo, hacíamos una noche artificial en medio del día, cerrando los balcones a piedra y lodo, para que no entrara el ruido ni la luz, y forjándonos, a puro sofistiquear, la ilusión de que éramos antípodas.

Así leíamos, así escribíamos, así soñábamos a la luz del prosaico sebo.

Figúrese el lector la lucidez de espíritu, la tirantez de cerebro, que tan extraña vida, y algún natural ayuno (sea dicho de paso), nos proporcionarían.

Lo que más me admiraba en nuestras sempiternas discusiones era la aptitud analítica de mi amigo, superior a todas las dotes, muchas en verdad, que le adornaban. No parecía sino que por atormentarse a sí propio se gozara en ejercerla, y confesaba llanamente que le producía un gran placer examinar bajo todos sus aspectos un gran dolor. Solía decirme con una sonrisa entre infantil y amarga que casi todos los hombres tienen una ventana en el corazón abierta para él solo, y siempre iba seguida esta declaración de observaciones profundas con que me probaba el conocimiento que de mi carácter y mi corazón tenía. Confieso que al oírle no pude menos de recordar algunas veces la añeja teoría de las almas dobles, especie de metempsicosis, en lo antiguo tan generalizada por el pitagorismo vulgar; y de aquí que

creyese tener en uno dos amigos muy necesarios en esta época de *puff*; un Mayol poeta y un Mayol crítico; un Lista y un Zorrilla.

No se crea por lo que acabo de decir que escriba una novela o me proponga revelar grandes misterios. Trátase pura y simplemente de una inteligencia sobreexcitada; de un alma siempre luchando, quizá tísica. Voy a dar una prueba para ser mejor comprendido.

Una noche que matábamos el tiempo *flaneando* por las calles, como él decía (de *flaner*, no hacer nada), íbamos los dos callados y meditabundos, cuando me dijo de repente:

—Será un buen cómico; pero hoy por hoy estaría mejor en el teatro de variedades.

—Sin duda alguna —repliqué yo; sin reparar en la coincidencia de sus palabras con mis pensamientos.

Un minuto después lo reparé lleno de asombro.

—Roberto —le dije gravemente—; eso que acabas de hacer sobrepuja a la humana inteligencia, lo confieso sin rebozo. ¿Cómo has adivinado que pensaba en…?

Y me detuve para convencerme más y más de que había adivinado mi pensamiento.

—En el cómico de Madrid, ¿no es verdad? —repuso—. ¿Estabas pensando que sus facultades artísticas no son para la tragedia?

Era con efecto lo que yo estaba pensando. Aquella tarde habíamos leído en un periódico de Madrid que cierto actor, a quien ambos conocíamos, osaba representar *Sancho García* en el crucificado teatro de la Cruz, solamente porque en el Príncipe le habían aplaudido meses atrás algunos papeles de galán joven.

—Explícame, por amor de Dios —le dije—, el método de que te has valido, si método es, que lo dudo, para penetrar ahora en mi pensamiento.

—¿No hemos encontrado en aquella esquina una frutera? —me preguntó con mucha formalidad.

—Sí, por cierto.

—¿No te dio un empellón?

—Sí.

—¿No tropezaste al mismo tiempo con una piedra?

—Ya recuerdo.

—Pues bien; cuando la frutera te atropelló y tropezaste en consecuencia, tus ojos se dirigieron al suelo con rabia, y hubieras querido hundir bajo cien estadios de tierra la maldita piedra causadora de aquel desmán. Entonces recordaste naturalmente que acaban de empedrar en Madrid la calle de Peligros, porque ha salido mal el ensayo del empedrado de madera, que a ti sin embargo te encantaba; y como los pedantes de nuestros días dan a este sistema de

empedrados el nombre de *stereotomía*, yo, que te conozco bien, sé que no puedes pensar en la estereotomía sin acordarte de los átomos, y por consiguiente de las teorías de Epicuro… ¿Adivinas ya?

—No, por cierto.

—¿No leímos esta mañana un artículo feroz contra el consabido cómico?

—Sí.

—Y ¿no le comparaba el crítico…?

—¡Ah, sí!… Le comparaba a un átomo impalpable, que el mismo Epicuro no vería.

—He ahí el camino por donde tu imaginación vino a acordarse del cómico. Yo la seguí involuntariamente, insensiblemente, en su caprichosa marcha, porque para observar apenas necesito poner mi atención a prueba, y llegamos ella y yo juntos al fin de la partida: al cómico.

Me quedé estupefacto. Así era la verdad. No me había dado cuenta de las rápidas transiciones de mi inteligencia vagabunda. Recomiendo a los hombres de buen gusto este trabajo, que es por demás curioso e instructivo. El que por primera vez se ocupa en examinar los diferentes caminos por donde su pensamiento se ha dirigido al punto en que se halla, a veces se cree loco y a veces sabio, al notar la inmensa distancia que insensiblemente ha recorrido.

He aquí la escala de mi pensamiento, que gracias a Mayol, pude ver tan claramente como Jacob vio la suya:

Frutera. -Tropezón. -Stereotomía. -Epicuro. -Artículo. -Cómico.

Un logogrifo, pero lógico: la locura de la razón.

Lo que más me asombró de todo fue el resumen de las palabras de mi amigo.

—Acabé de leer tu pensamiento en el estilo de la sonrisa que entreabrió tus labios. Aquella sonrisa era un recuerdo palpable del artículo y del cómico.

¡El estilo de la sonrisa!… Es verdad. El pensamiento es una máquina, que por cualquier válvula se desahoga.

II

DONDE SE ATREVE OTRO PERIÓDICO A FIGURAR EN ESTE CUENTO INVEROSÍMIL

Poco tiempo después leíamos una noche (una verdadera noche), en nuestro iluminado gabinete de la calle Treinta Clavos, el *Diario de*

Barcelona, que llaman allí de Brusi, nombre de su propietario, donde nos llamó la atención esta noticia:

CRIMEN MISTERIOSO

Esta mañana, antes de amanecer, despertaron a los habitantes de la calle del Conde del Asalto unos gritos espantosos, que salían de la casa que hace esquina a la de Lancastre. Unas señoras americanas, la viuda de Rodríguez y su hija, tenidas en el barrio por poderosas, quizá solo porque eran americanas y por la vida incomprensible que hacían, ocupaban la casa entera, que solo consta, como es sabido, de piso principal y bajo con jardín. Después de inútiles esfuerzos para que abriesen a la justicia, echose la puerta abajo, y entraron ocho o diez vecinos acompañados de dos mozos de escuadra.

Los gritos habían cesado instantáneamente; pero acto continuo se oyeron arriba dos voces, o acaso más, que al parecer disputaban. La una parecía catalana, o a lo menos mallorquina, y la otra era tan indefinible que, al propio tiempo que parecía de mujer, era acre y estridente sobre toda ponderación. También estos gritos habían cesado cuando llegaron al piso principal los curiosos. Todo estaba tranquilo. Derramáronse al azar por las habitaciones, y forzando la puerta de una muy grande que cae a la parte posterior de la casa, quedaron mudos de horror y de sorpresa.

Se hallaba en el desorden más espantoso; los muebles destrozados y revueltos; sobre una silla una navaja de afeitar tinta en caliente sangre; sobre otra tres mechones de pelo recientemente arrancados con raíz y todo… Por el suelo rodaban cuatro napoleones, algunas cucharas de plata, un prendido de mujer, y dos saquitos con unas cincuenta onzas de oro. Los cajones de una cómoda cercana estaban abiertos y en desorden, como si hubiera entrado en ellos una mano ratera. Junto a la cómoda yacía el cadáver de la viuda, con la cabeza separada del tronco enteramente.

No encontrándose ninguna huella de su hija doña Ana, guiados los mozos por un rastro de sangre, registraron la chimenea y, ¡cosa horrible!, sacose de ella el cuerpo mutilado de la joven, tan mutilado que había cabido perfectamente en el angosto fogón.

Estaba caliente aún, y reconocido luego más despacio, se descubrieron numerosas escoriaciones, ocasionadas por la violencia con que fue allí metido, y por la que hubo que emplear para sacarlo. Grandes arañazos en la cara, fortísimas

contusiones negras en el cuello, y frescas señales de la presión de unos dedos extraordinariamente grandes, indicaban que había muerto estrangulada.

Ningún resultado produjo un minucioso registro de las restantes habitaciones. Ni había puertas forzadas, ni instrumentos criminales, ni rastro alguno de personas, por lo cual yace este crimen, hasta la presente, envuelto en el misterio más profundo.

El número siguiente del periódico barcelonés daba más detalles. Así decía:

El activo juez don F. ha tomado declaración a muchos vecinos de las calles del Conde del Asalto y de Lancastre; pero ninguna luz arrojan sobre el misterioso crimen de que hablamos ayer, crimen que tiene hondamente conmovida la capital del Principado.

Paulina Feliú, planchadora, natural de Sabadell, declara que hace tres años que conoce a las víctimas muy a fondo, como que es su lavandera. Madre e hija se querían con frenesí. La hija al parecer nunca había faltado al respeto a su madre. Pagaban bien, que es cuanto puede decir acerca de su moral. Por lo que toca a su género de vida y a sus medios de subsistencia, solo sabe que tenían mucho dinero ¡porque eran americanas! Nunca ha visto entrar en su casa ningún hombre, a excepción de cierto capitán de barco que les traía dulces y frutas de La Habana. También está convencida de que no tenían criados por miedo a los ladrones. La comida se la llevaban de la fonda inglesa de la Rambla. Que es cuanto puede decir en descargo de su juramento, etc., etc.

Pedro Fernández, cigarrero de contrabando, natural de Málaga, declara que conocía a doña Elísea, que en más de una ocasión le dio a vender cajas de cigarros habanos, diciéndole que se criaban en un *ingenio* suyo, donde tenía trescientos negros. Como el testigo vive desde su juventud en el barrio, recuerda perfectamente que la viuda y su hija vinieron hace seis años a ocupar aquella misma casa, y que entonces se habló mucho de ellas en la vecindad, diciendo que eran muy ricas y acababan de llegar de Cuba. La vieja tenía ridiculeces inexplicables. Cuidaba el jardín por sí misma, y más de una vez la vio cavando la tierra y podando los árboles. El testigo la creía chocha. A su hija únicamente la ha visto cinco o seis veces desde que las conoce. Hacían una vida tan retirada que solo recuerda haber encontrado allí a un médico y a dos mozos de

cordel, que llevaban cajones oliendo a brea. Es cuanto puede decir en descargo de su juramento, etc.

En los mismo términos declaran otros vecinos de las calles del Conde del Asalto y de Lancastre.

No se averigua que frecuentara nadie la casa, ni tampoco si tenían las de Rodríguez parientes en Barcelona. Los balcones principales casi nunca se abrían, pero sí los del jardín. La casa era muy buena, no muy vieja, y acababa de comprarla la viuda en cuarenta mil duros.

Isidoro Muset, mozo de escuadra, natural de Agramunt, declara que a las tres de la mañana los gritos de otro mozo le advirtieron que acababa de cometerse un crimen en la calle de Lancastre. Cuando llegó a la casa designada, quince o veinte personas se hallaban ya reunidas allí, escuchando el tumulto que reinaba dentro sin atreverse a entrar. Forzó la puerta con grandísimo trabajo, pues tenía un enorme cerrojo, y entonces cesó el tumulto. Al parecer no era una sola persona la que hablaba, pues, si bien se oían voces de *¡Déu del cel! ¡Valga'm Déu!*, también se oían chillidos y frases ininteligibles. El testigo subió precipitadamente la escalera, distinguiendo con claridad las dos voces, que una era bronca, dura, y la otra tiple, o por decirlo mejor, inexplicable. De un mallorquín debía ser sin duda la primera, pues distinguió entre sus palabras claramente las que deja referidas. La voz chillona, por el contrario, debía ser de un extranjero, aunque no sabe decir a punto fijo si hombre o mujer, ni tampoco de qué nación, si bien le pareció portuguesa. (Después describe el testigo el estado de la habitación, enteramente conforme con lo que dijimos ayer.)

Enrique Pastor, platero sevillano, que tiene su tienda en la opuesta esquina de Lancastre, declara ser uno de los vecinos que penetraron en la casa al propio tiempo que la justicia; confirma por lo general las declaraciones antecedentes, y añade que la voz chillona era sin duda italiana, pues, aunque no sabe este idioma, es muy aficionado a la música y va casi diariamente al teatro del Liceo. Por lo menos asegura que no era española, ni mucho menos de mujer, por su timbre estridente. Tampoco podía ser de ninguna de las víctimas, pues el testigo las conocía. Y en descargo de su juramento, etc.

Un restaurador de cuadros, que también entró en la casa, se ha presentado espontáneamente a declarar. Es polaco de nación, se llama Kosciusko, y solo ha podido entenderse con su señoría por conducto de un intérprete. Pasaba por la calle de Lancastre en el momento en que se oyeron los gritos, que eran muy prolongados y lastimeros. Confirma las declaraciones

precedentes, a excepción de un solo punto, el de la voz chillona. Familiarizado con casi todas las lenguas de Europa, confiesa que no ha oído acento semejante a aquel, y que debía ser de un malayo o de un negro, pues seguramente no era francés, ni inglés, ni turco, ni ruso, ni alemán. Era una voz entre áspera y aguda; ni áspera ni aguda; en resumen… una voz *sui géneris*.

Juan Belart, nacido en Gerona, cobrador de la casa de comercio de los señores Xifré e hijos, declara que, según ha oído decir a los escribientes de la oficina, las señoras americanas tenían depositado mucho dinero en casa del señor Xifré. No sabe qué cantidad. El día anterior al crimen, a eso de las once, se presentó doña Elísea en el despacho de su principal a pedirle mil duros, porque tenía que hacer un viaje a Madrid, y el testigo vino a traerlos en dos saquitos de treinta y una onzas. Cuando se abrió la puerta, la señorita Ana recibió de manos de Belart los dos sacos y, después de cambiar algunas palabras cariñosas con su madre, le despidió dándole un duro. No había en la casa nadie de fuera, ni en la calle persona alguna sospechosa, ni el testigo recela que le hubieran seguido para cerciorarse de que llevaba dinero. Es cuanto puede decir, etc.

Un americano, capitán del bergantín Bélico, de la marina mercante, amigo de la casa de Rodríguez, declara haber oído a un vecino del barrio imitar las voces chillonas que se oyeron en el momento de la catástrofe, voces que no tienen semejanza alguna con las de los negros, ni con las de los malayos, a quienes también ha conocido muy cerca en sus frecuentes viajes a Filipinas.

Interpelados de nuevo tres de estos testigos, se afirman y ratifican en sus declaraciones, insistiendo asimismo en que después de forzada la puerta de la habitación no vieron a nadie, ni se oía gemido ni rumor de ninguna especie. Los balcones, así como las ventanas del jardín, estaban cerrados por dentro. No hay en toda la casa un pie de terreno que no haya sido escrupulosamente registrado, ni mueble que no se haya removido para ver si ocultaba al autor del crimen. Los deshollinadores han examinado cuidadosamente las chimeneas, declarando que son harto estrechas para que puedan ocultar a un hombre, ni menos darle salida por el tejado.

Algunos testigos difieren acerca del tiempo transcurrido entre el momento en que se oyó la disputa y aquel en que ellos forzaron la puerta. Unos dicen que fue un instante, otros que tres minutos, y otros que cinco. Según otros, a Isidoro Muset le costó mucho trabajo abrir la puerta.

Alfonso Vidal, de oficio enterrador, natural de Blanes, que pasaba casualmente por la calle de Lancastre, declara que no quiso subir, porque es muy delicado de nervios; pero que oyó las voces de la disputa, y que una era mallorquina y la otra inglesa, aunque él no sabe una palabra de inglés… pero ha enterrado a muchos.

Alberto Muntaner, tejedor, natural de Reus, que fue de los que subieron la escalera con los mozos, declara que para él no hay cuestión en lo de las voces; eran un mallorquín y un ruso, pues aunque no habla el ruso, ha visto en el puerto a los tripulantes de la fragata Alejandrowna, y se figura que deben hablar así.

Resulta, pues, de las deposiciones de los testigos, que el criminal o los criminales estaban dentro de la casa, que se introdujeron en ella sin fractura ni escalamiento, que no dejaron rastro alguno de su permanencia, y que no hubo tiempo ni puerta por donde escaparse mientras subían los susodichos la escalera. El cuerpo de doña Ana estaba de tal modo incrustado en la chimenea que tuvieron que tirar de él cuatro o cinco testigos con todas sus fuerzas para sacarlo. En esta horrible circunstancia convienen todos.

Pablo Rialt, cirujano de primera clase con real aprobación, discípulo de San Carlos de Madrid, declara que al amanecer fue llamado por la justicia a examinar los cadáveres. El de la joven yacía sobremanera magullado y escoriado; la garganta singularmente oprimida, y debajo de la barba tenía profundos arañazos, terminando en una línea de manchas lívidas, consecuencia evidente de la presión de los dedos. Partida por la mitad la lengua, el rostro descolorido, y los ojos saltando de las órbitas, acusan el más horroroso ensañamiento. En la cavidad del estómago se notaba una inmensa contusión, producida indudablemente por la rodilla de un hombre muy forzudo que debió apoyarse allí. Pablo Rialt opina, en resumen, que la señorita doña Ana Rodríguez ha sido estrangulada por uno o muchos individuos.

Doña Elísea, su madre, presentaba un aspecto más horroroso aún. Fracturados los huesos de la pierna y del brazo izquierdo, a excepción de la tibia, que estaba hecha materialmente pedazos; de igual modo magullado el resto del cuerpo y completamente descolorido, hacen que la inteligencia se confunda sin atinar el instrumento que debe haberse empleado para dar tantos y tales golpes a la vez. Una maza, un bastón de hierro o un arma, en fin, de esas que no se usan hoy, hubieran podido producir este mismo resultado, pero manejadas por un

Hércules. Cuando Rialt vio la cabeza de la difunta, estaba separada del tronco y magullada de una manera tan singular como el resto del cuerpo. Es indudable, en su opinión, que debieron cortársela con instrumento muy afilado, probablemente con una navaja de afeitar; y así y todo insiste en que el asesino debía tener fuerzas hercúleas.

Aunque hayan declarado otros testigos, ninguna luz arrojan sus palabras. Nunca crimen tan misterioso y tan horrendo, caso de que haya sido un crimen, ha ensangrentado la historia de Barcelona.

La policía está completamente desorientada. No coge un hilo siquiera de este tenebroso asunto. Confiamos, sin embargo, en el exquisito celo, en la inteligente perspicacia del señor juez, a cuyo cargo corre, para ver satisfecha la vindicta pública.

III

DE CÓMO NOS METIMOS A POLIZONTES ROBERTO Y YO

Al día siguiente anunciaba *El Diario* la prisión del dependiente de Xifré, que había llevado los mil duros a doña Elísea la víspera del crimen.

Barcelona estaba aterrada.

En los cafés, en los teatros, en las escasas tertulias, se discutía criminalidad y ley como en una audiencia. Aquello fue una moda patibularia. Quién atribuía el asesinato de la madre a la hija, y el de esta a un amante misterioso, de toda la vecindad desconocido; quién lo achacaba a la infeliz Paulina Feliú, su lavandera, única conocedora de lo interior de la casa, única entrante y saliente, como se suele decir; quién presumía que, arrojados a los mares por el deseo de venganza, un guajiro y varios negros de las posesiones de la viuda habían venido de América expresamente para asesinarla; y por último, los tontos, es decir, los más, llegaron a *hacer la opinión* de que el criado de Xifré era por lo menos cómplice, pues conocía la existencia de los mil duros.

De esta opinión sin duda se dejó llevar el juzgado para prenderle, por aquello de *vox populi, vox Dei.*

Los novelistas de salón, los Dumas de agua chirle, se despacharon a su gusto, como decía un periodista a quien llevó el talento a una casa de locos. Unas versiones olían a legua a la *Cabaña del negro Tomás*[56], como la del guajiro; otras al *Delincuente honrado*[57], y solo faltó que se escribiera un curioso romance.

Mi amigo Mayol tomaba grande interés en el asunto; interés solo

visible para mí, que tan a fondo le conocía, pues no hizo siquiera un comentario. Cuando supimos por el periódico la prisión del cobrador de Xifré, me preguntó naturalmente, en el tono más sencillo del mundo:

—¿Qué opinas tú?

—Opino —le respondí— como toda Barcelona; que es un misterio insondable. Desconfío de que veamos ahorcar a esos astutos ladrones.

—¡Ladrones! —repitió con su indefinible tono.

—Al parecer —repuse al momento—. Como nada se ha averiguado…

—No juzguemos por los medios que hasta ahora se han puesto en práctica —replicó Mayol sonriéndose—. La policía española no tiene una gran reputación que digamos. Cuando se comete un crimen, lo único que se le ocurre es prender a la última persona que habló con el muerto, aunque sea su padre. En esta ocasión ya ha hecho de las suyas; ya ha preso al criado de Xifré.

—¿Tú piensas…?

—Yo no digo nada.

—¿Piensas acaso que Paulina…?

—¡La lavandera! ¡Pobre mujer! Si fueras juez te robarían los ladrones en tu propia casa, mientras llevaras tú a la cárcel a los vecinos honrados. La policía obra como tú, sin método, sin reflexión, al azar. Tiene un axioma o a lo sumo dos axiomas *in petto*, y con ellos se cree más sabia que Salomón, como si la ciencia pudiera encerrarse en dos fórmulas por lo común vacías: «El delito lo ha cometido el que lo aprovecha», suele decir lo primero de todo, sin pensar que así deshonra al mundo entero, a quien aprovecha muchísimo la pena de muerte, según dicen. Admitido el sistema de la policía, cada vez que ahorcan a un pillo, deberían meternos en la cárcel a todos los hombres honrados. ¡Estupidez! Todos los hijos que heredan ¿matan acaso a sus padres? Está probado que hay seres de organización viciosa, que matan por matar, por satisfacer un vicio. La policía debiera educarse, como los soldados y los presidiarios educan a los perros de agua. Hay celadores que a la primera noticia de un crimen, fijan su atención en un detalle, y de aquel no saben salir, aunque no les dé luz ninguna, mientras otros por abarcar todo el conjunto olvidan esencialísimos detalles. En Madrid me dio el famoso Chico[58] hace dos años una prueba de esta verdad: sorprendidos ciertos ladrones en una casa de la Carrera de San Jerónimo, se dejaron allí al huir una capa detrás de la puerta. La criada de la casa la descubrió en el primer momento. Preocupole tanto a Chico la maldita capa que fue recorriendo una por una las sastrerías de la calle Mayor, y aun pienso que las de todo Madrid; pero la que menos había vendido veinte capas iguales a

aquella en la última semana. Tuve yo noticia del suceso, y le escribí un anónimo así concebido: «¡Torpe! Si la capa estaba detrás de la puerta, ¿cómo la vio tan pronto la criada?». Chico, que no era lerdo, prendió a la criada, y antes de ocho días la hizo cantar de plano.

—Pero, en resumen —dije a Mayol—, ¿tú te atreverías a descubrir…?

—Antes necesito tomar ciertas medidas —me respondió con gravedad—. Ven conmigo.

Una hora después, provistos de un permiso del secretario del gobierno civil, que era amigo nuestro, penetramos en la casa donde había ocurrido la catástrofe.

Medio Barcelona estaba a la puerta, y a no cerrarle el paso los alguaciles y mozos de escuadra, pienso que el teatro del crimen se hubiera convertido en teatro de curiosidad.

La descripción del periódico era exacta en todas sus partes. No examinamos la planta baja por creerlo enteramente inútil, pero salimos al jardín. Las ventanas del piso principal seguían cerradas. Mayol me hizo reparar en que por debajo de ellas, a la altura de un hombre, corría una cornisa antigua, labrada en la piedra con festones ornamentales, que pudiera fácilmente prestar asiento a los pies, y esta cornisa remataba en la tapia, de modo que desde la una podía pasarse a la otra facilísimamente. Además, casi todo el lienzo de pared estaba cuajado de clavos para sujetar en la primavera las pasionarias.

Yo di más valor a este descubrimiento que mi amigo; pero, dudoso, como siempre, de mi perspicacia, exclamé observando con atención su rostro:

—La subida es muy difícil. Sin duda no han entrado por aquí.

—Al contrario —me replicó—, por aquí han entrado.

Determiné coserme la boca: no servía para polizonte.

Con ayuda de sus dedos, que él sin duda reducía interiormente a medidas geométricas, fue Mayol haciéndose cargo de las distancias, de las alturas, de las profundidades, con una minuciosidad que me hizo reír no poco. Las puertas de las ventanas las midió tres o cuatro veces desde el jardín, o dicho más claro, a ojo.

Llegados al piso principal, me dirigí resueltamente a la alcoba donde estaban los cadáveres; pero él me detuvo por un brazo.

—No —me dijo—. Eso es lo último.

Yo creía que era lo primero.

Como sucede en tales casos, las habitaciones y las cosas permanecían intactas. En todo había dicho el periódico la verdad, cosa que parece mentira. Vimos la cómoda entreabierta, los trajes rodando por el suelo, los napoleones, las onzas, los cabellos arrancados con cráneo y todo, los rastros de sangre… pero mientras yo examinaba

estas pruebas con curioso interés, el bueno de Mayol medía pulgada a pulgada el fogón de la chimenea.

—Eso no es importante —le dije sin poderme contener.

Él, sonriéndome, repuso:

—Aquí no cabe un cuerpo humano, a menos que lo metan con maza.

Volví a quedar en derrota.

No referiré punto por punto las observaciones extrañas que mi amigo hizo, las medidas que tomó, las puertas que abrió y cerró; pero a propósito de puertas, es imposible que calle lo sucedido en el registro de las ventanas. No examina un pintor el cuadro de un rival suyo con más detenimiento. Las miró de frente, de soslayo, de reojo, y luego, cuando yo pensaba que iba a abrirlas, se contentó con decir:

—Aquel picaporte está torcido.

Yo ni siquiera había reparado en los picaportes.

Con efecto, como ningún peligro podía venir verosímilmente por las ventanas de un cuarto principal bastante alto, solo tenían picaporte por dentro, y uno estaba bastante torcido… Levantole Mayol con mucho tiento, volvió a dejarlo caer, pasó la mano varias veces por el encaje de las maderas, golpeó el hierro con otro hierro para ver si estaba resentido, y por último, como si necesitase todavía más seguros datos, bajó al jardín y arrojó una piedra gorda a la ventana, que se abrió, a pesar del picaporte.

—Pasemos ya a los cadáveres —me dijo satisfecho.

Yo estaba en el Limbo, como los niños que mueren nonatos, y más admirado me puso aún el desenlace de algunos de sus mudos soliloquios. Cuando midió pulgada a pulgada la anchura de los hombros de la difunta joven, comprendí por qué había medido también la chimenea. Lo que no pude comprender hasta mucho más tarde, fueron las comparaciones que hizo entre sus propias uñas y sus propios dedos con los arañazos y las señales de la garganta.

Era de noche cuando salimos de la mansión del crimen y, aunque no habíamos comido, se empeñó Mayol en entrar en el café. Connaturalizado con sus rarezas accedí, creyendo que íbamos a tomar algún piscolabis; pero solo pidió al mozo papel y tintero.

—¿Qué vas a escribir? —le dije entre amostazado y confuso.

—Un anunció para el *Diario*.

—Pues ¿qué se te ha perdido?

—Al revés, pienso encontrar.

—No te comprendo.

—Mañana hablaremos. Lee.

Y me alargó el borrador de su anuncio.

Así decía:

> El marinero mallorquín que en la madrugada del jueves perdió en los Campos Elíseos un hermoso orangután, se servirá presentarse hoy, de doce a una, en la calle de Treinta Clavos, número 10, cuarto 2.ª, para un asunto que le interesa.

Yo me quedé como el lector puede figurarse. Mi amigo sin duda se había vuelto loco.

Pero desde aquel momento hizo estudio de no hablar del crimen ni de cosa que se le pareciera y, cuando yo introducía la conversación, él la apartaba con tenacidad insólita.

Pasó toda la noche leyendo las obras de Cuvier[59], aunque no era la Historia natural ciencia de su agrado, y, cuando al amanecer se quedó dormido sobre el libro entreabierto, pude ver que lo que le preocupaba era la descripción de los magníficos orangutanes de la Oceanía, raza singular que Dios ha arrojado al mundo para afrenta del hombre, que se ve copiado al daguerrotipo en un animal estúpido.

Confieso que yo no dormí tranquilo. Le veía ya en Leganés[60].

IV

ANÁLISIS

A las doce de la mañana, nos levantamos como de costumbre Mayol y yo, y mientras se lavaba me preguntó en tono de zumba:

—Vamos a ver; ¿qué viste tú de particular en la mansión del crimen?

Recargó tanto el *particular* que refresqué la creencia de que estaba loco.

—Nada —le dije—, nada había que me llamase la atención. El *Diario* ha sido exacto.

—Sí, como el astrónomo que anuncia nubes cuando llueve.

Acabó de lavarse sin decir más palabra, miró el reloj que señalaba las doce y media menos cinco, sacó de su cómoda un par de pistolas y me puso en la mano una.

Yo pegué un salto digno de un mono que se siente pisar la cola.

—Mayol —le dije—, ¿por qué no te acuestas? Voy a llamar a un médico.

—Ja, ja, ja… ¿Me crees trastornado? No seas niño.

—Pero Mayol…

—Guarda esa pistola y prepárate, que va a venir el mallorquín de marras.

—¡El autor del crimen! Yo sí que debiera soltar la carcajada.

—No le creo criminal; pero puede darnos alguna luz sobre el verdadero culpable. Todos ven un profundísimo misterio en este asesinato, y a mí me parece muy sencillo.

—¡Si es tan atroz!

—Por su misma atrocidad, que sale de los límites ordinarios del crimen. Esto es lo que no comprende la policía: como no ve más que robo en todos los crímenes, la han deslumbrado las onzas y los miserables napoleones que el autor de este dejó allí; las puertas cerradas; la carencia absoluta de objeto o por mejor decir de ganancia… No puede conciliar aquellas voces varoniles que disputaban con la desaparición instantánea de los hombres y la muerte instantánea de las mujeres. Aquel desorden de la habitación, aquel cuerpo metido en la chimenea, aquel horroroso magullamiento del tronco de la anciana, y otras consideraciones que tú comprendes, han paralizado y deslumbrado a la justicia, haciéndole cometer la enorme falta de confundir lo extraordinario con lo abstruso. En casos de esta índole no es lo importante averiguar cómo pasaron los sucesos, sino los puntos en que se diferencian de todo lo conocido hasta el día. La inducción aquí no viene a cuento para nada, es hasta inconveniente; el análisis es aquí lo necesario, lo imprescindible. En una palabra, yo voy a ver claro en este asunto, con la misma facilidad y por la misma razón que la policía ha visto turbio.

Turbia y muy turbia seguía pareciéndome la de mi amigo, a pesar de su perorata.

Él debió comprenderlo así, pues repuso sonriéndome, como se ríe un hombre de la candidez de un niño.

—Está evidentemente probado que las voces oídas por los testigos no eran las de las víctimas, ¿no es verdad? Esto nos ahorra el disentir si la hija mató a la madre o la madre a la hija.

—¿Quién lo duda?

—Corriente: solo hablo de ello porque me gusta el método. La idea de suicidio tampoco podemos admitirla.

—¡Oh!, es absurda.

—Corriente. El crimen lo ha cometido una tercera persona. Vamos a ver lo que resulta de las declaraciones.

—No resulta nada.

—¿Te atreverías a jurarlo?

—Sí.

—¡Excelente juez!

—¡Ah! —dije dándome una palmada en la frente—; ahora recuerdo que los testigos difieren en la apreciación de una de las voces que oyeron. La una era mallorquina, y la otra acre, estridente, chillona.

—Eso constituye la evidencia —respondió Roberto—; pero no la particularidad de la evidencia: el camino oscuro de la verosimilitud; pero no el rayo de luz de la verdad. Repara en que los testigos están completamente de acuerdo en el primer punto, la voz mallorquina que decía: *Déu del cel*; pero cada uno tiene diferente opinión sobre la voz acre. Muset, el mozo de escuadra, la llama tiple, y por decirlo mejor, inexplicable, si bien opina que debía ser extranjera, sobre todo portuguesa; pero ni aun sabe si de hombre o de mujer; Enrique Pastor, el aficionado a la música, la cree *italiana* (aunque no conoce este idioma, tenlo presente), y asegura que *por lo menos ni de mujer ni española era*. El pintor polaco, *familiarizado con casi todas las lenguas de Europa*, declara que *aquel acento, que nunca ha oído, no era francés, ni inglés, ni turco, ni ruso, ni alemán, ni áspero, ni agudo, entre agudo y áspero*, etc., etc.; según él, *podía* ser de un malayo o de un negro. El capitán del Bélico, que conoce a los negros y a los malayos, dice *que no era ni malayo, ni negro*. Alfonso Vidal, el enterrador, habla de una voz inglesa (*aunque él no sabe una palabra de inglés)*.

—Pero *ha enterrado muchos* —le interrumpí.

Mayol sonrió.

—Muntaner dice que es rusa, presumiendo que los rusos deben hablar así…

—¡Otra tontería!

—Ahora bien, una voz que no ha podido ser definida por tantas personas más o menos inteligentes…

—Me haces recordar lo que dicen por ahí…

—¿De qué?

—Del guajiro y de los negros, llegados de La Habana para asesinar a doña Elísea.

—Eso es simplemente absurdo. Caso de que hubieran venido, que el capitán del puerto lo sabría, ¿cómo entraron y cómo salieron de una casa desconocida? ¿Dónde están hoy? Los hombres, y mucho menos los criminales, no son pájaros que se ocultan en cualquier parte… Sigamos analizando: las víctimas no han sido asesinadas por espíritus invisibles; sino por hombres de carne y hueso, digo, por criaturas, que es para mí caso de conciencia el hacer esta salvedad. —Y al decir esto, se puso tan serio que me inspiró terror—. ¿Adónde debemos dirigir primeramente nuestra atención? A los recursos empleados para entrar y salir en la casa. Indudablemente. Pues no creemos en los espíritus, no creamos tampoco en medios sobrenaturales. Escondidos allí, no están. La policía ha revuelto toda la casa. Por las chimeneas no pudieron salir, no cabe un niño; por los balcones tampoco, pues enfrente de ellos se agolpó la gente al primer grito. Nos quedan las ventanas del jardín. ¿Que estaban cerradas, me dirás? Con picaportes

solo…

—Y uno torcido —exclamé yo.

—Déjame concluir. Esta se abre al empujarla no más, pues la abrió una piedra, como viste. Por aquí entraron y salieron los criminales. ¿Cómo pudieron dejarla cerrada?, es muy sencillo. Puertas que se usan poco, por sí mismas se cierran. Tengamos además presente las casualidades, que en un asunto tan extraordinario caben muy bien. El viento pudo cerrar las ventanas. Creemos, pues, posible, verosímil, a falta de otras probabilidades y otras verosimilitudes, que desde la tapia del jardín saltaran a la cornisa, y de la cornisa a la ventana. Pasemos ahora a otro orden de hechos: primero, la joven estrangulada y metida en la chimenea. ¿Has visto tú a algún asesino ordinario emplear semejante medio? Indudablemente aquí hay algo, nada común, que parece incomprensible.

—¿Que parece incomprensible? —repetí yo admirado de la frase, que en su boca me parecía más incomprensible aún.

—Escucha: cuatro o cinco hombres tuvieron que tirar del cadáver para sacarlo de la chimenea. ¿Qué fuerza no se necesitaría para meterla? Pues ¿qué me dices de la mujer degollada? Es verdad que se encontró a su lado una navaja de afeitar; pero tú sabes que cuando la justicia empleaba el hacha, hacha tan afilada como esa misma navaja, no siempre quedaron al primer golpe separadas las cabezas. Don Rodrigo Calderón[61] necesitó dos golpes. La columna vertebral es una verdadera columna. El asesino ha tenido aquí mucha más fuerza en una mano que los antiguos verdugos en sus dos brazos.

—Eso es horrible.

—Pero es evidente, y está confirmado por otros hechos, evidentes también. Tres mechones de cabellos con cráneo y todo no los arranca nadie. Solo he visto una cosa parecida en un hilador, que por acercarse demasiado a la máquina, quedó al instante con la mitad de la cabeza blanca, como si le hubieran hecho la operación del trépano. El asesino gastó, pues, casi la misma fuerza que una máquina… Vamos ahora a los arañazos y a las contusiones. Repara que son materialmente bestiales. El cirujano Rialt dice que debieron hacerse con una maza. Yo por mi parte no he visto arañazos de tres y cuatro pulgadas de longitud y una y media de profundidad, como aquellos. ¿Has visto nunca tú tal cúmulo de absurdos, de cosas fuera de lo común y del alcance de la inteligencia? Pues no me negarás que en buena lógica, debemos creer que una misma mano, que una misma fuerza degolló a la viuda, metió a la joven en la chimenea y magulló tan horriblemente a entrambas.

—¡Oh!, me haces sudar sangre —dije limpiándome el rostro—. No hay interés, no hay odio, no hay móvil de perversidad que semejante crimen provoque.

—Esa es otra razón que mis sospechas confirma. ¿Interés? No falta siquiera una onza en los mil duros, ni una sola alhaja en los baúles. ¿Odio, perversidad? Tienen sus manifestaciones regulares, lógicas, que solo varían en pequeñísimos accidentes. Las víctimas, además, son hembras. La mujer disminuye siempre con sus gritos el golpe que la va a herir. ¿Que podía fulminársela un amante porque solo el amor inspira tan grande odio? Es verdad; pero, aunque esté loco, el amante que aborrece ha amado; el primer golpe acaba con su odio; el segundo despierta su amor; y, sobre todo, no huye. El que se ciega tanto por la pasión olvida su personalidad, su peligro. Ningún asesino loco se asusta de la justicia.

—Pues no hay duda, es un loco —exclamé yo en voz triunfante, echando cuentas allá conmigo mismo.

—Serían dos locos —me replicó Mayol sonriéndose—, pues se oyeron dos voces, la ininteligible y la que se lamentaba; no olvides esta circunstancia; que se lamentaba diciendo: *Déu del cel*. ¿Conque tienes ya formada irremisiblemente tu opinión? Me alegro mucho. Admiro y aplaudo tu perspicacia. Dime, pues, de cuál de estos dos locos son estos cabellos, que entre sus dedos engarabitados tenía el cadáver de la viuda.

—¡Mayol! —exclamé fuera de mí—; esos cabellos no son *humanos*.

—Pronto lo sabremos.

—¿Insistes en que va a venir?

—Sí; guarda, repito, esa pistola, y prepárate por si acaso tomase mal giro el interrogatorio. En mi opinión, el hombre que aguardo está inocente, y ojalá lo esté, porque de lo contrario nada averiguaremos. Calculo que debe ser el que se lamentaba, el que decía: *Valga'm Déu*. O yo me engaño mucho, o ha sido solo testigo, cómplice tal vez involuntario.

—¿Y si no viniera?

—Podría ser, pero lo dudo.

—Deja que vuelva a leer el anuncio.

—No; porque dudas de mí todavía: todavía me estás creyendo loco, y no quiero darte ya más que una satisfacción.

—¿Cuál?

—Me bastaría que leyeses lo que el gran naturalista Cuvier dice de los orangutanes de la India; pero prefiero que hagas lo de santo Tomás. ¿Qué hora es?

—Las doce y cuarenta y cinco minutos.

Mayol se puso a escuchar.

—Esa —dijo— es la única satisfacción que te doy.

Se oían pasos en la escalera.

Cogí apresuradamente la pistola sin saber lo que hacía, y me

acerqué también a la puerta.

Confieso que temblaba.

Mayol se sonreía con aire de triunfo, sonrisa semejante a la que debió entreabrir los labios de Napoleón cuando se miraba en Tilsit frente a frente con el emperador de Rusia.

V

DONDE SE REFIERE LA ESTUPENDA HISTORIA DEL ANIMAL MÁS PARECIDO AL HOMBRE

Los pasos habían retrocedido.

—Él es —dijo Mayol.

—Pero ¿tú lo conoces?

—¿No ves que vacila? Ahora se vuelve atrás, arrepentido.

—Entonces no viene.

—Sí, esas vacilaciones en la escalera son ya tardías. Pierdo yo mi nombre si no viene.

Con efecto, un minuto después volvieron a oírse los pasos con más precipitación y más firmeza que enantes, como si nuestro hombre se hubiera decidido.

Y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Mayol en la voz más natural del mundo.

A mí me hubiera sido imposible contestar.

Era un marinero alto, musculoso, tostado como un chino y respirando valor y audacia por todos sus poros. Los bigotes y las patillas le ocultaban media cara.

—*Déu y sia* —dijo bruscamente al entrar (Dios sea en esta casa).

Entonces conocí que era mallorquín, y se me heló en las venas la sangre nuevamente.

No ganaba para sustos aquel día.

—Siéntate, camarada —contestole, *sans façon*[62], mi amigo.

El mallorquín, más que sentarse, se dejó caer en una silla.

—¿Sin duda vienes por tu orangután?

—Sí, por cierto —respondió el marinero en un tono inexplicable.

Yo miraba a los dos como quien mira fantasmas.

—Te confieso que me duele separarme de él. Es un hermoso animal, y muy raro. Cuvier, el gran naturalista Cuvier, no había visto más que uno —prosiguió Roberto—; uno cuya historia era horrorosa en verdad, como suelen serlo las de estos animales que tienen del

hombre la forma, las malas pasiones y algunos de los instintos. Dudo que en Madrid haya habido nunca orangutanes en la casa de fieras.

—Allá lo llevaba yo.

—¿Qué edad tiene?

El marinero, respirando como si le acabaran de aliviar de un peso enorme, contestó:

—No lo sé a punto fijo; pero le echo de cuatro a cinco años. ¿Lo tiene usted aquí, en la casa?

—¡Oh, no!, sería peligroso.

—Muy peligroso —respondió el mallorquín maquinalmente.

Y pasó por su mirada una nube.

Yo empezaba a comprender lo que oía y veía, como un hombre que despierta.

—Lo tengo encerrado en una cuadra cerca de aquí —prosiguió Mayol—. Mañana mismo podrás recobrarlo… si nos pruebas que es tuyo.

—Nada más fácil.

—¡Me alegraría tanto quedarme con él!

—Lo que es por el hallazgo —dijo el marinero con la mayor candidez—, no hay que apurarse, daré lo que sea razón.

—¿De veras?

—Todavía me sobran cien duros para un capricho.

—Vamos a ver, ¿cuánto me darás? —dijo Roberto encaminándose a la puerta como quien no quiere la cosa.

—Usted pida.

Mayol echó el cerrojo.

—Una sola cosa te pido, es muy sencilla —dijo en voz baja, volviendo a nuestro lado—. Que me cuentes, tal como fue, eso de la calle del Conde del Asalto.

Y sacando la pistola la puso tranquilamente sobre la mesa.

El marinero se turbó hasta el punto de que creí que se desmayara. Su grueso bastón doblose como un junco al peso de su cuerpo, que maquinalmente se levantaba como un autómata; pero volvió a dejarse caer a plomo sobre la silla.

—Camarada —le dijo Roberto con bondad, pero con firmeza—; ¡no te alarmes, voto a bríos! No te queremos mal, te lo juro; no te haremos daño, pues nos consta que eres inocente, lo cual no quiere decir que no estés algo complicado en el crimen, que eso también nos consta; pero tú has podido robar y no has robado, lo que prueba que eres hombre de bien; tú no has debido acudir a mi cita, y has acudido, lo que prueba tu inocencia. Ya lo estás viendo: todo lo sé, conque no me ocultes la verdad, que te saldría peor la cuenta. Si eres inocente, como

presumo, y honrado, como tu semblante me indica, te interesa declarar, pues gime en la cárcel a estas horas otro hombre honrado e inocente.

Estas palabras devolvieron su presencia de espíritu al mallorquín; pero no su aire de audacia.

—*¡Déu sobre tot!* —balbuceó lentamente.

Cada una de sus palabras era para mí un torrente de luz en aquel dédalo de tinieblas. Sin duda aquel hombre se hallaba en una situación muy crítica, pues no hacía punto en sus invocaciones a Dios.

—Voy a decirlo todo, ¡todo! —prosiguió el marinero pasándose la mano por la frente—: todo lo que sé, aunque no espero que usted me crea… Pero ya no debo callar, no puedo callar, aunque me cueste la vida. ¡Tengo un peso en el corazón!… *A boca que no parla, Déu no l'ou*[63].

He aquí lo que nos contó el mallorquín, desnudo del inmenso fárrago de juramentos y frases vulgares que ordinariamente empleaba.

En un viaje que el año anterior había hecho al Archipiélago indio, desembarcó en Borneo, y por divertirse con otro camarada, emprendieron una expedición a los bosques, donde cazaron un magnífico orangután. De vuelta a Europa murió su compañero en la travesía, dejándole absoluto propietario del mamífero, que era alhaja de valor para tan pobre gente. En la sentina de su fragata logró traerlo a Marsella, no sin trabajo, pues tenía un genio indomable, colosal corpulencia y astucia superior a su astuta raza; allí concibió el proyecto de venderlo al Jardín de plantas de París; pero el Jardín de plantas poseía a la sazón hermosos orangutanes, lo que hizo imposible su negocio; y entonces decidió traérselo a Isabel II para el Retiro, que siempre en su regio palacio tiene cuartos deshabitados que ofrecer a un huésped extranjero. No tienen número los trabajos ni los peligros que arrostrara hasta ponerlo en Barcelona, dentro de una enorme jaula que a todo el mundo encubría, para no verse abrumado por la pública curiosidad.

Una noche, o más bien una madrugada —la madrugada del crimen —, que volvía el mallorquín a su casa dando traspieses, de resultas de cierta broma que acababa de *correr* en una taberna del puerto, encontró al orangután instalado en su habitación con un paño blanco sobre el pecho, la cara enjabonada y una navaja de afeitar en la mano. Había roto su jaula y se disponía a imitar a su amo en la operación que con más frecuencia le veía hacer: afeitarse. Horrorizado el marinero de ver en posesión de un arma tan peligrosa al feroz mamífero, que era muy capaz de servirse de ella, estuvo un instante indeciso, y luego, sin comprender la situación en toda su importancia, cogió un garrote con que en otras ocasiones solía templar sus iras. Verlo el orangután, quitarse el paño de la barba y salir disparado

navaja en mano fue todo un punto.

Por desgracia estaba la puerta de par en par.

—*L'home posa y Déu disposa* —añadió filosóficamente el mallorquín, aprovechando esta coyuntura para acordarse otra vez de Dios.

Disipada inmediatamente su embriaguez por el terror, emprendió la carrera tras el mono. Las calles estaban desiertas y silenciosas.

El maldito animal corría más que su amo, mucho más, y sin duda para no reventarle, siempre que le sacaba delantera, se detenía haciéndole señas con la navaja, o dándole gritos, esos gritos ininteligibles del orangután, que son el eco perdido de la voz humana en estado salvaje. La caminata duró cerca de una hora; pocas calles de Barcelona dejaron de visitar, el mono corriendo, el hombre jurando y blasfemando, que debían de parecer uno de aquellos símbolos de la locura humana, que en la Edad Media esculpía en sus monumentos arquitectónicos. Más de un valeroso galán, que con su Dulcinea platicaba, cayó al suelo desvanecido de terror, y cierto quinto que estaba de centinela en un cuerpo de guardia se quedó mudo en el acto sin poderles dar el «¿Quién vive?».

Cuando entró el orangután en la calle de Lancastre, había luz en las ventanas del jardín de doña Elísea. Sin duda la luz hubo de llamarle la atención, y deteniéndose un instante como quien reflexiona, saltó a la tapia y de la tapia a la ventana. Su amo llegaba a la calle en este momento. La impresión que le causara el mirarle allí subido fue primero de alegría, pues ya estaba en seguridad; pero, al verle empujar la puerta de la ventana, un horrible presentimiento le hizo lanzarse también por sus mismas huellas.

Pero el hombre no subía con tanta presteza como el animal; donde este sentaba cómodamente sus uñas, aquel no podía apoyar sus pies; conque le costó no poco trabajo enderezarse en la cornisa paralela a la tapia, a fuerza de equilibrio y de serenidad y gracias a los gruesos clavos que sostenían las madreselvas y las pasionarias del jardín. Como estaba justamente la ventana a la altura de su cabeza, oyó dentro de las habitaciones un rumor espantoso y gritos lastimeros; pero no podía enderezarse para mirar sin desasirse de los clavos.

El terror pudo al fin más que su propio instinto. Soltose y metió la cabeza por la ventana, en el mismo momento en que despertaban espantados los vecinos de la calle.

La viuda y su hija estaban al parecer ocupadas en lo que se llama *hacer el baúl* para un viaje. El baúl abierto yacía en medio de la habitación, rodeado de ropas y de dinero. Las víctimas debían de hallarse de espaldas a la ventana y, a juzgar por el tiempo transcurrido entre la invasión del orangután y los primeros gritos, es más que probable que no lo vieron al pronto ni lo sintieron. El abrirse la

ventana quizás lo atribuirían al aire.

Cuando pudo el marinero ver lo que pasaba en la habitación, el terrible animal había cogido a doña Elísea por el pescuezo, e imitando los gestos y ademanes de un barberillo, agitaba la navaja en torno a su cara. La joven yacía en el suelo desmayada. Los gritos y los esfuerzos de la anciana, por los cuales perdió parte de sus cabellos, trocaron en furor las disposiciones probablemente pacíficas del orangután. La sangre que inundaba el rostro de la víctima convirtió su furor en frenesí, y rechinando los dientes y vertiendo fuego por los ojos, le cortó casi por completo la cabeza de un navajazo, y arrojose luego sobre la joven que tuvo la desdicha de que el animal le pusiera las manos en la garganta. Sus uñas se cruzaron dentro de la carne. Cada sacudida de dolor de doña Ana la estrangulaba más y más, porque él las resistía apretando, como si temiese que se le escapara su presa, y en esta situación debió mantenerse algunos momentos, hasta que el ruido hecho por su amo en la ventana y probablemente su exclamación *Déu del cel*, le hizo levantar los ojos. Entonces, asustado de su propia obra, temeroso quizás del castigo, o quizás fascinado por la mirada del marinero, que parecía la estatua del terror, pues los monos son muy nerviosos, y por lo mismo ocasionados admirablemente a la influencia magnética, quiso ocultar las pruebas de su crimen, y revolvió todos los muebles, recorrió todos los rincones saltando aturdidamente de aquí para allá y gritando como un niño cogido en flagrante robo de golosinas. Al ver la chimenea, castañeteó los dientes de gusto y arrastró hasta allí el cadáver de la joven, triturándolo materialmente para meterlo en el hogar con sus hercúleos brazos. No pudo resistir el mallorquín tan horribles emociones y, protegido sin duda por el cielo, pues ninguna precaución tomaba, se volvió como un loco por la cornisa, saltó a la tapia y luego a la calle, pasando el resto de la noche corriendo por la población, sin acertar a darse cuenta de lo que había visto.

Pocas palabras tengo que añadir. El orangután debió sin duda saltar detrás de su amo, pero esta vez no tuvo tan buena suerte como la primera, pues cayó al pozo del jardín, donde en estado de putrefacción fue descubierto al cabo de treinta días. ¡Qué providencia divina! El dependiente de Xifré recobró su libertad, gracias al marinero y a Mayol, que hicieron prueba plena de su inocencia.

—¡Ah! Se me olvidaba…

El inspector de policía de Barcelona fue agraciado con una encomienda de Carlos III, y nosotros tuvimos que escaparnos de la ciudad, porque empezó a susurrarse que Mayol no había jugado limpio en el asunto.

SHERIDAN LE FANU

TÉ VERDE
CASO DADO A CONOCER POR MARTIN HESSELIUS, MÉDICO ALEMÁN
(1869)

Traducción
Marta Salís

Joseph Thomas Sheridan Le Fanu nació en Dublín en 1814 en una familia de ascendencia hugonote. Su abuela, Alice Sheridan Le Fanu, y su tío abuelo, Richard Brinsley Sheridan, fueron dramaturgos, y su sobrina, Rhoda Broughton, novelista de éxito. Estudió Derecho en el Trinity College de Dublín, donde fue nombrado auditor de la Sociedad Histórica, pero no llegó a ejercer la abogacía y se pasó al periodismo. Publicó muchas de sus obras por entregas en la revista *Dublin University Magazine*, de la que llegaría a ser editor, y perteneció también a la plantilla del *Dublin Evening Mail*. Escribió multitud de relatos repletos de misterio y de elementos sobrenaturales, y fue posiblemente el primer autor que fusionó los laberintos del gótico con la incipiente novela de misterio. Entre sus obras destacan *La casa junto al camposanto* (1863), *Tío Silas* (1864), *La rosa y la llave* (1871) y el volumen de cuentos *En un cristal oscuro* (1872). *Carmilla*, protagonizado por una mujer vampiro, serviría de inspiración al *Drácula* de Bram Stoker. Henry James se declararía lector empedernido de sus obras: «La lectura ideal para después de medianoche en una casa de campo». Le Fanu murió en su ciudad natal en 1873.

«Té verde» (*Green Tea*) apareció en cuatro entregas de *All Year Round*, el semanario editado por Charles Dickens, del 23 de octubre al 13 de noviembre de 1869. Más tarde se incluiría en el volumen *En un cristal oscuro* (1872). Aquí el mono aparece por primera vez en esta antología como una encarnación diabólica, al estilo del gato o el lobo en la tradición gótica, solo que el espíritu cientifista victoriano le da una explicación médica que hoy resulta, por cierto, bastante esotérica. Por otro lado, la actitud fría y confiada de la medicina contrasta con la patética descripción de los padecimientos del «enfermo».

PRÓLOGO

Aunque con una sólida formación en medicina y cirugía, nunca he ejercido ninguna de las dos. El estudio de ambas, sin embargo, me interesa profundamente. Ni la indolencia ni el capricho me apartaron de la honorable profesión que había empezado a desempeñar. Todo se debió al arañazo insignificante de un bisturí. Esta nimiedad me costó la pérdida de dos dedos, que me amputaron de inmediato, y la pérdida aún más dolorosa de la salud, pues jamás me he encontrado bien desde entonces, y rara vez he pasado más de doce meses seguidos en el mismo sitio.

En mis peregrinajes conocí al doctor Martin Hesselius, un vagabundo como yo y, como yo, médico y entusiasta de su profesión. Se diferenciaba de mí en que sus vagabundeos eran voluntarios, y era un hombre si no rico para los patrones de Inglaterra, al menos con una posición desahogada. Era ya anciano cuando me lo presentaron; casi treinta y cinco años mayor que yo.

El doctor Martin Hesselius se convirtió en mi maestro. Sus conocimientos eran inmensos, y descifraba los casos con ayuda de su intuición. Nadie como él para asombrar y deleitar a un joven apasionado como yo. Mi admiración ha resistido el paso del tiempo y sobrevivido a la separación de la muerte. Tengo la certeza de que estaba justificada.

Durante casi veinte años fui su secretario médico. Dejó su inmensa colección de documentos a mi cuidado, para que la ordenara, clasificara y encuadernara. Su tratamiento de algunos casos es muy curioso. Escribe como si fuera dos personas diferentes. Describe cuanto ve y escucha como si fuera una persona inteligente, pero lega en la materia; y cuando, con este estilo de narrar, ha acompañado al paciente a la entrada de la casa, a la luz del día, o hasta las puertas de la oscuridad que conduce a la caverna de los muertos, retoma el escrito y, con las herramientas de su arte y la fuerza y originalidad de su genio, se dedica al trabajo de análisis, diagnóstico e ilustración.

De vez en cuando hay casos que divertirían u horrorizarían a un lector profano, y despertarían en él un interés muy diferente del que sentiría un experto. Con pequeñas modificaciones, sobre todo en el lenguaje, y, por supuesto, cambiando los nombres, copiaré el siguiente. El narrador es el doctor Martin Hesselius. Encontré el texto entre las innumerables notas que tomó en un viaje por Inglaterra hace unos sesenta y cuatro años.

El caso lo relata en una serie de cartas que dirigió a su amigo el profesor Van Loo de Leiden. El profesor no era médico sino químico, amén de estudioso de la historia, la metafísica y la medicina; había escrito en el pasado una obra de teatro.

La narración, por consiguiente, aunque menos valiosa como informe médico, fue forzosamente escrita en un estilo más ameno para un lector profano.

Estas cartas, según se desprende de un memorando adjunto, parecieron devolverse al doctor Hesselius después de la muerte del profesor, en 1819. Algunas están escritas en inglés, otras en francés, pero la mayoría en alemán. He sido fiel al texto, a pesar de no ser, en modo alguno, un traductor competente; y, aunque aquí y allí he suprimido algunos pasajes, abreviado otros y disfrazado nombres, no he puesto nada de mi cosecha.

I

EL DOCTOR HESSELIUS CUENTA CÓMO CONOCIÓ AL REVERENDO JENNINGS

El reverendo Jennings es alto y delgado. De edad mediana, viste con la escrupulosidad elegante y anticuada de la Iglesia Alta[64]. Es un poco ceremonioso, pero nada estirado. Sus facciones, sin ser hermosas, son muy correctas; y su expresión es sumamente amable, aunque también tímida.

Lo conocí una noche en casa de lady Mary Heyduke. La modestia y la benevolencia de su rostro resultan de lo más atractivas.

Solo éramos un pequeño grupo, y él se unió afablemente a la conversación. Parece gustarle más escuchar que intervenir; pero cuanto dice es oportuno y sensato. Lady Mary lo aprecia muchísimo y, al parecer, le pide consejo a menudo; lo considera la persona más feliz y bondadosa de la tierra. Qué poco sabe de él.

El reverendo Jennings es soltero y, según dicen, tiene sesenta mil libras en bonos del Estado. Es un hombre caritativo. Está deseoso de ejercer su sagrada profesión, y, aunque se encuentra tolerablemente bien en otros sitios, cuando va a su casa parroquial de Warwickshire, a fin de ocuparse de los deberes propios de su sagrado oficio, su salud enseguida se quebranta, y del modo más extraño. Así lo explica lady Mary.

No hay duda de que al señor Jennings la salud le falla, por lo general, de un modo repentino y misterioso, a veces justo en el momento de celebrar un oficio religioso en su antigua y bonita iglesia

de Kenlis. Podría ser su corazón, podría ser su cerebro. Pero tres o cuatro veces, como mínimo, se ha detenido de pronto en medio del oficio y, después de guardar silencio, al parecer incapaz de continuar, se ha abismado en una oración solitaria e inaudible, con las manos y los ojos levantados, pálido como la cera; y, presa de una vergüenza y un horror extraños, se dirige temblando a la sacristía y abandona a sus fieles sin la menor explicación. Los hechos ocurrieron mientras su coadjutor estaba ausente. Ahora, cuando va a Kenlis, el reverendo se asegura de llevar a un sacerdote que comparta sus deberes, y que lo sustituya en el instante en que se vea incapacitado.

Cuando la entereza del señor Jennings se derrumba, se bate en retirada de la casa parroquial y vuelve a Londres, donde, en una oscura calle cerca de Piccadilly, vive en una casita en la que, según lady Mary, siempre se encuentra bien. Tengo mi opinión sobre el particular. Existen grados, como es natural. Ya lo veremos.

El señor Jennings es un perfecto caballero. La gente, sin embargo, nota algo raro en él. Da una impresión un poco ambigua. Hay una cosa que sin duda contribuye, pero que la gente no recuerda, o quizá no percibe con claridad. Pero yo me fijé casi de inmediato. El señor Jennings tiene un modo especial de mirar de lado la alfombra, como si sus ojos siguieran los movimientos de algo. Esto, por supuesto, no pasa a todas horas. Solo de vez en cuando. Pero lo bastante a menudo para que su comportamiento resulte, como he dicho, extraño; y en esa mirada que recorre el suelo hay algo tanto cohibido como angustiado.

Un filósofo médico, como tiene usted la amabilidad de llamarme, que elabora teorías con ayuda de los casos con que se encuentra, casos que observa y analiza con más tiempo y autoridad y, por consiguiente, con mucha mayor minuciosidad de la que puede permitirse un médico cualquiera, adquiere sin darse cuenta unos hábitos de observación que lo acompañan a todas partes, y que él ejercita, algunos dirían con insolencia, siempre que hay una mínima probabilidad de que su investigación rinda sus frutos.

Había algo prometedor en el caballero delgado, tímido y amable, aunque reservado, al que conocí en aquella velada tan agradable. Observé, por supuesto, más de lo que ahora pongo por escrito; pero reservo cuanto bordea lo técnico para un testimonio estrictamente científico.

Añadiré que, cuando hablo de medicina, me refiero —y espero que algún día sea la visión más extendida— a algo mucho más amplio de lo que generalmente abarca un tratamiento físico. Creo que el mundo natural no es más que la expresión última de ese mundo espiritual que es la fuente, la única fuente, de su vida. Creo que el hombre esencial es un espíritu, y que este espíritu es una sustancia organizada, pero tan diferente, desde el punto de vista material, de lo que solemos

entender por materia como la luz o la electricidad; que el cuerpo físico es, en el sentido más literal, una vestidura, y la muerte, en consecuencia, no es una interrupción de la existencia del hombre vivo, sino únicamente su liberación del cuerpo natural; un proceso que empieza en el momento de lo que llamamos muerte, y cuya culminación, como mucho, unos días más tarde, es la resurrección «en el poder»[65].

Si uno mide el alcance de esta postura, es posible que vea la influencia práctica que tiene en la medicina. Sin embargo, no es este el lugar más indicado para exponer las pruebas y discutir las consecuencias de una situación que no está reconocida.

De acuerdo con mis hábitos, empecé a observar disimuladamente al señor Jennings, pero creo que se dio cuenta porque vi con claridad cómo me observaba con idéntica cautela. Cuando lady Mary me llamó doctor Hesselius, advertí que me miraba con más atención y se quedaba pensativo.

Más tarde, mientras conversaba con un caballero en el otro extremo de la sala, reparé en que el señor Jennings no dejaba de mirarme, y con un interés que creí comprender. Luego aprovechó la oportunidad de hablar con lady Mary, y fui consciente, como suele ocurrir, de que sus lejanas preguntas y respuestas se referían a mí.

El clérigo de elevada estatura se acercó poco a poco; y no tardamos en entablar conversación. Cuando dos personas que aman la lectura, conocen libros y lugares y han viajado quieren hablar no les resulta difícil encontrar un tema. No fue casual que se aproximara y se dirigiera a mí. Sabía alemán y había leído mis ensayos sobre Medicina Metafísica, que sugieren mucho más de lo que en realidad dicen.

Este hombre educado, tímido y amable, un hombre sin duda inteligente y cultivado, que se movía y conversaba entre nosotros manteniéndose un poco al margen, y del que yo sospechaba que llevaba una vida cuyas transacciones y sobresaltos ocultaba con celo, con una reserva impenetrable no solo para el mundo sino para sus amigos más queridos; este hombre sopesaba cuidadosamente en su cerebro la idea de dar cierto paso en relación conmigo.

Leía sus pensamientos sin que él se diera cuenta, y me cuidaba de no decir nada que, ante su mirada sensible, pudiera traicionar mis sospechas sobre su posición, o mis conjeturas sobre sus planes conmigo.

Hablamos un rato de temas sin importancia, pero finalmente me dijo:

—Doctor Hesselius, me interesaron mucho unos ensayos suyos sobre lo que usted llama Medicina Metafísica… Los leí en alemán hace diez o doce años. ¿Están traducidos?

—No, estoy seguro de que no… Me habría enterado. Me habrían pedido permiso, supongo.

—Hace unos meses pedí a los editores que me consiguieran el original en alemán; pero me dijeron que está agotado.

—En efecto, desde hace unos años; pero, como autor, me halaga que no haya olvidado usted mi librito —añadí riendo—: diez o doce años es mucho tiempo para habérselas arreglado sin él; pero supongo que le ha dado vueltas al asunto de nuevo, o que le ha ocurrido algo últimamente que ha resucitado su interés por él.

Al oír este comentario, acompañado de una mirada de curiosidad, el señor Jennings sintió una repentina turbación, análoga a las que hacen ruborizar y parecer tonta a una jovencita. Bajó la vista, juntó las manos con nerviosismo y pareció incómodo, incluso debería decir culpable, por unos instantes.

Intenté que olvidara su incomodidad, fingiendo que no notaba nada y añadiendo enseguida:

—A menudo recupero el interés por un tema —dije—; un libro hace que piense en otro, y con frecuencia me lanzo a buscar lo imposible después de más de veinte años. Pero, si aún le interesa un ejemplar, me encantará proporcionárselo; todavía me quedan dos o tres. Será un honor para mí que me permita dedicárselo.

—Es usted muy amable —me contestó, sereno de nuevo—. Había perdido la esperanza… No sé cómo agradecérselo.

—No diga nada, por favor; es tan poca cosa que me da vergüenza habérselo ofrecido. Si vuelve a darme las gracias, lo arrojaré al fuego en un ataque de modestia.

El señor Jennings se rió. Me preguntó dónde me hospedaba en Londres, y, después de hablar un poco más de otros asuntos, se despidió.

II

EL DOCTOR INTERROGA A LADY MARY Y ELLA LE RESPONDE

—Me cae muy bien su párroco, lady Mary —le dije en cuanto él desapareció—. Ha leído, viajado y meditado, y también ha sufrido. Tiene que ser una buena compañía.

—Ya lo creo y, lo que es mejor, es realmente una bellísima persona —dijo ella—. Son inestimables sus consejos sobre mis escuelas, y sobre mis otros pequeños proyectos en Dawlbridge, y es tan concienzudo, se esfuerza tanto… no se hace usted idea; cuando cree que puede ayudar,

es tan bondadoso y tan sensato…

—Me complace escuchar sus virtudes de vecino —dije—. Yo solo puedo afirmar que es una compañía muy agradable y, además de lo que me ha contado usted, creo que puedo añadir dos o tres cosas.

—¿De veras?

—Sí, lo primero es que no está casado.

—Así es… Continúe.

—Escribe, mejor dicho, *escribía*, pero lleva dos o tres años sin trabajar en su obra; y era de un tema bastante abstracto… teología quizá.

—Bueno, estaba escribiendo un libro, como dice; no estoy segura de sobre qué trataba, solo que no era de mi interés; es probable que tenga usted razón, y realmente lo dejó… sí.

—Y, aunque solo ha bebido un poco de café esta noche, le gusta el té… o al menos le gustaba de un modo exagerado.

—Sí, eso es *muy* cierto.

—Bebía té verde, una gran cantidad, ¿no es así? —proseguí.

—¡Vaya, qué curioso! El té verde era algo sobre lo que llegábamos casi a pelearnos.

—Pero ha dejado de beberlo —dije.

—En efecto.

—Y un dato más. ¿Conoció usted a su madre o a su padre?

—Sí, a los dos; su padre murió hace solo diez años, y la casa familiar está cerca de Dawlbridge. Los conocíamos mucho —respondió.

—Pues su madre o su padre… yo diría que su padre, vio un fantasma —exclamé.

—Vamos, doctor Hesselius, es usted un auténtico brujo.

—Brujo o no, lo que he dicho ¿es verdad? —pregunté divertido.

—Por supuesto que sí, y *fue* su padre: un hombre excéntrico y callado. Se empeñaba en contarle sus sueños a mi padre, y un día le explicó que había visto un fantasma y había hablado con él, una historia rarísima. Lo recuerdo perfectamente porque él me daba miedo. El incidente ocurrió mucho antes de que él muriera, cuando yo era pequeña. Era de ademanes tristes y silenciosos, y a veces nos visitaba por la noche cuando estaba sola en el salón, y me parecía ver fantasmas a su alrededor.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Y, ahora que sabe que soy un brujo, le daré las buenas noches —dije.

—Pero ¿cómo ha averiguado todo eso?

—Con ayuda de los planetas, como los gitanos —contesté; y

alegremente nos dimos las buenas noches.

A la mañana siguiente mandé al señor Jennings el librito que buscaba con una nota; y esa noche, al volver a mi alojamiento, vi que había dejado su tarjeta mientras estaba fuera. Preguntó si estaba en casa, y a qué hora tenía más probabilidades de encontrarme.

¿Tendrá la intención de desvelar su caso y consultarme «profesionalmente», como suele decirse? Espero que sí. Ya he concebido una teoría sobre él. Se ve respaldada por las respuestas de lady Mary a mis preguntas cuando nos despedíamos. Me encantaría que la confirmara él con sus propios labios. Pero ¿qué puedo hacer para alentar educadamente su confesión? Nada. Más bien creo que él está pensando cómo. En cualquier caso, mi querido Van L., le daré facilidades; me dispongo a devolverle la visita mañana. Pasar a verlo es lo correcto según las reglas de cortesía. Quizá consiga algo. Si es mucho, poco o nada, mi querido Van L., se lo contaré.

III

EL DOCTOR HESSELIUS AVERIGUA ALGO EN UNOS LIBROS DE LATÍN

Bueno, me presenté en Blank Street.

Al preguntarle al criado que abrió la puerta, me dijo que el señor Jennings estaba muy ocupado con un caballero de Kenlis, su parroquia rural. A fin de conservar el privilegio de volver a visitarlo, me limité a señalar que probaría suerte en otro momento; y, cuando me volví para marcharme, el criado, disculpándose, me preguntó, con un poco más de atrevimiento del que suelen mostrar las personas educadas de su condición, si no era yo el doctor Hesselius; al saber que era así, dijo:

—Quizá me permita entonces, señor, que se lo comente al señor Jennings. Estoy seguro de que desea verlo.

El criado volvió enseguida con un recado del señor Jennings, pidiéndome que fuera a su estudio, que en realidad era su sala trasera, con la promesa de reunirse conmigo al cabo de unos minutos.

Y era en verdad un estudio, casi una biblioteca. El techo era alto, y tenía dos ventanas estrechas y alargadas con oscuros cortinajes. Era mucho más amplio de lo que esperaba, y tenía las paredes llenas de libros, desde el suelo hasta el techo. La alfombra superior —pues, al pisar, sentí que había dos o tres capas— era turca. Mis pasos no hacían el menor ruido. Las estanterías sobresalían tanto que las ventanas, sumamente estrechas, quedaban hundidas. Aunque era una estancia muy cómoda, incluso lujosa, resultaba decididamente lúgubre

y, secundada por el silencio, casi opresiva. Tal vez, sin embargo, debiera atribuir algo de esto a mis asociaciones. Mi intelecto había concebido ideas muy extrañas sobre el señor Jennings. Entré en el estudio completamente silencioso de aquella casa silenciosa con un presentimiento muy peculiar; la oscuridad y la solemne encuadernación de los libros que, si exceptuamos dos estrechos espejos que colgaban de la pared, estaban por todas partes contribuyeron a mis sombríos pensamientos.

Mientras esperaba la llegada del señor Jennings, me entretuve hojeando algunos de los libros que abarrotaban los estantes. No entre ellos, sino justo debajo, en el suelo y con el lomo hacia arriba, encontré una colección completa de la *Arcana Caelestia* de Swedenborg[66] en latín, su idioma original. Era una hermosa edición, encuadernada con la elegancia inherente a la teología; es decir, pergamino genuino, letras doradas y cantos carmesíes. Había señaladores de papel en varios de los volúmenes; los coloqué, uno tras otro, sobre la mesa y, después de abrir las páginas marcadas, leí en la solemne fraseología latina una serie de oraciones señaladas con un lápiz en el margen. Copio aquí unas cuantas traducidas a nuestra lengua.

> Cuando se abre la visión interior del hombre, que es la del espíritu, aparecen cosas de otra vida, que no pueden hacerse visibles para la vista humana…
>
> Gracias a esa visión interior me ha sido concedido ver cosas que son de otra vida, y con más claridad de la que veo aquellas de este mundo. Por tanto, es evidente que la visión exterior viene de la interior, y esta de otra aún más interior, etcétera…
>
> En cada hombre hay al menos dos espíritus malignos…
>
> Con los genios malignos existe también un habla fluida, pero áspera y dura. Existe, asimismo, entre ellos un habla que no es fluida, en la que el disentir de los pensamientos se percibe como algo que secretamente se arrastra con ella…
>
> Los espíritus malignos asociados al hombre vienen realmente del infierno, pero, cuando se encuentran con el hombre, dejan de estar en el infierno, pues los han sacado de allí. El lugar donde se hallan entonces se encuentra a medio camino entre el cielo y el infierno, y se conoce como el mundo de los espíritus; cuando los espíritus malignos que acompañan al hombre se encuentran en ese mundo, no sufren un tormento infernal, pues están en cada pensamiento y afecto humano, y en

todo cuanto el hombre goza. Cuando se les devuelve a su infierno, regresan a su estado anterior…

Si los espíritus malignos se dieran cuentan de que están asociados al hombre y, a pesar de ello, separados de él; si pudieran adentrarse en las partes de su cuerpo, intentarían de mil maneras destruirlo; pues odian al hombre con un odio mortal…

Al saber, por tanto, que yo era un hombre por mi cuerpo, luchaban sin cesar por destruirme, no solo mi cuerpo sino sobre todo mi alma; pues destruir a un hombre de espíritu es el mayor placer de cuantos están en el infierno; pero el Señor me ha protegido constantemente. Ahí se ve cuán peligroso es para el hombre vivir asociado a los espíritus, a menos que lo haga protegido por la fe…

Nada se oculta con más cuidado del conocimiento de los espíritus asociados que el hecho de que estén tan ligados al hombre, pues, de saberlo, le hablarían con la intención de destruirlo…

El mayor placer del infierno es hacer daño al hombre y precipitar su ruina eterna…

Una extensa nota, escrita a pie de página con un lápiz fino y afilado en la pulcra letra del señor Jennings, me llamó la atención. Esperando que fueran sus comentarios sobre el texto, leí una o dos palabras y me detuve, pues era algo muy diferente y empezaba con estas palabras: *Deus misereatur mei* (Que Dios se apiade de mí). Consciente de su naturaleza privada, aparté la vista y cerré el libro; coloqué los volúmenes tal como los había encontrado, excepto uno que me interesaba y que, como es habitual entre los hombres estudiosos y solitarios, me absorbió de tal modo que me aislé del mundo exterior y olvidé dónde estaba.

Estaba leyendo unas páginas que hablaban de los «representantes» y los «correspondientes», según el lenguaje técnico de Swedenborg, y había llegado a un pasaje cuyo fundamento era que los espíritus malignos, cuando son vistos por ojos que no son los de sus asociados, se presentan por «correspondencia» con el aspecto de una bestia (*fera*) que representa su concupiscencia y vida particulares del modo más atroz. Es un largo pasaje que detalla varias de estas formas bestiales.

IV

CUATRO OJOS LEÍAN EL PASAJE

Señalaba con un extremo de mi plumier la línea que iba leyendo, y algo me obligó a levantar la cabeza.

Justo enfrente de mí estaba uno de los espejos que he mencionado, y en él vi reflejada la alta figura de mi amigo, el señor Jennings, que se inclinaba por encima de mi hombro y leía la misma página que yo, con el rostro tan sombrío y desencajado que me costó reconocerlo.

Me volví y me puse en pie. Él se irguió y, con un esfuerzo, se rió un poco y me dijo:

—Al entrar le he preguntado cómo estaba, pero no he conseguido distraerlo de su libro; así que no he podido reprimir la curiosidad y me temo que, con suma indiscreción, he echado un vistazo por encima de su hombro. No es la primera vez que lee estas páginas. Estudió a Swedenborg hace mucho tiempo, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Le debo muchísimo a Swedenborg; descubrirá huellas de él en el librito de Medicina Metafísica que usted tuvo la amabilidad de recordar.

Aunque mi amigo fingió cierta animación, estaba ligeramente sonrojado, y percibí que, en su fuero interno, se hallaba muy perturbado.

—Todavía no puedo opinar, ¡sé tan poco de Swedenborg! Solo tengo su obra desde hace quince días —dijo—. Y no me extrañaría que pusiera nervioso a un hombre solitario; es decir, a juzgar por lo poco que he leído. No digo que me haya ocurrido a mí —se rió—; y le estoy tan agradecido por su libro… Espero que le llegara a usted mi nota.

Le aseguré su recepción y le dije que exageraba.

—Nunca he leído un libro con el que me identificara tanto como con el suyo —prosiguió—. Enseguida me di cuenta de que hay mucho más en él de lo que se dice. ¿Conoce usted al doctor Harley? —preguntó algo bruscamente.

De pasada, el redactor del texto comenta que dicho médico era uno de los más eminentes que han ejercido en Inglaterra.

Lo conocía, ya que le había dirigido algunas cartas; y, además de prestarme ayuda, había sido muy cortés conmigo durante mi visita a Inglaterra.

—Creo que ese hombre es uno de los necios más grandes que he conocido en la vida —exclamó el señor Jennings.

Era la primera vez que le oía un comentario mordaz sobre alguien, y que aplicara este adjetivo a un hombre de tanto prestigio me sorprendió un poco.

—¿De veras? ¿En qué sentido? —le pregunté.

—En el profesional —contestó.

Sonreí.

—Quiero decir —añadió— que me parece medio ciego. O sea, la mitad de lo que mira está oscuro… y preternaturalmente luminoso y vívido el resto; y lo peor es que parece *deliberado*. No lo entiendo… Es que no quiere… He tenido alguna experiencia con él como médico, pero, en ese sentido, no es mejor que una mente paralítica, un intelecto medio muerto. Ya se lo contaré todo… Sé que en algún momento lo haré —dijo con cierta agitación—. Usted se quedará unos meses en Inglaterra. Si me marchara unos días de la ciudad durante su estancia, ¿me permitiría que lo molestara con una carta?

—Sería un placer para mí —le aseguré.

—Qué amable es usted. No estoy nada contento con Harley.

—Se inclina un poco hacia la escuela materialista —dije.

—Es un materialista *puro* —me corrigió—; no puede imaginar hasta qué punto preocupan estas cosas a quien ha profundizado más en el asunto. No diga a nadie… a ninguno de mis amigos que conoce, que estoy tan decaído; por ejemplo, nadie sabe… ni siquiera lady Mary, que he visitado al doctor Harley o a cualquier otro médico. Así que le ruego que no lo mencione; y, si corriera peligro de un ataque, permítame escribirle o, si estoy en la ciudad, tener una pequeña charla con usted.

Todo se volvían conjeturas; y advertí que, inconscientemente, había clavado en él mis ojos preocupados, pues bajó los suyos un momento y dijo:

—Sé que piensa usted que debería contárselo ahora, o acabará haciendo conjeturas; pero será mejor que desista. Aunque lo intentara toda la vida, nunca lo adivinaría.

Movió la cabeza sonriendo, y sobre aquel sol invernal apareció de pronto una nube negra; y respiró con los dientes apretados, como los hombres que sufren.

—Lamento mucho, como es natural, que se vea en la necesidad de consultar a un médico; pero llámeme cuando y como quiera; no necesito asegurarle que sus confidencias son sagradas.

Habló entonces de otras cosas, y bastante más animado; al cabo de un rato, me despedí.

V

REQUIEREN AL DOCTOR HESSELIUS EN RICHMOND

Nos despedimos alegremente, pero ni él estaba tranquilo ni yo tampoco. Hay ciertas expresiones de ese poderoso órgano del espíritu —el rostro humano— que, a pesar de haberlas visto a menudo y tener la entereza de un médico, me alteran profundamente. La mirada del señor Jennings me obsesionaba. Se había apoderado de mi imaginación con una fuerza tan sombría que cambié mis planes para esa noche y me fui a la ópera, consciente de que necesitaba pensar en otra cosa.

Pasé dos o tres días sin noticias de él, y entonces recibí una nota de su puño y letra. Parecía alegre y lleno de esperanza. Decía que, como llevaba un tiempo sintiéndose mucho mejor —perfectamente, de hecho—, iba a hacer un pequeño experimento: pasaría alrededor de un mes en su parroquia para ver si un poco de trabajo acababa de curarlo. Su nota reflejaba una ferviente gratitud religiosa por su restablecimiento, como casi confiaba en que podía llamarlo.

Un par de días después vi a lady Mary, que repitió lo que su misiva había anunciado, y me contó que el señor Jennings ya estaba en Warwickshire, donde había reanudado sus deberes clericales en Kenlis.

—Empiezo a pensar que está divinamente, y que nunca ha tenido nada serio, solo nervios y fantasías; todos somos nerviosos, pero imagino que no hay nada como un poco de trabajo constante para esa clase de fragilidad; y él ha decidido probarlo. No me sorprendería que tardara un año en volver.

A pesar de nuestra confianza, solo dos días más tarde recibí esta carta, fechada en su casa cerca de Piccadilly:

> Estimado señor:
>
> He vuelto desilusionado. Si llegara a tener fuerzas para verlo, le escribiría para que tuviera la amabilidad de visitarme. De momento, estoy demasiado abatido, y lo cierto es que me veo incapaz de decir todo lo que me gustaría. Por favor, no hable de mí a los amigos. No puedo ver a nadie. Más adelante, si Dios quiere, tendrá noticias de mí. He decidido ir a Shropshire, donde viven unos familiares. ¡Que Dios le bendiga! Ojalá a mi vuelta podamos vernos con mejor ánimo del que ahora siento.

Aproximadamente una semana después, fui a casa de lady Mary, según ella, la única persona que quedaba en la ciudad, y a punto de marcharse a Brighton, pues la temporada londinense había terminado. Me contó que le había escrito desde Shropshire Martha, la sobrina del señor Jennings. La única conclusión que se sacaba de su carta era que

estaba alicaído y muy nervioso. En estas palabras, que la gente sana toma tan a la ligera, ¡cuánto sufrimiento se esconde a veces!

Pasaron casi cinco semanas sin más noticias del señor Jennings. Al cabo de este tiempo, recibí una nota suya. Decía:

> He estado en el campo, y he cambiado de aires, de escenario, de caras, de todo y en todo… excepto en *mí mismo*. He tomado la decisión, hasta donde puede hacerlo la criatura más indecisa del mundo, de contarle todo mi caso. Si sus compromisos se lo permiten, le ruego que venga a verme hoy, mañana o pasado mañana; pero, por favor, lo antes posible. No sabe cuánto necesito su ayuda. Tengo una casa muy tranquila en Richmond, donde ahora me encuentro. Quizá pueda arreglárselas para venir a cenar, a almorzar o incluso a tomar el té. No le será difícil encontrarme. El criado de Blank Street, que le ha llevado esta nota, tendrá un carruaje en su puerta a la hora que usted diga; yo estaré siempre en casa. Opinará que no tendría que estar solo. Lo he intentado todo. Venga a verlo.

Llamé al criado, y decidí salir esa misma tarde, cosa que hice.

El señor Jennings habría estado mejor en un hotel o en una casa de huéspedes, pensé, mientras me acercaba entre una doble y corta sucesión de olmos sombríos a una casa de ladrillo muy anticuada, ensombrecida por el follaje de esos árboles, que descollaban sobre su tejado y casi la rodeaban. Era una elección perversa, pues no se podía imaginar nada más triste y silencioso. Luego me enteré de que la casa era de su propiedad. Se había quedado un día o dos en la ciudad, y, al parecerle insoportable por algún motivo, se refugió allí, probablemente porque, como estaba amueblada y era suya, podía despreocuparse y no perder el tiempo en elegir.

El sol se había puesto, y la luz rojiza que brillaba al oeste iluminaba la escena con el efecto peculiar que todos conocemos. El vestíbulo estaba como boca de lobo, pero, cuando entré en la sala trasera, cuyas ventanas daban al oeste, me encontré de nuevo en la misma penumbra.

Me senté, y contemplé el paisaje boscoso bajo la luz majestuosa y melancólica que se desvanecía por momentos. Los rincones de la sala ya estaban en tinieblas; todo oscurecía e, imperceptiblemente, me embargó un humor sombrío para el que estaba predispuesto. Esperaba a solas su llegada, que fue casi inmediata. Se abrió la puerta que daba a la sala principal, y la alta figura del señor Jennings, apenas visible en la luz crepuscular, entró con pasos tímidos y silenciosos.

Nos dimos la mano, y, después de acercar una silla a la ventana, donde había aún luz suficiente para vernos la cara, se sentó a mi lado;

y, con una mano en mi brazo y casi sin preámbulo, empezó su narración.

VI

CÓMO CONOCIÓ EL SEÑOR JENNINGS A SU COMPAÑERO

El débil resplandor del oeste, la pompa de los entonces solitarios bosques de Richmond estaban delante de nosotros, y detrás y a nuestro alrededor la sala tenebrosa; y en el rostro severo del doliente —pues, aunque todavía dulce y amable, su expresión había cambiado — se reflejaba ese brillo apagado y extraño que parece originar en su descenso, allí donde se posa, luces, repentinas aunque débiles, que se desvanecen casi bruscamente en la oscuridad. El silencio también era total: en el exterior, ni una rueda en la lejanía, ni un ladrido, ni un silbato; en el interior, la quietud desoladora del hogar de un soltero enfermo.

Adiviné la naturaleza, aunque ni siquiera vagamente los detalles, de las revelaciones que me esperaban por aquel semblante presa del sufrimiento que con su extraño rubor resaltaba, como un retrato de Schalken[67], sobre el fondo de penumbra.

—Todo empezó —dijo— el 15 de octubre, hace tres años, once semanas y dos días. Llevo la cuenta exacta porque cada día es un tormento. Si dejo alguna laguna en mi relato, dígamelo.

»Hará unos cuatro años inicié un trabajo sobre el que he tenido que meditar y leer mucho. Se trataba de la metafísica religiosa de los antiguos.

—Supongo —le interrumpí— que se refiere a la religión real del paganismo instruido e inteligente, muy alejado del ritual simbólico, ¿no es así? Un campo muy amplio e interesante.

—Sí, pero perjudicial para el espíritu… para el espíritu cristiano, quiero decir. Hay en el paganismo una unidad esencial y, por una afinidad perversa, la religión abarca tanto el arte como las maneras; y el tema ejerce una fascinación degradante y la némesis es segura. ¡Que Dios me perdone!

»Escribía mucho, hasta altas horas de la madrugada. Siempre estaba dando vueltas al tema, mientras paseaba, estuviera donde estuviera, en cualquier sitio. Me infectó por completo. No olvide que todas las ideas materiales relacionadas con él tenían que ver en cierto modo con la belleza, que el tema en sí mismo era de lo más interesante y que no había nada que me preocupara entonces. —Dio un hondo suspiro—. Pienso que todo el mundo que se pone a escribir

en serio hace su trabajo, como dijo un amigo mío, con la ayuda de algo: té, o café, o tabaco. Supongo que en ocupaciones así hay un desgaste material que debe remediarse cada hora; o que nos quedaríamos demasiado absortos y el intelecto, por así decirlo, abandonaría el cuerpo si no se le recordara a menudo su conexión por medio de una sensación real. En cualquier caso, tenía esa necesidad y la satisfacía. El té era mi acompañante; en un principio el té negro de siempre, preparado del modo habitual, no demasiado fuerte: pero bebía mucho, y cada vez más cargado. Nunca me causó el menor trastorno. Empecé a beber un poco de té verde. Me resultó más placentero, aclaró mis ideas y agudizó mi inteligencia, así que acabé bebiéndolo con frecuencia, aunque nunca más fuerte del que se toma por placer. Escribí muchísimo en esta casa, en esta sala, tan tranquila y silenciosa. Me quedaba hasta muy tarde, y adquirí la costumbre de dar sorbos de vez en cuando a mi té, té verde, mientras trabajaba. Tenía en mi escritorio una pequeña tetera, colgada sobre un calentador, y hacía té dos o tres veces entre las once de la noche y las dos o tres de la mañana, hora en que me acostaba. Iba a la ciudad todos los días. No era ningún monje y, aunque pasaba una o dos horas en la biblioteca, buscando autoridades en la materia y cualquier cosa que arrojara luz sobre el tema, no caí en un estado morboso, que yo sepa. Veía a los amigos tan a menudo como siempre y disfrutaba de su compañía; en general, creo que mi existencia nunca había sido tan agradable.

»Conocí a un hombre que tenía algunos libros antiguos y sorprendentes, ediciones alemanas en latín medieval, y me alegró sobremanera que me dejase consultarlos. Los libros de tan amable caballero estaban en un lugar muy apartado de la City[68]. Me entretuve con ellos más de lo previsto y, al salir a la calle, como no vi cerca ningún coche de punto, tuve el impulso de subir al ómnibus que pasaba por delante. Estaba más oscuro que ahora cuando llegamos a una vieja casa, tal vez se haya fijado usted, con cuatro álamos a cada lado de la puerta; y allí se bajó el último pasajero. El conductor siguió bastante más rápido. Anochecía. Me apoyé en el respaldo de mi rincón, al lado de la puerta, mientras meditaba tranquilamente.

»En el interior del ómnibus la oscuridad era casi total. Observé enfrente de mí, en la esquina que había al otro lado, y en el extremo más cercano a los caballos, dos pequeños reflejos circulares, como si fueran de una luz rojiza. Estaban separados unos cinco centímetros, y eran del tamaño de esos pequeños botones de latón que llevan los navegantes en su chaqueta. Empecé a hacer conjeturas, como hacen los hombres indolentes, sobre lo que parecía una nimiedad. ¿De dónde venía exactamente esa tenue al tiempo que intensa luz roja? ¿Era el reflejo de alguna cuenta de vidrio, botón o adorno de juguete?

Avanzábamos tranquilamente, a menos de dos kilómetros de mi destino. Yo seguía sin resolver el enigma, que enseguida se volvió más complicado, pues los dos puntos luminosos, con verdadero ímpetu, empezaron a acercarse al suelo, manteniendo la distancia que los separaba y su posición horizontal; luego, con la misma brusquedad, se elevaron a la altura de mi asiento, y dejé de verlos.

»Me moría de curiosidad y, antes de que tuviera tiempo de pensar, vi de nuevo las dos luces opacas cerca del suelo; desaparecieron otra vez, y volvieron a surgir en el rincón donde las había visto por primera vez.

»Así pues, sin dejar de mirarlas, me deslicé en el asiento para acercarme al otro extremo, donde seguían los diminutos discos rojos.

»Había muy poca luz en el ómnibus. La oscuridad era casi completa. Me incliné hacia delante para ayudarme en mi intento de descubrir qué eran en realidad los pequeños círculos. Cambiaban ligeramente de posición al tiempo que yo lo hacía. Empecé a percibir el contorno de algo negro, y no tardé en ver, con bastante nitidez, la silueta de un monito negro que acercaba la cara imitando mis gestos; las luces eran sus ojos, y vislumbré en la penumbra sus dientes al sonreírme.

»Me aparté, sin saber si se proponía atacarme. Imaginé que algún pasajero se había olvidado esa fea mascota; y, con ganas de conocer un poco su carácter, aunque me negara a confiarle mis dedos, le acerqué el paraguas suavemente. Se quedó inmóvil mientras llegaba hasta él y… ¡lo *atravesaba*! Pues el paraguas entró y salió de su cuerpo sin la menor resistencia.

»Soy incapaz de transmitir el horror que sentí. Cuando vi que aquella cosa era un espejismo, como supuse entonces, empecé a dudar de mí mismo, presa de un terror cuya fascinación me impidió por unos instantes desviar la mirada de los ojos de la bestia. Mientras la contemplaba, dio un saltito hacia atrás, hasta la esquina; presa del pánico, me encontré en la puerta con la cabeza fuera, respirando ansiosamente el aire exterior y mirando las luces y los árboles que dejábamos atrás, dichoso de que la realidad me serenara.

»Detuve el ómnibus y me apeé. Me di cuenta de que el conductor me miraba extrañado cuando le pagué. Seguro que había algo inusitado en mi aspecto y en mi proceder, pues nunca me había sentido así de raro.

VII

EL VIAJE: PRIMERA ETAPA

»Cuando el ómnibus siguió adelante y yo me quedé solo en la carretera, miré con detenimiento a uno y otro lado para comprobar si el mono me seguía. Sentí un alivio indescriptible porque no se le veía por ninguna parte. No es fácil describir la impresión que me había causado, ni mi sensación de sincera gratitud por haberme librado, como creía, de esa bestia.

»Me había bajado un poco antes de llegar a esta casa, a unos doscientos o trescientos pasos. Un muro de ladrillo discurre a lo largo del sendero; por dentro hay un seto de tejo, o algún otro arbusto de hoja perenne color verde oscuro, y detrás, los hermosos árboles que quizá haya visto al llegar.

»Ese muro de ladrillo me llega más o menos al hombro; y, al levantar casualmente los ojos, vi al mono muy cerca de mí, con su andar encorvado, a cuatro patas, caminando o arrastrándose por encima. Me paré, y lo miré con una mezcla de odio y de horror. Al detenerme, se detuvo. Se sentó en el muro con sus largas manos en las rodillas y me observó insistentemente. No había luz suficiente para ver más que la silueta, y tampoco estaba lo bastante oscuro para que resaltara con fuerza la luz peculiar de sus ojos. Distinguí, sin embargo, aquella velada luz roja. No enseñaba los dientes, no había en él ningún indicio de irritación, pero parecía mustio y aburrido, y no apartaba los ojos de mí.

»Retrocedí hasta la mitad de la carretera. Lo hice inconscientemente, y allí me quedé mirándolo. No se movió.

»Con la determinación instintiva de intentar algo, lo que fuera, me di la vuelta y me dirigí a la ciudad, con paso enérgico, vigilando de reojo los movimientos de la bestia. Esta avanzaba rápidamente por el muro, a la misma velocidad que yo.

»Allí donde termina el muro, en la curva de la carretera, se bajó al suelo y, con un par de ágiles saltos, se puso al lado de mis pies, y me siguió el ritmo cuando apreté el paso. Lo tenía a mi izquierda, tan pegado a la pierna que me daba miedo pisarlo en cualquier momento.

»La carretera estaba desierta y silenciosa, y cada vez más oscura. Me paré perplejo y angustiado; y di media vuelta para dirigirme de nuevo a esta casa, de la que había estado alejándome. Al verme inmóvil, el mono se retiró a unos cinco metros, más o menos, y se quedó quieto observándome.

»Yo estaba más agitado de lo que he dicho. Había leído, como todo el mundo, algo sobre las “ilusiones espectrales”, tal como ustedes, los médicos, llaman a esta clase de fenómenos. Reflexioné sobre mi situación, y miré a la cara de mi infortunio.

»Estas afecciones, según he investigado, son a veces transitorias y a

veces persistentes. He visto casos en que la aparición, en un principio inofensiva, degenera poco a poco en algo tan horrible e insoportable que acaba con la víctima. Aun así, mientras seguía allí solo con mi bestial acompañante, traté de consolarme repitiéndome una y otra vez: "Esto no es más que una enfermedad, una afección física muy conocida, tan estudiada como la viruela o la neuralgia. Los médicos están de acuerdo, la filosofía lo demuestra. No tengo que portarme como un necio. He trabajado hasta muy tarde, y seguro que hago mal la digestión; con la ayuda de Dios, pronto estaré bien, solo es un síntoma de dispepsia nerviosa". ¿Creía todo esto? Ni una palabra, no más que cualquier otro desgraciado que haya padecido tan satánico cautiverio. En contra de mis convicciones, podría decir de mis conocimientos, me obligué a sentir un coraje falso.

»Me encaminé entonces hacia la casa. Apenas me separaban de ella unos cientos de metros. Me había impuesto una especie de resignación, pero no lograba superar la impresión nauseabunda y la agitación causada por la primera certeza de mi infortunio.

»Tomé la decisión de pasar la noche en casa. El animal andaba muy cerca de mí, y adiviné en él esa especie de impaciencia que se apodera a veces de los caballos o los perros cuando, exhaustos, se acercan a su refugio.

»Me daba miedo ir a la ciudad, pues temía que alguien me viera y me reconociese. Era consciente de la incontenible excitación de mis ademanes. También temía un cambio violento en mis hábitos, como ir a un lugar de diversión o pasear para cansarme. En la entrada esperó a que subiera los escalones, y, al abrirse la puerta, entró conmigo.

»Esa noche no bebí té. Fumé cigarrillos y tomé brandi con agua. Mi plan era influir en mi sistema físico, y vivir por algún tiempo separando las sensaciones del pensamiento; obligarme a entrar, por así decirlo, en otra rutina. Vine a esta sala. Me senté justo aquí. El mono se subió entonces a una mesita que estaba *allí*. Parecía mustio y aturdido. La inquietud irrefrenable de sus movimientos me impedía apartar la vista de él. Tenía los ojos medio cerrados, pero podía verlos brillar. No dejaba de mirarme. En cualquier situación, a cualquier hora, está despierto y me observa. Eso no cambia jamás.

»No seguiré detallando lo que ocurrió esa noche en particular. Hablaré, más bien, de los fenómenos que se produjeron el primer año, que, en esencia, nunca variaron. Describiré cómo era el mono a la luz del día. En la oscuridad, como le contaré enseguida, existen peculiaridades. Es un mono pequeño, completamente negro. Hay un sello distintivo en él: un aire de malignidad, de malignidad insondable. El primer año se mostró huraño y enfermo. Pero, en su arisca languidez, subyacía siempre ese aire de malicia y acecho intensos. Todo ese tiempo se comportó como si su plan fuera

molestarme lo menos posible siempre y cuando pudiese vigilarme. Nunca me quitaba los ojos de encima. Desde que llegó, con luz o en la oscuridad, de día o de noche, siempre está ante mi vista, excepto cuando duermo y cuando, inexplicablemente, desaparece unas semanas.

»En medio de la oscuridad resulta tan visible como a la luz del día. No me refiero solo a sus ojos. *Todo él* se ve con la mayor nitidez en un halo que parece el resplandor de una brasas rojas, y que acompaña cualquiera de sus movimientos.

»Cuando me abandona una temporada, siempre ocurre de noche, en la oscuridad, y del mismo modo. Empieza a mostrarse cada vez más inquieto, y luego monta en cólera y se acerca a mí balanceándose y haciendo muecas, con los puños cerrados; al mismo tiempo, se enciende un fuego en la chimenea. Yo nunca lo enciendo. No puedo dormir en una habitación con la leña ardiendo. Y entonces él se aproxima al fuego temblando, al parecer, de rabia y, cuando su furia llega al máximo, salta dentro de la chimenea, trepa por el tiro y desaparece.

»La primera vez que pasó, creí que me había librado de él. Era un hombre nuevo. Transcurrió un día, una noche, y no regresaba… y una bendita semana, y otra, y otra más. Siempre estaba arrodillado, doctor Hesselius, siempre, rezando y dando gracias a Dios. Disfruté de un mes entero de libertad, pero de pronto lo volví a tener conmigo.

VIII

LA SEGUNDA ETAPA

»Lo tenía conmigo, y la maldad antes aletargada bajo un exterior huraño se volvió activa. En todo lo demás seguía igual. Aquella energía nueva era evidente en su actividad y en su apariencia, y pronto se manifestó de otras maneras.

»Por algún tiempo, comprenderá usted, el cambio solo se notó en su mayor vivacidad, y en su aire amenazador, como si estuviera siempre ideando algún plan atroz. Al igual que antes de su marcha, nunca me quitaba los ojos de encima.

—¿Está aquí ahora? —pregunté.

—No —contestó—, lleva fuera exactamente dos semanas y un día, quince días. A veces ha llegado a desaparecer casi dos meses; tres meses en una ocasión. Suele ausentarse más de dos semanas, aunque puede volver al cabo de un día. Hace quince días que no lo veo, podría aparecer en cualquier momento.

—Su regreso —dije— ¿va acompañado de alguna manifestación extraña?

—No, de ninguna —respondió—. Simplemente está de nuevo conmigo. Al levantar la vista de un libro o volver la cabeza, veo que me está observando, como es habitual; y luego se queda, como antes, el tiempo establecido. Jamás se lo he contado con tanto detalle a nadie.

Me di cuenta de que estaba muy alterado; parecía un cadáver y se llevaba constantemente el pañuelo a la frente. Insinué que podía sentirse cansado, y le dije que volvería encantado por la mañana, pero él contestó:

—No, si no le molesta, se lo explicaré todo ahora. He llegado muy lejos, y preferiría hacer un último esfuerzo. Cuando hablé con el doctor Harley, no tenía tantas cosas que contarle. Es usted médico y filósofo. Concede al espíritu el lugar que merece. Si esto es real…

Hizo una pausa y me miró con inquisitiva agitación.

—Podemos analizarlo paso a paso, a fondo. Le diré todo lo que pienso —respondí, al cabo de unos instantes de silencio.

—Bien, muy bien. Si es algo real, he de decir que está dominándome poco a poco, y convirtiendo mi vida interior en un infierno. El doctor Harley habló de nervios ópticos. Pero hay otros nervios para la comunicación. ¡Que el Señor Todopoderoso me ayude! Se lo contaré.

»Su poder de acción, como le he dicho, había aumentado. Su maldad se volvió, en cierto sentido, agresiva. Hace unos dos años, después de solucionar algunas cuestiones pendientes entre el obispo y yo, fui a mi parroquia de Warwickshire, deseoso de desempeñar mi profesión. No estaba preparado para lo que ocurrió, aunque desde entonces he pensado que podría haberlo sospechado. El motivo de que diga esto es…

Le costaba mucho más hablar, titubeaba y suspiraba a menudo; y, en algunos momentos, parecía casi derrotado. Pero ya no era presa de la agitación. Recordaba más a un paciente desmoronado, que se da por vencido.

—Bueno, pero primero le hablaré de Kenlis, mi parroquia.

»Estaba conmigo cuando salí de aquí para dirigirme a Dawlbridge. Fue mi silencioso compañero de viaje, y se quedó conmigo en la casa parroquial. Cuando empecé a cumplir con mis deberes, se produjo otro cambio. La bestia mostró un empeño atroz en entorpecer mi trabajo. Estaba a mi lado en la iglesia: en el atril, en el púlpito, en el comulgatorio. Llegó al extremo de que, mientras yo leía a los feligreses, saltaba sobre el libro y se ponía en cuclillas, impidiéndome ver la página. Esto sucedió más de una vez.

»Me marché de Dawlbridge una temporada. Me puse en manos del doctor Harley. Seguí todas sus instrucciones. Reflexionó mucho sobre mi caso. Supongo que le interesaba. Pareció tener éxito. Pasé casi tres meses libre del mono. Empecé a pensar que estaba a salvo. Con el consentimiento pleno de mi médico, volví a Dawlbridge.

»Viajé en silla de posta. Tenía la moral muy alta. Es más, me sentía feliz y agradecido. Volvía —pensaba entonces—, liberado de una alucinación espantosa, al lugar de unas obligaciones que anhelaba atender. Era un hermoso y soleado atardecer, todo parecía sereno y alegre, y yo no cabía en mí de gozo. Recuerdo que me asomé a la ventanilla para mirar la aguja de mi iglesia en Kenlis, en el punto en que aparece por primera vez entre los árboles. Es donde el riachuelo que rodea la parroquia pasa bajo la carretera por una alcantarilla, y surge al otro lado del camino, junto a una piedra con una vieja inscripción. Al pasar por allí, metí la cabeza y me senté; y en un rincón del carruaje estaba el mono.

»Por unos instantes desfallecí, y luego creí enloquecer de desesperación y horror. Llamé al conductor, y me apeé; me senté al borde de la carretera y supliqué a Dios en silencio que tuviera misericordia. Me sobrevino una resignación desesperada. Mi compañero iba a mi lado cuando entré en la casa parroquial. Siguió acosándome como antes. Después de una breve lucha me rendí, y no tardé en marcharme de Kenlis.

»Ya le dije —añadió— que la bestia se había vuelto en ciertos aspectos agresiva. Se lo explicaré un poco. Parecía presa de una furia cada vez más intensa cuando yo decía mis oraciones, o incluso antes de que empezara. Al final se convirtió en un impedimento terrible. Se preguntará cómo podía hacer eso un fantasma mudo e inmaterial. De este modo: cuando me disponía a rezar, siempre estaba delante de mí, y cada vez más cerca.

»Solía encaramarse a la mesa, al respaldo de una silla, a la repisa de la chimenea, y balancearse lentamente sin dejar de mirarme. Hay en su movimiento un poder indefinible que disipa todo pensamiento y fija la atención en la monotonía, hasta que las ideas, por decirlo así, languidecen y acaban desvaneciéndose; y, si yo no reaccionaba y me sacudía esa catalepsia, sentía que estaba a punto de perder la razón. Tiene otras tácticas —dijo con un profundo suspiro—; por ejemplo, mientras rezo con los ojos cerrados, se acerca a mí y lo veo. Sé que no hay ninguna explicación física, pero lo veo de veras, incluso con los párpados cerrados; y eso me aturde, y me abruma, y me obliga a ponerme en pie. Si hubiera vivido algo así, sabría lo que es la desesperación.

IX

LA TERCERA ETAPA

»Veo, doctor Hesselius, que está pendiente de mi testimonio. No necesito pedirle que escuche con especial atención lo que voy a contarle. Hablan del nervio óptico, y de ilusiones espectrales, como si el órgano de la vista fuera el único punto vulnerable a las influencias a las que estoy sometido. Yo he profundizado más. En mi triste caso, esa limitación prevaleció dos años. Pero, del mismo modo que la comida se lleva suavemente a los labios y luego se tritura con los dientes, del mismo modo que la punta del meñique atrapada en la rueda de un molino arrastra la mano y el brazo y el cuerpo entero, el infortunado mortal apresado por un extremo de la fibra más fina de sus nervios se ve cada vez más absorbido por esa enorme maquinaria del infierno, hasta que se encuentra como yo. Sí, doctor, como *yo*, pues mientras le hago confidencias e imploro ayuda, siento que mi plegaria busca lo imposible, y mis súplicas dan con lo inexorable.

Intenté calmar su agitación, que iba claramente en aumento, y le pedí que no desesperara.

Mientras hablábamos la noche nos envolvió. La tenue luz de la luna caía sobre el paisaje que se divisaba desde la ventana, y yo dije:

—Quizá prefiera que encendamos una vela. Esta luz es muy extraña, ¿sabe? Me gustaría que, en la medida de lo posible, estuviera usted en las mismas condiciones que normalmente mientras hago mi diagnóstico, por llamarlo así; si no quiere, da igual.

—Me da lo mismo la luz que haya —dijo—; salvo cuando leo o escribo. No me importaría que la noche fuese eterna. Voy a contarle lo que sucedió hará un año. Esa cosa empezó a hablarme.

—¿A hablar? ¿Qué quiere decir? ¿Hablar como un hombre?

—Sí, a expresarse con palabras y oraciones consecutivas, con una coherencia y una articulación perfectas; pero hay una peculiaridad: no es el tono de una voz humana. No me llega a través de los oídos… sino como un canto a través de la cabeza.

»Esta facultad, la capacidad de hablarme, será mi ruina. No me deja rezar, me interrumpe con las peores blasfemias. No me atrevo a continuar, no puedo. ¡Oh, doctor! ¿Acaso no sirven de nada la destreza, el pensamiento y las plegarias de un hombre?

—Tiene que prometerme, mi querido señor, que no se abandonará a pensamientos innecesariamente perturbadores; limítese de manera estricta a narrar los *hechos*; y recuerde, sobre todo, que esa cosa que le infecta, y que usted cree una realidad con vida y voluntad propias, no tiene el poder de herirlo, a menos que lo decidan en las alturas. El

hecho de que altere sus sentidos depende en esencia de su condición física; esto es, ante Dios, su consuelo y su esperanza: todos vivimos en el mismo entorno. Lo único que pasa es que, en su caso, el «tabique», el velo de la carne, la pantalla, está un poco deteriorado, y permite el paso de imágenes y sonidos. Tenemos que emprender un camino nuevo, señor. Anímese. Dedicaré la noche a meditar profundamente sobre el caso.

—Es usted muy bondadoso, señor; cree que merece la pena intentarlo, no me da la espalda. Pero, señor, no sabe cuánta influencia ha llegado a ejercer sobre mí: me da órdenes, es un tirano, y cada vez me siento más indefenso. ¡Que Dios me ayude!

—¿Le da órdenes? ¿Cuando le habla?

—Sí, sí; me empuja sin cesar al delito, a lastimar a otros o a mí mismo. Como verá, doctor, la situación es realmente urgente. Cuando estaba en Shropshire hace unas semanas —el señor Jennings hablaba ahora muy deprisa y, todo tembloroso, me sujetaba el brazo con una mano mientras me miraba—, salí un día de paseo con un grupo de amigos; mi perseguidor estaba conmigo. Me rezagué un poco de los demás, pues ya sabe que cerca del Dee[69] el paisaje es maravilloso. Nuestro sendero pasaba cerca de una mina de carbón y, a la orilla del bosque hay un pozo perpendicular, según dicen, de casi cincuenta metros de profundidad. Mi sobrina se había quedado atrás conmigo; ella desconoce, como es natural, la naturaleza de mi sufrimiento. Sabía, sin embargo, que había estado enfermo y me encontraba débil, y me acompañaba para no dejarme solo. Mientras avanzábamos lentamente, la bestia exigía que me arrojara por el pozo. Le confesaré ahora, ¡ay, doctor, imagíneselo!, que la única consideración que me salvó de tan espantosa muerte fue el miedo a que la impresión de presenciar aquel acto resultara excesiva para la pobre joven. Le pedí que volviera con sus amigos, asegurándole que era incapaz de ir más lejos. Se inventó alguna excusa, y, cuanto más la apremiaba yo, más firme se mostraba. Parecía perpleja y asustada. Supongo que algo en mi apariencia o en mi conducta la alarmaba; pero se negó a marcharse, y eso literalmente me salvó. No tiene idea, señor, de hasta qué punto un hombre puede convertirse en un esclavo abyecto de Satanás —exclamó, estremeciéndose y con un gemido horrible.

Tras unos instantes de silencio, dije:

—Lo *salvaron*, sin embargo. Fue un acto de Dios. Está usted en sus manos, no en otro poder; conque tenga confianza en el futuro.

X

Pedí que le encendieran unas velas, y me marché dejándolo en una sala acogedora en la que no había nadie. Le dije que debía tener presente que su enfermedad era estrictamente física, aunque la causa fuera *sutil*. Le dije que tenía pruebas de la ayuda y el amor de Dios en la salvación que acababa de contarme; y que me dolía mucho que considerara los rasgos peculiares de su caso como una señal de que merecía la reprobación espiritual. Que esta conclusión, insistí, no podía estar menos justificada; y no solo eso, sino que los hechos la contradecían, como había mostrado que se hubiera librado misteriosamente de tan atroz influencia en la excursión de Shropshire. En primer lugar, la sobrina se había quedado a su lado sin que él lo pretendiera; y, en segundo lugar, se había despertado en su alma una repugnancia irresistible a ejecutar aquella terrible sugerencia en presencia de la joven.

Mientras razonaba con él, el señor Jennings se echó a llorar. Parecía reconfortado. Le arranqué una promesa: que, si el mono volvía en cualquier momento, mandaría a buscarme enseguida; y, asegurándole una vez más que dedicaría todo mi tiempo y mis energías a investigar a fondo su caso, me despedí.

Antes de subir al carruaje, dije al criado que su señor no se encontraba nada bien, y que convendría que se asomara con frecuencia a su habitación. Yo organicé las cosas para que nada pudiera molestarme.

Me limité a ir a mi alojamiento, y, con el escritorio de viaje y una bolsa, me dirigí en un coche de punto a una posada, Los Cuernos, situada a tres kilómetros de la ciudad, una casa muy tranquila y cómoda, de muros gruesos. Allí decidí, sin que hubiera posibilidad de intrusiones ni distracciones, dedicar algunas horas de la noche, en mi cómodo saloncito, al caso del señor Jennings, y continuar el tiempo que fuera necesario por la mañana.

(Aparece aquí una carta detallada con la opinión del doctor Hesselius sobre el caso, así como las normas, dieta y medicamentos que prescribió. Es curiosa; algunas personas dirían que mística. Pero, en conjunto, dudo de que interese lo suficiente al tipo de lector que seguramente tendré para reproducirla aquí. Es obvio que escribió la nota en la posada donde se ocultó por aquel motivo. La siguiente misiva está fechada en su alojamiento de la ciudad.)

Salí rumbo a la posada donde dormí anoche a las nueve y media, y no volví a mi alojamiento de la ciudad hasta esta tarde a la una. Encontré sobre la mesa una carta escrita por el señor Jennings. No había llegado por correo y, al preguntar, me dijeron que la había traído un criado del señor Jennings; cuando este se enteró de que yo

no volvería hasta hoy y nadie conocía mi paradero, pareció muy disgustado, y dijo que tenía órdenes de su amo de no volver sin una respuesta.

Abrí la carta y leí:

> Estimado doctor Hesselius:
>
> Está aquí. Llevaba usted menos de una hora fuera cuando vol-
> vió a casa. Me habla. Sabe cuanto ha ocurrido. Lo sabe todo. Le conoce a usted, ha montado en cólera y es cruel. Me insulta. Le envío esta nota. Sabe todo lo que he escrito, lo que escribo. Prometí darle noticias, por eso lo hago, pero me temo que muy confusas, incoherentes. Me interrumpen, me atormentan tanto…
>
> Sinceramente suyo,
>
> ROBERT LYNDER JENNINGS

—¿Cuándo llegó esto? —pregunté.

—Ayer hacia las once de la noche; el hombre ha vuelto hoy tres veces. La última, hará una hora.

Con esta respuesta y las notas del caso en mi bolsillo, a los pocos minutos me dirigía a Richmond para ver al señor Jennings.

Yo, como puede verse, en modo alguno consideraba desesperado su caso. Él mismo había recordado y aplicado, aunque erróneamente, el principio formulado en mi Medicina Metafísica, y que guía todos estos casos. Me disponía a aplicarlo con rigor. Estaba profundamente interesado, y ansioso por ver y examinar a mi paciente mientras el «enemigo» se encontraba presente.

Me detuve ante la lúgubre casa, subí los escalones corriendo y llamé a la puerta. Al cabo de un rato, me abrió una mujer alta vestida de seda negra. Parecía enferma, y como si hubiera llorado. Hizo una reverencia, y oyó mi pregunta pero no contestó. Volvió el rostro y señaló a dos hombres que bajaban por la escalera; dejándome, por así decirlo, tácitamente en sus manos, se apresuró a salir por una puerta lateral y la cerró tras ella. Abordé enseguida al hombre que estaba más cerca de la entrada, pero, al aproximarme, vi con espanto que sus manos estaban ensangrentadas.

Retrocedí un poco, y el hombre, que seguía bajando, se limitó a decir en voz baja:

—Aquí está el criado, señor.

Este se paró en la escalera, desconcertado y mudo al verme. Se limpiaba las manos con un pañuelo, que estaba empapado en sangre.

—Jones, ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado? —pregunté, al tiempo que me dominaba una sospecha espeluznante.

El criado me pidió que subiera. Al instante estaba a su lado; y pálido como la cera, con el ceño fruncido y los ojos semicerrados, me contó el horror que yo había medio adivinado.

Su señor se había suicidado.

Fui con él al dormitorio; no contaré lo que vi. Se había cortado el cuello con su navaja de afeitar. Era un tajo espantoso. Los dos hombres lo habían tendido en la cama, colocando bien las extremidades. Todo había ocurrido, como indicaba el inmenso charco de sangre en el suelo, entre la cama y la ventana. Había una alfombra alrededor de la cama, y otra debajo del tocador, por lo demás el suelo estaba desnudo, pues, según el criado, al señor Jennings no le gustaba tener alfombras en el dormitorio. En esa habitación lóbrega y ahora terrible, uno de los grandes olmos que oscurecía la casa movía lentamente la sombra de una de sus grandes ramas sobre el suelo tenebroso.

Hice un gesto al criado, y bajamos juntos. Pasé del vestíbulo a una sala recubierta con paneles de madera, como se llevaba antaño. Y allí escuché lo que el criado tenía que contar. No era mucho.

—Llegué a la conclusión, señor, por sus palabras y por su aspecto, de que mi señor estaba gravemente enfermo. Pensé que usted temía que sufriera un ataque, o algo parecido. Así que seguí al pie de la letra sus indicaciones. Se quedó levantado hasta muy tarde, pasadas las tres de la mañana. No escribía ni leía. Hablaba mucho en voz alta, pero esto no era raro. Más o menos a esa hora le ayudé a quitarse la ropa, y lo dejé en bata y zapatillas. Volví sigilosamente media hora más tarde. Estaba en la cama, desvestido, con dos velas encendidas en la mesilla de noche. Se apoyaba en un codo y miraba al otro lado de la cama cuando entré. Le pregunté si quería algo y me contestó que no.

»No sé si fue lo que me dijo usted, señor, o algo extraño en su proceder, pero anoche me sentía inquieto, sumamente inquieto por él.

»Al cabo de otra media hora, o quizá un poco más, volví a subir. Abrí la puerta un poco. Las dos velas estaban apagadas, lo que no era normal. Llevaba conmigo una luz, y alumbré un poco el dormitorio para ver cómo estaba. Lo vi sentado en la silla que hay al lado del tocador, con la ropa puesta de nuevo. Se volvió y me miró. Me pareció muy raro que se hubiera levantado y vestido, y que estuviera sentado así con las velas apagadas. Pero me limité a preguntarle otra vez si necesitaba algo. Me dijo que no, un poco secamente, pensé. Quise saber si podía encender las velas, y él contestó: “Haz lo que quieras, Jones”. Así que las encendí, y me entretuve un poco por la habitación; y entonces preguntó: “Dime la verdad, Jones; ¿por qué has vuelto? ¿Has oído que alguien blasfemaba?”. “No, señor”, respondí, sin saber a qué se refería.

»“No, claro que no”, se apresuró a decir. “¿No convendría que se

acostara, señor? Son las cinco de la mañana", le sugerí. Lo único que contestó fue: "Probablemente; buenas noches, Jones". Así que me retiré, pero no tardé ni una hora en volver. La puerta estaba atrancada, y, al oírme, me preguntó qué quería desde la cama, o eso me pareció; luego añadió que no volviera a molestarlo. Me acosté y dormí un rato. Debían de ser entre las seis y las siete cuando subí de nuevo. La puerta seguía atrancada, y no me respondió; convencido de que dormía, como no quería molestarlo, lo dejé hasta las nueve. Tenía la costumbre de llamarme con el timbre cuando me necesitaba, y podía ser a cualquier hora. Di unos golpecitos a la puerta y, al no obtener respuesta, imaginé que descansaba y no volví a acercarme en un buen rato. Hacia las once empecé a preocuparme, pues, que yo recordara, nunca se levantaba más tarde de las diez y media. No me respondió. Llamé a la puerta y grité su nombre, y siguió sin contestar. Incapaz de forzar la puerta, llamé a Thomas, el caballerizo, y entre los dos conseguimos abrirla. Lo encontramos en el terrible estado en que usted lo ha visto.

Jones no tenía más que añadir. El pobre señor Jennings era muy bondadoso y amable. Todos le querían. Era evidente que el criado estaba muy afectado.

Así pues, nervioso y abatido, me alejé de aquella lúgubre casa y de su oscuro dosel de olmos, que espero no volver a ver nunca más. Mientras le escribo ahora, me siento como un hombre que despertara a medias de una pesadilla insistente y aterradora. Mi memoria rechaza la escena con incredulidad y horror. Pero sé que es cierta. Es la historia de un proceso de envenenamiento, con un veneno que excita la acción recíproca del espíritu y los nervios, y que paraliza el tejido que separa esas funciones afines de los sentidos, la exterior y la interior. Por eso encontramos extraños compañeros, y lo mortal y lo inmortal se conocen prematuramente.

CONCLUSIÓN

UNAS PALABRAS PARA LOS QUE SUFREN

Mi querido Van L.:

Ha sufrido usted una afección similar a la que acabo de describir. Dos veces se ha quejado de padecerla de nuevo.

¿Quién, alabado sea Dios, lo curó? Su humilde servidor, Martin Hesselius. Permítame adoptar la devoción más entusiasta de cierto viejo y bondadoso cirujano francés[70] que vivió hace trescientos años: «Yo le traté, y Dios le curó».

Vamos, amigo, que no decaiga su ánimo. Le daré unos datos.

He conocido y tratado, como muestra mi libro, cincuenta y siete casos con este tipo de visión, que describo indistintamente como «sublimada», «precoz» e «interior».

Hay otra clase de afecciones legítimamente llamadas —aunque a menudo se confundan con las que describo— «ilusiones espectrales». Estas últimas me parecen tan sencillas de curar como un resfriado o una dispepsia sin importancia.

Son las incluidas en la primera categoría las que ponen a prueba la prontitud de nuestro pensamiento. Me he topado con cincuenta y siete casos, ni más ni menos. Y ¿en cuántos de ellos he fracasado? En ninguno.

No hay aflicción de la mortalidad más fácil y segura de vencer con un poco de paciencia y confianza racional en el médico. Si se cumplen estas sencillas condiciones, considero la curación infalible.

Recuerde que ni siquiera había empezado a tratar el caso del señor Jennings. No tengo la menor duda de que lo habría curado por completo en un período de dieciocho meses o, como máximo, dos años. Algunos casos resultan muy fáciles, otros extremadamente tediosos. Todo médico inteligente que dedique tiempo y esfuerzo a la tarea logrará la curación.

Ya conoce mi tratado sobre *Las funciones cardinales del cerebro*. Según los innumerables datos recogidos, hay grandes probabilidades de que en su mecanismo, y a través de los nervios, se dé una circulación arterial y venosa. El cerebro sería el corazón de dicho sistema. El fluido, que se propaga desde allí a través de cierto tipo de nervios, vuelve en un estado alterado a través de otro; y la naturaleza de ese fluido es espiritual, aunque no inmaterial, del mismo modo que la luz o la electricidad, como señalé antes.

Cuando se abusa de ciertas sustancias, y una de ellas sería el té verde, este fluido puede ver afectada su calidad, aunque es más frecuente que altere su equilibrio. Como se trata del fluido que tenemos en común con los espíritus, una congestión en la masa cerebral o nerviosa, conectada con el sentido interior, crea una superficie indebidamente expuesta, sobre la que pueden actuar los espíritus incorpóreos: la comunicación queda así más o menos establecida. Entre la circulación del cerebro y la del corazón existe una afinidad íntima. El asiento o, mejor dicho, el instrumento de la visión exterior es el ojo. El asiento de la visión interior son el tejido nervioso y el cerebro justo alrededor y por encima de las cejas. Recuerde lo fácilmente que disipé sus imágenes con la mera aplicación de agua de colonia helada. Pocos casos, sin embargo, pueden tratarse exactamente igual y con un éxito inmediato. El frío es un poderoso repelente del fluido nervioso. Si se aplica lo suficiente producirá

incluso esa insensibilidad permanente que llamamos entumecimiento; con un poco más de tiempo, una parálisis tanto muscular como sensorial.

Sin duda alguna, insisto, habría debilitado y finalmente sellado ese ojo interior que el señor Jennings abrió sin darse cuenta. Los mismos sentidos se abren en el *delirium tremens*, y vuelven a cerrarse completamente cuando un cambio rotundo en el estado del cuerpo acaba con la actividad exagerada del corazón cerebral y las desmesuradas congestiones nerviosas que la acompañan. Cuando se actúa con firmeza sobre el cuerpo, mediante un proceso sencillo, se alcanza —y se alcanza inevitablemente— este resultado; y, por el momento, nunca he fracasado.

El pobre señor Jennings se quitó la vida. Pero esta catástrofe fue la consecuencia de una enfermedad completamente diferente que, por decirlo así, se proyectó sobre la que ya padecía. Es innegable que su caso fue una complicación, y lo que le llevó realmente a la tumba fue una obsesión suicida hereditaria. No puedo considerar al señor Jennings uno de mis pacientes, pues ni siquiera había empezado a tratarlo; y estoy convencido de que aún no había depositado en mí toda su confianza. Si el paciente no se pone del lado de la enfermedad, su curación es segura.

LEOPOLDO LUGONES

UN FENÓMENO INEXPLICABLE
(1898)

YZUR
(1906)

Leopoldo Antonio Lugones nació en 1874 en Villa de María del Río Seco, en la provincia de Córdoba, Argentina. A los diez años destacaba por su memoria, gusto por la lectura e interés por las ciencias naturales, y fue enviado a estudiar a Córdoba, a casa de su abuela. En 1896 se trasladó a Buenos Aires, donde conoció a Rubén Darío, que lo describiría así en su *Autobiografía*: «Un día apareció Lugones, audaz, joven, fuerte, fiero, con la certeza de su triunfo y de su gloria. Nos leyó cosas que nos sedujeron y nos conquistaron». Además de colaborar en varios periódicos, compuso poesías, relatos, ensayos y una novela, *El ángel de la sombra* (1926). Fue el principal exponente del modernismo argentino, y el primer escritor en hacer uso del verso libre en la literatura hispánica. Sus cuentos le convirtieron en uno de los pioneros de la literatura fantástica y de la ciencia ficción en Argentina. Los virajes ideológicos expresados en escritos y acciones —en 1930 apoyó el golpe de Estado del general Uriburu— lo llevaron a ser repudiado por sus ideas fascistas y antidemocráticas. En 1938 se suicidó en un pequeño hotel de la isla de Tigre, cerca de Buenos Aires, bebiendo un vaso de whisky con cianuro.

«Un fenómeno inexplicable» se publicó por primera vez bajo el título de «La licantropía» en la revista *Philadelphia* de Buenos Aires, en septiembre de 1898. Más tarde se incluyó en *Las fuerzas extrañas* (1906), volumen considerado fundacional del género fantástico y de ciencia ficción en Latinoamérica. Lugones combina en este relato el universo esotérico con las modernas doctrinas darwinianas.

En «Yzur», en cambio, escrito expresamente para *Las fuerzas extrañas* en 1906, da una extraña vuelta de tuerca a la teoría de la evolución. El mono —un chimpancé en este caso— es nuevamente objeto de experimentación, instrumento de la ciencia (Borges diría que el cuento «inaugura en nuestro idioma el género de ficción científica»); y sirve, por otra parte, de contrafigura para una definición de la humanidad basada en la facultad del habla, cuya pérdida se describe patéticamente como la más dolorosa desgracia.

UN FENÓMENO INEXPLICABLE

Hace de esto once años. Viajaba por la región agrícola en que se dividen las provincias de Córdoba y de Santa Fe, provisto de las recomendaciones indispensables para escapar a las horribles posadas de aquellas colonias en formación. Mi estómago, derrotado por los invariables salpicones con hinojo y las fatales nueces del postre, exigía fundamentales refacciones. Mi última peregrinación debía efectuarse bajo los peores auspicios. Nadie sabía indicarme un albergue en la población hacia donde iba a dirigirme. Sin embargo, las circunstancias apremiaban, cuando el juez de paz, que me profesaba cierta simpatía, vino en mi auxilio.

—Conozco allá —me dijo— un señor inglés viudo y solo. Posee una casa, lo mejor de la colonia, y varios terrenos de no escaso valor. Algunos servicios que mi cargo me puso en situación de prestarle serán buen pretexto para la recomendación que usted desea, y que si es eficaz le proporcionará excelente hospedaje. Digo si es eficaz, pues mi hombre, no obstante sus buenas cualidades, suele tener su luna en ciertas ocasiones, siendo, además, extraordinariamente reservado. Nadie ha podido penetrar en su casa más allá del dormitorio donde instala a sus huéspedes, muy escasos por otra parte. Todo esto quiere decir que va usted en condiciones nada ventajosas, pero es cuanto puedo suministrarle. El éxito es puramente casual. Con todo, si usted quiere una carta de recomendación…

Acepté y emprendí acto continuo mi viaje llegando al punto de destino horas después.

Nada tenía de atrayente el lugar. La estación con su techo de tejas coloradas; su andén crujiente de carbonilla; su semáforo a la derecha, su pozo a la izquierda. En la doble vía del frente, media docena de vagones que aguardaban la cosecha. Más allá el galpón, bloqueado por bolsas de trigo. A raíz del terraplén, la pampa con su color amarillento como un pañuelo de yerbas; casitas sin revoque diseminadas a lo lejos, cada una con su parva[71] al costado; sobre el horizonte el festón de humo del tren en marcha, y un silencio de pacífica enormidad entonando el color rural del paisaje.

Aquello era vulgarmente simétrico como todas las fundaciones recientes. Notábase rayas de mensura en esa fisonomía de pradera otoñal. Algunos colonos llegaban a la estafeta en busca de cartas. Pregunté a uno por la casa consabida, obteniendo inmediatamente las señas. Noté, en el modo de referirse a mi huésped, que se le tenía por

hombre considerable.

No vivía lejos de la estación. Unas diez cuadras más allá, hacia el oeste, al extremo de un camino polvoroso que con la tarde tomaba coloraciones lilas, distinguí la casa con su parapeto y su cornisa, de cierta gallardía exótica entre las viviendas circundantes; su jardín al frente; el patio interior rodeado por una pared tras la cual sobresalían ramas de duraznero. El conjunto era agradable y fresco; pero todo parecía deshabitado.

En el silencio de la tarde, allá sobre la campiña desierta, aquella casita, no obstante su aspecto de chalet industrioso, tenía una especie de triste dulzura, algo de sepulcro nuevo en el emplazamiento de un antiguo cementerio.

Cuando llegué a la verja, noté que en el jardín había rosas, rosas de otoño, cuyo perfume aliviaba como una caridad la fatigosa exhalación de las trillas. Entre las plantas que casi podía tocar con la mano, crecía libremente la hierba; y una pala cubierta de óxido yacía contra la pared, con su cabo enteramente liado por una guía de enredadera.

Empujé la puerta de reja, atravesé el jardín, y no sin cierta impresión vaga de temor fui a golpear la puerta interna. Pasaron minutos. El viento se puso a silbar en una rendija, agravando la soledad. A un segundo llamado, sentí pasos; y poco después la puerta se abría, con un ruido de madera reseca. El dueño de casa apareció saludándome.

Presenté mi carta. Mientras leía, pude observarle a mis anchas. Cabeza elevada y calva; rostro afeitado de *clergyman*; labios generosos, nariz austera. Debía de ser un tanto místico. Sus protuberancias superciliares equilibraban, con una recta expresión de tendencias impulsivas, el desdén imperioso de su mentón. Definido por sus inclinaciones profesionales, aquel hombre podía ser lo mismo un militar que un misionero. Hubiera deseado mirar sus manos para completar mi impresión, mas solo podía verlas por el dorso.

Enterado de la carta, me invitó a pasar, y todo el resto de mi permanencia, hasta la hora de comer, quedó ocupado por mis arreglos personales. En la mesa fue donde empecé a notar algo extraño.

Mientras comíamos, advertí que, no obstante su perfecta cortesía, algo preocupaba a mi interlocutor. Su mirada invariablemente dirigida hacia un ángulo de la habitación manifestaba cierta angustia; pero, como su sombra daba precisamente en ese punto, mis miradas furtivas nada pudieron descubrir. Por lo demás, bien podía no ser aquello sino una distracción habitual.

La conversación seguía en tono bastante animado, sin embargo. Tratábase del cólera que por entonces azotaba los pueblos cercanos. Mi huésped era homeópata, y no disimulaba su satisfacción por haber encontrado en mí uno del gremio. A este propósito, cierta frase del

diálogo hizo variar su tendencia. La acción de las dosis reducidas acababa de sugerirme un argumento que me apresuré a exponer.

—La influencia que sobre el péndulo de Rutter —dije concluyendo una frase— ejerce la proximidad de cualquier sustancia no depende de la cantidad. Un glóbulo homeopático determina oscilaciones iguales a las que produciría una dosis quinientas o mil veces mayor.

Advertí al momento que acababa de interesar con mi observación. El dueño de casa me miraba ahora.

—Sin embargo —respondía—, Reichenbach ha contestado negativamente esa prueba. Supongo que ha leído usted a Reichenbach.

—Lo he leído, sí; he atendido sus críticas, he ensayado, y mi aparato, confirmando a Rutter, me ha demostrado que el error procedía del sabio alemán, no del inglés. La causa de semejante error es sencillísima, tanto que me sorprende cómo no dio con ella el ilustre descubridor de la parafina y de la creosota.

Aquí, sonrisa de mi huésped; prueba determinante de que nos entendíamos.

—¿Usó usted el primitivo péndulo de Rutter, o el perfeccionado por el doctor Leger?

—El segundo —respondí.

—Es mejor; ¿y cuál sería, según sus investigaciones, la causa del error de Reichenbach?

—Esta: los sensitivos con que operaba influían sobre el aparato, sugestionándose por la cantidad del cuerpo estudiado. Si la oscilación provocada por un escrúpulo de magnesia, supongamos, alcanzaba una amplitud de cuatro líneas, las ideas corrientes sobre la relación entre causa y efecto exigían que la oscilación aumentara en proporción con la cantidad: diez gramos, por ejemplo. Los sensitivos del barón eran individuos nada versados por lo común en especulaciones científicas; y quienes practican experiencias así saben cuán poderosamente influyen sobre tales personas las ideas tenidas por verdaderas, sobre todo si son lógicas. Aquí está, pues, la causa del error. El péndulo no obedece a la cantidad, sino a la naturaleza del cuerpo estudiado solamente; pero, cuando el sensitivo cree que la cantidad influye, aumenta el efecto, pues toda creencia es una volición. Un péndulo, ante el cual el sujeto opera sin conocer las variaciones de cantidad, confirma a Rutter. Desaparecida la alucinación…

—Oh, ya tenemos aquí la alucinación —dijo mi interlocutor con manifiesto desagrado.

—No soy de los que explican todo por la alucinación, a lo menos confundiéndola con la subjetividad, como frecuentemente ocurre. La alucinación es para mí una fuerza más que un estado de ánimo y, así considerada, se explica por medio de ella buena porción de

fenómenos. Creo que es la doctrina justa.

—Desgraciadamente es falsa. Mire usted, yo conocí a Home[72], el médium, en Londres, allá por 1872. Seguí luego con vivo interés las experiencias de Crookes[73], bajo un criterio radicalmente materialista; pero la evidencia se me impuso con motivo de los fenómenos del 74. La alucinación no basta para explicarlo todo. Créame usted, las apariciones son autónomas…

—Permítame una pequeña digresión —interrumpí, encontrando en aquellos recuerdos una oportunidad para comprobar mis deducciones sobre el personaje—; quiero hacerle una pregunta, que no exige desde luego contestación, si es indiscreta: ¿ha sido usted militar?…

—Poco tiempo; llegué a subteniente del ejército de la India.

—Por cierto, la India sería para usted un campo de curiosos estudios.

—No; la guerra cerraba el camino del Tíbet, adonde hubiese querido llegar. Fui hasta Cawnpore, nada más. Por motivos de salud, regresé muy luego a Inglaterra; de Inglaterra pasé a Chile en 1879; y por último a este país en 1888.

—¿Enfermó usted en la India?

—Sí —respondió con tristeza el antiguo militar, clavando nuevamente sus ojos en el rincón del aposento.

—¿El cólera? —insistí.

Apoyó él la cabeza en la mano izquierda, miró por sobre mí vagamente. Su pulgar comenzó a moverse entre los ralos cabellos de la nuca. Comprendí que iba a hacerme una confidencia de la cual eran prólogo aquellos ademanes, y esperé. Afuera chirriaba un grillo en la oscuridad.

—Fue algo peor todavía —comenzó mi huésped—. Fue el misterio. Pronto hará cuarenta años y nadie lo ha sabido hasta ahora. ¿Para qué decirlo? No lo hubieran entendido, creyéndome loco por lo menos. No soy un triste, soy un desesperado. Mi mujer falleció hace ocho años, ignorando el mal que me devoraba, y afortunadamente no he tenido hijos. Encuentro en usted por primera vez un hombre capaz de comprenderme.

Me incliné agradecido.

—¡Es tan hermosa la ciencia, la ciencia libre, sin capilla y sin academia! Y, no obstante, está usted todavía en los umbrales. Los fluidos ódicos de Reichenbach no son más que el prólogo. El caso que va usted a conocer le revelará hasta dónde puede llegarse.

El narrador se conmovía. Mezclaba frases inglesas a su castellano un tanto gramatical. Los incisos adquirían una tendencia imperiosa, una plenitud rítmica extraña en aquel acento extranjero.

—En febrero de 1858 —continuó— fue cuando perdí toda mi

alegría. Habrá usted oído hablar de los *yoghis*, los singulares mendigos cuya vida se comparte entre el espionaje y la taumaturgia. Los viajeros han popularizado sus hazañas, que sería inútil repetir. Pero ¿sabe en qué consiste la base de sus poderes?

—Creo que en la facultad de producir cuando quieren el autosonambulismo, volviéndose de tal modo insensibles, videntes…

—Es exacto. Pues bien, yo vi operar a los *yoghis* en condiciones que imposibilitan toda superchería. Llegué hasta a fotografiar las escenas, y la placa reprodujo todo, tal cual yo lo había visto. La alucinación resultaba, así, imposible, pues los ingredientes químicos no se alucinan… Entonces quise desarrollar idénticos poderes. He sido siempre audaz, y luego no estaba entonces en situación de apreciar las consecuencias. Pues, pues, manos a la obra.

—¿Por cuál método?

Sin responderme, continuó:

—Los resultados fueron sorprendentes. En poco tiempo llegué a dormir. Al cabo de dos años producía la traslación consciente. Pero aquellas prácticas me habían llevado al colmo de la inquietud. Me sentía espantosamente desamparado, y con la seguridad de una cosa adversa mezclada a mi vida como un veneno. Al mismo tiempo, devorábame la curiosidad. Estaba en la pendiente y ya no podía detenerme. Por una continua tensión de voluntad, conseguía salvar las apariencias ante el mundo. Mas, poco a poco, el poder despertado en mí se volvía más rebelde… Una distracción prolongada ocasionaba el desdoblamiento. Sentía mi personalidad fuera de mí, mi cuerpo venía a ser algo así como una afirmación del *no yo*, diré expresando concretamente aquel estado. Como las impresiones se avivaban, produciéndome angustiosa lucidez, resolví una noche ver mi doble. Ver qué era lo que salía de mí, siendo yo mismo, durante el sueño extático.

—¿Y pudo conseguirlo?

—Fue una tarde, casi de noche ya. El desprendimiento se produjo con la facilidad acostumbrada. Cuando recobré la conciencia, ante mí, en un rincón del aposento, había una forma. Y esa forma era un mono, un horrible animal que me miraba fijamente. Desde entonces no se aparta de mí. Lo veo constantemente. Soy su presa. A donde quiera que *él* va, *voy conmigo*, con *él*. Está siempre ahí. Me mira constantemente, pero no se *le* acerca jamás, no *se* mueve jamás, no *me* muevo jamás…

Subrayo los pronombres trocados en la última frase, tal como la oí. Una sincera aflicción me embargaba. Aquel hombre padecía, en efecto, una sugestión atroz.

—Cálmese usted —le dije, aparentando confianza—. La

reintegración no es imposible.

—¡Oh, sí! —respondió con amargura—. Esto es ya viejo. Figúrese usted, he perdido el concepto de la unidad. Sé que dos y dos son cuatro, por recuerdo; pero ya no lo siento. El más sencillo problema de aritmética carece de sentido para mí, pues me falta la convicción de la cantidad. Y todavía sufro cosas más raras. Cuando me tomo una mano con la otra, por ejemplo, siento que aquella es distinta, como si perteneciera a otra persona que no soy yo. A veces veo las cosas dobles, porque cada ojo procede sin relación con el otro…

Era, a no dudarlo, un caso curioso de locura, que no excluía el más perfecto raciocinio.

—Pero, en fin, ¿ese mono?… —pregunté para agotar el asunto.

—Es negro como mi propia sombra, y melancólico al lado de un hombre. La descripción es exacta, porque lo estoy viendo ahora mismo. Su estatura es mediana, su cara como todas las caras de mono. Pero siento, no obstante, que se parece a mí. Hablo con entero dominio de mí mismo. ¡Ese animal se parece a mí!

Aquel hombre, en efecto, estaba sereno; y sin embargo, la idea de su cara simiesca formaba tan violento contraste con su rostro de aventajado ángulo facial, su cráneo elevado y su nariz recta que la incredulidad se imponía por esta circunstancia, más aún que por lo absurdo de la alucinación.

Él notó perfectamente mi estado; púsose de pie como adoptando una resolución definitiva:

—Voy a caminar por este cuarto, para que usted lo vea. Observe mi sombra, se lo ruego.

Levantó la luz de la lámpara, hizo rodar la mesa hasta un extremo del comedor y comenzó a pasearse. Entonces, la más grande de las sorpresas me embargó. ¡La sombra de aquel sujeto no se movía! Proyectada sobre el rincón, de la cintura arriba, y con la parte inferior sobre el piso de madera clara, parecía una membrana alargándose y acortándose según la mayor o menor proximidad de su dueño. No podía yo notar desplazamiento alguno bajo las incidencias de luz en que a cada momento se encontraba el hombre.

Alarmado al suponerme víctima de tamaña locura, resolví desimpresionarme y ver si hacía algo parecido con mi huésped, por medio de un experimento decisivo. Pedile que me dejara obtener su silueta pasando un lápiz sobre el perfil de la sombra.

Concedido el permiso, fijé un papel con cuatro migas de pan mojado hasta conseguir la más perfecta adherencia posible a la pared, y de manera que la sombra del rostro quedase en el centro mismo de la hoja. Quería, como se ve, probar por la identidad del perfil entre la cara y su sombra (esto saltaba a la vista, pero el alucinado sostenía lo

contrario) el origen de dicha sombra, con intención de explicar luego su inmovilidad asegurándome una base exacta.

Mentiría si dijera que mis dedos no temblaron un poco al posarse en la mancha sombría, que por lo demás diseñaba perfectamente el perfil de mi interlocutor; pero afirmo con entera certeza que el pulso no me falló en el trazado. Hice la línea sin levantar la mano, con un lápiz Hardtmuth azul, y no despegué la hoja, concluido que hube, hasta no hallarme convencido por una escrupulosa observación de que mi trazo coincidía perfectamente con el perfil de la sombra, y este con el de la cara del alucinado.

Mi huésped seguía la experiencia con inmenso interés. Cuando me aproximé a la mesa, vi temblar sus manos de emoción contenida. El corazón me palpitaba, como presintiendo un infausto desenlace.

—No mire usted —dije.

—¡Miraré! —me respondió con un acento tan imperioso, que a pesar mío puse el papel ante la luz.

Ambos palidecimos de una manera horrible. Allí ante nuestros ojos, la raya del lápiz trazaba una frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial. ¡El mono! ¡La cosa maldita!

Y conste que yo no sé dibujar.

YZUR

Compré el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas fue una tarde, leyendo no sé dónde que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. «No hablan —decían— para que no los hagan trabajar.»

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro es que si llegara a demostrarse esto quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero esto no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entretanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llegó a darle la celebridad de un cónsul; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable. Sabía únicamente, con entera seguridad, *que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable*. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábese que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad

detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir, el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca, depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea *fatalmente* el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que se emplearía para comunicarle la palabra.

Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir que, ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez, cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa el lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora; la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al marco.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto.

El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Esta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba —quizá por mi expresión— la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales se halla asociado con el de la palabra en forma tal que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentido en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una «concatenación dinámica de las ideas», frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser solo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no los que nunca le conocieron?…

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquella, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: *a* con papa; *e* con leche; *i* con vino; *o* con coco; *u* con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en *papa, coco, leche*, ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir como fundamental: *vino, azúcar*.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. Solo que a veces, el aire contenido en sus abazones les daba una rotundidad de trueno. La *u* fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes me dieron un trabajo endemoniado, y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos cuchillos y sus abazones lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces, a las cinco vocales; la *b*, la *k*, la *m*, la *g*, la *f* y la *c*, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar como los perros, sus compañeros de tareas; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición de *pes* y de *emes*.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditativas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de

lágrimas.

Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Este se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería. El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono «hablando verdaderas palabras». Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Solo creía retener dos: *cama* y *pipa*. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamele al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las *pes* y las *emes* con que me tenía harto, las guiñadas hipócritas y —Dios me perdone— una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de brionia, bromuro: toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquel por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; este por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil que no podía moverse de la cama. La proximidad de la muerte habíalo ennoblecido y humanizado. Sus ojos llenos de gratitud no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviese detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Hablele con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquellas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el «yo soy tu amo» con que empezaba todas mis lecciones, o el «tú eres mi mono» con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a su espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía un sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios. Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, hacía redoblar mis precauciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio. Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquel era caso perdido. Mas, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenario mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios del bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo. Infortunios del antropoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto, de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupendas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución para que esta, después de haber gustado el encanto intelectual que es el fruto paradisíaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su estirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que

permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que, al borde mismo del éxito, había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que solo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última tarde, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro, el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron —estoy seguro—, brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

—AMO, AGUA, AMO, MI AMO…

W. W. JACOBS

LA PATA DE MONO
(1902)

Traducción
Marta Salís

William Wymark Jacobs nació en 1863 en Londres, en el barrio de Wapping, en cuyos muelles trabajaba su padre como gerente. A pesar de vivir en la estrechez —era una familia de diez hijos—, se educó en un colegio privado y en el Birkbeck College. Trabajaría en la Caja Postal de Ahorros desde 1879 hasta 1899. Empezó a publicar sus cuentos en revistas como *The Idler, Today* —ambas editadas por Jerome K. Jerome—, y *The Strand*. Jacobs aprovecharía sus experiencias de infancia y adolescencia para escribir relatos inspirados en marineros, pescadores y trabajadores de los muelles, cuyas aventuras y desventuras casi siempre ocurren en tierra. A su primera publicación, *Many Cargoes* (1897), le siguieron la novela *The Skipper's Wooing* (1897) y *Sea Urchins* (1898), una segunda colección de cuentos que confirmó su popularidad. Entre sus obras cabe destacar *Captains All* (1905), *Sailor's Knots* (1909) y *Night Watches* (1914). Autor prolífico, combinó en sus historias el exotismo con la cotidianidad gracias, sobre todo, a su fino sentido del humor. Fue, sin embargo, un relato macabro —*La pata de mono*— el que le hizo pasar a la posteridad. Gabriel García Márquez, en su artículo *Como ánimas en pena*, se declaró deslumbrado por él: «Solo recuerdo dos cuentos que me parecen perfectos: *La pata de mono*, de W. W. Jacobs y *El caso del doctor Valdemar*, de Edgar Allan Poe». W. W. Jacobs murió en Londres en 1943.

«La pata de mono» (*The Monkey's Paw*) apareció por primera vez en *Harper's Monthly Magazine* en septiembre de 1902. Más tarde se incluiría en el volumen *The Lady of the Barge* (1902). Ha habido numerosas adaptaciones de este cuento, desde la obra teatral estrenada en el Haymarket Theatre de Londres en 1903, hasta su aparición en un episodio especial de Halloween de la tercera temporada de *Los Simpson*. Un tema nuevo en esta antología: el mono asociado a la magia, convertido en talismán que otorga deseos como en los cuentos de hadas. Y, como casi siempre que se trata del deseo, la magia se burla trágicamente de él y da pie a un excelente cuento de terror envuelto en desesperación.

I

La noche era fría y húmeda, pero en la pequeña sala de Laburnum Villa las persianas estaban cerradas y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez; el primero, que tenía ideas sobre el juego que comportaban cambios radicales, exponía al rey a tan acuciantes e innecesarios peligros que hasta suscitaba comentarios de la anciana de pelo blanco que tejía plácidamente junto a la chimenea.

—¿Oís el viento? —dijo el señor White, que, consciente de haber cometido un error fatal, trataba amigablemente de impedir que su hijo se diera cuenta.

—Claro que lo oímos —dijo este, escudriñando sombríamente el tablero mientras extendía la mano—. Jaque.

—No creo que venga esta noche… —dijo el padre, con la mano en alto sobre el tablero.

—Mate —contestó el hijo.

—Esto es lo malo de vivir tan lejos —protestó el señor White, con repentino e inesperado ardor—; de todos los lugares espantosos y apartados este es el peor. El camino es un lodazal, y la carretera un torrente. No sé en qué piensa la gente. Como solo hay dos casas alquiladas, supongo que les da igual.

—No te preocupes, querido —dijo su mujer dulcemente—; quizá ganes la siguiente partida.

El señor White levantó la cabeza con brusquedad, justo a tiempo de sorprender una mirada cómplice entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios, y ocultó un gesto culpable entre su rala barba gris.

—Ahí está —dijo Herbert White, al oír el golpetazo de la verja y unos pasos enérgicos que se acercaban.

El padre se levantó enseguida, hospitalario, y abrió la puerta; le oyeron condolerse del recién llegado. Este también se condolió de él, así que la señora White exclamó: «¡Vaya, vaya!», y tosió un poco cuando su marido entró en la sala, seguido de un hombre alto y fornido, de ojos pequeños y brillantes y cara rubicunda.

—El sargento mayor Morris —dijo, presentándolo.

El sargento mayor les estrechó la mano, aceptó el asiento que le ofrecían junto al fuego y observó con satisfacción cómo su anfitrión sacaba whisky y unos vasos y ponía una tetera de cobre en el fuego.

Al tercer vaso sus ojos brillaron más, y empezó a contarles cosas; el

pequeño círculo familiar miraba con mucho interés a ese visitante de lugares lejanos que acomodaba sus anchos hombros en la butaca y les hablaba de hazañas heroicas y lugares desconocidos; de guerras y plagas y pueblos extranjeros.

—Han pasado veintiún años —dijo el señor White, dirigiéndose a su mujer y a su hijo—. Cuando se marchó era casi un niño. Miradlo ahora.

—No parece haberle sentado muy mal —dijo la señora White, amablemente.

—Me gustaría ir a la India —dijo su marido—, solo para echar un vistazo.

—Está mejor aquí —dijo el sargento mayor, moviendo la cabeza. Dejó el vaso vacío y, con un suspiro, la movió de nuevo.

—Me gustaría ver esos templos antiguos y a los faquires y los malabaristas —dijo el señor White—. ¿Qué empezó a contarme el otro día de una pata de mono o algo así, Morris?

—Nada —se apresuró a decir el soldado—. Al menos, nada que merezca la pena oír.

—¿Una pata de mono? —exclamó la señora White, intrigada.

—Bueno, supongo que una muestra de eso que llamamos magia —dijo el sargento mayor a la ligera.

Sus tres interlocutores se inclinaron hacia delante muertos de curiosidad. El visitante, sin darse cuenta, se llevó el vaso vacío a los labios; luego volvió a dejarlo. Su anfitrión se lo llenó.

—A primera vista —dijo el sargento mayor, hurgando en su bolsillo—, es una patita muy normal, momificada.

Sacó algo y se lo enseñó. La señora White retrocedió con una mueca, pero su hijo cogió la pata de mono y la examinó con interés.

—Y ¿qué tiene de especial? —preguntó el señor White, quitándosela al joven; después de mirarla, la dejó en la mesa.

—Un viejo faquir le dio poderes mágicos —dijo el sargento mayor —. Un hombre muy santo. Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres, y que quienes interfieren en él lo acaban pagando. Decidió que tres hombres diferentes podrían pedirle tres deseos.

Estaba tan serio que sus interlocutores comprendieron que no era momento de risas.

—Y ¿por qué no ha pedido los suyos, señor? —dijo Herbert White, sagazmente.

El soldado lo miró como los hombres de edad madura miran a los jóvenes insolentes.

—Lo he hecho —contestó en voz baja; y su rostro con manchas palideció.

—Y ¿le concedió de verdad los tres deseos? —quiso saber la señora White.

—Sí —respondió el sargento mayor; y el cristal del vaso chocó con sus fuertes dientes.

—Y ¿alguien más los ha pedido? —preguntó la anciana.

—El primer hombre obtuvo sus tres deseos, sí —dijo—. Ignoro cuáles fueron los dos primeros, pero el tercero fue la muerte. Por eso tengo la pata.

Ante la gravedad de su tono, los demás se callaron.

—Si ya ha conseguido sus tres deseos, entonces la pata no le sirve de nada, Morris —dijo finalmente el señor White—. ¿Por qué la conserva?

El soldado movió la cabeza.

—Por capricho, imagino —contestó despacio—. Se me ocurrió venderla, pero no creo que lo haga. Ya ha causado demasiadas desgracias. Además, no quiere comprarla nadie. Piensan que es un cuento chino; y los que se interesan quieren probar primero y pagarme después.

—Si le concedieran otros tres deseos —dijo su anfitrión, con una mirada penetrante—, ¿los pediría?

—No sé —respondió Morris—. No sé.

Cogió la pata de mono y, sujetándola entre el pulgar y el índice, la tiró al fuego. White, con un gritito, se agachó para recuperarla.

—Mejor que se queme —dijo el soldado con solemnidad.

—Si no la quiere, Morris, démela.

—No —se negó su amigo—. La he tirado al fuego. Si la guarda, no me eche la culpa de lo que suceda. Vuelva a arrojarla al fuego, sea sensato.

El anfitrión movió la cabeza y observó de cerca su nueva posesión.

—¿Cómo se hace? —preguntó.

—Hay que tenerla en la mano derecha y pedir los deseos en voz alta —dijo el sargento mayor—, pero le advierto de que sufrirá las consecuencias.

—Parece de *Las mil y una noches* —dijo la señora White, poniéndose en pie para preparar la cena—. ¿No podrías pedir cuatro pares de manos para mí?

Su marido sacó el talismán del bolsillo y los tres se echaron a reír mientras el sargento mayor, con expresión alarmada, le agarraba del brazo.

—Si va a pedir un deseo, que sea razonable —dijo con voz grave.

El señor White volvió a guardar la pata y, colocando las sillas, invitó a su amigo a sentarse a la mesa. Mientras cenaban, se olvidaron en cierto modo del talismán; y de sobremesa, los tres escucharon

embelesados la segunda entrega de las aventuras del soldado en la India.

—Si la historia de la pata de mono no es más cierta que las que nos ha contado —dijo Herbert cuando la puerta se cerró detrás de su invitado, que tenía que coger el último tren—, nos llevaremos un chasco.

—¿Le has dado algo a cambio, cariño? —preguntó la señora White, mirando a su marido.

—Una baratija —respondió él, sonrojándose un poco—. No quería, pero le obligué a aceptarla. E insistió en que tirara el talismán.

—Pues claro —dijo Herbert, con fingido horror—. Pero si vamos a ser ricos, y famosos, y felices… Para empezar, dile que quieres ser emperador; así dejarás de ser un calzonazos.

Echó a correr alrededor de la mesa, perseguido por la malvada señora White armada con un antimacasar.

El señor White sacó la pata del bolsillo y la miró con desconfianza.

—La verdad es que no sé qué pedir —dijo pausadamente—. Creo que tengo todo lo que necesito.

—Si pudieras pagar la deuda de la casa, darías saltos de alegría, ¿no? —dijo Herbert, con la mano en su hombro—. Bueno, pues pide doscientas libras; bastará con eso.

El padre, sonriendo avergonzado de su propia credulidad, levantó el talismán; Herbert, entretanto, con un semblante solemne estropeado un poco por el guiño que hizo a su madre, se sentó al piano y tocó unos cuantos acordes graves.

—Deseo doscientas libras —dijo con claridad el señor White.

Un gran estrépito en el piano saludó sus palabras, interrumpidas por un tembloroso grito del anciano. Su mujer y su hijo corrieron hacia él.

—Se ha movido —exclamó, mirando con desagrado el objeto que yacía en el suelo—. En cuanto he pronunciado el deseo, se ha retorcido como una serpiente en mis manos.

—Bueno, no veo el dinero —dijo su hijo, recogiendo el talismán y dejándolo en la mesa—. Y apuesto a que nunca lo veré.

—Lo habrás imaginado, cariño —dijo su mujer, preocupada.

Él negó con la cabeza.

—Da igual, no pasa nada; pero me ha dado un susto.

Se sentaron de nuevo junto a la chimenea, y los dos hombres acabaron su pipa. Fuera, el viento era más fuerte que nunca, y el anciano se sobresaltó al oír un portazo en el piso de arriba. Un silencio extraño y deprimente se impuso entre los tres, hasta que el matrimonio se levantó para acostarse.

—Supongo que encontraréis el dinero atado dentro de una gran

bolsa en medio de la cama —dijo Herbert, al darles las buenas noches —, y algo horrible agazapado encima del armario, al acecho mientras guardáis vuestras ganancias ilícitas.

Solo en la oscuridad, el joven miró las brasas y vio caras en ellas. La última era tan espantosa y tan simiesca que la contempló con asombro. Resultaba tan real que, con una risita nerviosa, buscó en la mesa un vaso con un poco de agua para echársela encima. Su mano se tropezó con la pata de mono y, dando un respingo, se limpió los dedos en la chaqueta y subió a su dormitorio.

II

A la mañana siguiente, mientras el sol invernal iluminaba la mesa del desayuno, Herbert se rió de sus temores. Había un ambiente de prosaica indulgencia en la sala que faltaba la noche anterior; y la pata de mono, sucia y reseca, estaba tirada de cualquier manera sobre el aparador, como si sus virtudes no parecieran muy creíbles.

—Supongo que todos los soldados veteranos son iguales —dijo la señora White—. ¡Mira que haber escuchado sus tonterías! ¡Cómo van a concederse deseos en estos tiempos! Y, si fuera así, ¿qué daño podrían hacerte doscientas libras, cariño?

—Pueden lloverle del cielo en cualquier momento —exclamó el frívolo Herbert.

—Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad —dijo su padre— que podías pensar que era una coincidencia.

—Bueno, no te abalances sobre el dinero antes de que vuelva — dijo Herbert, levantándose de la mesa—. Me da miedo que te vuelvas un avaro, y nosotros tengamos que renegar de ti.

Su madre se rió, lo acompañó a la entrada y vio cómo se alejaba por el camino; cuando volvió a la mesa del desayuno, le divirtió la credulidad de su marido. Esto no impidió que corriera a la puerta al oír que el cartero llamaba; y, cuando vio que solo traía la cuenta del sastre, se refirió con cierta animosidad a los sargentos retirados de costumbres inmoderadas.

—Supongo que Herbert seguirá con sus bromas cuando vuelva — dijo cuando se sentaron a comer.

—¡Seguro! —dijo el señor White, sirviéndose un poco de cerveza —; pero, a pesar de todo, la pata se movió en mi mano; puedo jurarlo.

—Solo fueron imaginaciones tuyas —dijo su mujer para tranquilizarlo.

—Te lo digo en serio —contestó él—. No fueron imaginaciones

mías; yo… ¿Qué ocurre?

La señora White no le respondió. Estaba observando los misteriosos movimientos de un hombre que miraba la casa con aire indeciso, como si no se atreviera a entrar. Relacionándolo con las doscientas libras, advirtió que el desconocido iba bien vestido y llevaba un sombrero de seda nuevo y lustroso. El hombre se detuvo tres veces delante de la verja, y luego se alejó de nuevo. La cuarta vez, la abrió de golpe y se acercó por el sendero. La señora White se llevó las manos a la espalda, se quitó en un pispás el delantal y escondió tan valiosa prenda debajo del cojín de su butaca.

Invitó a pasar al desconocido, que parecía muy incómodo. Él la miraba con disimulo, y escuchó con gravedad las disculpas que ella ofrecía por el desorden de la sala y la chaqueta del marido, una prenda que normalmente reservaba para el jardín. Luego esperó, con la paciencia que una mujer es capaz de tener, a que les explicara el motivo de su visita; pero él guardaba un extraño silencio.

—Me… han pedido que viniera —dijo finalmente, y se inclinó para quitarse un trocito de algodón de los pantalones—. Vengo de parte de Maw & Meggins.

La señora White se sobresaltó.

—¿Ha pasado algo? —preguntó sin aliento—. ¿Le ha ocurrido algo a Herbert? ¿Qué? ¿Qué?

Su marido la interrumpió.

—Calma, calma, querida —se apresuró a decir—. Siéntate y no saques conclusiones precipitadas. No trae usted malas noticias, ¿verdad? —y miró expectante a su interlocutor.

—Lo siento… —empezó a decir el desconocido.

—¿Está herido? —preguntó la madre.

El visitante asintió con la cabeza.

—Gravemente herido —dijo en voz baja—. Pero no sufre.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, juntando las manos—. ¡Gracias a Dios! Gracias…

Se calló de repente al comprender el siniestro sentido de las palabras del desconocido, y vio la confirmación de sus temores en la mirada huidiza del hombre. Recuperó el aliento, y, volviéndose hacia su marido, menos sagaz, puso su vieja mano temblorosa sobre la de él. Se hizo un largo silencio.

—Le enganchó una máquina —dijo el visitante, en voz baja.

—Le enganchó una máquina —repitió el señor White, aturdido—, sí.

Se puso a mirar la ventana y, con la mano de su mujer entre las suyas, la apretó como en sus tiempos de noviazgo hacía casi cuarenta años.

—Era el único que nos quedaba —dijo, volviéndose educadamente hacia el visitante—. Es duro.

El visitante tosió y, levantándose, se acercó despacio a la ventana.

—La compañía me ha encargado que les dé su más sincero pésame por esta gran pérdida —dijo, con la mirada fija—. Les ruego que entiendan que solo soy un empleado y me limito a obedecer órdenes.

No hubo respuesta. El rostro de la señora White estaba pálido como la cera, y sus ojos llenos de espanto; su respiración era inaudible. El rostro del marido tenía seguramente una expresión muy parecida a la de su amigo el sargento mayor en su primera acción de guerra.

—Iba a decirles que Maw & Meggins declinan toda responsabilidad —continuó el hombre—. No les deben nada, pero, en consideración a los servicios prestados por su hijo, quisieran compensarles con cierta suma.

El señor White soltó la mano de su mujer y, poniéndose en pie, miró con horror al visitante. Sus labios secos pronunciaron una palabra:

—¿Cuánto?

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el grito de su mujer, el anciano sonrió vagamente, extendió las manos como un ciego y se desplomó, sin sentido, en el suelo.

III

En el gigantesco cementerio nuevo, a unos tres kilómetros de distancia, el matrimonio dio sepultura a su difunto y volvió a una casa envuelta en sombras y silencio. Todo ocurrió tan deprisa que al principio les costaba creerlo, y parecieron esperar que sucediera algo más… algo que aliviara ese dolor, demasiado lacerante para sus viejos corazones.

Pero los días pasaron, y la espera se convirtió en resignación: la resignación sin esperanza de los ancianos, que algunos llaman equivocadamente apatía. Apenas hablaban a veces, pues no tenían nada que decirse; y sus días eran interminables.

Una semana después, aproximadamente, el señor White se despertó de pronto en medio de la noche y, al extender la mano, comprobó que estaba solo. El cuarto estaba a oscuras; y un débil llanto le llegó desde la ventana. Se incorporó en la cama para escucharlo.

—Ven a acostarte —dijo con dulzura—. Cogerás frío.

—Más frío tendrá mi hijo —dijo su mujer, llorando de nuevo.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White. Estaba calentito en la cama, y se le cerraban los ojos de sueño. Dormitó un poco, pero se despertó sobresaltado por los gritos de su mujer.

—¡La pata! —chillaba enloquecida—. ¡La pata de mono!

Se incorporó alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué pasa?

Ella se acercó a tientas.

—Quiero esa pata —dijo en voz baja—. No la has destruido, ¿verdad?

—Está en la sala, en la repisa de la chimenea —contestó él, desconcertado—. ¿Por qué?

Llorando y riendo al mismo tiempo, ella se agachó para besarle la mejilla.

—Se me acaba de ocurrir —exclamó, histérica—. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes? ¿Por qué no se te ha ocurrido a ti?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—A los otros dos deseos —se apresuró a contestar ella—. Solo hemos pedido uno.

—¿No te pareció suficiente? —exclamó airado.

—No —respondió ella, en tono triunfal—; pediremos uno más. Baja enseguida y pide que nuestro hijo resucite.

El hombre se sentó en la cama y destapó sus piernas temblorosas.

—¡Santo cielo! ¡Estás loca! —gritó horrorizado.

—Ve a buscarla —jadeó—; date prisa, y pide… ¡Oh, mi niño, mi niño!

Su marido frotó una cerilla contra el raspador y encendió la vela.

—Vuelve a la cama —dijo con voz entrecortada—. No sabes lo que estás diciendo.

—Nos concedió el primer deseo —dijo ella, febrilmente—. ¿Por qué no pedirle el segundo?

—Fue una coincidencia —farfulló el señor White.

—Vamos, ve a buscarla y pídeselo —exclamó su mujer, presa de la excitación.

El hombre se volvió hacia ella.

—Lleva diez días muerto —dijo con voz trémula—, y además… no me gustaría contártelo, pero… solo lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras, ¿cómo lo sería ahora?

—Tráemelo —gritó ella, empujándolo hacia la puerta—. ¿Acaso crees que temo al hijo que he criado?

El señor White bajó la escalera en medio de la oscuridad, y se dirigió a tientas a la sala y luego a la repisa de la chimenea. El

talismán estaba en su sitio. Le dio pavor que el deseo aún no formulado trajera ante él a su hijo mutilado antes de que él pudiera escapar de la sala, y contuvo la respiración al darse cuenta de que no encontraba la puerta. Con la frente bañada en sudor frío, avanzó a tientas alrededor de la mesa y a lo largo de la pared, hasta que se vio en el pequeño pasillo con el pernicioso objeto en la mano.

Incluso el rostro de su mujer parecía cambiado cuanto entró en el dormitorio. Pálido y expectante, había en él algo sobrenatural que le asustó. Tuvo miedo de ella.

—¡Pide el deseo! —le gritó muy fuerte.

—Es absurdo y malvado —balbuceó él.

—¡Pídelo! —insistió su mujer.

El señor White levantó la mano.

—Deseo que mi hijo resucite.

El talismán cayó al suelo; y él lo contempló con terror. Luego se desplomó en una silla mientras su mujer, con ojos chispeantes, subía la persiana.

Se quedó sentado hasta que empezó a tiritar de frío; de vez en cuando miraba a su mujer pegada a la ventana. El cabo de la vela, consumido hasta el borde de la palmatoria de porcelana, proyectaba sombras temblorosas sobre las paredes y el techo, hasta que, con un destello más fuerte, se extinguió. El señor White, con un alivio indescriptible ante el fracaso del talismán, volvió sin hacer ruido a la cama; al cabo de unos minutos, su mujer, apática y muda, se acostó al lado.

No hablaron, pero los dos yacieron en silencio escuchando el tictac del reloj. Un peldaño crujió, y un ratón se escabulló entre chirridos a través de la pared. La oscuridad era opresiva. Cuando logró armarse de valor, el señor White cogió la caja de cerillas, encendió una y bajó en busca de una vela.

Al pie de las escaleras, la cerilla se apagó; y él se detuvo a encender otra. En ese instante sonó un golpe, tan quedo que apenas resultó audible, en la puerta de entrada.

Se le cayeron las cerillas. Se quedó inmóvil, y contuvo el aliento hasta que se repitió el golpe. Entonces se dio la vuelta, huyó a su dormitorio y cerró la puerta. Un tercer golpe resonó en toda la casa.

—¿Qué es eso? —exclamó la mujer, alarmada.

—Una rata —contestó su marido, estremeciéndose—, una rata. La he visto en la escalera.

La señora White se sentó en la cama, aguzando el oído. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

—¡Es Herbert! —gritó—. ¡Es Herbert!

Corrió hacia la puerta, pero su marido se puso delante y le agarró

el brazo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró con voz ronca.

—Es mi hijo; ¡es Herbert! —repitió, forcejeando sin darse cuenta —. Olvidé que estaba a tres kilómetros. ¿Por qué me sujetas? Suéltame. Tengo que abrir la puerta.

—Por el amor de Dios, no dejes que entre —dijo el señor White temblando.

—Tienes miedo de tu propio hijo —exclamó, forcejeando—. Suéltame. Ya voy, Herbert; ya voy.

Sonó un golpe, y luego otro. La señora White logró soltarse y salió huyendo del dormitorio. Su marido la siguió hasta el descansillo, y le suplicó que se detuviera mientras ella bajaba corriendo las escaleras. Oyó cómo quitaba la tranca y descorría lentamente el cerrojo de abajo. Luego le llegó su voz, crispada y jadeante:

—El cerrojo de arriba —gritó muy fuerte—. Baja. No puedo alcanzarlo.

Pero él estaba a gatas, buscando desesperadamente en la penumbra la pata de mono. Si pudiera encontrarla antes de que aquello entrase… Una lluvia de golpes retumbó en toda la casa. Su mujer arrastró una silla por el pasillo y la pegó a la puerta. Oyó el chirrido del cerrojo al descorrerse; y justo en ese instante encontró la pata de mono y, con frenesí, musitó su tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de pronto, aunque su eco siguiera resonando en la casa. Oyó retirar la silla y abrir la puerta. Una ráfaga helada subió por la escalera; y el alarido de dolor y desesperación de su mujer le dio valor para correr a su lado, y seguir luego hasta la verja. La farola que parpadeaba enfrente iluminaba un camino tranquilo y desierto.

HORACIO QUIROGA

HISTORIA DE ESTILICÓN
(1904)

Horacio Silvestre Quiroga nació en 1878 en Salto, al norte de Uruguay, hijo de un próspero naviero. Las tragedias marcaron la vida del escritor: su padre murió en un accidente de caza, su padrastro y su primera mujer se suicidaron y él mató accidentalmente a un amigo. Estudió en Montevideo, donde editó la *Revista de Salto* (1899). Tras una temporada en Europa, donde conoció a Rubén Dario, fundó el Consistorio del Gay Saber, cenáculo modernista que presidió la vida literaria de Montevideo. Instalado en Buenos Aires, publicó poemas, cuentos y prosas líricas de gusto modernista. Más tarde viviría en la provincia de Misiones, casi en la frontera con Brasil, como juez de paz. Lo más recordado de su obra son las colecciones de cuentos, como *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924), *La gallina degollada y otros cuentos* (1925) y *Los desterrados* (1926). En ellos narra magistralmente la violencia y el horror que se esconden detrás de la aparente apacibilidad de la naturaleza. Colaboró con diferentes periódicos y revistas. En 1927 se casó por segunda vez y regresó a Misiones para dedicarse a la floricultura. Enfermo de cáncer, se suicidó en 1937 en Buenos Aires con cianuro al conocer la noticia.

«Historia de Estilicón» se publicó por primera vez en 1904 en el volumen de cuentos *El crimen del otro* (Emilio Spinelli, Buenos Aires). En él, la presencia de un gorila en un escenario fuera de la sociedad difumina las fronteras entre animalidad y humanidad, y el narrador parece disfrutar oscuramente observando impasible el espectáculo.

Esa noche llegó mi gorila. Habían sido menester cinco cartas seguidas para obtener el cumplimiento de la promesa que arranqué a mi amigo en vísperas de su gran viaje. Iba a Camarones, quería ver las grandes selvas, las llanuras amarillas, las noches estrelladas y sofocantes que brillan impávidas sobre cabezas de negros. ¿Cómo maniobró aquel perfecto loco para no dejar la vida entre una turba de traficantes, cuarenta leguas más allá de las últimas factorías? No lo sé. Mi gorila estaba allí, un divino animalito pardo de cincuenta centímetros. Se mantenía en pie, gracias sin duda a los oficios de los pasajeros que durante la travesía distrajeron sus ocios enseñando a la huraña criatura las actitudes propias de un hombre. Se había recostado contra la pared, los brazos grandemente abiertos. Chirriaba sin cesar, llevando la vista de mí a la lámpara con extraordinaria rapidez.

Dimitri, el viejo sirviente asmático que a la muerte de mi padre sacudió tristemente la cabeza cuando le anuncié que podía si quería dejar nuestra casa, le observaba con atento estupor. Él bien conocía estos monitos de Brasil que rompen nueces y son difíciles de cuidar; le eran familiares. Pero su asombro entonces era despertado por las proporciones de la bestia. Sin duda a sus ojos albinizados por las estepas lituanas de fauna extremadamente fácil, chocaba este oscuro animal complicado, en cuyos dientes creía ver aún trozos de cortezas raídas quién sabe en qué tenebrosa profundidad de selva. No obstante se acercó a mi pequeña fiera, no para acariciarla —¡oh, no!— sino para verla mejor. El animal se tiró al suelo chillando. Como me aturdía con sus gritos, advertí a Dimitri lo dejara en sosiego. Solo con él, lo observé bien.

Como he dicho, alcanzaba su altura a cincuenta centímetros, correspondientes según mis cálculos a una edad no mayor de un año, siendo de creer que le había sido arrancado muy pequeño a la madre, dado el largo tiempo que hubo de transcurrir durante su traslación a Libreville, primero, y aquí, después. Su cuello corto y grueso sostenía una cabeza lombrosiana[74] de suma vivacidad. Sus ojos castaño claro estaban circundados de grandes ojeras sulfurosas. La boca era un enorme tajo de gubia, hacia arriba. Las muñecas faltaban, los tobillos también. Y esa solidez de figura se debilitaba en las espaldas por la aguda cordillera de vértebras dando a aquellas una angulosidad felina que rompía los planos del animal, tirado a plomo de la cabeza a los pies.

Un pelo recio le cubría todo el cuerpo menos la cara. Caminaba como un pato. Era en suma un cuerpo de oscura torpeza, en que solo

los dientes y los ojos brillaban con inquieta vida. Su relativa mansedumbre probaba demasiado que mi amigo habíale inculcado nociones de domesticidad, bien que las cicatrices de sus tobillos denunciaran a la legua la cadena avasalladora. De cualquier modo, el animalito resistía la humana presencia sin mayores aspavientos, y aunque indócil a las caricias, un buen látigo le tetanizaba en un rincón con chillantes furores de miedo.

Llamé a Dimitri para encerrarlo. Resistiose como un gato, mordió a Dimitri y se cogió de mi corbata con una fuerza tal que hube de dejársela entre las manos, hasta que a fuerza de puños dimos con él en la jaula, por cuyos barrotes sacó un brazo negro con mi corbata, su primer trofeo doméstico.

Tal fue la entrada de mi gorila. Los primeros días nos dio gran trabajo. No quería comer: aplastaba las frutas contra el suelo tirándose de espaldas. Tampoco quería beber: retrocedía en cuatro patas con la vista fija en la vasija, y súbito se arrojaba contra ella de un salto en igual postura. De noche lloraba, un lastimero quejido en *u* con los labios extendidos. Extrañaba, el pobre animalito. Por fin se cansó de ser terco, y los plátanos del jardín a que le llevé un día le suavizaron del todo con alegres y repetidos levantamientos de cejas. Púsele por nombre Estilicón[75]: perdonado me sea en la hora de los reproches.

Desconfiaba de las lámparas. La luz eléctrica, en cambio, no despertaba en modo alguno su curiosidad. Atribuyo esto a la disposición colgante de las lamparillas, hecho que para él no tenía importancia alguna.

Comía perfectamente bien. Con la servilleta no solo se frotaba los labios, sino también el interior de ellos y la lengua toda larga, envolviéndola en la servilleta a modo de cucurucho. Mimoso, tirábase al suelo con su silla por cualquiera reprensión, llorando. No obstante, más de una vez se calló de pronto, ahogando su dolor para pasar su dedo de uno y otro lado por todos los agujeros de la esterilla. Dimitri, con una paciencia ejemplar, perdía las horas corrigiéndolo, pues al fin el silencioso viejo le tomó cariño. Un día, cansado, ordené terminantemente a Dimitri suprimiera todo postre en la mesa, aunque yo en primer término sufriría con la nueva medida. Su rebelión fue tan espantosa que me levanté tirando la servilleta, sulfurado con el incorregible malcriado. Claro es que a los cuatro días los dulces recomenzaron, con gran alboroto de Estilicón y una húmeda mirada en que me envolvió mi viejo sirviente. Era, en fin, la hija menor y mimada para quien son siempre los perritos que se regalan a la casa.

Esta debilidad de Dimitri para con nuestro pupilo había crecido rápidamente. Dormían juntos de noche, pues Estilicón así lo quería. A una cuna, que hubo de desecharse por los terribles balanceos del animal, siguió un colchón en el suelo, que a su vez sirvió de revoltoso

orillo. Comprósele una cama. Dimitri prendía la vela y Estilicón la apagaba; eso estaba convenido entre ellos. Mientras Dimitri leía, el gorila esperaba muy quieto que aquel concluyera. Entonces se ponía en cuclillas, sacaba delicadamente la vela del candelero y la estrellaba contra el suelo. Jamás pudo comprender otra cosa, ni de nada servía la magistral paciencia de Dimitri. Cogerla con exquisito cuidado, eso sí; pero enseguida al suelo. Y, como al fin y al cabo eso divertía a su amigo, el pobre viejo compraba velas con su propio peculio, pues no era cosa que yo me enterara de esas indebidas condescendencias.

Al cabo de tres años Estilicón llegó a ser un brioso adolescente de puños de acero, cuyas tretas sabían de memoria los muchachos de la calle. Escribía. Durante varios días me importunó sentado enfrente mío, la cabeza entre sus manos, siguiendo atentamente mi escritura. Conociéndolo, algo maquinaba. En un momento dejé la lapicera y me puse a mi vez con la cara entre las manos, mirándolo fijamente: permaneció impasible, los labios replegados por un tic intermitente. Hubiera concluido por fastidiarme, cuando por fin una noche —como yo comenzaba un renglón— extendió de pronto su brazo y trazó sobre el papel, con la punta de su dedo negro, la línea que había de seguir la pluma. Me miraba orgulloso. Toda la noche hizo lo mismo, con gran contento.

Desde entonces escribió. Páginas inacabables que yo tenía que leer en voz alta todas las tardes, so pena de una crisis de llanto o galopadas furiosas. Al concluir le aplaudía, dándole fuertemente la mano. Y quien sufría con todo esto era Dimitri, pues a Estilicón se le ocurrió una vez leer en la cama su alto de páginas, cosa hecha con gran fruición, ya que concluyendo su lectura mucho después que Dimitri, tenía prendida la vela por largo rato, con lo que este no se dormía.

La primavera de ese año fue precoz. Los paraísos dieron flores ya en agosto, el cielo, estable al fin, alzó en los plantíos muchas cabezas desconsoladas, y aun en casa hubo primavera, a pesar del libre acceso que a los temporales del Sur dejaba una escuela en construcción —al lado nuestro— que desgraciadamente para nuestro pequeño jardín no pudo ser concluida ese invierno.

Estilicón se entregó a gritos y cóleras impetuosas. La casa no vivía con ese desordenado, desencajándolo todo con sus acrobacias tan peligrosas para él como para nosotros. El empuje primaveral le llegaba en esa forma deplorable, hasta que una noche cambió de rumbo, para gran escándalo de Dimitri.

El zaguán resonó de pronto con tales gritos que tiré la silla a un lado:

—¡Por Dios, Dimitri, qué es eso!

Los gritos se habían fijado en el patio. Dimitri acudió, pálido.

—Es Estilicón. Ha traído una…

—¿Qué?… ¿Qué ha traído?…

Avancé al patio oscuro. Pues bien: en un rincón, sobre una tina volcada, Estilicón estaba sentado sujetando una criatura que se debatía arqueada atrás, con los brazos apartantes sobre el pecho del mono. Este, grave, le pasaba la mano por la cabeza, sin mirarnos. Dimitri no salía de su estupor. Yo solo tuve que tomarme el trabajo de arrancarle la criatura y enviarla a casa de sus padres (vivía muy cerca nuestro; Dimitri la había visto dos o tres veces correr por la vereda de enfrente con un traje punzó[76]). En cuanto a Estilicón, le corregí a bofetadas. No me opuso resistencia porque demasiado me conocía: pero toda esa noche quedó irritado, chirriando con la boca llena de tierra.

Dimitri estaba indignado. Miraba de cuando en cuando al patio.

—Yo nunca hubiera creído… La habrá hallado jugando…

—Probablemente. ¿Se asustaron en la casa?

—Al principio, sí. Después se reían. Cierto, raro.

—¿El qué?

—El modo de jugar.

—No jugaba.

—¿No jugaba?

—No jugaba.

—Entonces… —articuló abriendo los ojos.

—Sí, Dimitri, no jugaba. Los monos no juegan nunca con mujeres en primavera. Hoy ha sido una sorda inconsciencia. Después si…

—A su edad…

—No; ya ves esta noche.

—Pero ella es una criatura…

—Para nosotros, sí; él no lo sabe. Y hay hombres tan poco dignos… (y no concluí, creyendo innecesario —aun para Dimitri— hacer observaciones que solo en Homais[77] se pueden dignamente permitir).

Dimitri hizo un gesto de repulsión. Él, tan casto toda la vida, a punto de haber visto…

—Y lo verás, mi viejo José, a menos de ir tú mismo a la Guinea en busca de una exacta novia con un palo en la mano.

Dimitri, rebasado, discurría problemas en voz baja.

—¿Se hallará alguna que…?

—Ah, no sé —me reí levantándome—. Probablemente. Cuentan que hay mujeres que gustan de esas manzanas dislocantes. Por mi parte, te aseguro que si yo…

¿Qué blasfemia iba a decir? ¡Pobre Dimitri! Algo comprendió, pues me reprochó con la mirada respetuosamente:

—¡Que Dios guarde al Señor! Buenas noches.

Un mes después Dimitri vino a buscarme al jardín, donde estaba por esos momentos ocupado en practicar una nueva forma de injerto que hallé —cosa rara— en las memorias de un abogado de Berlín. Días anteriores, en vista de sus incesantes asmas, habíase resuelto que se buscara alguien para reemplazarlo en ciertos trabajos. Esa mañana había hallado y trajo a una muchacha de dieciséis años. Aunque al principio me sorprendió algo que hubiera elegido por ayudante a una mujer, atribuí más tarde esa decisión a un curioso sentimiento de celos, pues nunca hubiera permitido que un hombre hiciera por mí lo que no podía hacer él, Dimitri. Como a Estilicón, bauticé a la muchacha. Púsele Teodora.

Teodora tenía pálido semblante. Callada, su boca y nariz eran completamente tranquilas; solo sus ojos soñaban, una mirada de infanta que no sabe lo que es ni para qué es, fija siempre en los sombríos candelabros. Teodora era una simple muchacha sin poesía; no obstante sus ojos soñaban (¿qué noble alma perdida por los sueños renacía en los ojos de la mísera descendiente?). Envolvíase toda ella en esa vaga neblina de las cosas que están a punto de suspirar. Comprendía bien. Caminaba de un modo tranquilo, y recogía las faldas cuando había agua en el patio.

Perla rara —¿dónde la encontró Dimitri?—, respondía a veces a mis sonrisas, guardando toda su seriedad impasible para Estilicón. Este buen amigo puso el grito en el cielo cuando Teodora se instaló. En el cuarto destinado a esta, guardaba él un tambor, un trozo dorado de galería, varios palitos de dientes (aunque muchas veces se empeñó, jamás pudo hacer iguales) y una rueda: era su ropa completa de vestir. La mutua antipatía fue decreciendo, en tanto que el gorila comenzaba a seguirla en cuatro patas por toda la casa. Dimitri se reía conmigo de esta maniobra natal. La muchacha concluyó por no hacer caso.

Una noche mientras aquella servía la mesa, Estilicón desapareció. Dimitri lo vio y me hizo señas: se había colocado muy despacio detrás de Teodora, y le pasó la mano por la cara, perdidos los ojos en delicia. La muchacha dio un grito, pero se calmó, y aun consintió de nuevo la excesiva caricia.

Recomenzaron las cóleras y galopadas locas del animal. Dimitri, ya en conocimiento de esa savia bravía que le rompía las arterias, vino a verme.

—Estilicón está otra vez loco.

—Cierto; Teodora tiene la culpa.

—Y ¿si se atreve?

Me disgusté.

—Y ¿qué quieres tú que yo haga? Me parece que no es una criatura, Teodora. Te inquieta, ¿verdad?

No me respondió y salió. ¿Qué inaudito problema de moral debía desenvolver su casta cabeza blanca? Pensé un rato en la bajeza de Estilicón y la juventud desdeñosa de Teodora. Pensé un rato más. De todos modos —concluí— Dimitri se horrorizaría de lo que estoy pensando.

Una mañana Dimitri el censor vino a mi lado.

—Estilicón…

—Sí, Estilicón, ya sé.

—Ah, no es eso. Ha mordido a Teodora. Sí, anoche.

Llamé a la muchacha.

—Me mordió en la garganta, un poco. —Y agregó con la mirada perdida—: Pero no me ha hecho daño.

Examiné la herida. Era un mordisco excesivamente trémulo. Tenía la cabeza echada hacia atrás; le toqué la garganta con la punta del dedo y se estremeció.

—Pero ¡te ha hecho daño!

—No.

Estilicón bramó todo el día. Una semana después Dimitri me dijo que Teodora estaba en cama, enferma. Fui a su cuarto. El vestido estaba tirado por el suelo, completamente arrugado, una ancha desgarradura en el hombro. Al verme entrar se tapó hasta el mentón.

—Seguramente alguna nueva hazaña de Estilicón, estoy seguro.

—Sí —respondió apenas. Tenía la boca hinchada y morada.

—Pero ¡esta vez te habrá hecho daño!

Su cabeza cansada no se movió. Sin mirarme.

—No.

Puse un pie en un banco y articulé:

—¿Quieres que haga venir a Estilicón?

Cerró los ojos, muerta.

—No.

Salí, cerrando la puerta sin hacer ruido. Llamé a Estilicón: acudió con su carrera indómita. Me coloqué a su frente y dejé caer la mano sobre su hombro:

—¡Gran bestia!

Me miró de soslayo y se balanceó.

—¡Gran bestia! —lo sacudí de nuevo, tratando de levantarle hasta mí por un momento. Tan solos estábamos mirándonos en los ojos, tan

fuertes eran nuestras dos estaturas de hombres, que comprendió. Volvió los ojos escondidos a la pieza cerrada, y todo su ser vibró de orgullo fraternal, hinchando el robusto pecho.

Un año siguió, aunque entre la amistad de Dimitri y el gorila se había suspendido con los brazos abiertos la resignación de Teodora. Cuando alguna vez pretendí llegar a todo eso con alusiones, no me respondió nada, mirando a lo lejos, impasible en su amor desdeñoso. No inquieté más esos ensueños tan truncadamente amorosos, ese horizonte áspero de sus ojos entrecerrados, como en su estrecho círculo de elección revivían las primeras mujeres, y en su cintura también, un poco hundida, tan incapaz de afrontar el formidable idilio.

La noche del 31 de diciembre nos halló reunidos en casa, sentados afuera. Como la tarde había sido pesadísima, envié a Dimitri en busca de un sillón de tela cuya falta me era ya intolerable, y me dejé caer en él, suspirando. El patio estaba blanco de luna. A través de los naranjos oscuros, sobre un claro luminoso, brillaban diminutos pedazos de vidrio. Las hojas se estremecían a ratos. Tan grande era el silencio que el lejano ladrido de un perro nos hizo volver la cabeza, prestando oído. Dimitri y Teodora, sentados en los escalones de piedra, cambiaron algunas palabras.

Durante el día yo había estado un poco intratable, lleno por esa ola de cansancio que empujan las ciudades sobre los tormentosos advenedizos que echan a veces de menos la inutilidad natal. Una situación de igual ambiente me arrojó de golpe a los días lejanos de una quinta que hasta el año pasado fue nuestra. Vi a todos mis hermanos: una con sus rimas de Bécquer, otro con su sombrero cónico de paja, otra con el grave gesto paterno. Al caer la tarde volvíamos con los bolsillos llenos de chicharras.

Cerraba los ojos, hamacándome en puntas de pie. El patio brillaba más en la noche avanzada. Dimitri y Teodora se habían callado. Estilicón, echado de espaldas en el suelo caldeado, rendido por el calor y la desesperanza del cielo lejano, miraba atentamente la luna, gimiendo en voz baja.

Fue esta la última noche de plena armonía. Teodora se iba abandonando día a día. Sus vestidos blancos estaban llenos de manchas. Perdía el pelo, arrancado poco a poco, arrastraba los pies, y apenas si salvaba aún con su expresión de sufrimiento —cuando Estilicón corría a quitarle la escoba para barrer por ella el zaguán— las tablas rotas de su naufragio. En Dimitri cobraba todo esto proporciones de duelo. Ya hacía tiempo que el cariño a Estilicón se había borrado de sus canas. Echábase el pelo atrás varias veces, cada mañana que la muchacha sacaba al patio sus ojeras dolorosas. Su

corrección caía como un pedazo de hielo sobre la cabeza de Teodora, y aún creo que en ese trastorno yo desempeñaba un papel de excesiva condescendencia. El gorila, por su parte, olfateaba el rencor. Dos o tres veces, en pos de algunas breves palabras con que aquel lo corrigió, lo vi alejarse al fondo del patio, y de allí seguir todos los movimientos de Dimitri con su mirada lúgubre.

El odio de Dimitri no tenía por causa la dejadez de la muchacha y su bárbara predilección. Con mucho, hubiera vivido disgustado por esas torceduras que cargaban de problemas cada pelo blanco de su vieja inocencia. Era más bien una rabia muda y apartante, un rechazo de su larga vida transparente ante las existencias demasiado fuertes de Estilicón y Teodora. Ninguno de ellos se daba cuenta precisa de nada, el gorila haciéndose viejo, Dimitri enloqueciéndose, la muchacha perdiéndolo todo. Iban sobrecargándose uno enfrente de otro; y lo que parecía normal en uno —violencia de una vida indiferente, demasiado apurada al fin— tampoco era extraño en el otro con su vieja cara criminal.

Estilicón había perdido sus infantiles gracias. Ahora era un mono que iba envejeciendo, silencioso para caminar. La bestia salía poco a poco, como un ladrón de atrás de una puerta; y cuando a veces estando solos al crepúsculo nos mirábamos —me miraba— la angustia del bosque natal pesaba sobre mí en esos silencios.

El primer presentimiento lo tuve una noche que Dimitri y el gorila fueron apresurados a buscar no recuerdo qué (por presumible temor, no dejaba que Estilicón saliera sino de noche, a altas horas). Me quedé en la puerta viéndoles alejarse. Como la noche era oscura, al momento los perdí. De repente los vi de nuevo. No sé en qué estuve pensando todo ese tiempo; pero me recorrió un escalofrío cuando noté, al pasar debajo de un farol, que un poco más atrás de la alta figura de Dimitri caminaba otra más baja y cargada de espaldas. ¿Por qué me olvidé de que Estilicón le acompañaba? Horas antes había estado leyendo con fuerte interés un viaje a los bosques de África Occidental. No hallo otra causa.

La atmósfera se cargaba día a día más. Era un rondar continuo por el patio, atravesándolo porque sí a todas horas. Teodora se arrastraba en silencio, abandonada del todo. No hablaba. Tenía la boca constantemente morada. Su presencia muerta era tan inevitable como Dimitri enflaquecido, como Estilicón arrastrando los brazos, tres existencias canallas que se revolvían sin querer hacia un absolutismo común: invasor en el gorila y Teodora, defensivo en Dimitri. Entre este y el otro la lucha se entablaba con el movimiento de una silla, cautelas enormes para coger un objeto, una copa frotada desesperadamente. Dimitri miraba a todos lados, desvariado; el gorila se estrujaba los pectorales.

Una mañana la cocina resonó de tal modo que acudí corriendo. Dimitri daba grandes gritos con largos ademanes hacia delante, sin mirar a nadie. Estilicón, inyectado de sangre, avanzaba sobre él. Me abalancé al látigo tirado en un rincón y lo alcé sobre el gorila, dejó caer el labio y me miró a muerte; le crucé la cara. El animal bramó vencido. A pesar del enorme dominio que sobre él tenía en estos casos, cumplí ese esfuerzo humano con el pelo erizado.

Llamé aparte a Dimitri.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué gritabas así?

Me miró extraviado. Su ropa estaba ahora rota y sucia como la de Teodora. Le aconsejé rudamente.

Cierto, yo podía haber concluido con todo eso, alejando a Estilicón o deshaciendo de algún modo esa compañía. Pero, aparte de que Dimitri reaccionó días después hacia una sana prudencia, mi curiosidad ardía con esa lucha, y para la tempestad del patio yo me preguntaba qué pararrayo sería más eficaz de mis tres conocidos. Fue Dimitri.

El ruido me llegó a las cuatro de la tarde. Primero una serie de chasquidos, después golpes sordos, como un pecho roto a puñetazos, después exclamaciones: ¡jup!, ¡jup! Corrí, seguro de lo que estaba pasando. Vi en el fondo a Dimitri que marchaba a grandes zancadas, haciendo sonar el látigo. Llevaba la cabeza alta, mirando hacia delante, con el pelo revuelto, ¡jup!, ¡jup!, daba grandes latigazos en el aire. Estilicón, completamente loco, corría hacia él.

—¡Dimitri! ¡Dimitri! —le grité. No me oyó, alzó otra vez el látigo desafiante y el animal cayó sobre él. No hubo más. Le cargué sobre los hombros y volví. Sus dos brazos rotos pendían oscilando. El tórax deshecho borbotaba a cada paso.

Pasé toda la noche velando al pobre Dimitri. Llovía. De madrugada la puerta se sacudió; en un relámpago vi del otro lado al gorila. Se había escapado de la cadena y estaba bajo la lluvia con la cara pegada a los vidrios, mirando a Dimitri con los ojos aún sanguinolentos.

Dos años después murió Teodora. Ya no hablaba. Había enflaquecido del todo; su dejadez era horrible. Salía de su cuarto a las cuatro de la tarde, muerta de fatiga, la cara amarilla y hueca. Una pulmonía fulminante la llevó en un mar de sangre.

Estilicón vive solitario en un rincón húmedo de los árboles, aislado en su rencor de viejo mono. No me busca sino de tarde en tarde, para mirarme desde el marco de una puerta con sus ojos cavilosos y enrojecidos, viene del fondo de su cueva a revivir así brutalmente su amor que le evoca mi presencia humana. El verano último, sin embargo, tuvimos unas horas de vieja amistad. Como me había

torcido un pie, no podía caminar solo. Estilicón vino a colocarse al lado mío, y apoyándome en su hombro paseamos lentamente por el patio. La tarde era de una gran dulzura, y caminábamos en silencio con las cabezas bajas, en un grave y tierno compañerismo.

Ayer le sentí toser. Lo que en un niño serían dos simples impresiones, sobrecárganle como un peso inaudito: Dimitri y Teodora. Es mucho para él. Su vida tiene un exceso humano de recuerdos, y cederá cualquier día.

M. P. SHIEL

EL SIMIO PÁLIDO
(1911)

Traducción
Marta Salís

Matthew Phipps Shiel nació en 1865 en Montserrat, una de las Islas de Barlovento, que forman parte de las Antillas Menores. De madre mulata y padre medio irlandés, se educó en la isla de Barbados. Se trasladó a Inglaterra en 1885, y estudió lenguas y medicina en Londres, donde se cambió el apellido por Shiel (el original era Shiell). Empezó a escribir cuentos para *The Strand* y otras revistas. En sus primeras obras, *El príncipe Zaleski* (1895) y *Shapes in the Fire* (1896), notables ejemplos del decadentismo inglés, hay ciertas reminiscencias de Edgar Allan Poe; y trabajos posteriores, como *El peligro amarillo* (1898) —novela en que aparece el doctor Yen How, claro antecedente del Fu-Manchu del escritor Sax Rohmer—, influyeron sin duda en *La guerra en el aire* (1908) de H. G. Wells, y *La invasión sin paralelo* (1910) de Jack London. Reconocido autor de relatos fantásticos y de ciencia ficción, inventó el Reino de Redonda, uno de esos lugares míticos del imaginario literario. Shiel aseguraba que en 1880, a los quince años, había sido coronado primer rey de Redonda —una isla minúscula y deshabitada del Caribe que había comprado su padre en 1865— con el nombre de Felipe I, iniciando así una curiosa dinastía literaria. El escritor John Gawsworth heredaría no solo el título —rey Juan I—, sino también los derechos de su obra. Javier Marías, que ostenta en la actualidad el título de Xavier I, fundó en 2002 la editorial Reino de Redonda, que, de M. P. Shiel, ha publicado *La mujer de Huguenin*, una colección de seis relatos, y *La nube púrpura* (1901), quizá su obra maestra. Murió en Chichester, Sussex, en 1947.

«El simio pálido» (*The Pale Ape*) se publicó en el volumen *The Pale Ape and Other Pulses* (T. Werner Laurie, Londres, 1911). Cuento extraño, en torno a una singular historia de *amour fou*, el simio representa en él el Eros desatado, creando una atmósfera demencial que envuelve todo el escenario y a todos sus personajes, incluida la muy vehemente narradora.

Un cerdo grande y gordo

ARISTÓFANES[78]

Ayer volví a contemplar Hargen Hall desde el lago, y eso es lo que me ha empujado a escribir sobre mi vida allí. Un viento helado soplaba entre los marchitos helechos y las ramas, arremolinando hojas muertas de abedul en el patio sur; y ningún pájaro cantaba.

Cuando llegué por primera vez, podría decirse que era una joven feliz; pero he vivido cosas que nunca se olvidan; y mis días y mis cabellos se tornan grises a un tiempo.

Cinco títulos nobiliarios entre mis amistades me ayudaron a entrar en Hargen en el otoño del año 1908. Llegué el 10 de noviembre al atardecer; y jamás olvidaré la extraña impresión que causó en mi ánimo esa noche: pues, antes de que pudiera divisar la casa, el ruido del agua en la lejanía me sumió en una misteriosa tristeza. La casa estaba rodeada de montañas y acantilados, por los que caían una serie de cascadas; y aquella noche me costó entender todo lo que me decían, aunque en dos o tres días mi oído se acostumbró al estruendo.

Tardé cuatro días en conocer a sir Philip Lister en persona; Davenport, el viejo mayordomo, me contó que su señor estaba «indispuesto», pero sir Philip me mandó una atenta misiva en la que me invitaba a tomarme las cosas con un poco de tranquilidad; así que pasé los primeros días familiarizándome con los cambios de humor de mi pupila, y recorriendo la casa y los jardines, desde «el dormitorio de la reina Isabel» (detrás de la cama aún colgaba un escudo de terciopelo con las armas reales bordadas con hilo blanco), hasta los simios y las cascadas. Una sensación de abandono lo impregnaba todo, pues apenas vivíamos diez personas en aquel lugar desierto, y solo vislumbrábamos de vez en cuando a dos o tres jardineros, o a un mozo de cuadra. La cocina era una sala recubierta con paneles, como una capilla, con vidrieras de colores que reproducían los seis escudos de armas de los Lister Lynn; un lugar en cuya inmensidad la cocinera y su pinche parecían terriblemente pequeñas y desamparadas; y era raro que siquiera una doncella entrara en la zona del ala este que había chamuscado el fuego hacía cincuenta y cinco años.

Fue durante la cuarta mañana, un día del «veranillo de san Miguel», cuando mi alumna me llevó a ver los simios. Había tres —dos chimpancés y un gibón— en tres recintos cerrados con una malla de

alambre cerca de la línea este de los acantilados, es decir, a menos de seiscientos metros de la casa. Allí, riendo y parloteando a la sombra de los castaños, pasaban la vida, especulando como filósofos sobre sus problemas, o escuchando las aguas cantarinas junto a sus oídos. Y había un cuarto recinto vallado a continuación, pero estaba vacío; y mi pupila me dijo:

—El que estaba aquí era enorme, señorita Newnes, y tenía la cara pálida. Murió un poco antes de que yo viniera a Hargen: pero su fantasma aparece las noches de luna llena.

—¡Qué cosas dices, Esmé! —murmuré.

(Se llamaba Esmé Martagon, y era hija del marqués de Martagon y de Margaret Lister, la hermana de sir Philip; la niña tenía doce años y era huérfana: hermosa como un elfo y de rizos oscuros como el ébano, pero tan voluble como las formas del mercurio: tan pronto brincaba de alegría como se sumía en la mayor tristeza.)

—Pero ¿y si lo he visto? —respondió con seriedad, mirándome con sus grandes ojos.

—¿El fantasma de un simio, Esmé? —dije.

Presa de la excitación, me contestó:

—Venga conmigo, y ¡podrá oírlo!

Y me condujo por los jardines, hacia el norte, hasta que bajamos por un sendero sombrío entre las salpicaduras de espuma de una de las cascadas más pequeñas. Andando por las rocas, detrás de la cortina de agua, se llegaba a una gruta donde el follaje crecía exuberante por la perpetua humedad; y, cuando alcancé a la veloz Esmé en esa cavidad, me gritó al oído para contrarrestar el estruendo del agua:

—Y ahora tiene que estar atenta: esta cascada se llama El Simio.

Durante unos minutos —entre tres y seis— lo único que oí fue el ruido de la cascada, y estaba a punto de expresar mi escepticismo cuando percibí algo que, de algún modo, me sobresaltó: un sonido muy agudo y enérgico: la risita, la risita sofocada de un mono, cada vez más insistente, más imperiosa, como si quisiera llamar la atención. Cesó al cabo de unos instantes, pero enseguida volvió; y en la media hora que me quedé escuchando se repitió cinco veces, a intervalos no muy regulares, pero con cierta periodicidad; y llegué a la conclusión de que alguna causa sin importancia, quizá solo las condiciones del viento, modificaba ocasionalmente la caída de la catarata y producía esos curiosos cacareos.

—Y, si se quedara escuchando un rato, ¿sabe lo que le pasaría, señorita Newnes? —gritó mi pupila. Y, cuando se lo pregunté, me dijo —: ¡Se volvería loca!

—¿Yo? ¡Qué va…! —dije.

Una sombra oscureció el rostro de la niña; y se apresuró a añadir:

—Pues yo sí, estoy segura. Como tres damas de la familia Lister y una de la familia Lynn… entre ellas, mi abuela materna. Es hereditario, creo.

¡Me sobresalté! Y es que, de pronto, la creía. Es más, percibía algo sardónico en la risita de la cascada, y, dando a toda prisa la mano a la niña, le dije:

—Ven.

Más tarde ese día, cuando estábamos juntas en lo que llaman «la gran sala», Esmé, siempre muy madura para su edad, volvió a mencionar la cascada, y me pidió que no hablase de ella ni se la enseñara a su primo Huggins: pues un joven con ese nombre, que apenas había pisado Hargen desde que tenía seis años, llegaría de la India al cabo de unos meses, y se quedaría un mes con nosotros.

Fue esa noche cuando, por primera vez, vi a sir Philip Lister: pues cenó con Esmé, con la señora Wiseman y conmigo en el comedor del edificio principal, servidos por el viejo Davenport con gran ceremonia y pasos silenciosos; los cinco formábamos un grupo harto insignificante en medio de aquella sala gigantesca, con sus ventanales orientados al mediodía sobre el patio que da al sur. Tiene (o tenía) las paredes cubiertas de tapices, y una hilera de mesas talladas de estilo jacobeo, que dan a la estancia un aire de lo más sombrío; y unos leños ardían en el trasfuego de hierro de la chimenea, bajo cuya repisa de roble se sentó diez minutos sir Philip con Esmé y conmigo, antes de retirarse a su rincón apartado de la casa.

Dos días después, cenó de nuevo con nosotras, y volvió a hacerlo al día siguiente; pero en esa tercera ocasión la niña, en uno de sus ataques de locuacidad, dejó caer que «el tío Philip nos honra con su presencia desde que ha llegado la señorita Newnes»; y, como un pájaro espantado, sir Philip estuvo muchos días desaparecido.

Lo lamenté, pues su presencia me intrigaba; sus maneras eran hasta tal punto serias, dignas y educadas. Era un hombre alto y, aunque no apuesto, resultaba interesante —peculiar, podríamos decir —. Llevaba el rostro afeitado como un actor, y el pelo más largo de lo habitual; y en el fondo de sus grandes ojos de búho brillaba una expresión, o eso me parecía, de misteriosos pesares, algo cambiante, taimado y tímido. Pensé que tendría unos cuarenta y cinco años.

Estaba enfrascado en la escritura de lo que, según decían, era «una gran obra» en seis volúmenes sobre el «Reino Antiguo» (la cuarta de las seis dinastías de los faraones egipcios)[79], y llevaba una vida tan retirada que pasaron tres semanas antes de que volviera a verlo. Entretanto, Esmé y yo nos adentramos en nuestros azarosos estudios: «azarosos» porque mi pupila nunca era la misma niña dos horas seguidas. Esmé tenía accesos de jaqueca; y tenía accesos de lectura, en los que devoraba libros con las ansias de un buitre hambriento; y tenía

accesos de indolencia, letargos de lirón, accesos de llanto, lamentaciones sombrías, accesos de veleidad, de loca disipación, de deseos acuciantes de beber vino. En cuanto a sus conocimientos, eran asombrosos para una niña de su edad, y de vez en cuando me bombardeaba con preguntas que yo no sabía responder.

Una mañana de la cuarta semana, en que ella estaba algo alicaída, íbamos paseando por los jardines cuando, por primera vez, vi a sir Philip fuera de la casa. Lo encontramos con la cara pegada a la malla de alambre de los simios, contemplando al gibón; y tan ensimismado que no advirtió nuestra presencia hasta que estuvimos al lado. Al vernos, pareció desconcertado, pero enseguida se mostró muy amable, a su manera reservada, y conversó unos minutos conmigo sobre los simios y los rasgos que los diferenciaban. Se llamaban como los faraones egipcios: los chimpancés eran Pepy II y Jety, y el gibón Sethy I; y sir Philip señaló al gibón moviendo el dedo y diciendo con jocosa solemnidad: «¡Ese muchacho! ¡Ese muchacho!». Yo no tenía ni idea de a qué se refería.

De repente, en mitad de la conversación, nos propuso —con cierta timidez en su parpadeo— que hiciéramos un pícnic al aire libre, y Esmé y yo nos apresuramos a decir que sí. Pero al cabo de tres minutos, sobresaltándose, murmuró furtivamente estas palabras: «Tengo que volver al trabajo»; y se marchó, ¡para mi sorpresa!

Después de esto, apenas se dejó ver en tres semanas. Esmé y yo, entretanto, adquirimos la costumbre de dar clase en la gran sala, sentadas en el diván de su luminosa galería (la galería desde la que antaño se podía ver a los sirvientes en la mesa de abajo); y, al rememorar los días que pasé allí, me parecen teñidos de misterio y cierto aire de Utopía. La sala era muy sencilla y apenas tenía muebles: el techo era liso, las paredes blancas con paneles de madera hasta media altura; pero sus catorce ventanales con escudos en las vidrieras, al entrar el sol, transformaban la vieja estancia en el reino de los cielos. Mas ahora no es más que un sueño para mí, y jamás volveré a verla.

El jueves por la tarde de mi decimotercera semana en Hargen recibí una singular misiva de sir Philip Lister: se había herido en el pulgar, decía, y quería saber si yo tendría «la amabilidad de escribir lo que me dictara». Me pregunté qué sería de Esmé mientras tanto. ¡No quería dejar sola a la niña! Pero no podía negarme: y así entré aquel día en la sagrada guarida. Sir Philip, con el brazo en cabestrillo, se puso en pie de un salto con un torrente de disculpas, y me dio mil veces las gracias entre efusiva y tímidamente, hasta que se impuso la timidez y de pronto guardó silencio. Me senté ante una antigua mesa de abadía, y él en un viejo banco de granja, y empezó a dictarme con los ojos cerrados, en voz muy baja, todo lo concerniente a Jufu, y a

Jafra, y a la «Edad de las Pirámides», hasta que tuve la impresión de que él mismo era algo egipcio y antiquísimo, y yo también, y a veces ni siquiera tenía conciencia de la época en que vivíamos. En medio del dictado, se llevó la mano izquierda a la frente, como si estuviera cansado o confuso, con los ojos cerrados; y, levantándose de un salto, murmuró: «¡Gracias! ¡Gracias!», ofreciéndome la mano. Algunos de sus gestos eran de lo más inesperados; y la mano que toqué estaba tan fría como la nieve: así que me alejé corriendo de él.

Esa noche me retiré, como siempre, poco después de las once a mi dormitorio, que estaba en una zona bastante apartada y solitaria de la casa; y me dormí enseguida. Dos horas después, me desperté aterrorizada —no sabría decir por qué, pero tan aterrorizada que me encontré sentada en la cama— por un ruido muy extraño, o el recuerdo o el sueño de un ruido muy extraño, retumbando en mis oídos; y yo temblaba y tenía la frente empapada en sudor. Por las dos ventanas, que estaban abiertas, entraba la luz de la luna llena, reflejándose en el suelo e iluminando el tapiz estampado que había a mi derecha; y podía oír el lúgubre suspiro de la brisa nocturna entre las hojas del cedro, algunas de cuyas ramas, sujetas con cadenas, rozaban mis cristales. Estuve un rato así sentada, escuchando los latidos de mi corazón, la brisa temblorosa en el árbol, la caída del agua y el silencio de la casa y de la hora, tan consciente de la presencia de un espíritu vivo como si pudiera verlo. Si aquello hubiera durado mucho tiempo, me habría desvanecido o desahogado con un grito: pero enseguida oí una risita tenue y jubilosa lo bastante nítida para convencerme de que mis oídos no se habían vuelto locos; e inmediatamente, con los pelos de punta, pero empujada por una mezcla de rabia y desesperación, salí de la cama y me asomé a una de las ventanas; pues, justo después de la risita, me pareció oír un brusco movimiento entre las hojas del cedro y corrí a ver qué pasaba.

Lo que vi hizo que me desmayara, ignoro si al instante o al cabo de unos segundos: lo único que supe cuando recobré el conocimiento fue que estaba sentada en el suelo con la frente apoyada en mi vieja silla de roble, y que el reloj de la torre daba las tres. Pero, aunque me hubiera desvanecido nada más verlo, no albergaba la menor duda de lo que mis ojos habían tenido tiempo de ver. Pues, aunque la luz de la luna dejara entre tinieblas la parte interior del follaje, estaba segura de que una bestia de la familia de los simios, con la tez pálida, se balanceaba en el cedro, colgado cabeza abajo entre la maraña de cadenas y ramas, de tal modo que podía atisbar el interior de mi dormitorio; y tengo la impresión de haber oído —antes de desplomarme— una sucesión de risitas; y después, en algún lugar, una voz que reprendía, suplicaba, ordenaba, con una especie de grito secreto; y luego, en algún lugar, un breve alarido de horror y de

angustia, todo ello mezclado con un sueño en el que se oía la risa de la cascada.

Pero lo que más me impresionó fue sin duda aquel breve alarido de horror: hasta tal punto que apenas podía creer que fuera un sueño, o solo un sueño. Era un grito que, de algún modo, asocié desde el primer momento con el viejo Davenport; y esta sensación me la confirmó el hecho de que Davenport estuviera cuatro días sin aparecer.

La señora Wiseman, el ama de llaves, que estuvo unos días muy pálida y de vez en cuando se quedaba con la mirada perdida, me dijo que Davenport estaba «indispuesto». No me preguntó nada sobre esa noche, pero la sorprendí dos veces observándome con curiosidad y preocupación; y lo mismo ocurrió con sir Philip cuando, tres días después, se unió a nosotros al anochecer: pues me dio la mano con tierna solicitud y una expresión inquisitiva en la mirada. En cuanto a Davenport, cuando volví a verlo estaba debajo de un árbol del jardín, sentado como un convaleciente, con esa patética palidez de los ancianos que han estado enfermos; y los vendajes que rodeaban su cuello no me impidieron ver que tenía la garganta brutalmente amoratada.

Durante esos días fue como si la desgracia se hubiera abatido sobre Hargen. Esmé dejó de reírse, y todos hablábamos en voz baja. Era obvio que cada uno de nosotros conocía un secreto que nadie se atrevía a revelar; y pasé días cavilando en vano para intentar entender lo que pasaba. Por mi parte, estaba acongojada, y apenas podía disimularlo. Se me ocurrió cambiar de dormitorio —incluso de día me horrorizaba entrar en él—, pero no quería mostrar abiertamente mi miedo. Dormía con una vela encendida, pero los nervios me impedían conciliar el sueño. No creo que fuera nerviosa por naturaleza, pero aquellos días el pánico me dominaba como una enfermedad; la mirada de unos ojos aterradores en medio de la noche estaba siempre presente en mi imaginación; y Hargen pronto se convirtió, para mi corazón angustiado, en el hogar mismo de la tristeza. Hasta que un día, de repente, toda esa inquietud se desvaneció en mí como una sombra; y mi ser se vio arrastrado a una felicidad en la que la pesadumbre fue abolida, y olvidé el terror que me embargaba en la oscuridad.

Lo contaré muy brevemente. Una tarde en que Esmé y yo estábamos lánguidamente sentadas en la luminosa galería, con una gramática abierta entre las dos, se levantó del suelo justo detrás de nosotras, o eso nos pareció, un joven que chasqueó los dedos sobre los ojos de Esmé, al tiempo que me sonreía.

—¡Primo Huggins! —exclamó la niña, de lo más sorprendida, pues en Hargen no se esperaba a Huggins Lister hasta unos días más tarde.

Él la levantó en sus grandes brazos y la cubrió de besos, pues era un hombre bromista y apasionado; y luego me miró a los ojos, y yo le devolví la mirada.

Fue como si siempre lo hubiera conocido, mucho antes de nacer; y lo que más me empujó hacia esa especie de *maelstrom*[80] en el que me vi atrapada fue el hecho de que, al día siguiente de su llegada, Esmé se resfrió y tuvo que guardar cama, y yo me quedé a solas con Huggins Lister en aquel paraje desierto de Hargen. Al joven le interesaban, o eso fingió, las antigüedades, y me pidió que le enseñara los *cassoni*[81] y los bordados de antaño, los espejos españoles de reflejos dorados, los viejos candelabros con sus amorcillos. Cenaba conmigo, los dos solos con la señora Wiseman: pues sir Philip vivía más retirado que nunca.

Pero cuatro días después, al atardecer, cuando Huggins Lister y yo paseábamos por los jardines, sir Philip apareció de repente andando apresuradamente en dirección contraria; ni se paró ni dijo nada al cruzarse con nosotros, inclinando la cabeza y quitándose el sombrero; pero, después de alejarse un poco, se detuvo y… ¡nos reprendió con el dedo! También iba a decirnos algo, estoy segura, pero no lo hizo; y siguió de pronto su camino. Recuerdo que en ese momento me sentí muy ofendida: pero unos instantes después, que Dios me perdone, había olvidado la existencia de sir Philip Lister.

Le enseñé al joven los simios, y el dormitorio de la reina, y todas las cascadas excepto una, y las incrustaciones de marfil de los cofres españoles, y las chimeneas Tudor, y cuanto había en la «gran galería»; y él quería seguir viendo cosas. Y justo debajo de la ventana que ilumina la escalera principal, hay en el rellano una silla de manos pintada con llamativo abigarramiento, y las vidrieras también reflejan en ella el brillante colorido de los seis escudos de armas de los Lister-Lynns; y él logró que me sentara en esa silla. Era mediodía, y estábamos en mitad de la escalera, pero tan solos como si la noche nos envolviera en un monasterio; y lo cierto es que toda aquella desolación de Hargen parecía hecha para cautivarnos y desviar los pasos que nos llevaban a nuestro destino. Consiguió que me sentara, como he dicho, e, impidiendo que me moviera, empezó a declararme su amor entre sollozos; y, cuando oculté mi rostro, enternecida de verlo así, llorando de rodillas, y enjugué una lágrima insensata de mis ojos, el joven posó sus labios en los míos, allí, en la silla de la escalera, ese día. No pude evitarlo, pues, en lo que a mí respecta, Huggins Lister ¡vino, vio y venció! Como si me embriagaran el aguamiel y los pasos de baile en los brazos de Huggins Lister.

Y ¡el joven me persuadió con el ímpetu de un huracán! Y me arrastró al matrimonio con la vehemencia con que esas nubes de arena que crea la tormenta danzan locamente hasta fundirse. Tardaría seis meses, dijo, en disponerlo todo para anunciar nuestro enlace; mientras

tanto, sería un secreto, pero ¡nos casaríamos de inmediato! Para hacer frente a su tiranía hice un amago de resistir, aunque con poco entusiasmo; y no sirvió de nada: yo le quería, deseaba estar a su lado, y me tenía por entero en la palma de su mano y en su corazón. Así, pues, una mañana me escabullí de Hargen y me encontré con él en una casa de la aldea de St. Arvens, el lugar donde nos casamos; pero, cuando salíamos por la puerta después de la ceremonia, se me heló el corazón al ver a sir Philip Lister andando a menos de diez metros. En efecto, aquel que nunca salía de casa estaba ante mis ojos, a plena luz del día, en una calle de St. Arvens, con su bastón de roble, alejándose de nosotros como si no nos hubiera visto; pero también tuve la impresión de que había medio vuelto un instante la cabeza, con el rostro ceniciento por la agitación; y mi corazón, a pesar de todo su ardor, se estremeció sacudido por un frío mortal.

Mis pies vacilantes me llevaron de nuevo a Hargen como en un sueño: una mujer desposada, con pensamientos tan embriagadores como el vino, porque era de mi amado y él era mío; y no sabría decir cómo pasé el día, ya que era nueva en el cielo, y solo recuerdo mis esfuerzos inútiles para ocultar a Esmé mi estado de ánimo, pues acababa de recuperarse de su resfriado; simulé estudiar con ella, y fui muy estricta con mi amado, negándole mi compañía hasta que anocheció; e incluso entonces me retiré temprano, dejándolo entre suspiros.

Bloqueé mi puerta con una silla, una chiquillada de novia, pues, para asegurarme bien, tendría que haberla cerrado con llave. Me quedé despierta más de una hora, contemplando la luz de la luna llena, hasta que, agotada por el torbellino de los sueños de la vigilia, me dormí un rato.

Una especie de rugido me despertó: ¡ojalá que un ruido así nunca vuelva a retumbar en mis oídos! Comprendí que un alma se hallaba *in extremis*, y desde las profundidades de la aflicción y el horror invocaba fatalmente a su Dios; y, una vez en el suelo, me arrodillé unos segundos frenéticos y exclamé:

—Dios Todopoderoso, libra a mi amado de todo mal en esta casa del horror.

A toda prisa, me envolví en una bata y salí al pasillo.

Mientras corría por él, tratando de encender la vela que llevaba, me pareció oír una pequeña risa ronca, como el gruñido de un chacal sobre la carroña; y mis dedos temblaron tanto que no lograron que el fósforo encontrara la mecha. Cuando me quemé la mano, solté la cerilla. Sin dejar de correr, encendí otra, o la medio encendí: pues, en cuanto froté su cabeza, vi —o supe de algún modo— que había un animal monstruoso y enloquecido a mi lado; en ese mismo momento la cerilla se apagó sola o de un soplido; y una cosa increíblemente

gélida rozó mi piel. Sentí dolor, el dolor del pánico a la oscuridad; y me quedé paralizada. Pero al cabo de unos segundos, según creo, corría de nuevo hacia el final del pasillo, ahora sin la vela porque se me había caído de la mano; así que no vi que la puerta del fondo, que esperaba encontrar abierta como de costumbre, estaba cerrada; y choqué contra ella. No solo estaba cerrada, ¡habían echado la llave! Al darme cuenta, desahogué mi miedo y mi desesperación gritando una y otra vez:

—¡Huggins! ¡Sir Philip! ¡Davenport! ¡Huggins!

Y solo oía el murmullo de las cascadas, como si atravesaran la eternidad en el silencio de la noche, y los fuertes latidos de mi corazón en un costado; pero nadie respondía a mis llamadas.

Esto no tenía nada de extraño, pues mi dormitorio estaba en una parte muy solitaria de la casa; y me quedé prisionera, sufriendo, temiendo que de un momento a otro cayera sobre mí algo que me haría morir de terror. El silencio duró quizá medio minuto, y luego oí un ruido al otro lado de la puerta, unos pasos sordos que, con intervalos regulares, bajaban la escalera, como si llevaran a rastras algo que pesara mucho… bum, bum, bum; y eran tales la solemnidad y el misterio de todo que, sola en medio de la terrible oscuridad, fui incapaz de seguir sufriendo allí más tiempo; y, antes de saber siquiera lo que hacía, había salido por una ventana y andaba por la cornisa, a más de quince metros de altura, hacia la siguiente ventana. El saliente no tenía ni treinta centímetros de ancho, creo, y cómo me atreví a hacerlo, y por qué no me caí, es algo que no podría explicar. Con la nariz pegada al muro —consciente en todo momento de la llovizna empujada por el fuerte viento, consciente de la noche iluminada por una luz cruel, aunque la luna se ocultara—, avancé vacilante sobre una fina capa de nieve, con el alma en vilo, conteniendo el llanto hasta alcanzar la ventana; y una vez allí, mientras saltaba al interior, di rienda suelta a mi aflicción y desfallecí al verme a salvo. No dejé de oír, sin embargo, los pasos sordos que descendían por la escalera; y, cuando llegaron abajo, dentro de mí algo me infundió el valor de seguirlos.

Agachada, tambaleante, bajé con sigilo escalón a escalón. A mitad de camino, me pareció que arrastraban algo por el suelo en la planta baja. Seguí adelante. El ruido franqueó una de las puertas de entrada, y yo supe cuál; pero, cuando me encaminaba hacia allí, mis pies descalzos tropezaron con algo frío, y me caí encima. Se me escapó un gemido porque sentía lástima de mí, y estaba muy oscuro y el sufrimiento era espantoso. Pero, al caer, me di cuenta por el ruido de que seguía con la caja de cerillas en la mano, algo que había olvidado; y me asaltó el deseo de encender una. Tardé un poco en decidirme, o en conseguirlo, y, cuando finalmente me atreví, vi cómo yacía de

cualquier manera en el suelo el cuerpo del viejo mayordomo con su ropa de dormir; y supe por su expresión que sus ojos no volverían a ver.

En ese instante oí un portazo a lo lejos; y volví a saber dónde: se trataba de la pequeña puerta lateral, junto a la cocina, que daba al norte, hacia los jardines; y de nuevo algo dio vigor a mis rodillas y me levanté. Me dirigí a esa puerta; la abrí despacio; mis pies estaban en la nieve. Y, delante de mí, en el corto sendero de grava que lleva a los jardines, distinguí con claridad al simio pálido que sostenía un cuerpo contra su pecho. Al cabo de unos instantes dejó su pesada carga en el suelo, y se inclinó sobre ella; y, cuando le dedicó unos gruñidos espantosos, algo en mí se agachó, cogió una piedra y se la tiró a la bestia.

Le dio directamente en la cabeza.

Al cabo de unos segundos, la criatura se puso lentamente en pie y corrió dando tumbos hacia la oscuridad.

Me acerqué como pude al cuerpo, y vi que era Huggins Lister, estrangulado; y, sobre el cadáver de mi amado, perdí el conocimiento.

No lo recobré hasta las diez de la mañana; estaba en una cama, con Esmé a un lado y la señora Wiseman al otro.

Esta última tenía la mirada ausente; y por la sonrisa de Esmé, con el rostro ladeado mientras contaba sin cesar con los dedos, comprendí que la niña había perdido el juicio.

Yo yacía inmóvil, no decía nada; todo me daba igual.

Poco después entró una chica llamada Bertha que dijo en voz baja:

—Todavía no lo han encontrado.

Y, por la respuesta que murmuró la señora Wiseman, deduje que sir Philip Lister había desaparecido.

Me daba lo mismo, solo yacía en silencio, con los ojos cerrados.

Cerca del mediodía, llegó la noticia de que los hombres que buscaban a sir Philip Lister seguían sin el menor rastro de él; pero, hacia las cinco de la tarde, lo encontraron agonizante en la gruta que había detrás de la cascada que llamaban El Simio, y lo trajeron a la casa.

Poco después la señora Wiseman, que ya no estaba a la cabecera de mi cama, entró corriendo con ojos llorosos y me suplicó que fuera un momento junto al moribundo, que ansiaba verme; y yo dejé que me cubriera con algo, y fui conducida a su lecho de muerte.

Para entonces sabía —pues me lo había contado ese día la señora Wiseman, hecha un mar de lágrimas— que la madre de sir Philip Lister había escuchado demasiado la risa de la cascada, y por eso había dado a luz a un ser como él: un ser que, ante cualquier agitación, se despojaba de su naturaleza humana para sacar de nuevo

la naturaleza de la bestia, arrojando su vestimenta humana junto con su humanidad en la turbulencia sanguinaria de sus correrías nocturnas; él, siempre tan amable, tan tímido, tan formal conmigo. Aun así, me dio un vuelco el corazón cuando me tocó la mano para decirme entre estertores de agonía:

—Te he amado mucho.

Es posible que estremecerme me salvara de la muerte o de la locura, pues ese día me dominaba una malsana apatía. Era casi de noche, y apenas había luz; pero pude ver que el vello que cubría el cuerpo del ogro tenía más de tres centímetros de grosor, y era verdoso y tupido como el de un gorila. Rodeaba su cuello y sus muñecas con una línea perfectamente definida, como si llevara un abrigo de piel; y la capa no se volvía más fina, sino que tenía el mismo grosor donde se acababa bruscamente que en el resto del cuerpo.

Pero me había «amado mucho», como yo ahora a él; pues si sus celos resultaron perniciosos fue por culpa del amor que me profesaba; y, al morir, me miraba a los ojos con una expresión humana, bondadosa, tierna, en armonía con sus palabras; y cuando, con su último aliento, señaló dónde se había hundido en su cráneo la piedra que le arrojé, elevé mi voz y mi llanto a Dios por él, y por mí, y por Hargen Hall y por todo, sin importarme ya ocultar el rostro en el horror de su pecho peludo. Y así murió él, y Huggins Lister, y yo seguí con vida.

FRANZ KAFKA

INFORME PARA UNA ACADEMIA
(1917)

Traducción
Isabel Hernández

Franz Kafka nació en 1883 en Praga (Imperio austrohúngaro), en una familia de comerciantes judía. Se formó en el ambiente cultural alemán, y se doctoró en Derecho. A pesar de su mala salud (enfermó de tuberculosis en 1917), de la hostilidad manifiesta de su familia a su vocación literaria, de sus relaciones tortuosas con Felice Bauer, Milena Jesenská y Dora Dymant, y de su empleo en una compañía de seguros, se dedicó en cuerpo y alma a la literatura. En 1922 diría a su amigo Robert Klopstock: «Escribir es para mí lo más importante del mundo (de una forma que es horrenda para cuantos me rodean, tan inefablemente horrenda que no hablo de este tema); igual que para el loco es importante su engaño (si lo perdiera se volvería "loco") o para una mujer lo es su embarazo». Entre sus obras cabe mencionar la novela corta *La metamorfosis* (1915) y las novelas inacabadas *El castillo* (1922), *El proceso* (1925) y *América o El desaparecido* (1927), así como un gran número de cuentos. Dejó además una abundante correspondencia y escritos autobiográficos. La relación con su autoritario padre le marcó profundamente y le animó a escribir su famosa *Carta al padre* (1919). Poco antes de su muerte en 1924, pidió a su amigo Max Brod que quemara todos sus escritos, incluso los escasos textos publicados, pero este se negó a cumplir sus deseos.

«Informe para una academia» (*Ein Bericht für eine Akademie*) apareció en la revista *Der Jude* [El Judío] en noviembre de 1917, junto con otra historia, «Chacales y árabes», bajo el título *Dos historias de animales*. Al ser una publicación de clara tendencia sionista, muchos lo consideraron una genial sátira de la asimilación judía. Posteriormente se incluiría en el volumen *Ein Landarzt: Kleine Erzählungen* (Kurt Wolf, Munich & Leipzig, 1919). Y en verdad aquí el mono es menos relevante como animal que como cautivo, como ser torturado y privado de libertad. Esta, por lo demás, cuando se alcanza, resulta ser desoladoramente falsa.

Excelentísimos señores académicos:

Me conceden ustedes el honor de pedirme que presente a la Academia un informe sobre mi anterior vida de simio.

En este sentido, desgraciadamente, no puedo acceder a su solicitud. Casi cinco años me separan de ese mundo simiesco, un tiempo quizá corto si se mide por el calendario, pero infinitamente largo para atravesarlo al galope, tal como yo lo he hecho, acompañado por personas excelentes, consejos, aplausos y música orquestal, pero en el fondo solo, porque todo el acompañamiento, para poder estar al tanto de todo, se situaba lejos de la barrera. Todo esto habría sido imposible si me hubiera obstinado en aferrarme a mis orígenes, a los recuerdos de juventud. Precisamente la renuncia a toda obstinación fue el máximo precepto que me impuse: yo, un mono libre, me sometí a ese yugo. Pero de este modo me fui cerrando cada vez más a los recuerdos. En un principio, en caso de que los hombres así lo hubieran querido, habría tenido libertad para regresar por el enorme pórtico que el cielo forma sobre la tierra, pero con el tiempo mi evolución a latigazos fue volviéndose cada vez más infame y limitada: me sentía mejor y más integrado en el mundo de los humanos, y la tempestad que con sus vientos había ido sacándome de mi pasado amainó; hoy es tan solo una corriente de aire que me refresca los talones, y el lejano agujero por el que entra y por el que antaño un día entré yo se ha vuelto tan pequeño que, si las fuerzas y la voluntad me alcanzaran para volver corriendo a él, tendría que arrancarme la piel del cuerpo para atravesarlo. Francamente, por mucho que me guste elegir imágenes para estas cosas, francamente, señores míos, sus cualidades simiescas, siempre y cuando hayan superado algo similar, no pueden parecerles más lejanas que a mí las mías. Pero a todo el que aquí anda por la tierra le hace cosquillas el talón: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

No obstante, en un sentido estricto tal vez sí pueda responder a su pregunta y lo hago incluso con la mayor de las alegrías. Lo primero que aprendí fue a dar la mano; dar la mano es muestra de franqueza, aunque hoy, cuando me encuentro en la cima de mi carrera, a aquel primer apretón de manos puede añadirse también la palabra sincera. Lo cual no aportará a la Academia nada esencialmente nuevo y estará muy por debajo de lo que se me ha pedido y que, con la mejor voluntad, no puedo decir; en cualquier caso, debe mostrar la directriz por la que alguien que ha sido un simio ha entrado en el mundo de los humanos y se ha asentado en él. Sin embargo, seguro que ni siquiera

podría decir lo poco que viene a continuación si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes escenarios de variedades del mundo civilizado no se hubiera consolidado de forma inquebrantable.

Soy originario de la Costa del Oro[82]. Cómo me capturaron solo lo sé por informes de otros. Una expedición de caza de la compañía Hagenbeck[83] (por cierto que, desde entonces, ya he vaciado con el guía alguna que otra buena botella de vino tinto) estaba al acecho entre los matorrales de la orilla cuando, al atardecer, fui al abrevadero en medio de una manada. Dispararon; fui el único al que alcanzaron, me dieron dos balazos.

Uno en la mejilla, que fue leve, pero que me dejó una gran cicatriz roja y pelada que me valió el sobrenombre repugnante y absolutamente inexacto de Pedrirrojo, inventado literalmente por un simio, como si yo me diferenciara tan solo por la mancha roja en la mejilla de Pedro, un mono amaestrado, conocido en diversos lugares, y que hacía poco que había estirado la pata. Esto dicho sea de paso.

El segundo balazo me dio por debajo de la cadera. Fue grave y a él le debo que hoy aún cojee un poco. Hace poco leí en un artículo de uno de los miles de chiflados que se expresan sobre mí en los periódicos que mi naturaleza de simio aún no estaba sofocada del todo. La prueba es que cuando alguien viene a verme me encanta bajarme los pantalones para mostrar el lugar por el que había entrado aquel balazo. A ese tipo habría que arrancarle a disparos uno a uno los deditos de la mano con la que escribe. Yo… yo puedo quitarme los pantalones delante de quien se me antoje; nadie encontrará otra cosa más que una piel bien cuidada y la cicatriz de un… (elijamos aquí con un fin concreto una palabra concreta que no pueda ser malinterpretada) la cicatriz de un disparo criminal. Todo está a la vista, no hay nada que ocultar; cuando se trata de la verdad, hasta el más magnánimo deja a un lado sus delicados modales. Por el contrario, si ese escritorzuelo se bajara los pantalones cuando tiene visita, la cosa tendría desde luego otro cariz y consideraré un signo de racionalidad que no lo haga. Pero entonces ¡que me deje en paz con sus delicadezas!

Después de los disparos (y en este punto empiezan poco a poco mis propios recuerdos) me desperté en una jaula en la sobrecubierta del vapor de Hagenbeck. No era una jaula con cuatro lados de rejas; más bien eran solo tres lados sujetos a un cajón, de manera que este hacía las veces de cuarto lado. El conjunto era demasiado bajo para estar de pie y demasiado estrecho para sentarse, por lo que yo estaba en cuclillas, con las rodillas dobladas, sin dejar de temblar, y en un principio es probable que no quisiera ver a nadie, sino tan solo estar a oscuras, vuelto hacia el cajón, mientras por detrás los barrotes se me

clavaban en la carne. Esta forma de encerrar a los animales salvajes se considera ventajosa para los primeros momentos y hoy, por propia experiencia, no puedo negar que, en efecto, desde el punto de vista humano, este es el caso.

Pero por aquel entonces no pensaba así. Por primera vez en mi vida no tenía salida; al menos de frente era imposible; frente a mí solo estaba el cajón, firmemente ensamblado tabla a tabla. Cierto que entre las tablas había una rendija que, al descubrirla, saludé con el aullido dichoso de la incomprensión, pero esa rendija en ningún caso era suficiente para estirar la cola y no era posible ensancharla ni con todas mis fuerzas simiescas.

Por lo que me dijeron después, debí de hacer menos ruido de lo normal, de lo que dedujeron que o bien moriría pronto, o bien, en caso de superar la primera fase crítica, sería muy fácil de domesticar. Sobreviví a ese momento. Sollozar debilmente, buscarme las pulgas con mucho dolor, lamer cansinamente un coco, dar golpes con el cráneo a la pared del cajón, sacar la lengua si alguien se me acercaba: estas fueron las primeras ocupaciones de mi nueva vida. Pero en todas ellas siempre la misma sensación: no había salida. Naturalmente hoy solo puedo describir con palabras humanas lo que entonces sentí como un simio y, en consecuencia, lo deformo, pero, aunque ya no puedo alcanzar la vieja verdad del mono, al menos mi descripción está orientada en ese sentido, no cabe duda.

Hasta ese momento había tenido muchas salidas y ahora no tenía ninguna. Estaba atrapado. Si me hubieran clavado, mi libertad de movimiento no habría disminuido por ello. Y eso ¿por qué? Ni rascándote la carne entre los dedos de los pies encontrarás el motivo. Apriétate por detrás contra los barrotes hasta que casi te partan en dos, tampoco encontrarás el motivo. No tenía salida alguna, pero tenía que procurármela, pues no podía vivir sin ella. Pegado siempre a esa pared del cajón habría perecido sin remedio. Pero para Hagenbeck el sitio de los monos es la pared del cajón, así que dejé de ser mono. Una idea precisa y estupenda que debí maquinar de algún modo con la barriga, pues los simios piensan con la barriga.

Tengo miedo de que no se comprenda bien lo que entiendo por salida. Utilizo la palabra en su acepción más corriente y compleja. No digo libertad a propósito. No me refiero a esa gran sensación de libertad en todos los sentidos. Tal vez la conocí siendo mono y he conocido a hombres que la anhelan. Pero, en lo que a mí respecta, no exigía libertad ni entonces ni ahora. Dicho sea de paso: con esto de la libertad los hombres se engañan con demasiada frecuencia. Y, así como la libertad se cuenta entre los sentimientos más sublimes, el correspondiente engaño se cuenta también entre ellos. Antes de mi aparición en escena vi a menudo en los teatros de variedades a alguna

que otra pareja de artistas practicando en el techo con los trapecios. Se contorneaban, se columpiaban, saltaban, se colgaban entre sí de los brazos, uno sujetaba al otro con los dientes por el pelo. «Esto también es libertad humana —pensaba—, un movimiento despótico.» ¡Oh, tú, caricatura de la sagrada naturaleza! Ni un solo edificio se mantendría en pie ante las carcajadas de los simios a la vista de este espectáculo.

No, yo no quería libertad. Tan solo una salida, a derecha, a izquierda, donde fuera; no tenía otras pretensiones. Aunque la salida fuera solo un engaño; si la pretensión era pequeña, el engaño no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! No quedarse quieto con los brazos en alto, pegado a la pared de un cajón.

Hoy lo veo claro: jamás habría podido escapar sin una enorme calma interior. Y, en efecto, tal vez le deba todo lo que he llegado a ser a la serenidad que me embargó al cabo de los primeros días en el mar. Pero, por otra parte, seguro que le debo esa serenidad a la gente del barco.

Son buenas personas, a pesar de todo. Hoy aún me gusta recordar el sonido de sus pasos decididos, que entonces resonaban en mi cabeza cuando estaba medio dormido. Tenían la costumbre de hacerlo todo muy despacio. Cuando alguno quería frotarse los ojos, levantaba la mano como si fuera la pesa de una romana. Sus bromas eran groseras, pero cordiales. Su risa siempre estaba mezclada con una tos que sonaba peligrosa, pero que no era nada importante. Siempre tenían en la boca algo que escupir y les daba igual hacia donde escupieran. Siempre se quejaban de que se les pegaban mis pulgas, pero nunca se enfadaron mucho conmigo, porque sabían que en mi piel crecían las pulgas y que las pulgas saltan, y con eso se conformaban. Cuando libraban, algunos se sentaban a veces a mi alrededor, formando un semicírculo, y apenas hablaban, sino que se arrullaban unos a otros; fumaban en pipa tumbados sobre los cajones, se daban en la rodilla en cuanto yo hacía el más mínimo movimiento y, de vez en cuando, uno cogía un palito y me hacía cosquillas donde a mí me gustaba. Si hoy me invitaran a hacer un viaje en ese barco, seguro que declinaría la invitación, pero igual de seguro es que no solo con recuerdos desagradables podría ensimismarme en la sobrecubierta.

La serenidad que adquirí en el entorno de estas gentes me impedía, ante todo, cualquier intento de huida. Mirándolo desde la perspectiva actual, me parece al menos como si tuviera que encontrar una salida si quería vivir, pero que no era posible encontrarla huyendo. No sé ya si la huida era posible, pero creo que sí; para un mono la salida siempre debería ser posible. Con mis actuales dientes tengo que tener cuidado hasta al cascar una nuez corriente y moliente, pero entonces, con el tiempo, habría tenido que llegar a abrir a mordiscos el cerrojo de la puerta. No lo hice. ¿Qué habría ganado? Apenas hubiera sacado la

cabeza habrían vuelto a capturarme y me habrían encerrado en otra jaula peor o, sin que me vieran, habría podido escaparme hasta donde se hallaban otros animales, como las serpientes gigantes de enfrente, y habría expirado entre sus abrazos, o habría conseguido llegar a hurtadillas a cubierta y saltar por la borda, luego me habría bamboleado un ratito por el océano y me habría ahogado. Yo no hacía cálculos tan humanos, pero, influido por cuanto me rodeaba, actué como si verdaderamente calculara.

No hacía cálculos, pero sí observaba con mucha calma. Veía a esos hombres ir de acá para allá, siempre los mismos rostros, los mismos movimientos, a menudo me parecía como si fuera uno solo. Así que ese hombre, o esos hombres, andaban sin que los molestaran. Una meta más alta iba viendo la luz en mi interior. Nadie me prometió que me quitarían las rejas si me volvía como ellos. No se hacen promesas así para que se cumpla algo aparentemente imposible; pero, si las promesas se cumplen, a posteriori aparecen también las promesas exactamente allí donde antes se las había buscado en vano. Pero en aquellos hombres no había en sí nada que me resultara muy atractivo. Si yo hubiera sido partidario de esa mencionada libertad, seguro que habría preferido el océano a la salida que se me dibujaba en las sombrías miradas de aquellos hombres. Pero en todo caso estuve observándolos mucho tiempo antes de pensar en tales cosas, y el cúmulo de observaciones fue lo que me llevó en una determinada dirección.

Era muy fácil imitar a la gente. Ya los primeros días sabía escupir. Luego nos escupíamos unos a otros a la cara: la única diferencia era que yo después me limpiaba la cara a lametazos, ellos no. Pronto empecé a fumar en pipa igual que un viejo; si luego introducía además el pulgar en la cabeza de la pipa, toda la sobrecubierta gritaba de júbilo; lo único que no entendí durante mucho tiempo fue la diferencia entre la pipa llena y la vacía.

Lo que más trabajo me dio fue la botella de aguardiente. El olor me atormentaba; me obligué con todas mis fuerzas, pero pasaron semanas antes de poder superarlo. Curiosamente la gente tomaba estas luchas internas más en serio que cualquier otra cosa en mí. Tampoco distingo a esa gente en mis recuerdos, pero había uno que venía continuamente, solo o con algún camarada, de día, de noche, a las horas más diversas, se colocaba delante de mí con la botella y me daba clases. No me comprendía, quería descifrar el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella y luego me miraba para comprobar si lo había entendido; confieso que yo siempre lo miraba con una atención impetuosa, atropellada. Semejante aprendiz de hombre no encuentra un maestro en toda la tierra: una vez descorchada la botella, se la llevaba a la boca; yo, siguiéndolo con la mirada, hasta el

gaznate; él asiente, satisfecho conmigo, y se lleva la botella a los labios; yo, encantado con el paulatino reconocimiento, me rasco chillando por donde puedo a lo largo y a lo ancho; él se alegra, se lleva la botella a los labios y le da un trago; yo, impaciente y desesperado por imitarlo, me revuelvo en la porquería de la jaula, cosa que le complace en sumo grado, y entonces, apartando la botella y volviendo a levantarla con ímpetu, exageradamente echado hacia atrás para enseñarme, se la bebe de un trago. Yo, fatigado por lo mucho que se me pide, no puedo ya seguirlo y me cuelgo de la reja sin fuerzas, mientras él termina la clase teórica acariciándose la barriga y sonriendo con picardía.

Pero ahora es cuando empieza la parte práctica. ¿No estoy ya demasiado agotado por la teórica? Por supuesto, demasiado agotado. Es parte de mi destino. Aun así echo mano lo mejor que puedo a la botella que me tiende, la descorcho temblando, al lograrlo van surgiendo poco a poco nuevas fuerzas, levanto la botella sin apenas diferenciarme del original, me la llevo a la boca y… y la tiro con asco, con asco, a pesar de que está vacía y solo la llena el olor, la tiro al suelo con asco, lejos de mí. Para desconsuelo de mi maestro, pero para mayor desconsuelo de mí mismo; ni a él ni a mí nos sirve de consuelo que después de haber tirado la botella no olvide rascarme estupendamente la barriga y sonreír picaronamente al hacerlo.

La clase transcurría así con demasiada frecuencia. Y en honor a mi maestro: nunca se enfadó; cierto que a veces me acercaba la pipa encendida a la piel, hasta que empezaba a chamuscarse en alguna parte a la que yo llegaba con mucha dificultad, pero entonces él apagaba la quemadura con su mano, gigantesca y bondadosa; no se enfadaba conmigo, reconocía que luchábamos en el mismo bando contra la naturaleza simiesca y que yo llevaba la peor parte.

Pero qué victoria para él y para mí cuando una noche, ante un amplio círculo de espectadores (tal vez fuera una fiesta, sonaba un gramófono, se oía hablar a un oficial entre la gente), cuando esa noche, precisamente sin que nadie me viera, cogí una botella de aguardiente que habían dejado por descuido delante de mi jaula, la descorché ante la creciente atención del grupo, me la llevé a la boca sin pensarlo y, sin torcer el gesto, cual bebedor profesional, haciendo círculos con los ojos, echándomelo todo al gaznate, la vacié por completo y tiré la botella, ya no como un desesperado, sino como un artista. Cierto que olvidé acariciarme la barriga, pero a cambio, como no podía remediarlo, como algo me impulsaba a hacerlo porque me embriagaban los sentidos… resumiendo, que grité «¡hola!» y produje un sonido humano; con ese grito entré de un brinco en la sociedad de los humanos y, como un beso por todo mi cuerpo bañado en sudor, sentí su eco: «¡Escuchad, está hablando!».

Lo repito: no me seducía imitar a los hombres, imitaba porque buscaba una salida, por ningún otro motivo. Tampoco es que hubiera conseguido mucho con semejante victoria. Enseguida volvió a fallarme la voz; la recuperé pasados unos meses, aunque la repugnancia ante la botella de aguardiente volvió incluso con más fuerza. Pero, en cualquier caso, mi dirección estaba determinada de una vez por todas.

Cuando en Hamburgo me entregaron al primer domador, enseguida vi las dos posibilidades que tenía ante mí: jardín zoológico o teatro de variedades. Me dije: «Concentra todas tus fuerzas en que te lleven al teatro de variedades, allí está la salida; el jardín zoológico no es más que una nueva jaula: si entras en ella, estás perdido».

Y aprendí, señores míos. ¡Ay!, se aprende cuando hay que aprender, se aprende cuando se busca una salida, se aprende sin consideraciones. Se vigila uno a sí mismo con el látigo y se fustiga a la mínima resistencia. Mi naturaleza simiesca salió y se alejó de mí dando volteretas de tal modo que hasta mi primer maestro casi se convirtió en mono, tuvo que dejar la clase y tuvieron que internarlo en un sanatorio. Por fortuna volvió a salir al poco tiempo.

Pero desgasté a muchos maestros, incluso a varios al mismo tiempo. Cuando ya estuve seguro de mis capacidades, cuando la opinión pública seguía mis progresos y mi futuro empezaba a vislumbrarse, yo mismo contrataba a mis maestros, los hacía sentarse en cinco habitaciones consecutivas y aprendía de todos a la vez, saltando sin parar de una habitación a otra.

¡Vaya unos progresos! ¡Vaya una irrupción de los rayos del conocimiento que llegan desde todos los rincones al cerebro que despierta! No lo niego: me hacía feliz. Pero confieso también que ya entonces no lo sobrevaloraba, hoy mucho menos. Gracias a un esfuerzo que hasta ahora no ha vuelto a repetirse en el mundo he alcanzado la formación media de un europeo. Esto en sí tal vez no sería nada, pero lo es en tanto que me ayudó a salir de la jaula y me procuró esa salida excepcional, esa salida humana. Hay una expresión estupenda que lo resume: desaparecer a la chita callando. Eso fue lo que hice, desaparecí a la chita callando. No tenía otra opción, partiendo siempre de la base de que no podía elegir la libertad.

Cuando echo un vistazo a mi evolución y a lo que ha logrado hasta ahora ni me quejo ni me siento satisfecho. Las manos en los bolsillos de los pantalones, la botella de vino en la mesa, medio me tumbo, medio me siento en la mecedora y miro por la ventana. Si vienen visitas, las recibo como corresponde. Mi empresario está en la antesala; si toco el timbre, viene y escucha lo que tengo que decirle. Por la noche casi siempre hay función y obtengo éxitos que apenas pueden superarse. Si por la noche vuelvo tarde a casa de banquetes, de reuniones científicas o de agradables veladas, me espera una

pequeña chimpancé medio amaestrada y, a la manera de los monos, me dejo complacer en su compañía. De día no quiero verla, porque tiene en la mirada la turbación del animal domado y desconcertado; pero solo yo me doy cuenta y no puedo soportarlo.

En suma, he conseguido, sea como sea, lo que quería conseguir. Que no se diga que no ha merecido la pena. Por lo demás, no quiero la opinión de ningún hombre, tan solo quiero difundir conocimientos; tan solo informo, también a ustedes, excelentísimos señores de la Academia, no he hecho más que informarles.

LORD DUNSANY

EL CANALLA DE LA NATURALEZA
(1918)

Traducción
Marta Salís

Edward John Moreton Drax Plunkett, decimoctavo barón de Dunsany, más conocido en el mundo de las letras como **lord Dunsany**, nació en Londres en 1878 en una familia noble irlandesa. Estudió en el prestigioso Eton College y en la Real Academia Militar de Sandhurst. Como militar, participó en la Segunda Guerra de los Bóeres y en la Primera Guerra Mundial, y fue un excelente cazador y jugador de críquet y de ajedrez. A pesar de su educación, se sentía irlandés y vivió casi siempre en el castillo familiar. Colaboró y trabó amistad, entre otros autores irlandeses, con lady Gregory y William Butler Yeats. En 1905 publicó *Los dioses de Pegāna*, su primer libro de relatos, que causó sensación con la creación de un mundo imaginario, y su correspondiente panteón de dioses y cosmología fantástica. Además de cuentos, escribió novelas, poesía, ensayos, obras de teatro —que anticipaban el teatro del absurdo— y tres volúmenes autobiográficos. Entre sus novelas destaca *La hija del rey del país de los elfos* (1924), que sin duda ejercería influencia sobre J. R. R. Tolkien. La épica celta, el exotismo oriental y los elementos oníricos se funden en su literatura en un mundo intemporal que fascinaría a autores como H. P. Lovecraft y Jorge Luis Borges. Murió en Dublín en 1957.

«El canalla de la naturaleza» (*Nature's Cad*) apareció por primera vez en el volumen *Tales of War*, publicado en 1918 por The Talbot Press Ltd. en Dublín, y T. Fisher Unwin en Londres. Lord Dunsany se inspiró para estos relatos en su experiencia como capitán del quinto batallón de los Fusileros Reales de Inniskilling en la Primera Guerra Mundial. El final de este en concreto parece convertirlo en un chiste propagandístico antialemán, pero lo cierto es que, de una forma muy elegante y aguda, plantea la cuestión del prestigio de la violencia a partir de las quejas de un gorila.

La reivindicación del profesor Grotius Jan Beek de haber descubierto, o aprendido, el lenguaje de los grandes simios ha quedado suficientemente probada. No es el primero en descubrir que estos tienen lo que podría equivaler a un idioma; ni tampoco el primer hombre que ha vivido un tiempo en la selva protegido por unos barrotes de madera, con el fin de adquirir algún conocimiento sobre el significado de las diferentes sílabas que los gorilas parecen articular. Si una colección de sonidos tan rudimentarios, que no llega a las cien palabras, si es que son palabras, puede considerarse un idioma, hay que admitir que el profesor lo ha aprendido, como muestran sus últimos experimentos. Lo que no ha demostrado es su afirmación de que ha conversado realmente con un gorila, por señas o gruñidos o el medio que sea, para entender, como él dice, su mentalidad o, como nosotros diríamos, su punto de vista. El profesor Beek asegura haberlo conseguido; y, aunque nos ofrece alguna corroboración plausible que podría hacer verosímil su relato, hay que recordar que no constituye una prueba.

La historia del profesor es, en pocas palabras, que después de aprender su idioma, algo que nadie que haya presenciado sus experimentos pone en tela de juicio, volvió a la selva y pasó una semana dentro de una jaula de explorador de la marca Blik. Hacia el final de esa semana apareció un gran gorila macho, y el profesor atrajo su atención con la palabra «comida». El simio, según él, se acercó a la jaula y pareció a punto de hablar, pero se enfureció al ver a un hombre en su interior, y golpeó la jaula sin decir una palabra. El profesor dice que le preguntó por qué estaba enfadado. Reconoce que no sabe más de cuarenta palabras de este idioma, aunque cree que existen unas treinta más. Pero, según él, tiene mucha importancia la entonación. La ira, por ejemplo, así como decenas de palabras afines, como «terrible», «pavoroso», «matar», ya sean nombres, verbos o adjetivos, se expresan, dice, con un simple gruñido. Tampoco hay una palabra para «por qué», pero las preguntas se indican con la inflexión de la voz.

Cuando le preguntó por qué estaba enfadado, el gorila contestó que los hombres lo mataban, y añadió un ruido que el profesor tuvo claro que aludía a los fusiles. Según él, la única palabra utilizada en este comentario del gorila fue la que significaba «hombre». La frase que entendió el profesor equivalía a «hombre matar mí. Fusiles». Pero la palabra «matar» se representaba con un simple gruñido, «mí» con golpes en el pecho, y «fusiles», como he mencionado antes, con un

ruido. El profesor cree que a la larga una palabra para «fusiles» evolucionará de ese ruido, pero piensa que tardará muchos siglos, y que, si durante ese tiempo los fusiles dejan de utilizarse, al desaparecer este estímulo, la palabra nunca se desarrollará, aunque por supuesto tampoco será necesaria.

El profesor intentó, mostrando interés, ignorancia e incredulidad, e incluso indignación, animar al gorila a hablar más; pero, para su decepción, aún más intensa después de haber intercambiado esa única palabra con uno de los simios, el gorila se limitó a repetir lo que había dicho y a golpear de nuevo la jaula. Pasaron media hora así: el profesor dándole muestras de simpatía, y el gorila golpeando la jaula furioso.

Fue media hora de lo más emocionante para el profesor, pues veía, casi a su alcance, cómo se materializaban unos sueños que muchos creían delirantes, mientras aquel ridículo gorila no hacía más que repetir un trocito de la frase y golpear la jaula con sus grandes manos; y, por supuesto, hacía un calor tremendo. Y, al cabo de esa media hora, la emoción y el calor parecieron agotar el buen talante del profesor, que apartó enojado a la desagradable bestia con un gesto probablemente casi tan impaciente como el del gorila. Al ver esto, el animal se volvió súbitamente locuaz. Golpeó con más furia que nunca la jaula y metió sus enormes dedos entre los barrotes, intentando apresar al profesor, y soltó una retahíla de palabras de simio.

¿Por qué, por qué los hombres le disparaban?, preguntó. Había dado muestras de ferocidad, así que los hombres tendrían que amarlo. Este era el meollo de lo que el profesor llamaba su argumento. «Mí, mí terrible», dos golpes en el pecho y un gruñido. «Hombres amar mí.» Y luego un rotundo no, el sonido que representaba los fusiles y unos ataques furiosos a la jaula para apresar al profesor.

Era evidente que el gorila, explica el profesor Beek, admiraba solo la fuerza; cuando decía «Yo ser feroz con hombre», una frase que repetía a menudo, erguía el cuerpo, sacaba su enorme pecho y mostraba su terrorífica dentadura; y no cabe duda, dice el profesor, de que había algo tremendamente majestuoso en la bestia amenazante. «Mí terrible», repetía una y otra vez. «Mí terrible. Cielo, sol, estrellas con mí. Hombre amar mí. Hombre amar mí, ¿no?» Esto significaba que todas las grandes fuerzas de la naturaleza le ayudaban a él y a sus terroríficos dientes, que le rechinaban sin cesar, y que, por ese motivo, los hombres deberían amarlo; y abría las gigantescas mandíbulas al decirlo, mostrando toda su fuerza brutal.

Había en mi opinión un toque genuino en la historia del profesor Beek, porque era ostensible que le preocupaba mucho más, incluso realmente le angustiaba, la espantosa depravación del punto de vista —o mentalidad como él decía— del animal que el hecho de que

nosotros creyéramos o no en sus palabras.

Y he mencionado antes que había una circunstancia en su historia de carácter plausible e incluso corroborativo. Es esta: el profesor Beek, que descubrió una herida de bala en la punta de la oreja izquierda del gorila, gracias a la cual pudieron identificarlo, puso el análisis de su mentalidad por escrito y se lo mostró a varios colegas antes de tener conocimiento de por qué el simio actuaba así.

Mucho después se supo que este animal había sido capturado de joven en las laderas del Kilimanjaro, y adiestrado, e incluso educado, en la medida de lo posible, por un eminente profesor alemán, *persona grata* en la corte de Berlín[84].

H. P. LOVECRAFT

LA BESTIA DE LA CUEVA
(1918)

Traducción
Marta Salís

Howard Phillips Lovecraft nació en 1890 en Providence (Rhode Island), hijo único de un viajante de comercio al que ingresaron en un psiquiátrico cuando él tenía tres años. Fue un niño superdotado que recitaba poesía a los dos años y empezó a escribir a los seis. Debido a su mala salud, se educó en casa, y vivió siempre bajo la vigilancia de su madre y sus tías. Pasó su infancia solitaria entre libros y descubrió a Edgar Allan Poe, Ambrose Bierce y William H. Hodgson, la mitología griega, los ambientes góticos, *Las mil y una noches*, la ciencia y la astronomía: todo el universo que lo convertiría en el sumo sacerdote de la literatura fantástica y de terror. Gran innovador de este género, que acercó a la ciencia ficción, pobló sus relatos de espíritus malignos, posesiones psíquicas, visiones oníricas, antiguas leyendas y horror cósmico, como en sus *Mitos de Cthulhu*, trabajo colectivo que, influido por escritores como Arthur Machen y lord Dunsany, fue creciendo con las aportaciones del llamado Círculo de Lovecraft. Sus cuentos se recopilaron en varios volúmenes póstumos como *El extraño y otros cuentos* (1939) y *El cazador en la oscuridad y otros cuentos* (1951). Entre sus novelas cabe destacar *La sombra sobre Innsmouth* (1936), la única que se publicó íntegramente en vida del autor, *El caso de Charles Dexter Ward* (1941) y *En las montañas de la locura* (1941). Murió en 1937 en Providence, pobre y desconocido.

«La bestia de la cueva» (*The Beast in the Cave*), escrito en 1905 cuando el autor tenía catorce años, se publicó por primera vez en la revista *The Vagrant* en junio de 1918. Un hombre templado y de talante filosófico se pierde en una gigantesca y laberíntica cueva donde descubre que habita una criatura que, tratándose de Lovecraft, no puede por menos que pertenecer al género de «los monstruos aberrantes». La amenaza da pie a la creación de una atmósfera —también típicamente lovecraftiana— de oscuridad y terror.

La horrible conclusión que poco a poco había ido sacando mi confuso y reticente intelecto era ahora una espantosa certeza. Estaba perdido, completa, irremediablemente perdido en los inmensos y laberínticos recovecos de la Cueva del Mamut[85]. Mirara donde mirara, por más que forzara la vista, no distinguía nada que pudiera indicar el camino de salida. Mi cerebro ya no abrigaba la menor duda: nunca más contemplaría la bendita luz del día, ni recorrería los apacibles montes y valles del hermoso mundo exterior. La esperanza se había esfumado. Sin embargo, aleccionado como estaba por una vida de estudios filosóficos, me procuró no poca satisfacción mi actitud templada; pues, aunque había leído con frecuencia sobre el violento frenesí que se apodera de las víctimas en situaciones similares, yo no experimenté nada parecido, sino que conservé la serenidad cuando comprendí que me había extraviado.

Tampoco la idea de haber vagado mucho más allá de los límites de una búsqueda normal consiguió que perdiera la calma siquiera unos segundos. Si tenía que morir, reflexioné, esta caverna terrible pero majestuosa era una sepultura tan buena como la que pudiera ofrecerme un cementerio; un pensamiento que entrañaba más tranquilidad que desesperación.

Morir de inanición sería mi destino; de eso estaba seguro. Era consciente de que algunos habían perdido el juicio en tales circunstancias, pero sentía que yo no acabaría así. De mi desgracia yo era el único culpable, ya que, sin avisar al guía, me había separado del grupo de visitantes; y, después de deambular más de una hora por galerías prohibidas, había sido incapaz de desandar el intrincado camino recorrido desde que me alejé de mis compañeros.

Mi antorcha empezaba a apagarse; pronto me envolvería la oscuridad total y casi palpable de las entrañas de la tierra. En medio de la luz agonizante y trémula, reflexioné ociosamente sobre las circunstancias exactas de mi cercano fin. Recordé las historias que había oído sobre la colonia de tuberculosos que, después de instalarse en esta gigantesca gruta para recobrar la salud en el ambiente aparentemente saludable del mundo subterráneo, con su temperatura constante y uniforme, su aire puro y su apacible calma, había muerto, sin embargo, de un modo extraño y terrible. Había visto las tristes ruinas de sus cabañas mal construidas al pasar por ellas con mi grupo, y me había preguntado qué influencia antinatural ejercería una larga estancia en esta inmensa y silenciosa cueva sobre alguien tan sano y vigoroso como yo. Ahora, me dije gravemente, se me presentaba la

oportunidad de comprobarlo, siempre y cuando la falta de comida no me llevara al otro mundo demasiado rápido.

Cuando los últimos destellos de mi antorcha se desvanecieron en la oscuridad, decidí no dejar piedra por mover y aprovechar cualquier posible vía de escape; así que, a pleno pulmón, empecé a dar unos gritos tremendos, con la vana esperanza de llamar la atención del guía. Pero, mientras me desgañitaba, estaba convencido de que mis gritos no servían de nada, y de que mi voz, reverberando amplificada en las innumerables paredes del negro laberinto circundante, no llegaba a otros oídos que los míos.

De pronto, sin embargo, captaron mi atención con cierto sobresalto unos pasos vacilantes que me pareció que se acercaban por el suelo rocoso de la cueva.

¿Iba a ser tan rápida mi liberación? ¿Habían sido, entonces, todos mis horribles temores en balde y se trataba del guía, que, al advertir mi injustificada ausencia del grupo, había seguido mi rastro hasta encontrarme en ese laberinto de roca calcárea? Mientras estas preguntas jubilosas surgían en mi cerebro, estaba a punto de reanudar mis gritos para adelantar mi descubrimiento cuando mi alegría se convirtió súbitamente en horror; pues mi oído siempre fino, aguzado aún más por el profundo silencio de la cueva, llevó a mi embotado entendimiento la inesperada y pavorosa certeza de que aquellas pisadas no parecían las de un ser humano. En la quietud sobrenatural de esa región subterránea, las botas del guía habrían sonado como una serie de golpes fuertes e incisivos. Aquellos pasos eran débiles y sigilosos, como los de las zarpas de un felino. Además, al escuchar con más atención, creí distinguir las pisadas no de dos, sino de cuatro pies.

Estaba convencido de que mis gritos habían despertado y atraído a alguna bestia salvaje, tal vez un puma extraviado dentro de la cueva. Es posible que el Todopoderoso, pensé, haya elegido para mí una muerte más rápida y misericordiosa que el hambre; pero el instinto de supervivencia, nunca aletargado por completo, se avivó en mi pecho; y, aunque escapar del peligro que se acercaba me deparase un final más lento y despiadado, decidí poner el precio más alto posible a mi vida. Por extraño que parezca, no concebía otro propósito en el visitante que el de la hostilidad. En consecuencia, me quedé inmóvil, con la esperanza de que la bestia desconocida, carente de un ruido que la guiase, se desorientara como yo y pasara de largo. Pero esta esperanza resultaba infundada, pues las extrañas pisadas avanzaban implacables; era evidente que el animal había percibido mi olor, que, en una atmósfera tan despojada de otras influencias como la de la cueva, podía sin duda seguirse a una gran distancia.

Así pues, consciente de que necesitaba un arma para defenderme de un extraño e invisible ataque en la oscuridad, busqué a tientas los

trozos de roca más grandes que había esparcidos por el suelo cerca de mí, y, con uno en cada mano para su uso inmediato, aguardé con resignación el inevitable desenlace. Entretanto, el golpeteo abominable de las garras se acercaba. Desde luego, la conducta de la criatura no podía ser más peculiar. Casi todo el tiempo parecía andar como un cuadrúpedo, con una curiosa descoordinación entre los miembros delanteros y traseros; pero de vez en cuando, muy brevemente, daba la impresión de utilizar solo dos pies para su locomoción. Me pregunté qué clase de animal se enfrentaría conmigo; tenía que ser, pensé, alguna infortunada bestia que había pagado la curiosidad de explorar una entrada de la temible gruta con una reclusión de por vida en sus interminables recovecos. Sin duda se alimentaba de peces ciegos, murciélagos y ratas de la caverna, así como de los peces comunes que arrastran las crecidas del Green River, que se comunica por algún canal oculto con las aguas de la cueva. Ocupé mi angustiosa vigilia en hacer grotescas conjeturas sobre los cambios que una vida cavernaria podía haber operado en la estructura física de la bestia, recordando la terrible apariencia que la tradición local atribuía a los tuberculosos que habían muerto después de una larga estancia en la cueva. Luego me acordé, alarmado, de que, aunque lograra derrotar a mi enemigo, jamás vería cómo era, ya que mi antorcha se había apagado hacía tiempo y yo no llevaba ni una cerilla. Mi mente estaba sometida a una tensión indescriptible. Mi imaginación desbocada evocaba formas repugnantes y aterradoras en la siniestra oscuridad que me rodeaba, y que parecía oprimirme. Cerca, cada vez más cerca… las terroríficas pisadas se acercaban. Tendría que haber soltado un grito desgarrador, pero, de haber estado lo bastante indeciso para intentarlo, mi voz difícilmente habría respondido. Estaba petrificado, clavado al suelo. Dudaba de que mi brazo derecho me permitiera arrojar su proyectil contra la criatura que se aproximaba cuando llegase el momento crucial. El inexorable tap, tap de los pasos estaba ahí mismo, a mi lado. Podía oír la respiración jadeante del animal y, a pesar de lo aterrorizado que estaba, me di cuenta de que venía de muy lejos y estaba, por consiguiente, agotado. De pronto se rompió el hechizo. Mi mano derecha, guiada por mi siempre fiable oído, lanzó con todas sus fuerzas un trozo de caliza de bordes afilados hacia ese punto de la oscuridad del que procedían jadeos y pisadas; y, aunque parezca increíble, estuvo a punto de alcanzar su objetivo, ya que oí cómo la bestia saltaba, caía a cierta distancia y dejaba de moverse.

Apuntando de nuevo, lancé el segundo proyectil, esta vez con más acierto, pues oí exultante cómo parecía desplomarse el animal y se quedaba, sin lugar a dudas, boca abajo y completamente inmóvil. Abrumado casi por el tremendo alivio que experimenté, me apoyé

tambaleante en la pared. Como los jadeos continuaban, con sus respiraciones trabajosas y entrecortadas, comprendí que solo lo había herido. Y todo deseo de examinarlo se desvaneció. Por fin algo semejante a un miedo supersticioso e infundado invadió mi cerebro, y ni me acerqué al cuerpo, ni seguí tirando piedras para rematarlo. Al contrario, salí corriendo a toda velocidad por donde, en mi estado de frenesí, creía que había llegado. De pronto oí un ruido o, más bien, una sucesión regular de ruidos. Instantes después se habían convertido en unas pisadas secas y metálicas. Ya no había duda. Era el guía. Y entonces grité, chillé e incluso pegué alaridos de alegría cuando vi en los techos abovedados el resplandor tenue y centelleante que yo sabía que era el reflejo de una antorcha que se acercaba. Corrí hacia la luz y, sin saber cómo, me encontré a los pies del guía, abrazando sus botas y balbuceando, a pesar de mi jactanciosa reserva, del modo más insensato y estúpido, contando atropelladamente mi terrible historia, al tiempo que mareaba a mi oyente con mis muestras de gratitud. Finalmente recobré algo parecido a mi sensatez habitual. El guía se había percatado de mi ausencia cuando el grupo volvió a la entrada de la cueva, y, guiado por su intuitivo sentido de la orientación, procedió a hacer un rastreo exhaustivo por los pasadizos situados un poco más adelante del lugar donde había hablado conmigo por última vez; había dado con mi paradero después de cuatro horas de búsqueda.

Después de contarme esto, yo, envalentonado por su antorcha y su compañía, empecé a pensar en la extraña bestia que había herido a escasa distancia en la oscuridad, y le sugerí que averiguáramos, con ayuda de la vela de junco, qué clase de criatura era mi víctima. De modo que volví sobre mis pasos, esta vez con un valor que nacía del hecho de ir acompañado, hasta la escena de mi terrible experiencia. No tardamos en ver un objeto blanco en el suelo, un objeto incluso más blanco que la luminosa roca caliza. Avanzando con cautela, los dos proferimos al mismo tiempo una exclamación de asombro, pues, de todos los monstruos aberrantes que habíamos contemplado en nuestra vida, este era con creces el más extraño. Parecía ser un mono antropoide de grandes dimensiones, quizá escapado de algún circo ambulante. Tenía el pelo blanco como la nieve, debido sin duda a la acción decolorante de una larga existencia en los tenebrosos confines de la cueva; pero era también increíblemente ralo, y apenas visible fuera de la cabeza, donde era tan largo y abundante que le caía copiosamente sobre los hombros. La cara estaba oculta, ya que el animal yacía boca abajo. El ángulo de los miembros era muy raro, pero explicaba la alternancia de uso que había notado yo, según la cual la bestia unas veces andaba con cuatro patas y otras solo con dos. De la punta de los dedos le salían largas garras como uñas fuertes y afiladas. Ni las manos ni los pies eran prensiles, un hecho que atribuí

a su larga estancia en la cueva y que, como ya he mencionado, parecía ostensible por la blancura casi sobrenatural que caracterizaba toda su anatomía. No parecía tener cola.

Su respiración se había vuelto muy débil. El guía sacó la pistola con la evidente intención de rematar al animal, pero un ruido inesperado que este profirió hizo que bajara el arma antes de disparar. El ruido era de una naturaleza difícil de describir. No era el timbre habitual de las especies de simios conocidas; y me pregunté si esta peculiaridad antinatural no sería consecuencia de un silencio absoluto y prolongado, roto por la aparición de una luz, algo que la bestia no habría visto desde su llegada a la cueva. El ruido, que podría definir vagamente como una especie de parloteo en tono muy grave, continuaba casi inaudible.

De repente, un espasmo fugaz de energía pareció estremecer a la bestia. Las zarpas se agitaron convulsivamente, y los miembros se contrajeron. Con un brusco movimiento, el cuerpo blanco se dio la vuelta y la cara quedó boca arriba. Durante unos instantes, sus ojos me causaron tal espanto que no percibí nada más. Eran unos ojos negros, profundos… negros como el carbón, lo que contrastaba terriblemente con la nívea blancura de su pelo y de su piel. Como en otros habitantes de las cavernas, estaban profundamente hundidos en su órbita, y carecían por completo de iris. Al mirarlos con más detenimiento, vi que se encontraban en un rostro menos prognato que el de un mono normal, e infinitamente más peludo. La nariz era prominente. Mientras contemplábamos la extraña visión que teníamos ante nosotros, los gruesos labios se abrieron y dejaron escapar unos sonidos; luego el animal expiró.

El guía agarró la manga de mi abrigo y tembló con tanta violencia que la luz parpadeó, proyectando sombras misteriosas y cambiantes en las paredes de alrededor.

No me moví; me quedé quieto como una estatua, con mis ojos horrorizados fijos en el suelo, delante de mí. El miedo se disipó, y el asombro, el temor, la compasión y el respeto ocuparon su lugar, pues los ruidos proferidos por la figura herida que yacía sobre la roca calcárea nos habían contado la terrible verdad. El animal que yo había matado, la extraña bestia de la cueva insondable, era, o había sido en otro tiempo, ¡¡¡un HOMBRE!!!

CÉSAR VALLEJO

LOS CAYNAS
(1923)

César Abraham Vallejo Mendoza nació en 1892 en la localidad andina de Santiago de Chuco, al norte de Perú. De origen mestizo —nieto de un sacerdote español por parte paterna, y de herencia chimú por parte materna— y el menor de once hermanos, en 1918 viajó a Lima para estudiar en la Facultad de Letras. Ese mismo año publicó su primer poemario, *Los heraldos negros*, de influencia modernista. En 1922 apareció su segundo poemario, *Trilce*, que le convertiría en uno de los más grandes poetas hispánicos del siglo XX. Un año después se trasladó a Europa, donde sobrevivió como corresponsal entre París y Madrid, se afilió al Partido Comunista y viajó a Rusia. Escribió en 1937 *España, aparta de mí este cáliz*, inspirado en nuestra Guerra Civil. Este poemario se publicaría póstumamente, al igual que *Poemas humanos* (1939). La solidaridad del poeta con el sufrimiento de los hombres, que se transforma en un grito de rebelión contra la sociedad, sería una constante en su vida y en su obra. Murió en París en 1938, y está enterrado en el cementerio de Montparnasse, bajó la leyenda que su viuda mandó grabar: *J'ai tant neigé / pour que toi dormes* («He nevado tanto / para que tú duermas»).

«Los caynas» es uno de los cuentos incluidos en *Escalas*, publicado en marzo de 1923 por los Talleres Tipográficos de la Penitenciaría de Lima, con una tirada de 200 ejemplares. Había ganado un año antes un concurso de la organización cultural Entre Nous, y este premio le permitiría publicar su poemario *Trilce*. Inspirado en una visita al Asilo Colonia de la Magdalena —el manicomio de Lima—, en él aparece el mono nuevamente como imagen de la locura y la degradación humanas, aunque en el desarrollo de su exuberante trama nos espere alguna sorpresa.

Luis Urquizo lanzó una carcajada, y, tragándose todavía las últimas pólvoras de risa, bebió ávidamente su cerveza. Luego, al poner el cristal vacío sobre el zinc del mostrador, lo quebró, vociferando:

—¡Eso no es nada! Yo he cabalgado varias veces sobre el lomo de mi caballo que caminaba con sus cuatro cascos negros invertidos hacia arriba. ¡Oh, mi soberbio alazán! Es el paquidermo más extraordinario de la tierra. Y, más que cabalgarlo así sorprende, maravilla, hace temblar de pavor el espectáculo en seco, simple y puro de líneas y movimientos que ofrece aquel potro cuando está parado, en imposible gravitación hacia la superficie inferior de un plano suspendido en el espacio. Yo no puedo contemplarlo así, sin sentirme alterado y sin dejar de huir de su presencia, despavorido y como acuchillada la garganta. ¡Es brutal! Parece entonces una gigantesca mosca asida a una de esas vigas desnudas que sostienen los techos humildes de los pueblos. ¡Eso es maravilloso! ¡Eso es sublime! ¡Irracional!

Luis Urquizo habla y se arrebata, casi chorreando sangre el rostro rasurado, húmedos los ojos. Trepida; guillotina sílabas, suelda y enciende adjetivos; hace de jinete, depone algunas fintas; conifica en álgidas interjecciones las más anchas sugerencias de su voz, gesticula, iza el brazo, ríe: es patético, es ridículo: sugestiona y contagia en locura.

Después dijo:

—Me marcho. —Y corriendo, saltó el dintel de la taberna y desapareció rápidamente.

—¡Pobre! —exclamaron todos—. Está completamente loco.

Urquizo, en verdad, estaba desequilibrado. No cabía duda. Así lo confirmaba el curso posterior de su conducta. Aquel hombre continuó viendo las cosas al revés, trastrocándolo todo, a través de los cinco cristales ahumados de sus sentidos enfermos. Las buenas gentes de Cayna, pueblo de su residencia, hicieron de él, como es natural, blanco de cruel curiosidad y cotidiana distracción de grandes y pequeños.

Años más tarde, Urquizo, por falta de cura oportuna, agravose en forma mortal en su demencia, y llegó al más truculento y edificante diorama del hombre que tiene el triángulo de dos ángulos, que se muerde el codo, que ríe ante el dolor, y llora ante el placer: Urquizo llegó a errar allende las comisuras eternas, adonde corren a agruparse, en son de armonía y plenitud, los siete tintes céntricos del alma y del color.

Por entonces, yo le encontré una tarde. Desde que le avisté, pocos pasos antes de cruzarnos, despertose en mí desusada piedad hacia aquel desgraciado, que, por lo demás, era primo mío en no sé qué remota línea de consanguinidad materna; y, al cederle la vereda, saludándole de paso, tropeceme en uno de los baches de la empedrada calle, y fui a golpear con el mío un antebrazo del enfermo. Urquizo protestó colérico:

—¡Quia! ¿Está usted loco?

La exclamación sarcástica del alienado me hizo reír; y más adelante fue ella motivo de constantes cavilaciones en que los misterios de la razón se hacían espinas, y empozábanse en el cerrado y tormentoso círculo de una lógica fatal, entre mis sienes. ¿Por qué esa forma de inducción para atribuirme la descompaginación de tornillos y motores que solo en él había?

Este último síntoma, en efecto, traspasaba ya los límites de la alucinación sensorial. Esto era ya más trascendental, sin duda, desde que representaba nada menos que un raciocinio, un atar de cabos profundos, un dato de conciencia. Urquizo debía, pues, creerse a sí mismo en sus cabales; debía de estar perfectamente seguro de ello, y, desde este punto de vista suyo, era yo, por haberle golpeado sin motivo, el verdadero loco. Urquizo atravesaba por este plano de juicio normal que se denuncia en casi todos los alienados; plano que, por su desconcertante ironía, hiere y escarnece los riñones más cuerdos, hasta quitarnos toda rienda mental y barrer con todos los hitos de la vida. Por eso, la zurda exclamación de aquel enfermo clavose tanto en mi alma y todavía me hurga el corazón.

Luis Urquizo pertenecía a una numerosa familia del lugar. Era, por infortunado, muy querido de los suyos, quienes le prestaban toda suerte de cuidados y amorosa asistencia.

Un día se me notificó una cosa terrible. Todos los parientes de Urquizo, que convivían con él, también estaban locos. Y todavía más. Todos ellos eran víctimas de una obsesión común, de una misma idea, zoológica, grotesca, lastimosa, de un ridículo fenomenal; se creían monos, y como tales vivían.

Mi madre invitome una noche a ir con ella a saber del estado de los parientes locos. No encontramos en la casa de estos sino a la madre de Urquizo, quien, cuando llegamos, se entretenía en hojear tranquilamente un cartapacio de papeluchos, a la luz de la lámpara que pendía en el centro de la sala. Dado el aislamiento y atraso de aquel pueblo, que no poseía instituciones de beneficencia, ni régimen de policía, esos pobres enfermos de la sien salían cuando querían a la calle; y así era de verlos a toda hora cruzar por doquiera la población, introducirse a las casas, despertando siempre la risa y la piedad en todos.

La madre de los alienados, apenas nos divisó, chilló agudamente, frunció las cejas con fuerza y con cierta ferocidad, siguió haciéndolas vibrar de abajo arriba varias veces, arrojó luego con mecánico ademán el pliego que manoseaba; y, acurrucándose sobre la silla, con infantil rapidez de escolar que se enseria ante el maestro, recogió los pies, dobló las rodillas hasta la altura del nacimiento del cuello, y, desde esta forzada actitud, parecida a la de las momias, esperó a que entrásemos a la casa, clavándonos, cabrilleantes, móviles, inexpresivos, selváticos, sus ojos entelarañados que aquella noche suplantaban asombrosamente a los de un mico. Mi madre asiose a mí asustada y trémula, y yo mismo sentime sobrecogido de espeluznante sensación de espanto. La loca parecía furiosa.

Pero no. A la brusca claridad de la cercana lámpara, distinguimos que aquella cara extraviada, bajo la corta cabellera que le caía en crinejas asquerosas hasta los ojos, empezaba luego a fruncirse y moverse sobre el miserable y haraposo tronco, volviéndose a todos lados, como solicitada por invisibles resortes o por misteriosos ruidos producidos en los ferrados barrotes de un parque. La loca, después, como si prescindiera de nosotros, empezó a rascarse y espulgarse el vientre, los costados, los brazos, triturando los fantásticos parásitos con sus dientes amarillos. De breve en breve chillaba largamente, escrutaba en torno suyo y aguaitaba a la puerta, como si no nos advirtiera. Madre, transcurridos algunos minutos de expectación y de miedo, hízome señas de retroceder, y abandonamos la casa.

De esta lúgubre escena hacía veintitrés años cumplidos, cuando después de haber vivido, separado de los míos durante todo aquel tracto de tiempo, por razón de mis estudios en Lima, tornaba yo una tarde a Cayna, aldea que, por lo solitaria y lejana era como una isla allende las montañas solas. Viejo pueblo de humildes agricultores, separado de los grandes focos civilizados del país por inmensas y casi inaccesibles cordilleras, vivía a menudo largos períodos de olvido y de absoluta incomunicación con las demás ciudades del Perú.

Debo llamar la atención hacia la circunstancia asaz inquietante de no haber tenido noticias de mi familia, en los seis últimos años de mi ausencia.

Mi casa estaba situada casi a la entrada de la población. Un acanelado poniente de mayo, de esos dulces y cogitabundos ponientes del oriente peruano, abríase de brazos sobre la aldea que no sé por qué tenía a esa hora, en su soledad y abandono exteriores, cargado olor a desventura, tenaz aire de lástima. Tal una roña de descuido y destrucción inexplicable rezumaba de todas partes. Ni un solo transeúnte. Y apenas crucé las primeras esquinas, opacáronse mis nervios, golpeados por una súbita impresión de ruina; y, sin darme cuenta, estuve a punto de llorar.

El portón lacre y rústico de la mansión familiar apareció abierto de par en par. Descendí de la cabalgadura, y, jadeante de lacerada ternura, torpe de presagiosa emoción, hablando al sudoroso lento animal, avancé zaguán adentro. Inmediatamente, entre el ruido de los cascos, despertáronse en el interior destemplados gritos guturales, como de enfermos que ululasen en medio del delirio y la fatiga.

No podré ahora precisar la suerte de pétreas cadenas que, anillándose en mis costados, en mis sienes, en mis muñecas, en mis tobillos, hasta echarme sangre, mordiéronme con fieras dentelladas, cuando percibí aquella especie de doméstica jauría. La antropoidal imagen de la madre de Urquizo surgió instantáneamente en mi memoria, al mismo tiempo que invadíame un presentimiento tan superior a mis fuerzas que casi me valía por una aciaga certeza de lo que, breves minutos después, había de dar con todo mi ser en la tiniebla.

A toda voz llamé casi gimiendo.

Nada. Todas las puertas de las habitaciones estaban, como la de la calle, abiertas hasta el tope. Solté la brida de mi caballo, corrí de corredor en corredor, de patio en patio, de aposento en aposento, de silencio en silencio; y nuevos gruñidos detuviéronme por fin, delante de una gradería de argamasa que ascendía al granero más elevado y sombrío de la casa. Atisbé. Otra vez se hizo el misterio.

Ninguna seña de vida humana; ni un solo animal doméstico. Extrañas manos debían de haber alterado, con artimañoso desvío del gusto y de todo sentido de orden y comodidad, la usual distribución de los muebles y de los demás enseres y menaje del hogar.

Precipitadamente, guiado por secreta atracción, salté los peldaños de esa escalera; y, al disponerme a trasponer la portezuela del terrado, la advertí franca también. Detúvome allí inexplicable y calofriante tribulación; dudé por breves segundos, y, favorecido por los destellos últimos del día, avizoré ávidamente hacia adentro.

Rabioso hasta causar horror, desnaturalizado hasta la muerte, relampagueó un rostro macilento y montaraz entre las sombras de esa cueva. Enristrando todo mi coraje —¡pues que ya lo suponía todo, Dios mío!— me parapeté junto al marco de la puerta y esforceme en reconocer esa máscara terrible.

¡Era el rostro de mi padre!

¡Un mono! Sí. Toda la trunca verticalidad y el fácil arresto acrobático; todo el juego de nervios. Toda la pobre carnación facial y la gesticulación; la osamenta entera. Y, hasta el pelaje cosquilleante, ¡oh la lana sutílisima con que está tramada la inconsútil membrana de justo, matemático espesor suficiente que el tiempo y la lógica universal ponen, quitan y trasponen entre columna y columna de la vida en marcha!

—Khirrrrr… Khirrrrr… —silbó trémulamente.

Puedo asegurar que por su parte él no me reconocía. Removiose ágilmente, como posicionándose mejor en el antro donde ignoro cuándo habíase refugiado; y, presa de una inquietud verdaderamente propia de un gorila enjaulado, ante las gentes que lo observan y lo asedian, saltaba, gruñía, rascaba en la torta y en el estucado del granero vacío, sin descuidarse de mí ni por un solo momento, presto a la defensa y al ataque.

—¡Padre mío! —rompí a suplicarle, impotente y débil para lanzarme a sus brazos.

Mi padre entonces depuso bruscamente su aire diabólico, desarmó toda su traza indómita y pareció salvar de un solo impulso toda la noche de su pensamiento. Deslizose enseguida hacia mí, manso, suave, tierno, dulce, transfigurado, hombre, como debió de acercarse a mi madre el día en que se estrecharon tanto y tan humanamente, hasta sacar la sangre con que llenaron mi corazón y lo impulsaron a latir a compás de mis sienes y mis plantas.

Pero cuando yo ya creía haber hecho la luz en él, al conjuro milagroso del clamor filial, se detuvo a pocos pasos de mí, como enmendándose allá, en el misterio de su mente enferma. La expresión de su faz barbada y enflaquecida fue entonces tan desorbitada y lejana, y, sin embargo, tan fuerte y de tanta vida interior, que me crispó hasta hacerme doblar la mirada, envolviéndome en una sensación de frío y de completo trastorno de la realidad.

Volví, no obstante, a hablarle con toda vehemencia. Sonrió extrañamente.

—La estrella —balbuceó con sorda fatiga. Y otra vez lanzó agrios chillidos.

La angustia y el terror me hicieron sudar glacialmente. Exhalé un medroso sollozo, rodé la escalinata sin sentido y salí de la casa.

La noche había caído del todo.

¡Es que mi padre estaba loco! ¡Es que también él y todos los míos creíanse cuadrumanos, del mismo modo que la familia de Urquizo! Mi casa habíase convertido, pues, en un manicomio. ¡El contagio de los parientes! ¡Sí; la influencia fatal!

Pero esto no era todo. Una cosa más atroz y asoladora había acontecido. Un flagelo del destino; una ira de Dios. No solo en mi hogar estaban locos. Lo estaba el pueblo entero y todos sus alrededores.

Una vez fuera de la casa, echeme a caminar sin saber adónde ni con qué fin, padeciendo aquí y allá choques y cataclismos morales tan hondos que antes ni después los ha habido semejantes que abatieran más mi sensibilidad.

Las calles tenían aspecto de tapiados caminos. Por doquiera que salíame al paso algún transeúnte, saltaba en él fácilmente una simulación de antropoide, un personaje mímico. La obsesión zoológica regresiva, cuyo germen primero brotara tantos años ha en la testa funámbula de Luis Urquizo, habíase propagado en todos y cada uno de los habitantes de Cayna, sin variar absolutamente de naturaleza. A todos aquellos infelices les había dado por la misma idea. Todos habían sido mordidos en la misma curva cerebral.

No conservo recuerdo de una noche más preñada de tragedia y bestialidad, en cuyo fondo de cortantes bordes no había más luz que la natural de los astros, ya que en ninguna parte alcancé a ver luz artificial. ¡Hasta el fuego, obra y signo fundamentales de humanidad, había sido proscrito allí! Como a través de los dominios de una todavía ignorada especie animal de transición, peregriné por ese lamentable caos donde no pude dar, por mucho que lo quise y lo busqué, con persona alguna que librado hubiérase de él. Por lo visto, había desaparecido de allí todo indicio de civilidad.

Muy poco tiempo después de mi salida, debí de haber tornado a mi casa. Advertime de pronto en el primer corredor. Ni un ruido. Ni un aliento. Corté la compacta oscuridad que reinaba, crucé el extenso patio y di con el corredor de enfrente. ¿Qué sería de mi padre y de toda mi familia?

Alguna serenidad tocó mi alma transida. Había que buscar a todo trance y sin pérdida de tiempo a mi madre, y verla y saberla sana y salva y acariciarla y oírla que llora de ternura y que gozo al reconocerme, y rehacer, a su presencia, todo el hogar deshecho. Había que buscar de nuevo a mi padre. Quizás, por otro lado, solo él estaría enfermo. Quizás todos los demás gozarían del pleno ejercicio de sus facultades mentales.

¡Oh, sí, Dios mío! Engañado habíame, sin duda, al generalizar de tan ligero modo. Ahora caía en cuenta de mi nerviosidad del primer momento y de lo mal dispuesta que había estado mi excitable fantasía para haber levantado tan horribles castillos en el aire. Y aun ¿acaso podía estar seguro de la demencia misma de mi padre?

Una fresca brisa de esperanza acariciome hasta las entrañas.

Franqueé, disparado de alegría, la primera puerta que alcancé entre la oscuridad, y, al avanzar hacia adentro, sin saber por qué, sentí que vacilaba, al mismo tiempo que, inconscientemente, extraía de uno de los bolsillos una caja de fósforos y prendía fuego.

Escudriñaba la habitación, cuando oí unos pasos que se aproximaban por los corredores. Parecían atropellarse.

La sangre desapareció del todo de mi cuerpo; pero no tanto que ello me obligase a abandonar la cerilla que acababa de encender.

Mi padre, tal como le había visto aquella tarde, apareció en el umbral de la puerta, seguido de algunos seres siniestros que chillaban grotescamente. Apagaron de un revuelo la luz que yo portaba, ululando con fatídico misterio:

—¡Luz! ¡Luz!… ¡Una estrella!

Yo me quedé helado y sin palabra.

Mas, de modo intempestivo, cobré luego todas mis fuerzas para clamar desesperado:

—¡Padre mío! ¡Recuerda que soy tu hijo! ¡Tú no estás enfermo! ¡Tú no puedes estar enfermo! ¡Deja ese gruñido de las selvas! ¡Tú no eres un mono! ¡Tú eres un hombre, oh, padre mío! ¡Todos nosotros somos hombres!

E hice lumbre de nuevo.

Una carcajada vino a apuñalarme de sesgo a sesgo el corazón. Y mi padre gimió con desgarradora lástima, lleno de piedad infinita.

—¡Pobre! Se cree hombre. Está loco…

La oscuridad se hizo otra vez.

Y arrebatado por el espanto, me alejé de aquel grupo tenebroso, la cabeza tambaleante.

—¡Pobre! —exclamaron todos—. ¡Está completamente loco!…

—Y aquí me tienen ustedes, loco —agregó tristemente el hombre que nos había hecho tan extraña narración.

Acercósele en esto un empleado, uniformado de amarillo y de indolencia, y le indicó que le siguiera, al mismo tiempo que nos saludaba, despidiéndose de soslayo:

—Buenas tardes. Le llevo ya a su celda. Buenas tardes.

Y el loco narrador de aquella historia, perdiose lomo a lomo con su enfermero que le guiaba por entre los verdes chopos del asilo; mientras el mar lloraba amargamente y peleaban dos pájaros en el hombro jadeante de la tarde…

ISAK DINESEN

EL MONO
(1934)

Traducción
Marta Salís

Karen Christentze Dinesen, más conocida por el seudónimo de **Isak Dinesen**, nació en 1885 en Rungsted, Dinamarca, segunda de los cinco hijos de una familia aristocrática. Su padre, militar y parlamentario, se suicidó cuando ella tenía diez años. Después de estudiar arte en Copenhague, Roma y París, se casó con su primo, el barón Bror Blixen-Finecke, con el que emigró a Kenia para regentar una plantación de café. Su marido le contagió la sífilis, y el matrimonio solo duró seis años. En 1931, la bajada del precio del café en los mercados internacionales la obligó a volver a Europa. Arruinada, se instaló con su madre en Rungstedlund, la finca familiar, donde terminó su primer libro de narraciones, *Siete cuentos góticos*. Le seguirían, entre otros, *Memorias de África* (1937), su obra más conocida, *Cuentos de invierno* (1942), *Anécdotas del destino* (1958) y *Sombras en la hierba* (1960). Sus relatos, singular mezcla de poesía, misterio y leyenda, ejercen una fascinación especial en el lector. Murió en 1962 en su casa de Rungstedlund y fue enterrada a los pies de la colina Ewald, bajo un haya centenaria.

«El mono» (*The Monkey*) apareció por primera vez en el volumen *Siete cuentos góticos (Seven Gothic Tales)*, publicado en 1934 por Harrison Smith & Robert Haas (Nueva York). Isak Dinesen lo escribió en inglés, y posteriormente lo tradujo ella misma al danés. El cuento, casi una *nouvelle*, escenifica un tremendo duelo de voluntades en una atmósfera de erotismo extraño y violento que evoca, con extravagante erudición, la historia, la Biblia y los mitos clásicos y nórdicos. La función del mono que le da título es la más misteriosa de toda la antología, radicalmente distinta de la que desempeña en las demás piezas que la componen.

I

En algunos países luteranos del norte de Europa todavía quedan lugares que se denominan conventos, regidos por una priora o abadesa, aunque no tengan carácter religioso. Son lugares de retiro para solteras y viudas de noble linaje que pasan allí el otoño y el invierno de su vida en una rutina digna y confortable, siguiendo la tradición familiar. Muchas de estas instituciones son inmensamente ricas, poseen grandes extensiones de tierra y llevan siglos recibiendo herencias y legados. Un espíritu orgulloso y afable de pasados tiempos feudales parece morar en estos imponentes edificios y guiar la existencia de sus comunidades.

La priora virgen de Closter Seven, bajo cuyo mandato el convento prosperó entre 1818 y 1845, tenía un pequeño mono gris que le había regalado su primo, el almirante von Schreckenstein, al volver de Zanzíbar, y estaba muy encariñada con él. Cuando se sentaba ante su mesa de juego, donde pasaba algunas de sus horas más felices, el mono trepaba al respaldo de su silla y seguía el reparto y la recogida de los naipes con ojos brillantes. Otras veces aparecía, a primera hora de la mañana, en lo alto de la escalera de la biblioteca, sacando quebradizos folios de cien años de antigüedad, y esparciendo por el suelo de mármol blanco y negro hojas parduscas que hablaban de estrategia, contratos de matrimonio principescos y juicios por brujería.

En otra compañía, es posible que el mono no hubiera sido popular. Pero el convento de Closter Seven, en consonancia con su estimable población femenina, albergaba un universo de mascotas de todo tipo, y tenía plena conciencia de su orden de prioridad. Había loros y cacatúas, perritos, elegantes gatos de todas partes del mundo, una cabra blanca de Angora, como la de Esmeralda[86], y un joven gamo de ojos color púrpura. Había incluso una tortuga, a la que calculaban más de cien años. Las viejas damas mostraban así con los caprichos del favorito de la priora una indulgencia muy parecida a la que podían mostrar los cortesanos de antaño en una corte dominada por mujeres, conscientes de su propia fragilidad, con los caprichos de una *maîtresse-en-titre*[87] real.

De vez en cuando, especialmente en otoño, cuando las nueces maduraban en los setos a lo largo de los caminos y en los grandes bosques que rodeaban el convento, el mono de la priora sentía la llamada de una vida más libre y desaparecía unas semanas o un mes incluso, para regresar por propia voluntad cuando llegaban las heladas

nocturnas. Los niños de las aldeas que pertenecían a Closter Seven lo veían entonces cruzando el camino o sentado en un árbol, desde el que los observaba con atención. Pero, cuando se acercaban y empezaban a bombardearlo con castañas que llevaban en el bolsillo, ponía los ojos en blanco y le rechinaban los dientes, y luego trepaba ágilmente a las ramas y desaparecía entre las copas de los árboles.

Era opinión general, o una broma clásica entre las damas del convento, que la priora, durante estos períodos, enmudecía y era víctima de una inquietud especial, y se resistía a intervenir en los asuntos domésticos, de los que normalmente se ocupaba con mucha energía. Entre ellas llamaban al mono su *Geheimrat*[88], y se alegraban cuando lo veían de nuevo en el salón, un poco resfriado después de su estancia en el bosque.

Un hermoso día de octubre en que el mono llevaba desaparecido unas semanas, llegó inesperadamente al convento el joven sobrino y ahijado de la priora, que era teniente de la Guardia Real.

La priora era muy respetada por todos sus parientes, y en su época había llevado ante la pila bautismal a muchos niños de su noble linaje; pero este joven era su preferido de todos ellos. Era un apuesto muchacho de veintidós años, de pelo moreno y ojos azules. Aunque era el menor de los hermanos, estaba muy bien situado en la vida. Era el hijo predilecto de su madre, rica heredera nacida en Rusia; había hecho una brillante carrera. Tenía amigos no en todo el mundo, pero sí entre lo más selecto de la sociedad.

A su llegada al convento, sin embargo, no parecía que su buena suerte lo acompañara. Llegó, como se ha dicho, precipitadamente y sin avisar; y las damas con las que intercambió unas palabras mientras esperaba que lo recibiera su tía, que le tenían cariño, advirtieron que estaba pálido y parecía terriblemente cansado, como si fuera presa de una gran agitación.

No ignoraban que podía tener motivos. Aunque Closter Seven era un pequeño mundo aparte, y se movía en una atmósfera especial de paz e inmutabilidad, las noticias del mundo exterior llegaban con asombrosa rapidez; pues cada una de las damas tenía sus corresponsales atentos y cumplidores. Así que, a pesar del enclaustramiento, sabían tan bien como quienes estaban en el meollo de las cosas que en el último mes se habían acumulado nubes de extraña y siniestra naturaleza sobre las cabezas de ese regimiento y del círculo de amigos al que pertenecía el joven. Una mojigata camarilla de la capital, guiada para más inri por el capellán de la corte, y que gozaba del favor de algunos poderosos, había alzado la voz, simulando indignación moral, contra esas jóvenes flores de la tierra; y nadie sabía con certeza, ni podía siquiera imaginar, cómo acabaría todo.

Las damas apenas habían comentado estos sucesos entre ellas, pero el bibliotecario del convento, que era teólogo y persona erudita, se vio arrastrado a más de un *tête-à-tête* y alentado a dar su opinión sobre el asunto. De él aprendieron a asociarlo de algún modo con esos litorales románticos y sagrados de la antigua Grecia que hasta entonces habían tenido en gran estima. Al acordarse de sus días de juventud, cuando todo lo griego era *le dernier cri*[89], y los vestidos y los peinados se llamaban *à la grecque*, se preguntaban cómo podía esa expresión referirse también a algo tan poco relacionado con sus sueños juveniles de refinamiento. Habían adorado esos vestidos, con ellos habían bailado valses con príncipes; ahora los recordaban con desasosiego.

Pocas cosas podrían perturbarlas más. No solo sublevaba a las viejas hijas de una raza luchadora la insolencia de los héroes del púlpito y la pluma al atacar a los guerreros, y las inquietaba el presentimiento de que algo malo y doloroso iba a ocurrir, sino que había algo que les llegaba más hondo. Para todas era artículo de fe que la belleza y el encanto de la mujer, que ellas representaban en su propio ámbito en función de sus dones, debían constituir la mayor inspiración y recompensa de la vida. Es posible que, en su caso concreto, el mundo hubiera tendido trampas para conseguir esa recompensa a un coste inferior del que ellas suponían, o que hubiera habido un extraño malentendido, un error de apreciación, pero el dogma seguía siendo válido. Que ahora se pusiera en duda era tan grave para ellas como decirle a un avaro que el oro había perdido su valor, o al místico que el Señor no estaba presente en la Eucaristía. De haber sabido que se pondría en tela de juicio, la vida de todas ellas, ahora a punto de concluir, habría podido ser muy diferente. Para un pequeño grupo de ancianas solteras y orgullosas, con el instinto estratégico de su especie plenamente desarrollado, estas nuevas ideas resultaban muy duras. Como le habría ocurrido a un viejo general, leal y valeroso, que, durante una larga campaña, obedeciendo las ordenes de sus superiores, se hubiera mantenido estrictamente a la defensiva, para enterarse después de que atacar habría sido lo acertado, y una decisión aplaudida.

Aun así, en medio de su inquietud, a todas las ancianas les habría gustado saber más sobre esta singular herejía; como si, después de todo, las tiernas y peligrosas emociones del corazón humano fueran, incluso en la seguridad de su retiro, su territorio por derecho. Era como si los grandes ramos de flores secas se agitaran delante de los espejos del convento y reclamaran su autoridad al plantearse un problema de floricultura.

Dieron al pálido joven una vacilante bienvenida, como si fuera uno de los niños mártires de Herodes, o un joven sacerdote de magia negra, aunque sin perder la esperanza de su conversión; y, cuando

subió por la escalinata que conducía a los aposentos de la priora, evitaron mirarse unas a otras.

La priora recibió a su sobrino en su majestuoso salón. Los tres altos ventanales, entre cortinajes con guirnaldas de flores bordadas en punto de cruz, se asomaban al césped y a la alameda del jardín otoñal. Desde las paredes revestidas de damasco los retratos de los difuntos padres de la priora, con sus anchos marcos dorados, los miraban con gravedad militar y gracia juvenil, empolvados y acicalados para una gran recepción en la corte. Los dos habían sido amigos del joven desde que era niño, pero ese día le sorprendió la expresión perpleja, incluso preocupada, que vio en su cara. Por unos instantes tuvo, asimismo, la sensación de que había un olor extraño e inquietante en la estancia, mezclado con el de las varillas de incienso, más numerosas de lo habitual. ¿Era aquello, pensó, un nuevo aspecto de las tendencias catastrofistas de su existencia?

El muchacho no quiso ni se atrevió a perder el tiempo en aquel ambiente armonioso y familiar. Después de besar la mano de la priora, interesarse por su salud y la del mono y darle noticias de los familiares en la ciudad, fue directamente al asunto que lo llevaba a Closter Seven.

—Tía Cathinka —dijo—, he acudido a ti porque siempre has sido muy buena conmigo. Me gustaría… —tragó saliva para refrenar su corazón rebelde, consciente de que no sería fácil—, me gustaría casarme, y espero que me brindes consejo y ayuda.

II

El muchacho sabía que, en circunstancias normales, no habría podido decir nada que alegrase más a la anciana. Así se las arregla la vida, pensó, para satisfacer su gusto por la parodia, incluso en relación con personas como su tía, a la que en su fuero interno llamaba como a la divinidad china Kuan Yin, diosa de la misericordia y la sutileza benigna. Creía que, en este caso, sufriría más que él las ironías del destino, y sintió lástima de ella.

Mientras se dirigía al convento, atravesando bosques y aldeas, recorriendo largos tramos cubiertos de maleza en los que se alimentaban bandadas de gansos conducidos por niñas y pequeñines de piernas desnudas, había intentado imaginar cómo se desarrollaría el encuentro con su tía. Conociendo la debilidad de esta por las frases latinas, se preguntaba si no saldría de sus labios *Et tu, Brute*[90], o un tajante *Discite justitiam, moniti, et non temnere divos*[91]. Tal vez dijera *Ad sanitatem gradus est novisse morbum*[92], lo que sería más alentador.

Al cabo de unos instantes, miró directamente el rostro de la anciana. Su silla de respaldo elevado estaba en el claroscuro de los cortinajes, mientras que a él le daba de lleno el sol de la tarde. Desde la sombra, los ojos luminosos de ella se encontraron con los de él, obligándole a apartar la mirada; y este juego mudo se repitió dos veces.

—*Mon cher enfant*[93] —dijo al fin, con una suavidad que a él no le pareció exenta de firmeza, aunque se adivinara en ella un curioso temblor—, llevaba mucho tiempo rezando para que tomases esta decisión. En la ayuda que pueda prestarte una anciana apartada del mundo, mi querido Borís, seguro que puedes confiar.

Borís levantó unos ojos sonrientes en un semblante pálido. Después de una semana increíblemente agitada, y de una sucesión de escenas violentas por culpa del amor y de los celos de su madre, sentía como si le hubieran rescatado en medio de una inundación y estuviera en un bote. En cuanto pudo hablar, dijo:

—La decisión depende de ti, tía Cathinka —confiando en que la dulzura del poder extrajera toda la generosidad de la naturaleza de la anciana.

Los bondadosos ojos de la priora siguieron fijos en él. Se adueñaron del joven como si ella le hubiera estrechado contra su pecho, o incluso contra el círculo más íntimo de su corazón. La anciana se llevó el pañuelo a la boca, un gesto habitual en ella cuando se emocionaba. Él comprendió que lo ayudaría, aunque tenía que decirle algo antes:

—¿Qué es —le preguntó lentamente, a la manera de una sibila— lo que se compra muy caro, se ofrece a cambio de nada y casi siempre se rechaza después? La experiencia, la experiencia de los viejos. Si los hijos de Adán y Eva hubiesen podido aplicar la experiencia de sus padres, el mundo se habría comportado con sensatez desde hace seiscientos años. Te daré mi experiencia de la vida en una pequeña píldora, edulcorada con poesía para que puedas tragarla: «De todos los caminos de la vida, solo uno, la senda del deber, conduce a la felicidad».

Borís guardó silencio unos instantes.

—Tía Cathinka —dijo finalmente—, ¿por qué no puede haber más que un camino? Sé que la gente buena piensa eso, y así me lo enseñaron en la confirmación, pero el lema de nuestra familia es: «Busca un camino, o hazlo». Tampoco puedes leer un libro de cocina que no te enseñe tres o cuatro maneras, por lo menos, de hacer un guiso de pollo. Y, cuando Colón zarpó y descubrió América —prosiguió, porque estos eran los pensamientos que le ocupaban últimamente, y la priora era una amiga a la que podía correr el riesgo de contárselos—, en realidad lo hizo para descubrir el camino de

vuelta de las Indias; y se consideró una hazaña heroica.

—Ah —exclamó la priora enérgicamente—, el doctor Sass, que fue sacerdote de Closter Seven en el siglo XVII, sostenía que en el Paraíso, hasta el momento de la caída, el mundo entero era plano, el telón de fondo del Señor, y que fue el demonio quien inventó una tercera dimensión. Por eso las palabras «recto», «cuadrado» y «plano» son propias de la nobleza, pero la manzana era una esfera, y el pecado de nuestros primeros padres, un intento de rodear a Dios. Yo misma prefiero el arte de la pintura al de la escultura.

Borís no la contradijo. Su gusto difería en esto del de ella, pero quizá no estuviera equivocada. Hasta ahora había celebrado su talento para gozar de la vida desde todos los ángulos, pero últimamente había llegado a considerarlo una dudosa bendición. A esto debía, pensó, lo que parecía ser su destino: conseguir todo lo que quería cuando ya no lo necesitaba. Sabía por experiencia cómo el anhelo desmedido de orgías, música, el mar o una confidencia podía desvanecerse antes de haber tenido tiempo de satisfacerlo —como en el caso de una estrella, cuya luz llega a la Tierra mucho después de haberse extinguido—, de tal forma que en el momento en que su deseo iba a ser satisfecho, solo una corrida de toros, o la vida de un campesino que arara la tierra bajo la lluvia, saciarían el hambre de su alma.

La priora lo miró de arriba abajo y recitó:

> Recta es la línea del deber,
> curva la línea de la belleza.
> Sigue la línea recta; verás
> cómo la curva siempre te sigue.[94]

El joven analizó el poema.

En ese momento trajeron para él una licorera de vino y fruta; consciente de que la anciana quería que se callara, bebió dos copas, que le sentaron bien, peló en silencio una de las sedosas peras de Closter Seven y arrancó uvas cárdenas de su racimo, de una en una. Sabía todo lo que estaba pensando su tía sin mirarla. La urgente necesidad de actuar rápidamente, que podría haber asustado a otra persona de su edad, a ella ni la inmutaba. Tenía entre sus antepasados a grandes señores de la guerra que habían planeado campañas con habilidad, pero también habían tenido que fiarlas, en el momento oportuno, a la pura inspiración.

Comprendió que para ella, en esos momentos, el salón rojo estaba lleno de jóvenes vírgenes de ilustre cuna: morenas y rubias, delgadas y voluptuosas, buenas amas de casa, buenas amazonas, nietas de condiscípulas y amigas de su juventud… Una lista de jóvenes féminas que no podían ocultar virtudes ni defectos a su mirada serena.

Espiritualmente se lamía los labios, como un viejo entendido al recorrer su bodega; y Borís seguía el hilo de sus pensamientos, como el mayordomo que sostiene la vela.

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró de nuevo el viejo criado de la priora, esta vez con una carta en una bandeja de plata, que le acercó. Ella la cogió con mano algo temblorosa, como si le faltaran fuerzas para más catástrofes, la leyó, la releyó y se ruborizó un poco.

—Está bien, Johann —dijo, guardando la carta en su regazo de seda.

Se quedó un rato pensativa. Luego se volvió hacia el joven, con sus ojos oscuros, límpidos como el cristal.

—¿Has cruzado mi plantación de abetos? —preguntó con el entusiasmo de una persona que habla de una gran afición—. ¿Qué te parece?

La plantación y conservación de los bosques era, de hecho, una de las cosas que más le interesaba en la vida. Pasaron un rato muy agradable hablando de árboles. No había nada para la salud, según ella, como el aire del bosque. Nunca podía dormir bien en la ciudad ni en el campo; pero acostarse por la noche con árboles en varios kilómetros a la redonda, con sus raíces bien hundidas en la tierra y sus copas meciéndose en la oscuridad, le parecía uno de los mayores placeres de la vida. El bosque siempre le había sentado bien a Borís cuando pasaba temporadas en Closter Seven de niño. Incluso ahora notaba la diferencia después de mucho tiempo en la ciudad; y la priora deseaba tenerlo con ella más a menudo.

—Y ¿quién, Borís —dijo, dando un giro a sus pensamientos, con lúcida y decidida benevolencia—, quién, ahora que hablamos del asunto, podría ser mejor esposa para ti que esa gran amiga tuya y mía, la pequeña Athena Hopballehus?

Ningún nombre habría sido más inesperado para Borís. Se quedó demasiado sorprendido para contestar. Hasta la frase le sonó absurda. Nadie diría nunca que Athena era pequeña, la recordaba un centímetro y medio más alta que él. Pero que la priora hablara de ella como de una gran amiga mostraba un cambio radical de actitud; pues tenía el convencimiento de que, desde que la hija de su vecino se había hecho mayor, su tía y su madre, que rara vez se ponían de acuerdo, habían unido sus fuerzas para alejarlo de Athena.

Al pensar en el efecto que tendría en su propio destino el inexplicable cambio por parte de la vieja dama, comprendió que no le desagradaba la idea. Siempre le había gustado la parodia; y quizá fuera una extravagancia de primera llevar a la ciudad a Athena como su mujer. Así que miró a su tía con expresión infantil.

—Confío ciegamente en su criterio, tía Cathinka —dijo.

La priora habló muy despacio, sin mirarlo, como si no quisiera que se mezclaran las impresiones de otros con las suyas.

—No perderemos el tiempo, Borís —dijo—. No es mi costumbre cuando he tomado una decisión.

«Eso significa que jamás lo pierde», pensó Borís.

—Ve a ponerte el uniforme mientras yo escribo al viejo conde —prosiguió ella—. Le diré que soy tu confidente en este asunto del corazón, del que depende tu felicidad, y en el que tu querida madre no ha sido capaz de ofrecerte su comprensión. Estarás listo para partir dentro de media hora.

—¿Cree usted, tía Cathinka, que Athena me aceptará? —preguntó Borís cuando se levantó para salir.

Siempre estaba dispuesto a compadecer a los demás. Al asomarse al jardín y ver a dos viejas damas con chanclos en una de las avenidas, donde habían dado su paseo de la tarde, sintió lástima de Athena por el mero hecho de existir.

—Athena —estaba diciendo la priora— no ha recibido nunca una proposición de matrimonio. Dudo de que en el último año haya visto a otro hombre que no sea el reverendo Rosenquist, que juega al ajedrez con su padre. Ha oído hablar a mis damas de las magníficas bodas que podrías haber hecho si hubieras querido. Si Athena no quiere aceptarte, mi pequeño Borís —dijo, y le sonrió con dulzura—, yo sí.

Borís le besó la mano por esto, y pensó en lo excelente que podría resultar el plan; luego le invadió una sensación tan terrible de fuerza y astucia como si hubiera tocado una anguila eléctrica. Las mujeres, se dijo, cuando envejecen lo bastante para dejar atrás su feminidad, y pueden liberar su fortaleza, deben de ser las criaturas más poderosas de la tierra. Contempló el rostro refinado de su tía.

No, pensó, no funcionaría.

III

Borís abandonó Closter Seven en la *britzska*[95] de la priora, con su carta sobre el corazón, como el joven héroe ideal de una aventura romántica. La noticia de su misión se había difundido misteriosamente por el convento, como si fuera una nueva clase de incienso, y había llegado al alma de todas las ancianas. Dos o tres se sentaron al sol en la larga terraza para verlo partir; y una que era especialmente amiga, una solterona corpulenta, descolorida por culpa de los cincuenta años que llevaba alejada de las luces de la vida, aguardó junto al carruaje para darle tres ásteres blancos de largo tallo de su propio invernadero.

Así se había ido, treinta años antes, el joven que amaba y al que habían matado en Jena[96]. Una dulce melancolía cubría siempre como un velo su semblante; y su dama de compañía decía de ella: «La condesa Anastasia lleva una cruz muy pesada. El amor a la comida es una cruz muy pesada». Pero era el recuerdo de esa última despedida lo que hacía que sus ojos, en un rostro insignificante, brillaran como el esmalte azul celeste. Sintió en ese momento la resurrección de un destino entero, y tendió las flores a Borís como si formaran parte de él, misteriosamente devuelto a la vida por segunda vez, como si fueran sus tres hijas nonatas, ahora altas y casaderas, que se unieran a su viaje en calidad de damas de honor.

Borís dejó a su criado en el convento, porque sabía que estaba enamorado de una de las doncellas de la dama, y pensaba que ahora tenía que mostrarse comprensivo con todos los amores legítimos. Deseaba estar solo. Siempre le había gustado la soledad, y apenas sabía lo que era. Últimamente, tenía la sensación de que no había estado nunca solo. Cuando no le apremiaban para influir en sus sentimientos, conseguían que adoptara su misma línea de pensamiento, hasta que las circunvoluciones del cerebro le dolían como si estuvieran agotadas. Incluso mientras se dirigía al convento había dado vueltas a los pensamientos de otros. Ahora, se dijo con satisfacción, podría pensar lo que quisiera durante una hora.

El camino de Closter Seven a Hopballehus asciende más de ciento cincuenta metros y serpentea por un bosque de gigantescos pinos. De vez en cuando, al abrirse un claro, se divisa un panorama grandioso de las tierras que se extienden abajo. En esos momentos, con el sol de la tarde, los troncos de los abetos eran de un rojo ardiente, y el paisaje, a lo lejos, parecía muy frío, todo azul y oro pálido. Borís podía creer ahora lo que el viejo jardinero del convento le había contado cuando era niño: que había visto una vez, hacia esa época y día del año, cómo salía una manada de unicornios del bosque para pacer en las laderas soleadas; las yeguas blancas y moteadas, rosadas bajo el sol, avanzando con delicadeza sin perder de vista a sus pequeños; el viejo semental, un ruano más oscuro, olfateando y dando patadas al suelo. El aire olía a hojas de abeto y a setas, y era tan fresco que le hacía bostezar. Sin embargo, pensó, era distinto al frescor de la primavera; su coraje y su alegría estaban teñidos de desesperación. Era el final de una sinfonía.

Recordó cómo un atardecer de mayo, hacía menos de seis meses, se había entregado al corazón joven de la primavera, como ahora se entregaba al corazón triste del otoño. En compañía de un amigo, había disfrutado vagando tres semanas por el país, visitando lugares sin que nadie conociera su paradero. Habían viajado en un carromato, llevando consigo un pequeño teatro de marionetas, y habían

representado algunas obras escritas por ellos en los pueblos que atravesaban. El aire se llenaba de dulces fragancias, los ruiseñores alborotaban en los cerezos alisos, la luna permanecía en lo alto, no mucho más pálida que el cielo en aquellas noches de primavera.

Una noche llegaron exhaustos a una granja en medio de un pastizal, donde les cedieron una cama grande en un dormitorio que tenía un reloj de pared y un espejo deslustrado. Cuando dieron las doce, aparecieron tres jovencitas medio vestidas en el umbral, cada una con una vela encendida en la mano, pero la noche era tan clara que las pequeñas llamas parecían gotas de luna. Era evidente que ignoraban la llegada de los dos caminantes y su presencia en el dormitorio grande; y los huéspedes las observaron en silencio desde detrás de las cortinas de la gran cama. Sin mirarse unas a otras, sin decir una palabra, dejaron caer sus camisolas al suelo y, completamente desnudas, se acercaron al espejo y, con la vela por encima de la cabeza, contemplaron absortas su imagen. Luego apagaron las velas de un soplo, y, con el mismo silencio solemne, volvieron a la puerta con sus largas cabelleras sueltas, se pusieron las camisolas y desaparecieron. Los ruiseñores seguían cantando fuera, en un arbusto al lado de la ventana. Los dos muchachos recordaron que era la noche de Walpurgis, y decidieron que lo que habían presenciado era un acto de brujería con el que esas jovencitas habían esperado vislumbrar a sus futuros maridos.

Hacía mucho tiempo que Borís no recorría este camino; desde que, cuando era niño, había acompañado a la priora en su pequeño landó a visitar a los vecinos. Reconoció las curvas, pero parecían más pequeñas, y se puso a meditar sobre el cambio de las cosas.

La verdadera diferencia entre Dios y los seres humanos, pensó, estaba en que Dios no soporta la continuidad. En cuanto ha creado una estación del año, o una hora del día, ansía algo completamente distinto, y se lleva todo por delante. En cuanto uno es joven, y disfruta de serlo, la naturaleza de las cosas lo empuja al matrimonio, al martirio o a la vejez. Y los seres humanos se aferran al estado de cosas existente. Se pasan la vida luchando por retener un instante, y se enfrentan a una *force majeure*. Su arte no es más que el intento de atrapar como sea un momento concreto, un estado de ánimo, una luz, la belleza pasajera de una mujer o de una flor, y convertirlos en eternos. Es un error, pensó, imaginar el Paraíso como un estado de felicidad inmutable. Es posible que, por el contrario, conforme al verdadero espíritu de Dios, resulte un incesante arriba y abajo, una vorágine de cambios. Aunque quizá a estas alturas, fundido con Dios, uno le haya tomado el gusto. Se acordó con profunda tristeza de todos los jóvenes que, a través de los siglos, habían sido perfectos en belleza y vigor —jóvenes faraones de pulcro rostro que cazaban en sus carros

a orillas del Nilo; jóvenes sabios chinos, vestidos de seda, que leían a la sombra ondulante de los sauces—, y a los que habían convertido, en contra de su voluntad, en defensores de la sociedad, suegros, expertos en comida y moral. Todo esto le parecía muy triste.

Después de una curva, un largo tramo despejado de árboles le permitió ver Hopballehus, todavía en la lejanía. Su arquitecto, doscientos años antes, había logrado construir una mansión con la majestuosidad de la naturaleza circundante, como una pequeña formación de roca gris. Para cualquiera que estuviese en la terraza, pensó Borís, la *britzska*, los caballos grises y negros y yo mismo seríamos minúsculos, apenas distinguibles.

La visión de la casa dirigió sus pensamientos hacia ella. Siempre le había fascinado. Incluso ahora, después de tantos años sin verla, soñaba con ella por la noche. Era en un lugar fabuloso, construido sobre una gran meseta, con kilómetros de avenidas alrededor e innumerables fuentes y estatuas; de estilo barroco tardío, estaba en barroca decadencia y casi en ruinas. Parecía una especie de Olimpo, todavía más olímpico por el destino que se cernía sobre ella. La existencia del viejo conde y de su hija tenía algo de olímpico también. Vivían, pero cómo pasaban las veinticuatro horas del día y de la noche seguía siendo un misterio para los humanos. El viejo conde, otrora brillante diplomático, científico y poeta, llevaba muchos años enfrascado en un gran pleito, heredado de su padre y de su abuelo, en un tribunal polaco. De ganarlo, recuperaría las inmensas riquezas y propiedades que habían pertenecido a su familia; pero se sabía que esto era imposible, y lo único que estaba haciendo era arruinarse más deprisa. Vivía inmerso en esas tremendas preocupaciones como nubes que oscurecieran todos sus movimientos. Borís se preguntaba a veces qué le parecería el mundo a su hija. El dinero, si alguna vez lo había visto, no tenía lugar alguno en su vida; como tampoco la sociedad o lo que llaman los placeres de la vida. ¿Habría oído hablar del amor? Sabe Dios, pensó, si se habrá mirado alguna vez en el espejo.

El ligero carruaje se deslizaba por la alfombra de hojas secas sobre las terrazas. En algunos sitios era tan espesa que medio cubría la balaustrada de piedra y llegaba hasta las rodillas del ciervo de Diana[97]. Pero los árboles estaban pelados; solo aquí y allá una hoja dorada temblaba solitaria en lo alto de las negras ramas. Después de una curva, el carruaje de Borís llegó directamente a la terraza principal y a la casa, majestuosa como la propia Esfinge al atardecer. La luz del sol poniente parecía haber empapado los bloques grises de piedra. Teñidos de rojo, resplandecían y transformaban todo el lugar en una morada misteriosa, sagrada, cuyos ventanales brillaban como una línea de estrellas vespertinas.

Borís se apeó de la *britzska* delante de la impresionante escalinata

de piedra, y se dirigió hacia ella palpándose la carta. En la casa reinaba el silencio. Era como entrar en una catedral. Cuando vuelva a subir a ese carruaje, pensó, ¿qué será de mí?

IV

En ese momento se abrieron las gigantescas puertas en lo alto de la escalinata, y apareció el viejo conde en el peldaño superior, igual que Sansón cuando, hecho una furia, derribó el templo de los filisteos.

Siempre había tenido un físico sorprendente: paticorto, con el torso de un gigante, y una colosal cabeza rodeada de una indómita melena gris, como la de un poeta o un león. Pero ese día, bamboleándose, parecía singularmente inspirado, presa de alguna tremenda emoción. Se quedó inmóvil y examinó al visitante, como un viejo gorila delante de su guarida, listo para el ataque; luego bajó la escalinata hasta el joven, con el porte majestuoso que habría mostrado el mismísimo Señor si hubiera descendido por la escalera de Jacob.

Dios mío, pensó Borís mientras se acercaba, este hombre lo sabe todo, y va a matarme. Miró fugazmente el rostro del viejo conde, pletórico, sus ojos claros encendidos. Un instante después se vio entre sus brazos, y sintió el temblor de su cuerpo mientras lo estrechaba.

—¡Borís! —exclamó—. ¡Borís, hijo mío! —pues lo conocía desde niño, y había sido, como el joven sabía, uno de los admiradores de su hermosa madre—. Bienvenido. Bienvenido seas hoy. ¿Te has enterado?

—¿Enterarme de qué? —dijo Borís.

—He ganado el pleito —contestó el anciano. Borís se quedó mirándolo—. He ganado el pleito de Polonia —repitió—. Lariki, Lipnika, Parnov Grabovo… es todo mío, como lo fue de mis antepasados.

—Le doy la enhorabuena —dijo Borís, despacio, mientras sus pensamientos se ponían extrañamente en marcha—. De todo corazón. ¡Qué noticia tan inesperada!

El viejo conde le dio varias veces las gracias, y le mostró la carta de su abogado, recién llegada y aún en su mano. Al dirigirse al muchacho, le habló lentamente al principio, buscando las palabras, como un hombre que hubiera perdido el hábito de hablar; pero poco a poco fue recobrando la voz y el discurso que a tantos habían cautivado en los viejos tiempos.

—Una gran pasión, Borís —dijo—, de esas que realmente te devoran el alma y el corazón, no puede inspirarla un ser humano. Quizá no pueda sentirse por nada capaz de corresponder tu amor. Los

oficiales que han amado a su ejército, los señores que han amado sus tierras… ellos pueden hablar de amor. ¡Santo Dios!, por las noches sentía en mi pecho todo el peso de las tierras de Hopballehus cuando imaginaba que la estaba llevando a una batalla perdida. Pero esto —dijo, respirando hondo—, esto es la felicidad.

Borís comprendió que no era pensar en su riqueza lo que colmaba el alma del anciano, sino el triunfo del bien sobre el mal, la justicia universal concentrada para él en su propia figura. Empezó a explicarle el juicio con todo detalle, sin quitar una mano del hombro del joven; y este supo que su corazón lo acogía como un amigo que podía escuchar.

—Vamos, Borís, entra —dijo—. Tomaremos una copa juntos, tú y yo, del vino que tenía reservado para hoy. El bueno del reverendo está aquí. Lo he mandado llamar al recibir la carta, para que me hiciera compañía; no sabía que vendrías.

En el imponente salón, suntuosamente decorado con mármol negro, había un pequeño rincón habitable con unas cuantas sillas y una mesa repleta de libros y documentos del conde. Encima había un retrato gigantesco, muy oscurecido por el tiempo: el retrato ecuestre de un antiguo dueño de la casa, erguido impasible sobre un caballo encabritado de cabeza pequeña, y señalando con un rollo de papel un lejano campo de batalla pintado bajo el vientre del equino. El reverendo Rosenquist, un hombre bajo de mejillas coloradas, que llevaba muchos años siendo guía espiritual de la familia, y al que Borís conocía bien, estaba en una de las sillas, al parecer abstraído en sus meditaciones. Los acontecimientos del día habían trastocado sus teorías, para él un desastre peor que si se hubiera incendiado la casa parroquial. Había sufrido infortunios y pobreza toda la vida, y, con el tiempo, había aprendido a vivir con un sistema de contabilidad espiritual para el que las tribulaciones terrenas eran una inversión que producía intereses en la otra vida. Sabía que su cuenta personal no tenía mucho en su haber, pero le preocupaban sobremanera las aflicciones del viejo conde, al que consideraba uno de los hijos predilectos de Dios, cuyos tesoros se acumulaban sin cesar en la nueva Jerusalén, como zafiros, crisopacios y amatistas que se reprodujeran por sí mismos. Ahora estaba contrariado y no sabía qué pensar, una situación terrible para él. Había buscado consuelo en el libro de Job, pero ni siquiera allí le cuadraban las cifras, ya que Behemot y Leviatán llevaban una cuenta de pérdidas y ganancias especial. Todo el asunto tenía el aire de un regalo, que, según el Eclesiastés, destruye el corazón; y le perseguía la idea de que ese anciano, al que amaba, se apartaba del buen camino al anticipar sus ingresos.

—Cómo me gustaría —dijo el viejo conde, después de traer y descorchar la dorada botella— que mi pobre padre y mi querido

abuelo estuvieran aquí para beber con nosotros. Desvelado por las noches, sentía que ellos me acompañaban despiertos en sus sarcófagos de abajo. Me alegro —prosiguió, alzando la copa sin sentarse— de que el hijo de Abunde —así se llamaba la madre de Borís— sea quien bebe conmigo esta noche.

Empujado por la exuberancia de su corazón, dio una palmadita en la mejilla de Borís con ternura, mientras su rostro irradiaba una dulzura que llevaba años desterrada; y el muchacho, que reconocía una cosa buena cuando la veía, envidió al conde su inocencia.

—Y a nuestro buen reverendo —dijo el conde, volviéndose hacia él —: amigo mío, ha derramado lágrimas de compasión en esta casa. Ahora se presentan en forma de vino.

La conducta del viejo conde agudizaba el desasosiego del reverendo Rosenquist. Le parecía que solo un corazón frívolo podría encontrarse tan cómodo en una atmósfera nueva, y olvidar la anterior. Educado en un sistema de exámenes y promociones, no estaba preparado para comprender a una raza criada en las leyes de la suerte en la guerra y el favor de la corte, adaptada a lo imprevisto y acostumbrada a lo inesperado, para la que la seguridad, e incluso la salvación, parecían las cosas menos necesarias. Entonces recordó de nuevo las palabras de las Sagradas Escrituras: «A cada toque de trompeta dice: "¡Aah!"»[98], y pensó que quizá, a fin de cuentas, su viejo amigo tuviera razón.

—Sí, sí —dijo sonriendo—, el agua fue convertida en vino en una ocasión. Sin duda es una bebida buena. Pero ya sabe lo que dicen nuestros buenos campesinos: que los hijos engendrados con vino terminan mal. Así que hay motivos para recelar de las esperanzas y sentimientos engendrados con vino. Aunque esto —añadió—, por supuesto, no pueda aplicarse a los hijos de las bodas de Caná, a los que acabo de referirme.

—En Lariki —dijo el conde—, sobre la entrada cuelga un cuerno de caza de una cadena de hierro. El abuelo de mi abuelo era un hombre de fuerza hercúlea. Cuando al anochecer cruzaba cabalgando esa entrada, cogía el cuerno y, alzándose del suelo con el caballo entre las piernas, lo tocaba. Yo sabía que podría hacer lo mismo, pero pensaba que nunca tendría la oportunidad. Athena también sería capaz de hacerlo —añadió pensativo.

Volvió a llenar las copas.

—¿Para qué has venido hoy? —preguntó a Borís, fijando una mirada radiante en él y en su uniforme de gala, como si su venida fuera una proeza extraordinaria—. ¿Qué te trae a Hopballehus?

Borís sintió la franqueza del anciano reflejada en su propio corazón, como un cielo azul en el mar. Clavó los ojos en el rostro de su amigo.

—He venido —dijo— para pedir que Athena se case conmigo.

El anciano le dirigió una mirada luminosa.

—¡Para pedir que Athena se case contigo! —exclamó—. ¿Para eso has venido? —Guardó silencio un momento, profundamente conmovido—. Los caminos del Señor son de veras misteriosos —dijo.

El reverendo Rosenquist se puso en pie y volvió a sentarse, a fin de poner orden en sus cuentas.

Cuando el viejo conde habló de nuevo estaba muy cambiado. Ya no estaba ebrio, y parecía tener las fuerzas de su naturaleza en perfecto estado. Era este aplomo el que le había dado fama cuando, de joven y destinado en la embajada de París, la noche de estreno de su tragedia *La ondina*, se había batido en duelo con pistola en el *entr'acte*.

—Borís, hijo mío —dijo—, has venido aquí para cambiar mi corazón. He vivido de cara al pasado, o para esta hora de victoria. En este momento pienso por primera vez en el futuro. Veo que tendré que bajar del pináculo para andar por el camino. Tus palabras me ofrecen grandes perspectivas. ¿Qué voy a ser? ¿El patriarca de Hopballehus que corona doncellas virtuosas del pueblo? ¿El abuelo que planta manzanos? *Ave*, Hopballehus. *Naturi te salutem.*

Borís recordó la carta de la priora, y le dijo al conde que había pasado por Closter Seven. El anciano preguntó por su tía e, interesado siempre por cualquier escrito, se puso las gafas y se enfrascó en la misiva. Borís tomó asiento y bebió su vino satisfecho. La última semana había dudado que la vida pudiera ofrecer algo agradable. Ahora, su acogida en casa del viejo conde le resultaba de lo más placentera; y él siempre se movía con facilidad de un estado de ánimo a otro.

Cuando el conde acabó de leer, dejó la carta y, con las manos juntas sobre ella, se quedó un buen rato en silencio.

—Te doy mi bendición —dijo al fin lenta y solemnemente—. En primer lugar, se la doy al hijo de tu madre… y de tu padre; en segundo lugar, al joven que, como veo ahora, ha amado tanto tiempo en contra de todo. Y, por último, pienso que has sido enviado esta noche, Borís, por unas manos más poderosas que las tuyas.

»Te entrego, con Athena, la llave de todo mi mundo. Athena —repitió, como si le alegrara pronunciar el nombre de su hija— es como un cuerno de caza en el bosque. —Y como si se apoderase de él, sin ser consciente, un extraño y triste recuerdo de juventud, añadió casi en un susurro—: *Dieu que le son du cor est triste au fond du bois*[99].

V

Mientras conversaban, se levantó un fuerte viento. El día había sido apacible. Las ráfagas llegaron con la oscuridad, como un animal nocturno. Soplaban a lo largo de los muros, alrededor de las esquinas de la casa, y arremolinaban las hojas secas en el aire. En medio de todo, oyeron cómo Athena, que había estado desensillando el caballo del reverendo Rosenquist, cruzaba la terraza y subía la escalinata.

El viejo conde, cuya vista descansaba en el rostro de Borís, hizo un gesto repentino, como si le alarmara algo que no entendía.

—No hables con ella esta noche —dijo—. Comprende que nuestro amigo el reverendo, Athena y yo hemos pasado aquí muchas veladas juntos. Dejemos que esta sea la última. Se lo diré yo, y tú, hijo mío, volverás a Hopballehus mañana por la mañana.

A Borís le pareció un buen plan. Mientras el conde hablaba, entró su hija en la estancia, envuelta aún en su amplia capa.

Athena era una joven fornida de dieciocho años, de más de un metro ochenta de altura, de proporciones anchas y con unos hombros que podrían levantar y cargar un saco de trigo. A los cuarenta años sería enorme, pero ahora era demasiado joven para estar gorda; y andaba erguida como un alerce. Bajo su pelo de un rojo encendido, la frente era blanca como la leche; más abajo, el rostro, como las anchas muñecas, estaba lleno de pecas. Pero su tez era tan clara y tan blanca que pareció iluminar el salón al entrar, como la luz que inunda una habitación cuando ha nevado. Sus ojos claros tenían un círculo más oscuro alrededor del iris: ojos dignos de una joven leona o de un águila; por lo demás, el semblante de la joven y vigorosa criatura era sereno, y su cara redonda tenía esa expresión atenta y reservada que vemos por lo común en las personas duras de oído. En su compañía, Borís se había acordado a veces de la vieja balada sobre la hija del gigante que encuentra a un hombre en el bosque y, sorprendida y cautivada, se lo lleva a casa para jugar con él. El gigante le ordena que lo suelte, explicándole que lo único que hará será romperlo.

El propio gigante, el viejo conde, mostró con ella una anticuada caballerosidad que a Borís le pareció como una preciosa moneda antigua que, desenterrada, conservara su áureo valor, aunque ya no fuese de curso legal. Decían que el conde, en su juventud, había sido uno de los amantes de la princesa Pauline Borghese, la mujer más bella de su época. Había visto a la Venus Anadiómena en persona, y en aras de esa visión rendía homenaje a la figura de la diosa, si bien más toscamente labrada en madera o en piedra. Sin ninguna pretensión de belleza, Athena había crecido en una ambiente donde se quemaba incienso en honor a la hermosura de la mujer.

Parpadeó un poco a causa de la luz y del desconocido; y lo cierto es que Borís, con su uniforme blanco de cuello alto y dorado, y sus rizos con brillantina a modo de aureola, era como un extraño meteoro

en la penumbra de la vasta sala. Aun así, segura de sí misma, le preguntó —como de costumbre apoyada en un solo pie, al igual que una cigüeña— por su tía y las damas de Closter Seven. No conocía a casi nadie, y por esas ancianas, que le habían dado muchos buenos consejos, aunque, al crecer, las hubiera asustado con su tamaño tan poco romántico, sentía la misma clase de admiración, pensó Borís, que el hijo de un campesino por los hábiles acróbatas de feria vestidos de lentejuelas. Si se casa conmigo —pensó, mientras, con su voz dulce como una canción, hablaba con Athena bajo la mirada cariñosa del conde—, será vulnerable a mis artimañas; pero mi vida de casado ¿será una feria perpetua? Y, si alguna vez me caigo del alambre, ¿me recogerá ella o me dará la espalda y se irá?

La joven le pidió que dijera a la priora que había visto a su mono, un par de noches antes, en la terraza de Hopballehus, sentado sobre el pedestal de la estatua de Venus, allí donde antes había un pequeño Cupido, ahora roto. Hablando del mono, preguntó a Borís si no encontraba curioso que el abogado de su padre en Polonia tuviera un mono de la misma especie, también de Zanzíbar. El viejo conde empezó a hablar de los ídolos de los wendos[100], de cuyo territorio era originaria su familia, y entre los que la diosa del amor tenía el rostro y la figura de una mujer hermosa, pero la espalda de un mono.

—¿Cómo podían esas salvajes tribus nórdicas conocer los monos? —preguntó—. ¿Habitarían en los sombríos pinares wendos hace mil años?

—No, eso no es posible —dijo el reverendo Rosenquist—. Siempre han sido demasiado fríos. Pero todos los paganos iconoclastas parecen tener en común ciertos símbolos. Valdría la pena estudiarlo; quizá se deba a la idea del pecado original.

—Pero ¿cómo distinguían —preguntó Athena—, en el caso de la diosa del amor, entre la parte de delante y la de atrás?

Borís pidió su carruaje y se despidió. El viejo conde pareció arrepentido de haberle instado a que se fuera y de mostrarse tan severo con un enamorado. Se disculpó por el mal tiempo de Hopballehus, estrechó la mano del joven con lágrimas en los ojos y mandó a Athena que lo acompañara hasta la entrada. El reverendo Rosenquist, por el contrario, no pudo sino alegrarse de la partida de alguien que tanto se asemejaba a un ángel sin serlo.

Athena salió a la terraza con Borís. A la luz de los faroles del carruaje, su amplia capa, agitándose con el viento, arrojaba extrañas sombras sobre la grava, como dos enormes alas. Sobre la gran extensión cubierta de hierba, de un gris acerado al claro de luna, la propia luna aparecía y desaparecía en un cielo tormentoso.

Borís lamentó en ese momento abandonar Hopballehus. Ese mundo caótico le había recordado a su niñez, y le parecía infinitamente

preferible a la existencia perfectamente regulada que encontraría en el convento. Se quedó un rato en silencio, cerca de Athena. Se abrió un claro entre las nubes, y brillaron en el cielo unas cuantas constelaciones. La Osa Mayor proclamaba su lección: conservad vuestra individualidad entre la multitud.

—¿Te acuerdas de la cacería de la osa? —preguntó Borís a Athena.

A los dos niños no les habían dejado participar en ella, pero se escaparon juntos y se unieron a los cazadores del conde, un día caluroso de julio, en lo alto de las colinas. Dos perros moteados habían muerto; y el joven recordó la terrible algarabía de la lucha, la violencia del gigantesco animal pardo, acosado, en la espesura de abetos y helechos, y la visión fugaz de una cara que rugía enfurecida, con la lengua roja colgando.

—Sí, a veces —dijo Athena, con la mirada en el cielo, al igual que él, a la caza de una osa estelar—. Era la osa que los campesinos llamaban emperatriz Catherine. Había matado a cinco hombres.

—¿Sigues siendo republicana, Athena? —le preguntó Borís—. Hubo un tiempo en que querías decapitar a todos los tiranos de Europa.

A la luz de los faroles, Athena se sonrojó.

—Sí —dijo—. Soy republicana. He leído la historia de la Revolución francesa. Los reyes y los sacerdotes eran vagos y licenciosos, crueles con el pueblo, pero los hombres que se denominaban a sí mismos «de la Montaña» y llevaban un gorro frigio eran valerosos. Danton era un verdadero patriota, y me habría gustado conocerlo; y también el *abbé* Sieyès. —Su entusiasmo era evidente en medio del aire nocturno—. Me gustaría visitar esa plaza de París donde pusieron la guillotina —dijo.

—¿Y llevar un gorro frigio? —quiso saber Borís.

Athena se apresuró a asentir con la cabeza, ordenando sus pensamientos. Entonces, como si quisiera asegurarse de que él lo entendía, empezó a recitar unos versos, cautivada por el patetismo de las palabras:

> *O Corse à cheveux plats, que la France était belle*
> *au grand soleil de Messidor.*
> *C'était une cavale indomptable et rebelle,*
> *sans freins d'acier ni rênes d'or.*
> *Une jument sauvage à la croupe rustique,*
> *fumante encore du sang des rois.*
> *Mais fière, et d'un pied fort heurtant le sol antique,*
> *Libre, pour la première fois!*[101]

El viento soplaba con fuerza cuando Borís salió de Hopballehus. La luna recorría veloz el cielo tras unas nubes delgadas y tormentosas; el aire era frío. Debe de estar a punto de helar, pensó. Los faroles del carruaje perseguían a los árboles y a su sombra y los diseminaban a su alrededor. El viento derribó de pronto una enorme rama seca, que cayó ruidosamente frente a sus espantadizos caballos. Solo en la oscuridad, recordó a las tres personas del salón de Hopballehus, y se rió.

Mientras avanzaba, las luces salpicaban el valle a sus pies. Como si jugaran con él, se asomaban entre los árboles, le miraban directamente a la cara y se escondían de nuevo. Un numeroso grupo de luces apareció ante él, como un reflejo de las Pléyades en la tierra. Eran las lámparas de Closter Seven.

Y de repente le asaltó la idea de que algo, en alguna parte, clamaba al cielo, era injusto y deshonesto. Fuerzas extrañas se habían desencadenado esa noche. La sensación era tan nítida e intensa como si le hubieran pasado una mano helada por el cuero cabelludo. Se le puso la carne de gallina. Durante unos minutos, se asustó de verdad, presa de un terror extraordinario. En medio de esas raras turbulencias de la noche, y de la frenética vida de las cosas inertes que lo rodeaban, tuvo la impresión de que su *britzska*, los caballos grises y negros y él mismo eran tremenda y absurdamente pequeños, de que estaban expuestos, en peligro.

En la larga avenida de Closter Seven, los faroles iluminaron de pronto dos ojos centelleantes. Una sombra muy pequeña cruzó corriendo el camino y se desvaneció entre las sombras más lóbregas y oscuras de los arbustos de la priora.

Cuando entró en el convento, le dijeron que la priora se había acostado. Para que no le fallaran las fuerzas por la mañana, pensó él.

La cena estaba dispuesta en el comedor privado de su tía, que esta acababa de decorar de nuevo. Antes era blanco, con ornamentos de estuco de unos cien años de antigüedad. Ahora estaba graciosamente empapelado con imágenes que, sobre un fondo beige, representaban diversas escenas de la vida oriental. Una muchacha bailaba bajo una palmera, tocando el pandero, mientras unos ancianos de largas barbas y turbantes rojos y azules la contemplaban. Un sultán presidía un tribunal de justicia bajo un dosel dorado, y un grupo de cazadores a caballo, precedidos por sus galgos y sus criados negros, pasaban por delante de unas ruinas. La priora también se había deshecho de los anticuados candelabros, y había iluminado la mesa con lámparas Carcel[102], increíblemente modernas, de porcelana azul con rosas pintadas. Cenó solo en la cálida y acogedora estancia. Como don Giovanni en el último acto, pensó. «Hasta que llegue el comendador», añadieron maquinalmente sus pensamientos. Echó una ojeada a la

ventana. El viento continuaba silbando, pero la inquietante oscuridad había quedado oculta tras los cortinajes.

VI

Tía y sobrino desayunaron juntos en gozosa armonía, mirando de vez en cuando, en el samovar de plata de la priora, sus propias caras curiosamente deformadas. Un sol pequeño y brillante se reflejaba también en él, pues el día que siguió a la tormentosa noche amaneció claro y sereno. El viento se había trasladado a otros parajes, dejando los jardines de Closter Seven sin nubes y desnudos de hojas.

Borís relató a la anciana dama cuanto había sucedido en Hopballehus, y ella le escuchó complacida y de lo más interesada por el destino de su viejo amigo y vecino. No pudo evitar que su imaginación revoloteara entre las futuras glorias de su ahijado, pero con tanta elegancia que el viejo conde y Athena podrían haber estado presentes.

—Creo, querido —le dijo—, que ahora Athena tendrá que viajar y ver un poco de mundo. Cuando tenía su edad, papá me llevó a Roma y a París, y conocí a muchas celebridades. Qué placer para un hombre de talento acompañar a esa inteligente jovencita a todos esos lugares, y mostrarle la vida.

—Sí —respondió Borís, sirviéndose un poco más de café—; ayer me contó que quería visitar París.

—Naturalmente —dijo la priora—. La pobre pequeña no ha tenido en su vida un sombrero de París. En Lariki —prosiguió, disfrutando con las idas y venidas de su pensamiento— organizan espléndidas cacerías de osos y jabalíes. Estarás divino, lanza en ristre. En la bodega de Lipnika almacenan el Tokay[103] que regaló la emperatriz María Teresa[104] a un antepasado. Athena lo servirá con la mano generosa de su familia. En Patnov Grabovo se encuentran los famosos *jets d'eau* que construyó el gran astrónomo danés Ole Roemer[105], el mismo que hizo *les grandes eaux* de Versalles.

Mientras se entretenían con las alegres posibilidades de la vida, el viejo Johann trajo dos cartas al mismo tiempo, aunque la de la priora había llegado por correo y la de Borís a manos de un mozo de cuadra de Hopballehus. El joven, al levantar la cabeza después de leer unas líneas, se fijó en la sonrisa refinada y cruel que esbozaba su tía, absorta en la lectura. No sonreiría mucho tiempo, pensó.

La carta del viejo conde decía así:

Te escribo, mi querido Borís, porque Athena se niega. Cojo

la pluma desolado y arrepentido; de hecho, he deseado cubrirme la cabeza con ceniza, como señalaban los autores antiguos[106].

Has de saber que mi hija rechaza tu petición, que anoche me pareció colmar las bondades del destino con mi familia. Seguro que no tiene nada en contra de esa alianza en particular, pero me dice que nunca se casará, y que le resulta imposible considerar siquiera la posibilidad.

En cierto modo, es justo que sea yo quien escriba esta carta. Ya que la culpa de esta desgracia es mía, debo cargar con la responsabilidad.

Yo, que he tenido esta joven vida en mis manos, he confiado a su sólida juventud la antorcha de mi descenso a la cámara sepulcral. Paso a paso, a medida que mis fuerzas declinaban, su hombro me ha servido de apoyo, y nunca me ha fallado. Ahora no quiere… no puede… mirar hacia arriba.

Los campesinos de nuestra tierra tienen un dicho: ningún hijo nacido dentro del matrimonio puede mirar directamente al sol; solo los bastardos son capaces de hacerlo. ¡Ay, mi pobre Athena es tan legítima! ¡La hija legítima de mi raza y su destino! Está tan lejos de poder mirar directamente al sol que no tiene ningún miedo a la oscuridad; pero sus ojos los hiere la luz. He convertido a mi joven paloma en un ave nocturna.

Ha sido para mí un hijo y una hija, y la he visto en mi imaginación con una de las viejas armaduras de Hopballehus. He comprendido demasiado tarde que la lleva no como un joven san Jorge frente al dragón, sino como Azrael, el ángel de la muerte de nuestro linaje. Lo cierto es que se ha encerrado en ella, y se negará a quitársela mientras viva.

Nunca he pecado contra el pasado, pero ahora me doy cuenta de que he estado pecando contra el futuro; con razón no quedará nada de mí. Sobre la tumba de Athena virgen depositaré flores por las generaciones no nacidas, en cuyo rostro, durante un momento, había pensado ver tus facciones, querido hijo. Al pedirte perdón, lo estaré pidiendo también al vigor, la belleza y el talento malogrados, a los laureles y mirtos perdidos. ¡Las cenizas con las que cubro mi cabeza son las suyas!

Borís tendió la carta a la priora sin decir nada, y apoyó la barbilla en la mano para observar su cara mientras leía. Casi vio más de lo que esperaba. Se puso tan pálida que temió que fuera a desmayarse o a morir, al tiempo que rojas llamas ardían en sus mejillas como si les hubieran dado latigazos. Se sabe que el rey Salomón encerró a los

demonios más prominentes de los judíos en unas botellas, que luego selló y ordenó que arrojaran al fondo del mar. ¡Cuánta furia impotente en las profundidades! Similar, pensó el joven, a la lucha muda dentro del enjuto pecho de las ancianas, sellado por la cera salomónica de su educación. Es probable que la vista le fallara, y el salón de damasco rojo se volviera negro para ella, pues dejó la carta antes de que le diera tiempo a terminarla.

—¿Qué? ¿Qué es esto? —dijo con voz ronca y apenas audible—. ¿Qué te escribe el poeta? —respiró con dificultad, levantó la mano derecha y movió su tembloroso dedo índice en el aire—. ¿Que ella no se casará contigo? —exclamó.

—No se casará con nadie, tía —respondió Borís para consolarla.

—¿Con nadie? —dijo la priora torciendo el gesto—. ¿Acaso es una Diana? Pero ¿no serías tú un pequeño y encantador Acteón, mi pobre Borís? Y todo lo que le has ofrecido: posición, influencia, futuro… ¿no significa nada para ella? ¿Qué quiere ser? —miró la carta, pero estaba tan alterada que la tenía al revés—. ¿Una estatua de piedra sobre un sarcófago… a oscuras y en silencio toda la eternidad? He aquí a una virgen fanática, *en plein dix-neuvième siècle? Vraiment tu n'as pas de la chance!*[107] Aquí no hay *horror vacui*[108].

—La ley del *horror vacui* —dijo Borís, realmente asustado, para distraerla— solo puede aplicarse hasta los diez metros.

—¿Hasta dónde? —preguntó la priora.

—Hasta los diez metros —repitió.

Su tía se encogió de hombros. Volvió sus ojos centelleantes hacia él, y medio sacó del bolsillo de seda la carta que había recibido por correo; pero la guardó de nuevo.

—Ella no tiene nada —dijo lentamente—, y tú no le darás nada. Me parece, con toda modestia, que hacéis buena pareja. Yo misma, aparte de darte mi bendición, no tengo nada que decir. Esta era una de las normas de mis antepasados: «Donde no hay nada, le *Seigneur a perdu son droit*[109]». Borís, tendrás que volver a la corte, junto a la reina viuda y su capellán, por el mismo camino por donde has venido. Pues —añadió, todavía más despacio— de donde hemos entrado, también tenemos que retirarnos.

Estas palabras impresionaron más a la anciana que a su sobrino, que ya las había oído antes. Se quedó muy callada.

Borís empezaba a sentirse realmente incómodo, y deseaba poner fin a la conversación. Era consciente de que ella quería verlo sufrir. Cuando era feliz, a la priora le gustaba rodearse de gente feliz. Angustiada como ahora, necesitaba rodearse de la misma sustancia que tenía en su interior, o, como en el vacío del que había estado hablando, sería aplastada. Pero, en este caso en concreto, las propias

circunstancias eran sus mejores aliadas. Lo cierto es que el joven aún no se había percatado de lo que significaría para él la negativa de Athena. Si la anciana seguía golpeándolo con todas sus fuerzas, el sufrimiento de las últimas semanas volvería a embargar su ánimo. Súbitamente, la priora se alejó de él y se dirigió a la ventana, como si fuera a tirarse por ella.

En medio de su congoja, Borís tenía en el pensamiento a las otras dos personas de la trinidad. Quizá Athena estuviera paseando por los pinares de Hopballehus, con el rostro tan desencajado como el de la priora en su salón. Se vio a sí mismo, con su uniforme blanco, como una marioneta manejada alternativamente por una anciana y por una joven, ambas terriblemente autoritarias. ¿Por qué daban tanta importancia a las cosas? ¿Qué albergaban en su alma esas personas pasionales para preferir la muerte a la rendición? Es probable que él tuviese una opinión tan firme como cualquiera sobre ese matrimonio, pero ni cerraba los puños ni perdía el habla.

La priora se apartó de la ventana y se acercó a él. Estaba muy cambiada, como si la causa de su tormento hubiera desaparecido. Por el contrario, parecía llevar una corona de flores para colocársela sobre la cabeza. Su paso era tan liviano como si hubiera arrojado una pesada carga por la ventana, y ahora flotase graciosamente a tres centímetros del suelo.

—Mi querido Borís —dijo—, Athena aún tiene corazón. Como compañero de juegos de la infancia, es su deber verte, dejar que hables con ella y contestarte verbalmente. Se lo diré en una carta que le enviaré enseguida. La hija de Hopballehus tiene sentido del deber. Vendrá.

—¿Dónde? —preguntó Borís.

—Aquí —dijo la priora.

—¿Cuándo? —preguntó Borís, mirando a uno y otro lado.

—Esta noche, a cenar —respondió su tía con una sonrisita afable, incluso divertida; pero su boca pareció cada vez más pequeña, como un pequeño y delicado capullo de rosa—. Athena —dijo— no puede abandonar mañana Closter Seven sin ser… —Se quedó callada unos instantes, miró a la derecha y a la izquierda, y luego a Borís—. ¡Nuestra! —añadió sonriendo, en voz muy baja.

Borís la miró. Su cara era tan lozana como la de una jovencita.

—Mi querido muchacho —exclamó, embargada de súbito por una profunda y tierna emoción—, ¡nada, nada se interpondrá en el camino de tu felicidad!

VII

La gran cena de seducción, que marcaría un hito en la vida de los comensales, se sirvió en el comedor de la priora; grupos de estadistas y bailarinas orientales contemplaron el banquete desde las paredes. La mesa estaba bellamente decorada con camelias del invernadero de naranjas, y sobre el mantel blanco como la nieve, entre la finísima cristalería, las antiguas copas de color verde arrojaban sus delicadas sombras como el espíritu de un pinar en verano. La priora llevaba un vestido de tafetán gris con un encaje muy original, una cofia de encaje blanco con cintas, y sus grandes pendientes y broches de diamantes. La fuerza heroica del alma de las mujeres entradas en años, pensó Borís, que con tanto gusto y esfuerzo se arreglan para estar bellas, más bellas quizá que cuando eran jóvenes, y sin tener la esperanza de despertar el menor deseo en el corazón de los hombres, se asemeja a la de un hombre recto que practica la caridad incluso después de haber perdido la fe en una recompensa celestial.

La comida fue excelente, y sirvieron una de las famosas carpas de Closter Seven, cuya receta era un secreto del convento. El viejo Johann les ofreció abundante vino; y, antes de llegar al mazapán y las frutas escarchadas, los tres comensales de aquel tranquilo y digno ágape —dos doncellas, una joven y otra vieja, y un amante despechado— estaban algo más que achispados.

Athena estaba ligeramente borracha en el sentido usual de la palabra. Apenas había bebido vino en su vida, y jamás había probado el champán; y, con las cantidades que su anfitriona le sirvió, estaba en su derecho de no sostenerse en pie. Pero contaba con una larga lista de antepasados que en sus tiempos habían dormitado bajo las viejas y macizas mesas de roble de toda la región, y ahora acudían en ayuda de la hija de su raza. Aun así, el vino se le subió a la cabeza. Puso una rosa en cada mejilla, dio brillo a sus ojos y desató nuevas fuerzas de su naturaleza. Incluso acentuó un poco su sensación de invencibilidad, como un joven capitán que avanzara, intrépido e imperioso, entre el fuego enemigo.

Borís, que toleraba mejor el alcohol que la mayoría de la gente, y hasta el final fue el más sobrio de los tres, sintió la embriaguez de un modo más espiritual. Lo más profundo y auténtico de su naturaleza era el amor que le inspiraban los escenarios y cuanto se relacionaba con ellos. Su madre, de soltera, había tenido esa misma pasión y, en Rusia, había librado un tremendo combate con sus padres para ser actriz; pero lo perdió. Su hijo no necesitaba luchar con nadie. No era lo bastante dogmático para creer que se precisan tablas y candilejas para actuar; llevaba el teatro en el corazón. Cuando era niño había interpretado muchos papeles femeninos en obras de aficionados, y el famoso director Paccazina se había echado a llorar al verlo representar a Antígona, ¡le recordó tanto a Marte[110]! Para él, el teatro

era la vida real. Cuando no actuaba, el mundo le resultaba incomprensible y no sabía qué hacer; pero, como su verdadero yo era el actor, en cuanto una situación le parecía teatral, se sentía muy a gusto. No eludía la tragedia, y, si se lo pedían, interpretaba de buen talante una obra pastoril.

Había algo en su forma de pensar que exasperaba a su madre, a pesar de la antigua afición de esta por el arte, pues sospechaba que en el fondo no le agradaba demasiado su papel de joven oficial prometedor y popular. Renunciaría a él, pensaba, en cuanto surgiera otro papel que le atrajese más, bien de proscrito, bien de mártir… o, posiblemente, el papel trágico de un joven que subía al cadalso. A veces quería gritarle, al contrario que el *Vieux Cordelier*[111]: ¡Oh, hijo mío, temes demasiado poco la impopularidad, el exilio y la muerte! Con todo, no podía sino admirarlo en sus papeles favoritos, e incluso representar a veces ella misma un papel a su lado; y estas interpretaciones de ambos abarcaban una escala realmente amplia.

Esa noche Paccazina habría estado encantado con él; nunca había actuado mejor. En agradecimiento a su madrina, decidió hacerlo lo mejor posible. Se había puesto la máscara con sumo cuidado ante el espejo, y había cambiado el uniforme por el color negro, que consideraba más adecuado para su papel. Siempre había preferido el papel de amante desgraciado al de amante feliz. El vino le ayudó, así como el rostro de sus compañeros de escena, incluyendo al viejo Johann, cuyo semblante reservado reflejaba un asomo de felicidad. Pero él se dejó llevar por la situación, por la acción de la obra y por su propio talento. Estaba en el escenario, habían subido el telón, cada instante era precioso y no necesitaba *souffleur*[112].

Cuando vio a Athena, a su izquierda, le gustó que fuera su *jeune première*[113] de la noche. Ahora que estaban juntos en el escenario, ella le parecía como un libro abierto.

Comprendía muy bien la profunda impresión que su propuesta de matrimonio había causado en el ánimo de la joven. No la había halagado; es probable que se hubiera indignado en ese momento. Y el hecho de que alguien irrumpiera de ese modo en el orgulloso aislamiento de su vida la había asustado. Estaba de acuerdo con ella sobre esto. Después de haber vivido siempre con gente que nunca estaba sola, Borís se había vuelto sensible al ambiente de soledad que rodeaba a Athena. A veces, completamente solo por la noche, soñaba no con personas o cosas familiares, sino con lugares y personas de su creación; y atesoraba el recuerdo de esas noches. Lo que ahora desconcertaba a la muchacha era que el enemigo se aproximase a ella con tanta delicadeza, y que el ofensor buscara consuelo. Como Borís comprendió sus sentimientos, acentuó la dulzura y la tristeza de su comportamiento.

Seguramente era algo tan nuevo para Athena el hecho de sentir miedo que se sometió a su extraño influjo. Quién sabe, pensó el joven, si lo que la había llevado esa noche a Closter Seven no era el olor de algún peligro. ¿Qué la asusta? ¿Que la hagamos feliz mi tía y yo? He aquí su trágica plegaria de doncella: de triunfar en la corte, de ser una novia feliz, felicitada, y la madre de una prometedora familia, líbrame, Señor. Borís, como actor trágico de primera fila, la aplaudió.

El joven era consciente de que, si ella advertía la presencia de un peligro desconocido, era por el modo en que la trataba la priora. La anciana era amiga suya, pero una amiga muy severa. Casi nada de lo que Athena había dicho y hecho hasta entonces había gustado en el convento; y ella sabía que, con las mejores intenciones, la priora siempre había querido encerrarla en una jaula. Aquella noche sus viejos ojos la miraban con dulce satisfacción, y recibía todas sus palabras con sonrisas suaves como caricias. Tenía la jaula escondida. Esa clase especial de incienso, que le ofrecían personalmente, era tan desconocido para Athena como el champán; y, como lo quemaban en su honor, tanto a la derecha como a la izquierda, le habría costado respirar en el confortable comedor de Closter Seven si no hubiera tenido la certeza de que la puerta que había detrás de ella se abriría, en cuanto quisiera, a los bosques de Hopballehus.

Borís, que sabía más sobre esa puerta, levantó sus pestañas, suaves como hojas de mimosa, y miró su rostro encendido. ¿No la había llamado su padre ave nocturna, cuyos ojos hiere la luz? Empezó a retroceder lentamente ante ella, con una especie de araña luminosa en la mano. Athena parpadeó un poco ante la luz, pero siguió adelante.

La priora estaba ebria de algún secreto regocijo que seguía siendo un misterio para los demás comensales, y que centelleaba en la oscuridad. De vez en cuando se llevaba a los ojos o los labios su pañuelito de encaje delicadamente perfumado.

VIII

—Mi bisabuela, en su segundo matrimonio —dijo la priora en el curso de la conversación—, fue embajadora en París, y vivió allí veinte años. Fue durante la Regencia. Escribió en sus memorias cómo, en la Navidad de 1727, llegó la Sagrada Familia a París, donde dicen que pasó doce horas. El portal de Belén entero se había trasladado misteriosamente, con el pesebre y los cacharros en que José había preparado cerveza especiada para la Virgen, a un pequeño convento, llamado *du Saint Esprit*. La mula y el buey fueron llevados también, junto con la paja del suelo. Cuando las monjas informaron del milagro

a la corte de Versalles, se ocultó al público, pues temían que augurara un juicio contra la lascivia de los gobernantes de Francia. Pero el regente acudió con gran pompa, con todas sus joyas, en compañía de su hija, la duquesa de Berry, el cardenal Dubois y un grupito selecto de damas y caballeros de la corte, a rendir homenaje a la Madre de Dios y su marido. Dado que en la corte la tenían en gran estima, a mi abuela le permitieron unirse a la comitiva como única extranjera; y conservó hasta el día de su muerte el vestido de piel y brocado, con larga cola, que se puso para la ocasión.

»El regente se sintió de lo más conmovido y agitado por la noticia. Al ver a la Virgen, se sumió en un extraño éxtasis. Se tambaleó y dio gritos. Sabréis que la belleza de la Madre del Señor, aunque sin parangón, era de tal naturaleza que no despertaba ningún tipo de deseo humano. Esto no lo había experimentado jamás el duque de Orleans, y no sabía qué hacer. Al final le pidió, sonrojándose y palideciendo luego terriblemente, que fuese a cenar al palacio de Berry, donde servirían unos manjares y un vino nunca vistos; y además invitaría al conde de Noircy y a madame de Parabère.

»La duquesa de Berry estaba por aquel entonces *en grossesse*[114], y las malas lenguas decían que de su padre, el regente. Se arrojó a los pies de la Virgen. "Oh, dulce Virgen —gritó—, perdóname. Vos jamás lo habríais hecho, lo sé. Pero ¡ojalá pudiera explicaros lo condenadamente aburrida que es esta corte!" Fascinada por la belleza del niño, se secó las lágrimas y pidió permiso para tocarlo. "Es como las fresas con nata —exclamó—, como las fresas *à la Zelma Kuntz."* El cardenal Dubois saludó a san José con suma cortesía. Pensaba que este santo no molestaría a menudo al Todopoderoso con sus súplicas, pero que, si lo hacía, sería escuchado, ¡el Señor le debía tanto! El regente se echó al cuello de mi bisabuela, anegado en llanto, y gritó: "Ella nunca vendrá, nunca vendrá. Oh, señora, vos que sois una mujer virtuosa, decidme, ¿qué cuernos puedo hacer?". Todo esto aparece en las memorias de mi bisabuela.

Hablaron de viajes, y la priora los entretuvo con recuerdos divertidos de cuando era joven. Estaba muy animada, con las mejillas encendidas bajo el encaje de su cofia. De vez en cuando hacía un pequeño gesto típico de ella, y se rascaba aquí y allá con su dedo meñique delicadamente puntiagudo.

—Eres afortunada, amiga mía —le dijo a Athena—. Para ti el mundo es como una novia, y cada descubrimiento una sorpresa y un placer. Por desgracia, nosotras, que hemos celebrado nuestras bodas de oro con él, somos prudentes con nuestra curiosidad.

—Me gustaría —dijo Athena— ir a la India, donde el rey de Ava[115] está luchando con el general inglés Amhurst. El reverendo Rosenquist me ha contado que tiene tigres en su ejército, a los que han enseñado

a pelear contra el enemigo. —En su excitación, volcó la copa; el pie se rompió, y el vino se derramó sobre el mantel.

—A mí me gustaría —dijo Borís, que no quería hablar del reverendo Rosenquist, del que sospechaba su antagonismo (¡cuidado, le advertía su intelecto, con las personas que en el transcurso de su vida no han participado en una orgía ni padecido la experiencia del parto, pues son gente peligrosa!)— irme a vivir en una isla desierta, alejado de otros seres humanos. No hay nada que uno pueda anhelar más que el mar. La pasión del hombre por el mar —prosiguió, con sus ojos oscuros pendientes de Athena— es desinteresada. No puede cultivarlo; no puede beber su agua; encuentra la muerte en él. Sin embargo, lejos del mar siente que una parte de su alma languidece y muere, como las medusas en tierra firme.

—¿Al mar? —exclamó la priora—. ¿Ir al mar? ¡No, nunca, nunca!

Su profunda repugnancia llevó la sangre a su rostro, que enrojeció mientras le brillaban los ojos. A Borís le impresionó, como ya le había ocurrido antes, la intensidad con que las mujeres aborrecían cualquier cosa náutica. Él había intentado de niño fugarse de casa para ser marinero. Pero nada desata más deprisa la hostilidad de una mujer que el tema del mar, pensó. Odian y evitan cuanto se relaciona con él, desde el olor del agua salada hasta el tacto de los cabos alquitranados; y quizá la iglesia habría puesto el sexo en cintura pintando para ellas un infierno marítimo, gris ceniciento, frío y agitado por las olas. Pues no temen el fuego, que consideran un aliado al que llevan mucho tiempo prestando servicio. Pero hablarles del mar es como hablarles del demonio. Cuando el gobierno de la mujer haga inhabitable la tierra para el hombre, este tendrá que hacerse a la mar para recobrar la paz, pues las mujeres preferirán morir antes que seguirlo.

Les sirvieron un budín dulce, y la priora, con gran *gourmandise*[116], le quitó varios clavos y se los comió.

—Tienen un olor y un sabor exquisitos —dijo—, y la fragancia de los árboles del clavo es increíblemente deliciosa bajo el sol del mediodía, o cuando la brisa del atardecer esparce el aroma a especias por la tierra. Probad alguno. Es incienso para el estómago.

—¿De dónde vienen, señora tía? —preguntó Athena, que, como era tradición en la zona, tenía la costumbre de llamarla así.

—De Zanzíbar —dijo la priora.

Una suave melancolía pareció embargar su ánimo unos minutos mientras, sumida en honda meditación, mordisqueaba los clavos.

Borís, entretanto, miraba a Athena, y dejó que una fantasía se apoderara de su pensamiento. Seguro que tenía un esqueleto precioso, exquisitamente bello. Yacería en la tierra como una pieza de encaje inigualable, como una obra de arte esculpida en marfil; y un siglo

después, al exhumarla, los viejos arqueólogos volverían la cabeza. Cada hueso estaba en su lugar, tan primorosamente acabado como un violín. Menos frívolo que el libertino tradicional que desnuda en su cabeza a las mujeres con que cena, Borís liberó a la joven de su carne firme y lozana, así como de su vestido, e imaginó que habría sido muy feliz con Athena, e incluso se habría enamorado de ella, solo por la belleza de sus huesos. La imaginó así, causando sensación a caballo, o arrastrando sus largos vestidos por los salones y galerías de la corte, con la famosa tiara de su familia, ahora en Polonia, sobre su pulida calavera.

—El rey de Ava —dijo la priora, despertando de la dulce ensoñación en que estaba sumida— tenía en la ciudad de Yandabu, según dicen los que la han visitado, una gran casa de fieras. Como en su país solo hay elefantes de la India, el sultán de Zanzíbar le regaló un elefante africano, mucho más grande y majestuoso que las corpulentas y domesticadas bestias indias. Son unos animales realmente maravillosos. Dominan las regiones montañosas de África Oriental; y los comerciantes que venden sus enormes colmillos en los mercados de marfil cuentan muchas historias sobre su fuerza y ferocidad. A los elefantes de Yandabu y sus pastores les aterrorizaba el elefante del sultán, del modo en que África asusta siempre a Asia, y al final consiguieron que el rey lo encadenara y lo encerrase en una jaula que construyeron en la casa de fieras. Pero, desde entonces, en las noches de luna, la ciudad de Yandabu se llenaba de sombras de elefantes africanos, que deambulaban por las calles moviendo sus enormes orejas. Los nativos de Yandabu creían que esas sombras caminaban por el fondo del mar y salían del agua junto al desembarcadero. Nadie se atrevía a salir de casa después de que anocheciera. Pero las sombras no podían romper la jaula del elefante cautivo.

»El corazón de los animales enjaulados —prosiguió la priora— queda tras las rejas de una celosía, a la sombra de los barrotes. ¡Ay de esos corazones enrejados! —exclamó con vehemencia—. Sin embargo —añadió segundos después, cambiando de expresión, con una risita en el fondo de su voz—, les vino bien a esos elefantes. Eran grandes tiranos en su país. Ningún otro animal podía hacer su voluntad por culpa de ellos.

—Y ¿qué pasó con el elefante del sultán? —preguntó Athena.

—Murió, murió —dijo la anciana, lamiéndose los labios.

—¿En la jaula? —quiso saber Athena.

—Sí. En la jaula —contestó la priora.

Athena apoyó sus manos juntas en la mesa, haciendo exactamente el mismo gesto que el viejo conde después de leer la carta de la priora. Miró a uno y otro lado del comedor. El color encendido abandonó sus

mejillas. La cena había terminado, y apenas les quedaba oporto en la copa.

—Querida tía —dijo—, creo que, con su permiso, me iré a la cama. Estoy agotada.

—¿Cómo? —exclamó la priora—. No puedes privarnos aún del placer de tu compañía, tesoro mío. Iba a retirarme yo, pero me gustaría que dos viejos amigos como vosotros charlarais un poco esta noche. Seguro que se lo prometiste a Borís… Pobrecillo.

—Sí, pero tendrá que ser mañana por la mañana —dijo Athena—, porque creo que he bebido demasiado de ese buen vino. Mire, me tiembla la mano cuando la pongo en la mesa.

La priora miró a la joven. Probablemente era consciente, pensó Borís, de que no tenía que haber hablado de jaulas, de que este había sido su *faux pas*[117] de la noche.

Athena miró a Borís, y este comprendió que había obtenido una pequeña victoria: que ella sentía separarse de él. Es posible que la joven también se diera cuenta de que esto suponía una brusca retirada de la batalla, y lo lamentase, pero, dadas las circunstancias, le parecía lo mejor. Su mirada franca fue para él como una condecoración recibida en el frente. No era una condecoración de mucho valor, pero en esa campaña no podía aspirarse a más. Athena dio afectuosamente las buenas noches a la priora, le hizo una reverencia y se marchó.

La priora se volvió de lo más agitada hacia su sobrino.

—No permitas que se vaya —le dijo—. Ve tras ella. Detenla. No pierdas el tiempo.

—Dejémosla en paz —respondió Borís—. La muchacha ha dicho la verdad. No se casará conmigo.

La doble rebeldía de los dos jóvenes, cuya felicidad ella estaba intentando organizar, pareció dejar sin habla a la priora, o quitarle su fe en las palabras. Estuvieron tía y sobrino cinco minutos más en el comedor; y, cuando Borís recordó la escena, tuvo la sensación de que habían interpretado una pantomima.

La priora guardó silencio y miró a su sobrino; y él no sabía si al cabo de cinco segundos lo iba a matar o a besar. No hizo ninguna de las dos cosas. Se rió un poco de él; y, después de buscar en el bolsillo, sacó la carta que había recibido por la mañana, y se la pasó para que la leyera.

Esta misiva fue el último golpe mortal en la cabeza del joven. Su remitente era una amiga de la priora, primera dama de honor de la reina viuda. Compadeciéndose profundamente de su tía, le comunicaba, con colores muy oscuros, las últimas noticias de la capital. El nombre de Borís estaba en boca de todos; incluso el capellán de la corte lo señalaba especialmente como uno de los

corruptores de jóvenes en el caso. Era ostensible que estaba al borde del abismo y, si no contraía matrimonio, caería por él y desaparecería.

A Borís se le demudó el rostro. Todo su ser se resistía a que lo despojaran del papel estelar de la velada, y del espíritu elegíaco de enamorado, para arrojarlo de nuevo a una realidad que detestaba. Cuando alzó la vista para devolver la carta a su tía, la encontró casi pegada a él. La priora levantó una mano sin separar el codo del cuerpo, y señaló la puerta.

—Tía Cathinka —dijo Borís—, tal vez no lo sepas, pero hay un límite para la fuerza de voluntad de un hombre.

La anciana se quedó mirándolo. Extendió su manita seca y delicada y le tocó. Su cara se contrajo en una mueca irónica casi imperceptible. Poco después se dirigió al fondo de la habitación y volvió con una botella y una copa pequeña. La llenó con sumo cuidado, se la dio y asintió con la cabeza dos o tres veces. Él, completamente desesperado, la vació.

En la copa había un licor de color ámbar muy oscuro. Su sabor era acre y repugnante. Acres y repugnantes eran también los ojos de color ámbar muy oscuro de la mujer que lo observaba por encima del borde de la copa. Mientras bebía, ella se rió. Luego le habló. Borís, por extraño que parezca, recordaría más tarde estas palabras incomprensibles para él:

—Ahora ayúdale, buen Faru.

Cuando Borís salió del comedor, la priora tardó un par de segundos en cerrar suavemente la puerta.

IX

Puede que esta sea la hora de las lágrimas, a fin de conmover el corazón de la orgullosa beldad, pensó Borís. Se acordó de las historias sobre ese macabro grupo de peregrinos, los antiguos verdugos, que, al parecer, vagaban por Europa en el siglo XII, visitando los santos lugares. Llevaban consigo los atributos de su oficio: empulgueras, látigos, grilletes y tenazas; y, según decían, eran capaces de llorar cuando querían.

«Sí —se dijo el joven—, pero yo no he cortado en pedazos, ni despellejado, ni asado vivas suficientes personas para eso. A unas cuantas sí, por supuesto, como todo el mundo; pero solo soy un verdugo joven, un aprendiz de verdugo, y aún no tengo el don de llorar cuando quiero.»

Avanzó por el largo pasillo blanco que conducía al dormitorio de Athena. A la izquierda había una serie de antiguos retratos de señoras,

y a la derecha una serie de altos ventanales. El suelo era de baldosas de mármol blanco y negro; y, a la luz nocturna, todo el lugar le miraba con severidad. Oía sus propios pasos, funestos para otros y para sí. Se asomó a uno de los ventanales al pasar. La luna estaba en lo alto del cielo, clara y fría, pero una niebla plateada envolvía los árboles del jardín y las praderas de hierba. Allí fuera estaba el universo entero, noble, azul, lleno de cosas, en el que giraba la tierra entre miles de estrellas, unas cercanas y otras remotas. ¡Oh, mundo!, pensó, ¡oh, mundo desbordante! A su febril imaginación acudieron unos versos olvidados hacía mucho tiempo:

> Athena, mi noble señora, por orden de Apolo,
> vengo ante ti,
> con gran experiencia, superadas muchas pruebas.
> Una casa, habitada por desconocidos, extrañamente cambiado.
> Así he vagado lejos por la tierra y por el mar…

Había llegado a la puerta. Giró el pomo, y entró.

De todos los recuerdos que Borís conservaría de esa noche, el cambio de los colores y la luz del pasillo a los de la habitación sería el más duradero.

El dormitorio de invitados de la priora era amplio y cuadrado, y tenía ventanas, ahora con las cortinas corridas, en dos de sus paredes. Estaba revestido de seda rosa drapeada y, en el fondo, las colgaduras rojas de la cama de cuatro columnas brillaban en la sombra. Había dos lámparas de globo rosas, solícitamente encendidas por la doncella de la priora. El suelo tenía una alfombra de color vino con rosas que, cerca de las lámparas, parecían absorber la luz, y lejos de ellas semejaban charcos de un rojo oscuro que no apetecía pisar. El cuarto estaba impregnado de un olor a incienso y flores. Un gran ramo adornaba la mesa que había cerca de la cama.

Borís comprendió enseguida cómo se sentía. En otros días, mientras visitaba Madrid, se había aficionado a las corridas de toros. Le resultaba familiar el momento en que el toro, desde el oscuro toril bajo la tribuna, se lanzaba a la luz cegadora de la plaza, con centenares de ojos a su alrededor. Del mismo modo se había precipitado él, en un instante, del pasillo blanco y negro, de la suave luz de la luna, a aquel espacio rojo. La sangre se agolpó en su cerebro; apenas sabía dónde estaba. Casi sin aliento, se preguntó si sería efecto del bebedizo de la priora. Tampoco sabía si Athena sería el caballo destripado que sacarían a rastras de la plaza, ya sin voluntad propia, o el torero que tenía que derrotarlo.

Athena estaba en medio de la habitación. Se había quitado el

vestido, y llevaba solo una camisa y unos pololos blancos. Parecía un joven y fornido marinero a punto de baldear la cubierta. Cuando entró Borís, se volvió y lo miró.

El joven había tenido miedo, al imaginar la escena, de no ser capaz de contener la risa. Esta tendencia a reírse había sido su perdición en otras situaciones delicadas. Pero en aquel momento no corría semejante peligro. Estaba tan serio como Athena. Antes de saber lo que hacía, agarró una de sus muñecas y atrajo a la joven hacia él. Sus alientos se encontraron y mezclaron; y los dos enseñaron los dientes, en una especie de sonrisa de perplejidad o desafío.

—Athena —dijo él—, te he amado toda la vida. Sabes que sin ti languideceré y me marchitaré; no quedará nada de mí. Claudica, sácame del abismo. Apiádate de mí.

Por unos instantes, los ojos claros de la joven lo miraron desconcertados. Luego se irguió como una serpiente lista para el ataque. El hecho de que no gritase pidiendo ayuda indicaba lo consciente que era de la situación, y de que no tenía ningún amigo en la casa en quien pudiera confiar; aunque quizá su joven y ancho pecho albergara un anhelo de combate. Entonces ella le golpeó. Su puño poderoso, rápido y directo alcanzó la boca de Borís y le rompió dos dientes. El dolor y el olor y el sabor de la sangre que inundó su boca le enfurecieron. Soltó a Athena para agarrarla más fuerte, y cayeron el uno en los brazos del otro, en un abrazo a vida o muerte.

A Borís le brincó el corazón, que empezó a cantar como el pájaro que, columpiándose en la copa de un árbol, inicia sus trinos. Era lo mejor que podía pasarle. Él no había sabido cómo resolver el conflicto entre ambos, pero ella sí; y, del mismo modo que se hunde la costa alrededor de un barco cuando sale a mar abierto, se hundieron todas sus preocupaciones alrededor de esa liberación de todo su ser. Su existencia le había ofrecido hasta ese momento muy pocas oportunidades de enfurecerse. Ahora dejó que la ira se apoderara de él. Su alma reía como las almas de aquellos antiguos teutones para los que no había nada más voluptuoso que la cólera, y que no pedían nada mejor en el Paraíso que morir en combate una vez al día.

Si hubiera sido un *Einherjar*[118] del Valhalla, no habría podido luchar con otro joven como luchaba con esa muchacha. Todos los que cazan animales grandes saben que hay una diferencia entre cazar un jabalí salvaje o un búfalo, por peligrosos que sean, y cazar carnívoros, que, si lo consiguen, te devoran al final de la pelea. Borís, en una visita a sus parientes de Rusia, había visto cómo una manada de lobos devoraba su caballo. Después de eso, ninguno de los rugientes y salvajes elefantes de la priora habría podido inspirar en él el mismo sentimiento. El viejo y desenfrenado amor que no consigue la simpatía, que inspiran el contraste y la adversidad, le dominó por

completo.

Si las sombras de las jóvenes que se habían aferrado a él —y de cuyos suaves brazos se había arrancado el veleidoso amante— se hubieran congregado en la habitación de invitados rosa de la priora, habrían visto satisfecho el orgullo de su sexo al contemplar su persecución mortal de esa doncella que ahora luchaba menos por escapar que por matarlo. Rodaron de aquí para allá; y una de las lámparas se volcó, cayó al suelo y se apagó. Entonces la pelea se estabilizó. Dejaron de moverse y siguieron agarrados, tambaleándose hasta que encontraron un punto de apoyo; el equilibrio de uno dependía tanto del otro que ninguno sabía dónde acababa su cuerpo y empezaba el del adversario. Les costaba respirar. El aliento de ella en la cara de Borís era fragante como una manzana. A él le seguía sangrando la boca.

Athena carecía del instinto femenino de arañar o morder. Como una joven osa, confiaba en su gran fuerza; en peso, le aventajaba un poco. Pese a los intentos de él para que doblara las rodillas, seguía recta como un árbol. Súbitamente, ella le rodeó la garganta con las manos. Borís la estrechaba contra su pecho, apretándole los codos contra los costados. La postura de la joven era la del guerrero que alza la empuñadura de su espada mientras pronuncia un juramento vital. ¿Cómo iba a imaginar él la fuerza de sus manos y de sus muñecas? Jadeando, con la boca llena de sangre, veía moverse la habitación de un lado para otro. Ante él flotaban salpicaduras rojas y negras. Y, en un instante, decidió arriesgarlo todo para consumar el triunfo. Empujó la cabeza de Athena hacia delante con la mano que sujetaba la nuca, y juntó bruscamente su boca con la de ella. Sus dientes se rozaron.

Al instante sintió por todo el cuerpo, pegado al de ella desde las rodillas hasta los labios, el terrible efecto que el beso había causado en su adversaria. Era evidente que no la habían besado antes, y ni siquiera había oído hablar, ni leído nada sobre los besos. La fuerza empleada contra ella hizo que todo su ser lo encontrara repulsivo. Como si la hubieran atravesado con un estoque, la sangre se apartó de su cara; y, en los brazos de él, puso el cuerpo tan rígido como un lución cuando lo golpean. Luego, toda la fuerza y la agilidad con que el joven había estado peleando parecieron ceder y retirarse, al igual que una ola se retira del bañista. Vio cómo los ojos de ella se nublaban, y su rostro, tan cercano al suyo, se ponía pálido como la cera. La muchacha se desplomó tan repentinamente que cayó con ella, como un hombre que se ahogara atado a un peso. Su cara chocó con la de Athena.

Se incorporó y, de rodillas, temió que estuviera muerta. Al comprobar que no lo estaba, la levantó con dificultad y la tendió en la cama. Ahora sí que parecía la efigie de piedra de un caballero con cota

de malla caído en combate. Su semblante conservaba la expresión de intensa repugnancia. La contempló unos minutos, muy quieto. No sabía que su propia cara tenía la misma expresión. Ni el recuerdo del capellán de la corte, ni la presencia del capellán de la corte, habrían conseguido que se moviera. Su espíritu le había abandonado casi tan definitivamente como a ella. Se le había pasado el efecto del vino; y también el del bebedizo de la priora, quizá no calculado para tanto esfuerzo. Se enjugó la boca ensangrentada y salió del dormitorio.

Cuando llegó a su habitación y se metió en la cama, se preguntó si la joven, al despertar, lamentaría la pérdida de su inocencia. Se rió en la oscuridad, y tuvo la sensación de que una risa velada y aguda, como el chorro de vapor de una tetera hirviendo, repetía la suya en algún lugar tenebroso de la imponente casa.

X

Por la mañana, la priora mandó llamar a Borís. Se asustó un poco cuando la vio, pues parecía haber encogido. No llenaba ni el vestido ni la butaca; y se preguntó qué clase de horas nocturnas habría pasado cavilando en su lecho solitario para que sus fuerzas hubieran mermado de tal modo. Como esto se alargue mucho, pensó, no quedará nada de ella. Aunque es probable que yo tenga peor aspecto. Sin embargo, la priora parecía animada, y muy satisfecha de tenerlo a su lado, ya que, en cierto modo, había temido que huyera. Le pidió que se sentara:

—He mandado llamar a Athena también —dijo.

Borís se alegró de que no le hiciera preguntas. Tenía la boca muy hinchada, y le dolía al hablar. Mientras esperaba recordó al vizconde de Valmont[119], que amaba *de passion, les mines de lendemain*[120]. Unas circunstancias tan extraordinarias ¿habrían supuesto esa mañana un encanto adicional para el prosaico conquistador de hacía cien años? O ¿era más probable que hubiera considerado el valor romántico de la situación una completa estupidez? La llegada de Athena puso fin a sus reflexiones.

Llevaba la misma capa gris que le había visto en Hopballehus, y parecía a punto de marcharse. Hasta tal punto parecía haber dado la espalda a Closter Seven, y encontrarse ya lejos de allí que, de algún modo, se sintió aterido. Cuando ella miró lentamente a uno y otro lado, su figura le causó una profunda impresión. Parecía ir por buen camino hacia ese estado purificado del esqueleto que él había imaginado la noche anterior. En realidad llevaba sobre sus fuertes hombros la cabeza de una muerta. Sus ojos, todavía más claros que

antes, yacían en dos concavidades negras. Había abandonado su costumbre de apoyarse en un solo pie, como si ahora necesitara las dos piernas para mantenerse erguida y no perder el equilibrio. Frente a la priora, cuyo rostro reflejaba aún una gran sagacidad, era como una acusada que, traída directamente del calabozo y del potro de tortura, fueran a sentar en el banquillo.

Borís se preguntó en ese momento si no sería mejor decirle la verdad, y asegurarle que no le había hecho ningún daño ni se lo haría nunca; que ella, de hecho, había salido de su prueba de fuerza con todos los honores de la guerra. Pero no se decidió. Si uno se prepara, reflexionó, para levantar un gran peso y se ve engañado por un cartón pintado, los brazos se dislocan. Con la admiración que le inspiraba su esqueleto, era la última persona que desearía algo así. Era mejor para ella cargar con el peso. Dejemos que esta doncella, pensó, que no puede, que no quiere que la hagan feliz, se sacie ahora. Del mismo modo que el artista que tiene su estatua en el crisol y, al descubrir que le falta metal, coge el oro y la plata de su arca, de su mesa, del ataúd de sus mujeres para fundirla, él arrojó todo su ser, cuerpo y alma, a los sondeos fatales de la naturaleza de ella. Que ella sacara en conclusión lo que pudiera.

La priora, después de mirarlos a los dos, se dirigió a la joven:

—Me ha informado Borís —dijo con una voz áspera, dura— de lo que ha sucedido esta noche. No se lo perdono. Es horrible seducir a una doncella. Pero sé que fue incitado, y también que un cándido arrepentimiento mitiga el delito. Pero tú, Athena, una muchacha de tu linaje y tu educación, ¿qué has hecho? Conocedora de tu naturaleza, jamás tendrías que haber venido.

—No, no, señora tía —exclamó Athena, mirando directamente a la anciana—. He venido porque usted me invitó, y dijo que era mi deber venir. Ahora me voy, y, si no quiere pensar en mí, no vuelva a hacerlo.

—Ah, no —contestó la priora—, no puedes irte. Es terrible para mí que esto haya ocurrido entre los muros de Closter Seven. Me conoces muy poco si crees que no voy a repararlo. ¿Tan poca amistad voy a mostrarle a tu padre, que es un noble? Hasta que esta falta sea expiada, no te marcharás.

Al principio Athena, como si no quisiera dar importancia a sus palabras, se calló. Luego le preguntó:

—¿Cómo piensa repararlo?

—Hemos de agradecer —dijo la priora— que a Borís, aunque culpable, todavía le queda sentido del deber. Se casará contigo a pesar de todo.

Al decirlo, dirigió a su sobrino una mirada intensa y brillante, que

le sobresaltó como si hubiera vuelto a tocarle.

—Sí, pero yo no me casaré con él —respondió Athena.

La priora tenía el rostro encendido.

—¿Cómo puedes rechazar —preguntó con voz chillona— una oferta tan honrosa, y que tu padre aprueba, después de aceptar, en medio de la noche, el amor que habías despreciado?

—No creo que sea importante —dijo Athena— si algo ocurre de día o de noche.

—¿Y si tienes un hijo? —gritó la priora.

—¿Qué? —dijo Athena.

La priora contuvo su vehemencia con una asombrosa fuerza de voluntad.

—Te compadezco tanto como te condeno —dijo—. ¿Y si tienes un hijo, desdichada?

Con toda claridad, a Athena se le desmoronaba el mundo a derecha e izquierda, como una posición bajo el fuego de artillería; pero se mantuvo firme.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Tendré un hijo por eso?

La anciana la miró con dureza.

—Athena —dijo instantes después, con el primer asomo de amabilidad con la muchacha que mostraba en la conversación—, lo último que deseo es destruir la inocencia que todavía te quede. Pero es más que probable que tengas un hijo.

—Si tuviera un hijo —dijo Athena, alzándose desde la tierra temblante hasta el cielo—, mi padre le enseñaría astronomía.

Borís apoyó el codo en la mesa y el rostro en la mano para ocultarlo. Era incapaz de contener la risa. Esa muchacha pálida como la cera y aún doncella no había sido derrotada. Gran parte de su palidez e inmovilidad podían deberse al vino y al esfuerzo excesivo de la víspera, y solo Dios sabía si llegarían a tenerla en su poder. Ella tenía el magnetismo, la capacidad de un remolino de atraer cuanto se adentraba en el círculo de su conciencia y fusionarlo con su propio ser. Era una cualidad, pensó, que seguramente caracterizó a los mártires, y que debió de sacar de quicio al Gran Inquisidor, e incluso al propio emperador Nerón. Se apoderaba de los suplicios, la hoguera, los leones, transmitiéndoles así una belleza suprema y armoniosa, pero dejaba de lado al torturador. Por muchos esfuerzos que hiciera para poseerla, no tenía la menor relación con él; de hecho, le privaba de su existencia. Era como la guarida del león, a la que conducían todas las huellas, pero de la que ninguna salía; o como el río, que ahoga la sangre o la suciedad en sus entrañas, y sigue su curso. Ahora, cuando la anciana y el joven victoriosos creían que el cerco se estrechaba alrededor de la muchacha, esta se disponía a huir de Closter Seven a

caballo, como Sansón cuando se echó al hombro las puertas de Gaza[121], con jambas, rejas y todo, y las subió al monte que está junto a Hebrón. Y, si realmente tomara conciencia de él, ¿se lo llevaría la hija del gigante en la palma de la mano para que cuidase de sus unicornios en Hopballehus? De nuevo acudieron a su memoria unos versos de Eurípides, y pensó que el vino de la noche anterior y la agitación eran la causa de que mezclara los clásicos con las Sagradas Escrituras y las leyendas de la región, pues normalmente no hacía estas cosas:

> Oh, Palas, salvador de mi casa, fui despojado
> de la patria, y tú has vuelto a darme un hogar en ella.
> Se dirá en Hélade:
> mirad, el hombre es de nuevo un argivo,
> Y vuelve a morar en la heredad de su padre…

—¿Y el honor de tu familia? —preguntó la priora con una calma tremenda—. ¿Qué piensas, Athena, de las hijas de Hopballehus que, antes que tú, han engendrado bastardos?

Ante estas palabras, Athena enrojeció; y el rojo encendido de su rostro fue aún más intenso que el de su pelo. Dio un paso hacia la anciana.

—Mi hijo —exclamó en voz baja, pero con un profundo rugido de leona, de la cabeza a los pies la hija ofendida de una raza poderosa—, ¿será eso mi hijo?

—Eres una ignorante, Athena —dijo la anciana—. A no ser que Borís se case contigo, ¿qué puede ser tu hijo sino un bastardo?

Aunque la priora era valiente, es posible que se diera cuenta de que la muchacha, si quería, podía aplastarla entre sus dedos. Miró a Borís, que no tenía ningunas ganas de intervenir en la discusión de las mujeres sobre su hijo.

Athena no se movió. Estuvo unos momentos muy quieta.

—Ahora —dijo finalmente— volveré a Hopballehus, hablaré con mi padre y le pediré consejo.

—No —insistió la priora—, eso no puede ser. Si le cuentas a tu padre lo que has hecho, le partirás el alma. No dejaré que eso ocurra. Y, si te vas ahora, ¿quién sabe si Borís seguirá dispuesto a casarse contigo cuando os volváis a ver? No, Athena, tienes que casarte con Borís, y nunca le contarás a tu padre lo sucedido. Tienes que prometerme estas dos cosas. Luego te podrás ir.

—Está bien —dijo Athena—. Nunca le contaré nada a papá. En cuanto a Borís, prometo casarme con él. Pero, señora tía, una vez casados, lo mataré tan pronto como pueda. Estuve a punto de hacerlo anoche; que se lo diga él. Le prometo estas tres cosas. Y ahora me iré.

Después de las palabras de Athena, se quedaron un buen rato callados. Las tres personas que había en el salón estaban demasiado enfrascadas en sus pensamientos para hablar.

En medio del silencio, se oyeron unos fuertes golpes en el cristal de una ventana. Borís advirtió en ese momento que los había oído antes, mientras conversaban, sin prestarles atención. Se repitieron tres o cuatro veces.

Fue realmente consciente de ellos al ver el extraordinario efecto que causaban en su tía. Al igual que él, había estado demasiado absorta en la discusión para oírlos. Ahora captaron su atención; y el pánico se apoderó inmediatamente de ella. Miró hacia la ventana y se puso blanca como un cadáver. Sus brazos y sus piernas dieron pequeñas sacudidas, sus ojos recorrieron las paredes de arriba abajo, como una rata encerrada que no pudiera escapar. Borís se volvió hacia la ventana para ver qué la asustaba. No había sospechado que algo pudiera hacerlo. Fuera, en el alféizar de piedra, el mono estaba acurrucado con la cara pegada al cristal.

Se puso en pie para abrirle la ventana.

—¡No! ¡No! —gritó la anciana en un paroxismo de horror.

Los golpes siguieron.

Era obvio que el mono tenía algo en la mano con lo que golpeaba el cristal. La priora se levantó de la silla. Se tambaleó al hacerlo, pero, una vez en pie, pareció ponerse sobre aviso y prepararse para correr. Segundos después, el cristal de la ventana cayó hecho añicos al suelo, y el mono entró de un salto en el salón.

Acto seguido, sin mirar, como si huyese de las llamas de un incendio que avanzara, la priora, recogiéndose la parte delantera del vestido de seda con las manos, corrió hacia la puerta. Al encontrarla cerrada, no se detuvo a abrirla. Con una agilidad y una rapidez asombrosas trepó por una jamba, y en un abrir y cerrar de ojos se sentó, toda apretujada, sobre la cornisa esculpida, temblando de agitación; los dientes le rechinaban mientras miraba el suelo. Pero el mono la siguió. Con idéntica velocidad, subió al dintel, y, cuando extendió la mano para agarrarla, ella bajó por la otra jamba con la mayor destreza. Sujetándose aún el vestido con ambas manos, y doblada en dos, como si estuviera lista para caer a cuatro patas, enloquecida, ciega de terror, corrió pegada a la pared. Pero el mono volvió a seguirla, y era más rápido. Saltó sobre la priora, le cogió la cofia de encaje y se la arrancó de la cabeza. La cara que ella volvió hacia los jóvenes se había transformado: marchita y arrugada, era de un color marrón oscuro. Se enzarzaron unos momentos en una lucha salvaje. Borís hizo ademán de intervenir para salvar a su tía. Pero, en un instante, en medio del salón de damasco rojo, bajo la mirada del viejo general empolvado y de su mujer, a plena luz del día y ante sus

ojos, se operó y consumó una metamorfosis.

La anciana con la que habían estado conversando, retorciéndose y desgreñada, cayó al suelo encogida y cambiada. Donde había estado ella, se acurrucaba y gemía un mono, completamente derrotado, intentado refugiarse en un rincón. Y donde el mono había estado saltando, se levantó, un poco jadeante por el esfuerzo, con el rostro encendido aún, la verdadera priora de Closter Seven.

El mono se arrastró hasta la sombra del fondo del salón, y siguió lloriqueando y temblando un rato. Luego, dejando a un lado sus desdichas, se encaramó, de un salto ágil y gracioso, a un pedestal que sostenía la cabeza de mármol del filósofo Immanuel Kant, desde donde observó, con ojos brillantes, cómo se comportaban las tres personas que había en el salón.

La priora sacó su pañuelito y se lo llevó a los ojos. Pasó unos minutos sin encontrar palabras; pero su actitud era tan digna y serena como recordaban los jóvenes.

Ellos habían seguido el curso de los acontecimientos demasiado paralizados por la sorpresa para hablar, moverse o mirarse siquiera el uno al otro. Ahora, después del terrible tornado que había asolado la estancia, se restablecía la calma; y los dos se vieron muy cerca el uno del otro. Se miraron mutuamente.

Esta vez los ojos luminosos de Athena, en sus cuencas profundas y oscuras, no llegaron a apoderarse de Borís. Comprendió que era un ser ajeno a ella; incluso el recuerdo de la lucha que habían librado se reflejaba en su mirada clara y cristalina. Pero, con su mirada, estaba dictando una nueva ley, un mandato que había que acatar: desde ese momento, entre los dos, que habían presenciado juntos los sucesos de los últimos minutos, y el resto del mundo, que no había estado allí, se había trazado una línea infranqueable para siempre.

La priora apartó el pañuelo de su rostro y, con un movimiento suave y cadencioso, se sentó en su enorme butaca. Miró al joven y a la muchacha.

—*Discite justitiam, et non temnere divos*[122] —dijo.

ROBERTO ARLT

LA FACTORÍA DE FARJALLA BILL ALÍ
(1940)

Roberto Arlt nació en 1900 en Buenos Aires, en una familia humilde de inmigrantes recién llegados a Argentina. El padre —un hombre violento que lo sometía a severos castigos corporales— era prusiano y la madre —imaginativa y sensible— austrohúngara; en el hogar se hablaba alemán. Desde muy joven tuvo que ganarse la vida en un taller mecánico, en el puerto, en una fábrica de ladrillos, como pintor, dependiente de una librería… Su formación fue prácticamente autodidacta. Vinculado al periodismo, que fue su principal medio de subsistencia, publicó numerosos cuentos, y novelas como *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), *Los lanzallamas* (1931) y *El amor brujo* (1932). Intentó, asimismo, una renovación del teatro argentino con *Trescientos millones* (1932), al que siguieron otras siete piezas dramáticas, representadas casi todas en el Teatro del Pueblo. La locura, la marginalidad, la humillación, la traición, la invención técnica serían los principales temas de su narrativa. Aunque conoció el éxito, los sectores académicos criticaban sus incorrecciones sintácticas, que él enarbolaba como manifiesto en contra de aquellos que lo despreciaban. A finales de la década de 1950 su obra se vio reivindicada como uno de los mayores logros de la literatura argentina. Murió en 1942 en su ciudad natal.

«La factoría de Farjalla Bill Alí» se publicó en la revista *El Hogar* el 31 de mayo de 1940, y más tarde se incluyó en el volumen *El criador de gorilas* (Revista Aventura n.º 165, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1941). En esta brutal historia de odios y venganzas en el corazón de África, los monos no cumplen tanto una función simbólica como son el objeto de una descripción realista de su cría y trata con destino a los zoológicos de Europa.

Los que me conocían, al enterarse de que iba a trabajar en el criadero de gorilas de Farjalla Bill Alí, se encogieron compasivamente de hombros.

Yo ya no tenía dónde elegir. Me habían expulsado de los más importantes comercios de Stanley. En unas partes me acusaban de ratero y en otras de beodo. Mi último amo, al tropezar conmigo en la entrada del mercado, dijo, comentando irónicamente mi determinación:

—No enderezarás la cola de un galgo aunque la dejes veinte años metida en un cañón de fusil.

Yo me encogí de hombros frente al pesimismo que trascendía del proverbio árabe. ¿Qué podía hacer? En África uno se muere de hambre no solo en el desierto, sino también en la más compacta y vocinglera de las selvas. Allí donde verdea el mango o ríe el chimpancé, casi siempre acecha la flecha venenosa.

En la factoría de Farjalla Bill Alí trabajaría como tenedor de libros. El canalla de Farjalla no solo explotaba un provechoso criadero de gorilas, sino también una academia de elefantes jóvenes. Allí se les enseñaba a trabajar. El mercader vendía con excelente ganancia los elefantes domesticados y gorilas. Disponía de varias leguas de selva y de numerosos rebaños de esclavos. Como estos eran sumamente torpes para dedicarlos a la educación del elefante, se les utilizaba en los trabajos penosos. Las negras, generalmente, en la factoría se dedicaban a nodrizas de los gorilas huérfanos, debido a que los monos adultos morían de tristeza al verse privados de su libertad. Los gorilas recién nacidos y huérfanos requerían atenciones extraordinarias para alimentarlos, porque con su olfato delicado percibían la diferencia que había entre sus madres y las negras. Además, las pequeñas bestias son terriblemente celosas y no toleran que la esclava amamante a su propio hijo. Como Farjalla Bill Alí no se mostraba en este particular sumamente cuidadoso, una negra llamada Tula, que trajo su pequeño al criadero, sin poderlo impedir, vio cómo el gorila a cuyo cuidado estaba estrangulaba al niño.

Aquello originó un drama. El padre de la criatura, un negro que trabajaba en el embarcadero de la ciudad, al enterarse de que su hijo había perecido entre las zarpas de un gorila, se presentó en el criadero, tomó la bestia por una pata y le cortó la cabeza. Gozoso de su hazaña, se presentó con la cabeza del gorila en el puerto.

Rápidamente Farjalla Bill Alí fue informado del perjuicio que había

sufrido. Farjalla acudió al embarcadero. Desde lejos era visible la cabeza del mono, colocada sobre una pila de fardos de algodón. Farjalla apareció «como la cólera del profeta», según un testigo. No pronunció palabra alguna, desenfundó su gruesa pistola y descerrajó en la cabeza del marido de Tula todos los proyectiles que cargaba el disparador. En mi calidad de capataz de descarga de otro comerciante, fui testigo del crimen. Prácticamente el negro quedó sin cabeza. En el proceso que se le siguió a Farjalla, este salió absuelto. Los testigos depusieron falsamente que el árabe tuvo que defenderse de una agresión del negro. Entre los testigos inicuos figuraba yo. Mi patrón, que entonces estaba interesado en la compra de colmillos de elefantes, había vinculado sus capitales a la empresa de Farjalla, y me obligó a declarar que el negro había intentado agredir al árabe con un gran cuchillo. Durante el proceso, la cabeza del gorila decapitado figuró como importante pieza de convicción.

De más está decir que durante la sustanciación de la causa Farjalla Bill Alí no estuvo un solo día detenido. Hora es, por lo tanto, que presente al principal personaje de la historia.

Farjalla Bill Alí era un canalla nato. Tenía antecedentes y no podía desmentirlos. El abuelo de su madre había sido ahorcado en el mastelero de una fragata por tratante de esclavos. El padre de Farjalla fue asesinado por un mercader. La madre de Farjalla se dedicó durante bastante tiempo a la trata de ébano vivo. Un elefante enfurecido, durante una siesta, la mató a colmilladas. Farjalla continuó en el oficio.

Era él un congolés alto, flaco, de nariz ganchuda. Pertenecía al rito musulmán. Ornamentaba su cabeza un turbante de muselina amarilla, y jamás nadie le vio desprovisto de su recio látigo. Azotaba por igual a blancos y negros. Cierto es que, cuando un blanco llegaba a trabajar para Farjalla, había alcanzado su degradación más completa. Después de la factoría estaba el presidio.

Él conocía mis antecedentes. Cuando me presenté a Farjalla para pedirle trabajo, ordenó que me entregaran una botella de whisky y me despidió diciéndome:

—Ve y emborráchate. Después hablaremos.

Estuve tres días ebrio. Al cuarto, una lluvia de puntapiés que recibí sobre las costillas me despertó. De pie, junto a mí, frío y adusto, permanecía el tratante. Me levanté dolorido, mientras que el bellaco me preguntaba:

—¿Vas a dormir hasta el día del juicio final? Ven al almacén. Es hora de que te ganes tu pan.

Así me inicié en su factoría. Pero nuestras relaciones no podían marchar bien. Un día que salimos por el río, cerca de los llamados «rápidos de Stanley», en busca de un cargamento de marfil, después

que hubimos adquirido la mercadería y en momentos en que los «cazadores» wauas, en sus piraguas, efectuaban en torno de nosotros un simulacro de danza náutica, Farjalla quiso apoderarse por la violencia de una esclava que yo había canjeado por una pistola automática. Farjalla alegaba que yo no podía adquirir mercadería de ninguna especie mientras trabajaba a sus órdenes. Alegó que si los cazadores me vendieron una esclava era en razón del prestigio de Farjalla. Evidentemente, el negro procedía de mala fe. Yo era un blanco, y a mi compra de la negra no podía oponerse ningún derecho. Entonces Farjalla, irritado, me respondió que jamás toleraría que la negra viviera en la factoría. Yo le respondí que de ningún modo pensaba llevar mi esclava a su ladronera. Cuando pronuncié esta última palabra, la irritación de Farjalla subió a punto tal que, inclinándose sobre mí, y antes que pudiera adivinar su intención, me escupió a la cara. ¡Dios de los dioses! Dispuesto a romperle los huesos, me abalancé sobre él, pero Farjalla me lanzó tal puntapié en la boca del estómago que caí desvanecido en el fondo de la barca.

Cuando desperté de los efectos del golpe, del aguardiente de banana y del cansancio, mi esclava había desaparecido. Me encontraba cesante e ignominiosamente vapuleado.

Los negros me miraban irónicamente. Comprendí que estaba perdido si no me reconciliaba con Farjalla Bill Alí.

Tragando mi odio, labio sonriente y corazón traicionero, me dirigí a la factoría. El árabe despotricaba entre sus cargueros. Apenas si se dignó contestar a mi saludo. Yo entré en el escritorio del almacén como si nada hubiera sucedido.

Desde entonces mis relaciones con el mercader fueron odiosas. Él me consideraba un esclavo despreciable; yo un hombre a quien mi venganza algún día haría rechinar los dientes.

Pero está escrito que los caminos del perverso no van muy lejos.

Pocos días después de los acontecimientos que dejo narrados murió en la factoría un gorila adulto que debíamos remitir al jardín zoológico de Melbourne. Farjalla, que por negligencia aplazaba el envío, se daba a todos los diablos, y resolvió enviar en su lugar un chimpancé que estaba al cuidado de Tula, la mujer del negro que Farjalla había asesinado a tiros. Tula estaba sumamente encariñada con el pequeño mono. El chimpancé la seguía como un chicuelo travieso sigue a su madre. Cuando la viuda se enteró de que el mono iba a ser remitido a un jardín de fieras, se echó a llorar desconsoladamente. Era cosa de ver y no creer cómo la negra tomaba al chimpancé y le atusaba el pelo y lo apretaba contra su pecho llorando, mientras que el mono, con expresión compungida, miraba en rededor, acariciando con sus largos dedos sonrosados y velludos las húmedas mejillas de su madre adoptiva.

Farjalla Bill Alí era un hombre a quien no enternecían las lágrimas ni de un millón de negras. Partiríamos al día siguiente para la ciudad de Stanley.

En el mismo camión llevaríamos al gorila muerto, al chimpancé vivo y a la negra. El chimpancé lo enviaríamos desde la ciudad a Melbourne. En cuanto al gorila muerto, la negra se quedaría con él junto a una termitera.

Camino a Stanley, y poco menos que a dos leguas de la factoría, se descubría un trozo de selva diezmado por las termites u hormigas blancas. Allí, en el claro terronero requemado por el sol levantábanse una especie de menhires de barro de cinco a siete metros de altura. Estos monumentos huecos eran los nidos de las termites. Farjalla tenía la costumbre, cuando se le moría un animal exótico, de vender el esqueleto. En Stanley vivía un hombre que compraba los esqueletos de gorilas para remitirlos a Londres. Probablemente los esqueletos estaban destinados a establecimientos educativos.

Con el fin de evitar el proceso de descarnación natural, Farjalla, de acuerdo a las costumbres del país, llevaba el cadáver hasta la termitera, y con un mazo abría un agujero en el nido. Inmediatamente hileras compactas de termites cubrían el muerto abandonado sobre el agujero. En pocas horas el esqueleto quedaba perfectamente mondado. Y no dejaré de añadir que hasta hacía pocos años los traficantes de esclavos castigaban a los negros muy rebeldes untándolos con miel y amarrándolos a uno de estos hormigueros.

Cargamos el gorila muerto en el viejo camión del mercader. Luego la negra y el chimpancé. Yo iba junto al árabe que conducía el volante. Quiero hacer constar que nosotros éramos las únicas personas que quedaban en la factoría. Todos los servidores se habían concentrado en el Norte para dar caza a una pareja de leones que la noche anterior devoraron un buey. Los hombres, armados de largas lanzas para cazar elefantes, seguidos de sus mujeres y sus hijos, se habían internado en la selva.

Salimos con el sol hacia la ciudad de Stanley. Torbellinos de mariposas multicolores se desparramaban por el camino. Aunque el camión se deslizaba rápidamente, nos sabíamos vigilados por todos los ojos del bosque. De pronto, Farjalla, sin apartar los ojos del volante, me dijo:

—Búscate otro amo. No me sirves.

—Bueno —respondí.

Tras nosotros se oía el llanto de la negra abrazada a su chimpancé. Eran unos sollozos sordos. Por entre unas tablas se distinguía a la mujer abrazando tiernamente a la bestia, y el mono, con expresión compungida, miraba en rededor, brillantes los ojos lastimeros. La negra acariciaba la cabeza del chimpancé, que inspeccionaba el rostro

de su madre adoptiva con perpleja vivacidad. No sabía de qué peligro concreto defenderla.

—¡Calla esa boca! —rezongó el mercader, dirigiéndose a la esclava sin mirarla, porque cuando manejaba le concedía una importancia extraordinaria a esta operación.

Tratando de fingir sumisión, le dije:

—Siento no haberte podido servir.

El árabe se limitó a contestarme:

—No sirves ni para cortar las babuchas de un vagabundo.

La negra, abrazada al pequeño chimpancé, había comenzado otra vez a llorar. Súbitamente salimos de la sombra verde. Arriba estaba el cielo. Frente al claro requemado por el sol, las termites habían levantado sus rugosos bloques pardos. En el remate de algunos de estos nidos gigantes brotaban matas de hierba.

Con rechinamiento de herrería se detuvo el camión. Cogí la maza y me dirigí a un hormiguero tres veces más alto que yo. Parecía un tronco desgastado por la tempestad. La negra cargó el bolsón con el gorila muerto, y trabajosamente, agobiada, se dirigió a la termitera. Tras ella, chueco, mirándonos resentido, caminaba el pequeño chimpancé.

Levanté la maza y la descargué sobre la base del hormiguero. El hormigón del nido no cedió. Farjalla se acercó, yo levanté la maza, y antes de que él pudiera evitarlo, le descargué un vigoroso puntapié en la boca del estómago. El mismo puntapié que él me había dado en el bote, el día de la fiesta negra en los «rápidos de Stanley». Farjalla se desplomó. Le dije a la esclava:

—Trae el gorila.

La mujer dejó caer pesadamente la bestia muerta junto al tratante de esclavos. Sin perder tiempo, le despojé de su turbante, y con la larga tira de muselina lo amarré de pies y manos. Luego descargué otro mazazo en la termitera, y un trozo de corteza se hundió definitivamente, dejando ver el interior plutónico, sembrado de negros canales por los que se deslizaba febrilmente una blancuzca humanidad de hormigas grises.

—¡Ayúdame! —le grité a la negra.

La esclava comprendió. Levantando al gorila muerto amarrado al traficante, empujamos los dos cuerpos sobre la termitera. La mujer lanzó algunos gritos guturales, el pequeño chimpancé corrió hacia ella y se pegó a su flanco tomándole la mano. Ella, riéndose, con los labios entreabiertos, se quedó contemplando la hervorosa grieta de la termitera.

Millares y millares de hormigas rabiosas cubrían de una sábana gris los dos bultos. La chilaba de Farjalla y el velludo cuerpo del gorila

quedaron revestidos de una costra movediza y cenicienta que se ajustaba constantemente a las crecientes desigualdades de aquellos cuerpos.

La negra y su hijo adoptivo miraban aquel final. Yo tomé la botella de whisky que había quedado debajo del cajón del asiento del camión y le dije a la esclava:

—Es mejor que te vayas y no vuelvas más.

La mujer, tomando apresuradamente la mano del mono, se dirigió al bosque. Les vi por última vez, cuando entraban en el linde de la muralla vegetal. El pequeño chimpancé, tomado de su mano, volvía la cabeza hacia mí como un chicuelo resentido. Y, oculto ahora tras unos cactos, aguardaba el momento de subir al caballo que había escondido la noche anterior. Tula apartó unas ramas y se hundió en lo verde. Yo monté a caballo y regresé a la factoría para probar la coartada, mientras que allí, bajo el sol, se quedó Farjalla Bill Alí. Las hormigas se lo comían vivo.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

NOTAS

1 *Thé dansant*, en francés en el original. Solían celebrarse por la tarde en verano y otoño. *[Esta nota, como las siguientes, es de las traductoras de cada uno de los textos que componen esta antología. Las notas a los cuentos escritos en español son de la editora.]*

2 *Hops-angloise*, en el original, un tipo de danza muy popular que combinaba los giros del vals con las contradanzas populares inglesas.

3 «Primer amante» en el elenco de una compañía teatral.

4 Louis Dupont (n. 1775) fue primer bailarín de la ópera de París entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, famoso por sus gestos elegantes.

5 Hoffmann parodia aquí la doctrina de la frenología desarrollada por Franz Joseph Gall (1758-1828), según la cual las funciones mentales residen en zonas específicas del cerebro, cuyo desarrollo se refleja en el cráneo, lo cual permite determinar el comportamiento. Milo ve el origen de su talento en el chichón provocado por una causa externa y con ello desvirtúa las ideas de Gall, muy populares por aquel entonces.

6 También denominada por su diminutivo, Suadela, es la diosa romana de la locuacidad.

7 Partes de una nota, por lo que se refiere, respectivamente, a la fusa, la semifusa y la garrapatea.

8 Los pasajes orquestales.

9 Lo que supone casi el doble de la capacidad de un piano al uso en la época.

10 En efecto, a finales del siglo XVIII se incorporaron a los pianos de martillo unos pedales con los que el intérprete podía articular también un gran tambor y unos platillos.

11 El *ostinato* es un patrón melódico que se repite de manera recurrente a lo largo de la composición. Un bajo *ostinato*, por tanto, es el que se interpreta en la parte grave de una composición.

12 Son los versos de la carta de Hamlet a Ofelia, que Polonio lee en alto en la obra de Shakespeare (II, ii).

13 ¡Maldita sea!

14 Se denomina así al bolo que está en el centro.

15 François-André Danican (1726-1795), conocido como Philidor, fue un compositor francés considerado también uno de los mejores ajedrecistas de su época.

16 Todo lo que se quiera.

17 Frase que utiliza el personaje de Panurgo en el *Libro tercero* (1546) de *Gargantúa y Pantagruel*, de François Rabelais, cuando quiere volver al tema que le interesa.

18 Pierre-Jean-Georges Cabanis (1757-1808), médico y filósofo materialista francés, hombre de la Ilustración. Xavier Bichat (1771-1802), médico, biólogo, anatomista y fisiólogo francés, considerado el padre de la histología moderna.

19 Jean-Henri Pape (1789-1875), nacido como Johann Heinrich Pape y también conocido como Henry Pape, fue un prestigioso fabricante francés de pianos y arpas a principios del siglo XIX.

20 Dividida en tres partes: una cola de caballo en la nuca atada con una cinta y grandes rulos laterales.

21 Señal de nobleza en la corte de Versalles.

22 Exclusivo club parisino fundado en 1833.

23 De color amarillo, sabor suave y combustión lenta, es uno de los tipos de tabaco que más se consume.

24 Estrecho entre Cuba y las Bahamas.

25 Asiento de dos plazas sobre bandas elásticas, todo un lujo en esa época.

26 Danza de origen húngaro.

27 Correas anchas y gruesas empleadas para suspender la caja de los carruajes antiguos.

28 *Le Constitutionnel*, periódico político y literario de signo liberal fundado en 1817.

29 Cementerio construido a principios del siglo XIX en el este de París, el más grande y conocido de la ciudad.

30 Théâtre-Italien de París.

31 Sutil, perspicaz.

32 Edmond Hoyle (1672-1769), autor de *A Short Treatise on the Game of Whist* [Breve tratado sobre el juego del wist], publicado en 1742.

33 Rareza, excentricidad.

34 Papel.

35 Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762), dramaturgo francés.

36 Y ese tipo de cosas.

37 Encuentro.

[38] Los coturnos, de origen griego, tenían una gruesa plataforma de corcho para que el actor pareciera más alto.

[39] «Perdió su antiguo sonido la primera letra»: verso de Ovidio (43 a. C.-17 d. C), *Fastos*, V, 536.

[40] Al igual que Urión, engendrado a partir de un pellejo de buey, tierra y orina, se convirtió en la constelación de Orión, el zapatero remendón cambió su nombre por el de Chantilly, de lo más aristocrático. El autor juega sin duda con la similitud entre *cobbler* [zapatero remendón] y *hobbler* [mal actor].

[41] Aleación de peltre, plomo y antinomio.

[42] Escritorio.

[43] Batín para escuchar mejor la música. Alusión al personaje de *El burgués gentilhombre* (1670), de Molière.

[44] Eugène-François Vidocq (1775-1857), detective y escritor francés. No solo inspiró el personaje de Auguste Dupin a Edgard Allan Poe, sino también el de Vautrin (en varias novelas) a Honoré de Balzac, y los de Jean Valjean y el inspector Javert a Victor Hugo en *Los miserables* (1862).

[45] Portería.

[46] Me había acostumbrado a ellas.

[47] Aberrante.

[48] Aberrante, como hemos señalado anteriormente.

[49] Manicomio.

[50] Georges Cuvier (1769-1832), considerado el padre de la anatomía comparada y de la paleontología.

[51] Coletas.

[52] Neufchâtel-en-Bray, población de Normandía famosa por su queso.

[53] Este jardín botánico tiene uno de los zoológicos más antiguos del mundo, fundado en 1794 por iniciativa de Bernardin de Saint Pierre.

[54] Diosa romana de los ladrones. Dupin compara al prefecto con una estatua de Laverna sin cuerpo.

[55] Negar lo que es y explicar lo que no es: cita de *Julia, o la nueva Eloísa* (1761), novela epistolar de Jean-Jacques Rousseau.

[56] *La cabaña del tío Tom* (1852), novela de Harriet Beecher Stowe.

[57] Obra teatral de Gaspar Melchor de Jovellanos, publicada en 1774.

[58] Francisco García Chico, jefe superior de policía de Madrid y hombre célebre por su crueldad y sus arbitrariedades. Fue linchado en la plaza de la Cebada durante la revolución de julio de 1854.

[59] Georges Cuvier (1769-1832), naturalista francés considerado el padre de la anatomía comparada y de la paleontología. La referencia a

Cuvier también aparece en el texto original de Edgar Allan Poe.

60 La Casa de Dementes Santa Isabel de Leganés (Madrid), manicomio inaugurado en 1851.

61 Rodrigo Calderón de Aranda (1576-1621), político y militar, valido del duque de Lerma, fue ejecutado en la Plaza Mayor de Madrid, acusado de asesinato y brujería.

62 Con desenfado.

63 A quien no habla, no le oye Dios.

64 La Iglesia Alta, en el original *High-Church*, es la rama de la Iglesia anglicana que hace hincapié en el supuesto origen apostólico y divino de la Iglesia, y da mucha importancia a la forma y al ritual.

65 Alusión a la Segunda Venida de Cristo.

66 Emmanuel Swedenborg, científico, teólogo, filósofo y místico sueco, publicó su monumental *Arcana Caelestia* en ocho volúmenes entre 1749 y 1756.

67 Godfried Schalken (1643-1706), pintor holandés que reprodujo con maestría el efecto de las velas en la oscuridad. Sheridan Le Fanu se inspiraría en él para su relato gótico *Un extraño suceso en la vida de Schalken*, el pintor (1839).

68 Centro histórico de Londres, asociado a las finanzas desde hace mucho tiempo.

69 El río Dee, parte de la frontera natural entre Gales e Inglaterra.

70 Se refiere a Ambroise Paré (1509-1590), considerado el padre de la cirugía moderna.

71 Cobertizo.

72 Daniel Dunglas Home (1833-1886), médium británico, famoso por sus muestras de levitación o telekinesis.

73 William Crookes (1832-1919), físico inglés descubridor de los rayos catódicos y primero en aislar el tantalio. Escribió en 1874 un artículo para el *Quaterly Journal of Science* en el que decía haber visto levitar a Home hasta en tres ocasiones, en una sesión celebrada, con más testigos, el 13 de diciembre de dicho año. Pero este testimonio perdió toda credibilidad con posteriores manifestaciones del propio Crookes, que hacían pensar que o era demasiado inocente o desvariaba. De hecho, decía estar enamorado de una tal Katie King, joven que había muerto en el siglo XVII, en tiempos de Carlos II.

74 Según el psiquiatra y criminólogo italiano Cesare Lombroso (1835-1909), cuyas teorías fueron muy seguidas en su época, los criminales lo eran por causas biológicas y algunos presentaban ciertas anomalías en la forma del cráneo.

75 Flavio Estilicón (359-408), general del Imperio romano bajo Teodosio.

76 Rojo muy vivo.

77 Probable referencia al personaje de *La señora Bovary* (1857) de Gustave Flaubert, boticario.

78 Posible cita de *La paz*, comedia de Aristófanes.

79 Probable error del autor, pues el Reino Antiguo, también llamado Imperio Antiguo de Egipto, comprende las dinastías III, IV, V y VI.

80 Remolino, vorágine.

81 Arcas de boda. Se originaron a finales del siglo XIV en las repúblicas de Siena y Florencia, por lo que tienen una fuerte influencia italiana.

82 Así denominaron los colonizadores europeos a la costa occidental del golfo de Guinea, en la actual Ghana.

83 Se refiere a la compañía fundada por Gottfried Claes Carl Hagenbeck (1810-1887), un exitoso tratante de animales de Hamburgo. Su hijo Carl (1844-1913) continuó con el negocio y fundó el zoológico de Stellingen, en las cercanías de la ciudad, con el que revolucionó la arquitectura de estos parques al crear espacios naturales como hábitat para los animales.

84 Se refiere a la corte del káiser Guillermo II (1859-1941). Recordamos que el autor luchó contra Alemania en la Primera Guerra Mundial.

85 Situada en el Mammouth Cave National Park, en el centro de Kentucky. Se trata del sistema de cuevas más extenso del mundo: más de 676 kilómetros de galerías en cinco alturas diferentes. Sus corrientes subterráneas forman el Green River.

86 Se refiere a la cabra de Esmeralda en *Nuestra Señora de París* (1831), de Victor Hugo.

87 Favorita del rey de Francia. Se trataba de una posición semioficial que normalmente traía consigo un título nobiliario y muchos beneficios económicos.

88 Consejero privado.

89 El último grito.

90 «¿Y tú también, Bruto?», exclama Julio César antes de morir en la tragedia de William Shakespeare.

91 «Quedáis advertidos, aprended justicia y no despreciéis a los dioses» (Virgilio, *La Eneida*, VI, 620).

92 «El primer paso hacia la cura es conocer la enfermedad» (proverbio latino).

93 Mi querido muchacho.

94 Versos del escocés William Maccall (1812-1888), pastor de la Iglesia Unitaria.

95 Cómodo y espacioso carruaje de cuatro ruedas, tirado por dos caballos, con capota abatible y un pescante para el conductor. Los

viajeros podían dormir confortablemente en él. Su origen, al parecer, es polaco.

96 La batalla de Jena, el 14 de octubre de 1806, enfrentó a las tropas de Napoleón contra el ejército prusiano, que acabó batiéndose en retirada.

97 Diosa romana de la caza que convirtió en ciervo a Acteón, joven cazador que la encontró bañándose desnuda en el bosque y quedó fascinado por su belleza.

98 Job, 39, 25.

99 Dios, qué triste es el sonido del cuerno en el fondo del bosque.

100 Tribus eslavas que vivían cerca de asentamientos germánicos.

101 «Oh, corso de cabellos lacios, qué bella era Francia / bajo el sol majestuoso de Messidor. / Era una yegua indomable y rebelde, / sin bridas de acero ni riendas de oro. / Una yegua salvaje de recio lomo / humeando aún la sangre de los reyes. / Mas altiva, y golpeando con fuerza el suelo ancestral, / libre por primera vez»: versos del poema *L'idole* de Henri Auguste Barbier (1805-1882).

102 Lámpara inventada por el relojero francés Bernard Guillaume Carcel (1750-1818).

103 «Vino de reyes, rey de vinos», así definió Luis XIV al vino elaborado en la región húngara de Tokaj-Hegyalja.

104 María Teresa I de Austria (1717-1780), emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico y reina de Austria y Bohemia. Inteligente estadista y reformista entusiasta, fue una de las mujeres más influyentes y poderosas del siglo XVIII.

105 Ole Roemer (1644-1710), primer astrónomo que determinó la velocidad de la luz. Nombrado por Luis XIV tutor de su primogénito, participaría en la construcción de las magníficas fuentes de Versalles.

106 Muestra de arrepentimiento en la tradición bíblica.

107 ¿En pleno siglo diecinueve? ¡La verdad es que no tienes suerte!

108 Horror al vacío.

109 El Señor ha perdido su derecho.

110 Dios romano de la guerra.

111 Periódico revolucionario francés editado por Camille Desmoulins (1760-1794), fundador con Danton del Club des Cordeliers o Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Solo se publicarían seis números entre el 5 y el 30 de diciembre de 1793.

112 Apuntador.

113 Actriz principal.

114 Embarazada.

115 Antigua capital de Birmania.

116 Glotonería.

117 Metedura de pata.

118 En la mitología nórdica, espíritu de un guerrero muerto en el combate.

119 Personaje principal, con la marquesa de Merteuil, de *Las amistades peligrosas* (1782), de Pierre Choderlos de Lacros.

120 … con pasión las caras al día siguiente.

121 Jueces, 16, 3.

122 Aprended justicia, y no despreciéis a los dioses (Virgilio, *Eneida*, VI, 620), como hemos señalado en el capítulo II.